

Sinopsis

En los sesenta, señala Juan José Saer en su prólogo, la novela breve se constituyó en la máxima aspiración estética de los narradores jóvenes. Por un lado, su extensión tenía la ventaja de permitir muchas opciones constructivas. Por otro, los atributos propiamente poéticos y retóricos, como el ritmo, el cuidado verbal, el laconismo, la sugestión —en contraposición a la discursividad, el prosaísmo, las convenciones estructurales y el conceptualismo de la novela— estimulaban especialmente la imaginación. Onetti, considerado uno de los escritores modernos más originales, utilizó todos los elementos del relato de manera novedosa y compleja. Y las siete novelas que conforman este volumen (*El Pozo*, *Los adioses*, *Para una tumba sin nombre*, *La cara de la desgracia*, *Jacob y el otro*, *Tan triste como ella* y *La muerte y la niña*), sin dudas, confirman esa “unicidad vívida que justifica a toda obra de arte” que menciona Saer.

Pero estas novelas ofrecen además un recorrido intenso por los temas predilectos de Onetti: la desgracia y la crueldad, la resignación y el fracaso, la rabia y la autodestrucción, pero también el amor, la culpa, la nostalgia, a veces la esperanza y, sobre todo, la compasión.

Juan Carlos Onetti

NOVELAS BREVES

Prólogo de Juan José Saer



© 2012, ETERNA CADENCIA S.R.L.

© Herederos de Juan Carlos Onetti

© 1939, El pozo

© 1954, Los adioses

© 1959, Para una tumba sin nombre

© 1960, La cara de la desgracia

© 1961, Jacob y el otro

© 1963, Tan triste como ella

© 1973, La muerte y la niña

© 2004, Herederos de Juan José Saer, del prólogo

Primera edición: mayo de 2012

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA

ISBN 978-987-1673-61-2

PRÓLOGO

Onetti y la novela breve

Juan José Saer

Alrededor de 1960, entre los narradores jóvenes que se lanzaban al trabajo literario, la forma que encarnaba la máxima aspiración estética, el modelo de toda perfección narrativa, no era ni la novela ni el cuento, sino la novela breve. Equidistante de la transcripción súbita del cuento, semejante a la del poema, y de la elaboración lenta de la novela, que parecía valerse de una serie de mediaciones consideradas un poco indignas a causa del carácter técnico y vagamente innecesario que se les atribuía, la novela breve tenía la atrayente singularidad de permitir cierto desarrollo narrativo al mismo tiempo que parecía surgir de una concepción intuitiva y repentina, e incluso, en cuanto al tiempo material de ejecución, ofrecer la posibilidad de una rapidez relativa, capaz de preservar la frescura exaltante de la inspiración. Y si bien la dificultad de realizar tan exorbitantes perspectivas resultaba evidente, la fascinación que ejercía la novela breve solo decayó cuando, a mediados de los años sesenta, el género “gran novela de América”, patética superposición de estereotipos latinoamericanos destinada a conquistar el mercado anglosajón, plegándose en el contenido y en el formato a sus normas comerciales, desalojó de las librerías a los discretos y admirados volúmenes de alrededor de cien páginas que perpetuaban tantas obras maestras.

Las normas de extensión que circulaban entonces —de veinte a ciento veinte páginas más o menos— eran desde luego convencionales, pero presentaban la ventaja de ser suficientemente amplias como para darle a la imaginación muchas opciones constructivas y al mismo tiempo reducir al máximo la tiranía del género, cuya frecuentación, a decir verdad, estimula en los narradores cierta libertad formal no solamente con la novela breve, sino también con cualquier otro género por el que se aventuren. Pero es obvio que no eran ni la extensión ni el tema lo que estimulaba la imaginación de los narradores, sino algunos atributos propiamente poéticos y retóricos, como el ritmo, el cuidado verbal, el laconismo, la sugestión, en contraste con la discursividad, el prosaísmo, las convenciones estructurales, el conceptualismo de la novela. La novela era un poco el pariente pobre de la creación narrativa, y la tradición novelística latinoamericana solo existía gracias a dos o tres

excepciones. Es verdad que, en los manuales, las novelas pululaban, pero sus pautas estéticas eran ya de otras épocas, y si analizamos retrospectivamente, a partir de 1960, el mapa de la narración latinoamericana, muy pocas novelas en el sentido convencional del término se salvan, y en cambio, la abundante producción de cuentos y de novelas cortas constituye una colección de indiscutible riqueza. Mariano Azuela, Quiroga, Arlt, Borges, Bioy, Silvina Ocampo, Rulfo, Onetti, Di Benedetto, Felisberto Hernández, etcétera son la prueba más que suficiente de que, con la doble excepción de Arlt y de Juan Carlos Onetti (y quizás también de Alejo Carpentier), la creación narrativa latinoamericana de la primera mitad del siglo XX había sido capaz de prescindir de la novela.

Una de las características más atractivas de la obra de Onetti es justamente que los diferentes relatos que la componen no corresponden a ningún formato fijo, y que cada uno de ellos cristaliza gracias a una necesidad interna que gobierna la extensión, la estructura, la voz narrativa. Esos elementos, que podríamos llamar *universales* del relato, siempre están utilizados de manera novedosa y compleja, adecuada a cada caso concreto, lo que da como resultado que, por debajo de la monocorde elegía onettiana, el conjunto de sus ficciones ofrezca una abundante variedad formal. Esto es también válido para sus novelas, pero se verifica a simple vista en sus cuentos y novelas cortas. Entre los más logrados, o por lo menos más ambiciosos, de sus textos breves, si todos llevan la marca inconfundible de su inconfundible personalidad artística, no hay dos que, por su construcción, se parezcan. Tan estimable, exacto y sutil en la mayoría de sus páginas, Barthes se equivocaba sin embargo cuando aplicaba el dogma estructuralista al análisis del relato: esa supuesta estructura subyacente, ese repertorio de invariantes puede que esté en toda ficción, pero no posee más valor que el que tienen el caballete, la tela y el bastidor o el tópicos sobre el que el artista trabaja —el desnudo o el retrato de familia por ejemplo— en el interior de la superficie pintada, respecto de la obra irrepetible y singular que sale de sus manos. Cada uno de los grandes textos breves de Onetti aporta la confirmación de esa unicidad vívida que justifica a toda obra de arte.

El narrador por ejemplo, en casi todos sus textos, más allá de las académicas atribuciones del punto de vista, siempre tiene una posición, una distancia, una capacidad de percibir y de comprender respecto de lo narrado que es diferente cada vez y únicamente válida para el relato al que se aplica. El célebre “Qué le ven al coso ese” (Henry James) proferido por Onetti en el bar La Fragata ante las caras escandalizadas de Borges y Rodríguez Monegal, podría explicarse por la constancia —admirable— de James en la utilización rigurosa de un mismo punto de vista para cada relato, que tal vez Onetti, lector de Conrad, Joyce y Faulkner,

consideraba ya como de otra época (lo mismo probablemente que el pudor jamesiano no menos corrosivo sin embargo que la crudeza de sus sucesores). La opacidad del mundo social del que Henry James sugiere en muchos de sus textos la difícil lectura, y que trae aparejada la incapacidad de extraer de los diferentes comportamientos un sentido y una moral, se ha vuelto para Onetti ciénaga viscosa y laberíntica, patria oscura del desgaste, el fracaso y la perdición. De acuerdo con la estrategia de cada relato, los diferentes narradores intuyen, verifican y a veces incluso suscitan la catástrofe prevista ya desde el principio. La derrota es lo que siempre cuentan o presuponen los narradores de Onetti, aunque ciertos relatos, como *Jacob y el otro* por ejemplo, finjan terminar bien. Sin embargo, uno de los rasgos ejemplares de su narrativa es que, a pesar del intenso patetismo de sus temas y situaciones, la organización formal supera el riesgo del melodrama. El vocabulario de los sentimientos y de las pasiones es perfectamente natural en sus relatos, gracias al trabajo estilístico que distribuye las palabras desgastadas por el uso indiscriminado que hace de ellas el comercio melodramático, en una construcción verbal que las relativiza, las limpia, y les devuelve su sentido original.

Esta característica es tal vez lo más personal de su literatura: un distanciamiento no solamente irónico o escéptico, sino sobre todo formal respecto del universo trágico que es su materia narrativa. En sus relatos todo conduce a la catástrofe: la desesperación, como en *Tan triste como ella*, pero también, como ocurre en *La cara de la desgracia*, menos previsible, y tal vez por eso más cruel, irrazonable, la esperanza. La observación de Gilbert Murray según la cual, “en la tragedia griega, cuando un hombre es llamado feliz, el porvenir se anuncia negro para él”, parece haber sido pensada para los personajes de Onetti, muchos de los cuales son conscientes de la situación, como el almacenero de *Los adioses* que, en el magnífico primer párrafo de la novela, que todos los aspirantes a escritores de nuestra generación sabíamos de memoria, anuncia la ineluctable derrota. Y uno de los importantes hallazgos de ese relato, por no decir el principal, es justamente la distancia y la posición del narrador respecto de lo que narra. La distancia y la posición, que son literalmente espaciales, trascienden ese sentido literal y traducen la fragmentariedad del conocimiento, la esencia ambigua del acontecer al mismo tiempo que, por mostrárnoslo de lejos, a través de los signos exteriores de su comportamiento, le dan al protagonista el aire de un insecto que, con una mezcla de impudor y piedad, vemos debatirse en su agonía. También derivan de la posición del narrador, ciertos acontecimientos que podríamos llamar hipotéticos, que no suceden en el espacio-tiempo empírico del relato, sino en la imaginación un poco errática del narrador, enredado en ensoñaciones y en conjeturas.

A propósito de espacio-tiempo, habría que detenerse quizás en Santa María,

el lugar imaginario de Onetti, intercalado en un impreciso punto geográfico entre Montevideo y Buenos Aires, por lo menos en el diseño de su inventor, Brausen, y al que solo es posible darle el nombre genérico de *lugar* a causa de su estatuto y de sus dimensiones imprecisas, cambiantes, ya que a veces es únicamente una ciudad, a la que se agrega su colonia, pero que por momentos (*Jacob y el otro*) tiene las características de un pequeño país de América del Sur. Ese lugar, a diferencia de otros territorios imaginarios de la literatura, que disfrazan someramente una región real, tiene una serie de extrañas características que expresan lo que podríamos llamar las tendencias barrocas de Onetti, ya presentes en *La vida breve*, y que alcanzan una curiosa exacerbación en *Para una tumba sin nombre* y *La muerte y la niña*. En estos dos relatos, espacio y tiempo, ficción y narración, experiencia y fantasía, verdad y falsedad, realidad y representación literaria, son sometidos a diversos trastocamientos, en los que presentimos que la reflexión sobre las paradojas de la ficción prevalece sobre la representación misma. En *Para una tumba sin nombre* (1959), las diferentes interpretaciones de un acontecimiento van anulándose unas a otras a medida que se suceden, y ciertos anacronismos sembrados a lo largo del texto, parecen explicarse en la conclusión, donde se sugiere que nada de lo que se cuenta ha de veras sucedido, y la supuesta historia de la mujer y el chivo no es más que la yuxtaposición de tres o cuatro versiones inventadas. Si tenemos en cuenta que lo que estamos leyendo es un relato de ficción, construido con las pautas habituales (aunque estilísticamente singulares de Juan Carlos Onetti) de la representación realista, comprenderemos hasta qué punto esa ficción en la ficción es un regreso al infinito del que resulta imposible ignorar la filiación barroca.

En *La muerte y la niña* (1973) el diseño se complica más todavía: Brausen, el inventor de Santa María, tiene su estatua en la plaza, estatua ecuestre dicho sea de paso en la que el caballo de bronce va adquiriendo poco a poco rasgos bovinos, alusión sarcástica a la principal fuente de riqueza de la región; por momentos, los personajes del relato reconocen a Brausen como el fundador de la ciudad, lo que ya es sorprendente, pero de pronto lo evocan, no siempre con ironía, como al dios que los ha creado y gobierna sus destinos: “padre Brausen que estás en la Nada ” o “Brausen puede haberme hecho nacer en Santa María con treinta o cuarenta años de pasado inexplicable, ignorado para siempre. Está obligado, por respeto a las grandes tradiciones que desea imitar, a irme matando, célula a célula, síntoma a síntoma”. La autonomía del territorio imaginario cambia de signo; ya no es más el universo empírico maquillado de tal manera que el lector no puede no reconocer el modelo al que hace referencia, sino una peripecia inédita en el eterno conflicto que une y separa, anula y complementa, sustituye y prolonga, revela y traiciona, lo real

y su representación.

Las grandes tradiciones que desea imitar: los habitantes de Santa María están respecto del demiurgo que les dio vida y colocó en su universo secundario en situación semejante a la de los hombres que viven en lo que podríamos llamar la realidad primaria que es el mundo de Brausen: han sido arrojados en él y aunque son conscientes de ese hecho inequívoco pero inexplicable, saben también que las combinaciones del azar o el capricho de su creador son indiferentes al absurdo destino que les han fabricado, consistente en traerlos porque sí a la luz del día para abandonarlos a la desgracia (vocablo recurrente del léxico onettiano) y por último, como a un muñeco maltrecho por la crueldad inocente o distraída de una criatura, dejarlos caer en la oscuridad.

Si la temática que se ha dado en llamar existencial en su literatura, Onetti la heredó de su siglo y de la tradición rioplatense, a través de la obra de Roberto Arlt particularmente, en sus reflexiones sobre el mundo y su representación, problema inherente a todo ejercicio del arte de narrar, reintroduce a través de la estructura misma de sus relatos, ya que su formulación conceptual, por temperamento, no parecía interesarle, un repertorio de situaciones y de paradojas que habían desaparecido del campo de interés de la ficción desde finales del Siglo de Oro, a causa probablemente de las lentas y laboriosas conquistas del realismo que culminaron en la obra de los grandes narradores de los siglos XVIII y XIX. De un modo personal, Onetti participa en el vasto desmantelamiento de ese realismo triunfante al que se abocó la ficción del siglo XX. Para ese tipo de problemas, en idioma español, solo parece tener un inesperado precursor, Macedonio Fernández, aunque a causa de la aparición póstuma, a mediados de los años sesenta, del *Museo de la novela de la Eterna*, se produce una curiosa inversión en la cronología, y Onetti sigue siendo el precursor solitario de estos embates contra el sistema realista de representación. Algunos ensayos de Borges y ciertos elementos aislados de algunos de sus cuentos (la deliberada identificación del autor-narrador-protagonista de *El aleph* por ejemplo) abordan el problema, pero es Onetti en *La vida breve*, a finales de la década del cincuenta, quien lo introduce no como mero concepto, sino en el plano formal de la novela.

Estas novelas breves no se agotan, por cierto, en las primicias estructurales que ofrecen al lector. Un cuadro apasionado y viviente se despliega en ellas; la desgracia y la crueldad, la resignación y el fracaso, la rabia y la autodestrucción son sus temas predilectos, pero también el amor, la culpa, la nostalgia, y, sobre todo, la compasión. Un personaje, chapaleando en las aguas chirles y oscuras de la más lúcida vileza, se abandona sin embargo a un último estremecimiento de piedad no únicamente por los hombres sino también por las fuerzas sin nombre

que rigen su destino: "Lástima por la existencia de los hombres, lástima por quien combina las cosas de esta manera torpe y absurda. Lástima por la gente que he tenido que engañar solo para seguir viviendo. Lástima (...) por todos los que no tienen de verdad el privilegio de elegir". Como los de toda gran literatura, los personajes de Onetti tienen un rostro que tarde o temprano terminamos por reconocer: es el de cada uno de nosotros.

EL POZO

Hace un rato me estaba paseando por el cuarto y se me ocurrió de golpe que lo veía por primera vez. Hay dos catres, sillas despatarradas y sin asiento, diarios tostados de sol, viejos de meses, clavados en la ventana en lugar de los vidrios.

Me paseaba con medio cuerpo desnudo, aburrido de estar tirado, desde mediodía, soplando el maldito calor que junta el techo y que ahora, siempre en las tardes, derrama adentro de la pieza. Caminaba con las manos atrás, oyendo golpear las zapatillas en las baldosas, oliéndome alternativamente cada una de las axilas. Movía la cabeza de un lado a otro, aspirando, y esto me hacía crecer, yo lo sentía, una mueca de asco en la cara. La barbilla, sin afeitarse, me rozaba los hombros.

Recuerdo que, antes que nada, evoqué una cosa sencilla. Una prostituta me mostraba el hombro izquierdo, enrojecido, con la piel a punto de rajarse, diciendo: "Date cuenta si serán hijos de perra. Vienen veinte por día y ninguno se afeita".

Era una mujer chica, con unos dedos alargados en las puntas, y lo decía sin indignarse, sin levantar la voz, en el mismo tono mimoso con que saludaba al abrir la puerta. No puedo acordarme de la cara; veo nada más que el hombro irritado por las barbas que se le habían estado frotando, siempre en ese hombro, nunca en el derecho, la piel colorada y la mano de dedos finos señalándola.

Después me puse a mirar por la ventana, distraído, buscando descubrir cómo era la cara de la prostituta. Las gentes del patio me resultaron más repugnantes que nunca. Estaban, como siempre, la mujer gorda lavando en la pileta, rezongando sobre la vida y el almacenero, mientras el hombre tomaba mate agachado, con el pañuelo blanco y amarillo colgándole frente al pecho. El chico andaba en cuatro patas, con las manos y el hocico embarrados. No tenía más que una camisa remangada y, mirándole el trasero, me dio por pensar en cómo había gente, toda en realidad, capaz de sentir ternura por eso.

Seguí caminando, con pasos cortos, para que las zapatillas golpearan muchas veces en cada paseo. Debe haber sido entonces que recordé que mañana cumplo cuarenta años. Nunca me hubiera podido imaginar así los cuarenta años, solo y entre la mugre, encerrado en la pieza. Pero esto no me dejó melancólico. Nada más que una sensación de curiosidad por la vida y un poco de admiración por su habilidad para desconcertar siempre. Ni siquiera tengo tabaco.

No tengo tabaco, no tengo tabaco. Esto que escribo son mis memorias.

Porque un hombre debe escribir la historia de su vida al llegar a los cuarenta años, sobre todo si le sucedieron cosas interesantes. Lo leí no sé dónde.

Encontré un lápiz y un montón de proclamas abajo de la cama de Lázaro, y ahora se me importa poco de todo, de la mugre y el calor y los infelices del patio. Es cierto que no sé escribir, pero escribo de mí mismo.

Ahora se siente menos calor y puede ser que de noche refresque. Lo difícil es encontrar el punto de partida. Estoy resuelto a no poner nada de la infancia. Como niño era un imbécil: solo me acuerdo de mí años después, en la estancia o en el tiempo de la Universidad. Podría hablar de Gregorio, el ruso que apareció muerto en el arroyo, de María Rita y el verano en Colonia. Hay miles de cosas y podría llenar libros.

Dejé de escribir para encender la luz y refrescarme los ojos que me ardían. Debe ser el calor. Pero ahora quiero algo distinto. Algo mejor que la historia de las cosas que me sucedieron. Me gustaría escribir la historia de un alma, de ella sola, sin los sucesos en que tuvo que mezclarse, queriendo o no. O los sueños. Desde alguna pesadilla, la más lejana que recuerde, hasta las aventuras en la cabaña de troncos. Cuando estaba en la estancia, soñaba muchas noches que un caballo blanco saltaba encima de la cama. Recuerdo que me decían que la culpa la tenía José Pedro porque me hacía reír antes de acostarme, soplando la lámpara eléctrica para apagarla.

Lo curioso es que, si alguien dijera de mí que soy “un soñador”, me daría fastidio. Es absurdo. He vivido como cualquiera o más. Si hoy quiero hablar de los sueños, no es porque no tenga otra cosa que contar. Es porque se me da la gana, simplemente. Y si elijo el sueño de la cabaña de troncos, no es porque tenga alguna razón especial. Hay otras aventuras más completas, más interesantes, mejor ordenadas. Pero me quedo con la de la cabaña porque me obligará a contar un prólogo, algo que me sucedió en el mundo de los hechos reales hace unos cuarenta años. También podría ser un plan el ir contando un “suceso” y un sueño. Todos quedaríamos contentos.

Aquello pasó un 31 de diciembre, cuando vivía en Capurro. No sé si tenía quince o dieciséis años; sería fácil determinarlo pensando un poco, pero no vale la pena. La edad de Ana María la sé sin vacilaciones: dieciocho años. Dieciocho años, porque murió unos meses después y sigue teniendo esa edad cuando abre por la noche la puerta de la cabaña y corre sin hacer ruido, a tirarse en la cama de hojas.

Era un fin de año y había mucha gente en casa. Recuerdo el champán, que mi padre estrenaba un traje nuevo y que yo estaba triste o rabioso, sin saber por qué, como siempre que hacían reuniones y barullo. Después de la comida los muchachos bajaron al jardín. (Me da gracia ver que escribí bajaron y no bajamos). Ya entonces nada tenía que ver con ninguno.

Era una noche caliente, sin luna, con un cielo negro lleno de estrellas. Pero no era el calor de esta noche en este cuarto, sino un calor que se movía entre los árboles y pasaba junto a uno como el aliento de otro que nos estuviera hablando o fuera a hacerlo.

Estaba sentado en unas bolsas de portland endurecido, solo, y a mi lado había un azadón con el mango blanco de cal. Oía los chillidos que estaban haciendo con unas cornetas compradas a propósito y que llegaron junto con el champán, para despedir el año. En casa tocaban música. Estuve mucho tiempo así, sin moverme, hasta que oí el ruido de pasos y vi a la muchacha que venía caminando por el sendero de arena.

Puede parecer mentira: pero recuerdo perfectamente que desde el momento en que reconocí a Ana María —por la manera de llevar un brazo separado del cuerpo y la inclinación de la cabeza— supe todo lo que iba a pasar esa noche. Todo menos el final, aunque esperaba una cosa con el mismo sentido.

Me levanté y fui caminando para alcanzarla, con el plan totalmente preparado, sabiéndolo, como si se tratara de alguna cosa que ya nos había sucedido y que era inevitable repetir. Retrocedió un poco cuando la tomé del brazo; siempre me tuvo antipatía o miedo.

—Hola.

—Hola.

Yo le hablaba de Arsenio, bromeando. Ella estaba cada vez más fría, apurando el paso, buscando las calles entre los árboles. Cambié en seguida de táctica y me puse a elogiar a Arsenio con una voz seria y amistosa. Desconfió un momento, nada más. Empezó a reírse a cada palabra, tirando la cabeza para atrás. A ratos se olvidaba y me iba golpeando con el hombro al caminar, dos o tres veces seguidas. No sé a qué olía el perfume que se había puesto. Le dije la mentira sin mirarla, seguro de que iba a creerla. Le dije que Arsenio estaba en la casita del jardinero, en la pieza del frente, fumando en la ventana, solo. (Por qué no hubo nunca ningún sueño de algún muchacho fumando solo de noche, así, en una ventana, entre los árboles). Nos combinamos para entrar por la puerta del fondo y sorprenderlo. Ella iba adelante, un poco agachada para que no pudieran verla, con mil precauciones para no hacer ruido al pisar las hojas. Podía mirarle los brazos

desnudos y la nuca. Debe haber alguna obsesión ya bien estudiada que tenga como objeto la nuca de las muchachas, las nuca un poco hundidas, infantiles, con el vello que nunca se logra peinar. Pero entonces yo no la miraba con deseo. Le tenía lástima, compadeciéndola por ser tan estúpida, por haber creído en mi mentira, por avanzar así, ridícula, doblada, sujetando la risa que le llenaba la boca por la sorpresa que íbamos a darle a Arsenio.

Abrí la puerta, despacio. Ella entró la cabeza; y el cuerpo, solo, tomó por un momento algo de la bondad y la inocencia de un animal. Se volvió para preguntarme, mirándome. Me incliné, casi le tocaba la oreja: —¿No te dije que en el frente? En la otra pieza.

Ahora estaba seria y vacilaba, con una mano apoyada en el marco, como para tomar impulso y disparar. Si lo hubiera hecho, yo tendría que quererla toda la vida. Pero entró; yo sabía que iba a entrar y todo lo demás. Cerré la puerta. Había una luz de farol filtrada por la ventana que sacaba de la sombra la mesa cuadrada, con un hule blanco, la escopeta colgada en la pared, la cortina de cretona que separaba los cuartos.

Ella me tocó la mano y la dejó en seguida. Caminó en puntas de pie hasta la cortina y la apartó de un manotazo. Yo creo que comprendió todo de golpe, sin proceso, de la misma manera que yo lo había concebido. Dio media vuelta y vino corriendo, desesperada, hasta la puerta.

Ana María era grande. Es larga y ancha todavía cuando se extiende en la cabaña y la cama de hojas se hunde con su peso. Pero en aquel tiempo yo nadaba todas las mañanas en la playa; y la odiaba. Tuvo, además, la mala suerte de que el primer golpe me diera en la nariz. La agarré del cuello y la tumbé. Encima suyo, fui haciendo girar las piernas, cubriéndola, hasta que no pudo moverse. Solamente el pecho, los grandes senos, se le movían desesperados de rabia y de cansancio. Los tomé, uno en cada mano, retorciéndolos. Pudo zafar un brazo y me clavó las uñas en la cara. Busqué entonces la caricia más humillante, la más odiosa. Tuvo un salto y se quedó quieta en seguida, llorando, con el cuerpo flojo. Yo adivinaba que estaba llorando sin hacer gestos. No tuve nunca, en ningún momento, la intención de violarla; no tenía ningún deseo por ella. Me levanté, abrí la puerta y salí afuera. Me recosté en la pared para esperarla. Venía música de la casa y me puse a silbarla, acompañándola.

Salió despacio. Ya no lloraba y tenía la cabeza levantada, con un gesto que no le había notado antes. Caminó unos pasos, mirando el suelo como si buscara algo. Después vino hasta casi rozarme. Movía los ojos de arriba abajo, llenándome la cara de miradas, desde la frente hasta la boca. Yo esperaba el golpe, el insulto, lo

que fuera, apoyado siempre en la pared, con las manos en los bolsillos. No silbaba, pero iba siguiendo mentalmente la música. Se acercó más y me escupió, volvió a mirarme y se fue corriendo.

Me quedé inmóvil y la saliva empezó a correrme, enfriándose, por la nariz y la mejilla. Luego se bifurcó a los lados de la boca. Caminé hasta el portón de hierro y salí a la carretera. Caminé horas, hasta la madrugada, cuando el cielo empezaba a clarear. Tenía la cara seca.

En el mundo de los hechos reales, yo no volví a ver a Ana María hasta seis meses después. Estaba de espaldas, con los ojos cerrados, muerta, con una luz que hacía vacilar los pasos y que le movía apenas la sombra de la nariz. Pero ya no tengo necesidad de tenderle trampas estúpidas. Es ella la que viene por la noche, sin que yo la llame, sin que sepa de dónde sale. Afuera cae la nieve y la tormenta corre ruidosa entre los árboles. Ella abre la puerta de la cabaña y entra corriendo. Desnuda, se extiende sobre la arpillera de la cama de hojas.

Pero la aventura merece, por lo menos, el mismo cuidado que el suceso de aquel fin del año. Tiene siempre un prólogo, casi nunca el mismo. Es en Alaska, cerca del bosque de pinos donde trabajo. O en Klondike, en una mina de oro. O en Suiza, a miles de metros de altura, en un chalet donde me he escondido para poder terminar en paz mi obra maestra. (Era en un sitio semejante donde estaba Ivan Bunin, muy pobre, cuando a fines de un año le anunciaron que le habían dado el Premio Nobel). Pero, en todo caso, es un lugar con nieve. Otra advertencia: no sé si cabaña y choza son sinónimos; no tengo diccionario y mucho menos a quien preguntar. Como quiero evitar un estilo pobre, voy a emplear las dos palabras, alternándolas.

En Alaska, estuve aquella noche, hasta las diez, en la taberna del Doble Trébol. Hemos pasado la noche jugando a las cartas, fumando y bebiendo. Somos los cuatro de siempre. Wright, el patrón; el *sheriff* Maley, y Raymond, *el Rojo*, siempre impasible y chupando una larga pipa. Nos reímos por las trampas de Maley, que es capaz de jugar un póker de ases contra *un full* al as. Pero nunca nos enojamos; se juega por monedas y solo buscamos pasar una noche amable y juntos. A las diez, puntualmente, me levanto, pago mi gasto y comienzo a vestirme. Hay que ponerse nuevamente la chaqueta de pieles, el gorro, los guantes, recoger el

revólver. Tomo un último trago para defenderme del frío de afuera, saludo y me vuelvo a casa en el trineo. Algunas veces intentan asaltarme o descubro ladrones en el aserradero. Pero por lo general este viaje no tiene interés y hasta he llegado a suprimirlo, conservando apenas un breve momento en que levanto la cara hacia el cielo, la boca apretada y los ojos entrecerrados, pensando en que muy pronto tendremos una tormenta de nieve y puede sorprenderme en camino. Diez años en Alaska me dan derecho a no equivocarme. Azuzo los perros y sigo.

Después estoy en la cabaña. Cierro la puerta —sin trancarla, claro— y me acuclillo frente a la chimenea para encenderla. Lo hago en seguida; en la aventura de las diez mil cabezas de ganado, un indio me enseñó un sistema para hacer fuego rápidamente, aun al aire libre. Miro el movimiento del fuego y acerco el pecho al calor, las manos y las orejas. Por un momento quedo inmóvil, casi hipnotizado sin ver, mientras el fuego ondea delante de mis ojos, sube, desaparece, vuelve a alzarse bailando, iluminando mi cara inclinada, moldeándola con su luz roja hasta que puedo sentir la forma de mis pómulos, la frente, la nariz, casi tan claramente como si me viera en un espejo, pero de una manera más profunda. Es entonces que la puerta se abre y el fuego se aplasta como un arbusto, retrocediendo temeroso ante el viento que llena la cabaña. Ana María entra corriendo. Sin volverme, sé que es ella y que está desnuda. Cuando la puerta vuelve a cerrarse, sin ruido, Ana María está ya en la cama de hojas esperando.

Despacio, con el mismo andar cauteloso con el que me acerco a mirar los pájaros de la selva, cuando se bañan en el río, camino hasta la cama. Desde arriba, sin gestos y sin hablarle, miro sus mejillas que empiezan a llenarse de sangre, las mil gotitas que le brillan en el cuerpo y se mueven con las llamas de la chimenea, los senos que parecen oscilar, como si una luz de cirio vacilara, conmovida por pasos silenciosos. La cara de la muchacha tiene entonces una mirada abierta, franca, y me sonrío abriendo apenas los labios.

Nunca nos hablamos. Lentamente, sin dejar de mirarla, me siento en el borde de la cama y clavo los ojos en el triángulo negro donde aún brilla la tormenta. Es entonces, exactamente, que empieza la aventura. Esta es la aventura de la cabaña de troncos.

Miro el vientre de Ana María, apenas redondeado; el corazón empieza a saltarme enloquecido y muerdo con toda mi fuerza el caño de la pipa. Porque suavemente los gruesos muslos se ponen a temblar, a estremecerse, como dos brazos de agua que rozara el viento, a separarse, después, apenas, suavemente. Debe estar afuera retorciéndose la tormenta negra, girando entre los árboles lustrosos. Yo siento el calor de la chimenea en la espalda, manteniendo fijos los ojos

en la raya que separa los muslos, sinuosa, que se va ensanchando como la abertura de una puerta que el viento empujara, alguna noche en la primavera. A veces, siempre inmóvil, sin un gesto, creo ver la pequeña ranura del sexo, la débil y confusa sonrisa. Pero el fuego baila y mueve las sombras, engañoso. Ella continúa con las manos debajo de la cabeza, la cara grave, moviéndose solamente en el balanceo perezoso de las piernas.

Bajé a comer. Las mismas caras de siempre, calor en las calles cubiertas de banderas y un poco de sal de más en la comida. Conseguí que Lorenzo me fiara un paquete de tabaco. Según la radio del restaurante, Italia movilizó medio millón de hombres hacia la frontera con Yugoslavia; parece que habrá guerra. Recién ahora me acuerdo de la existencia de Lázaro y me parece raro que no haya vuelto todavía. Estará preso por borracho o alguna máquina le habrá llevado la cabeza en la fábrica. También es posible que tenga alguna de sus famosas reuniones de célula. Pobre hombre. Releo lo que acabo de escribir, sin prestar mucha atención, porque tengo miedo de romperlo todo. Hace horas que escribo y estoy contento porque no me canso ni me aburro. No sé si esto es interesante, tampoco me importa.

Allí acaba la aventura de la cabaña de troncos. Quiero decir que es eso, nada más que eso. Lo que yo siento cuando miro a la mujer desnuda en el camastro no puede decirse, yo no puedo, no conozco las palabras. Esto, lo que siento, es la verdadera aventura. Parece idiota, entonces, contar lo que menos interés tiene. Pero hay belleza, estoy seguro, en una muchacha que vuelve inesperadamente, desnuda, una noche de tormenta, a guarecerse en la casa de leños que uno mismo se ha construido, tantos años después, casi en el fin del mundo.

Solo dos veces hablé de las aventuras con alguien. Lo estuve contando sencillamente, con ingenuidad, lleno de entusiasmo, como contaría un sueño extraordinario si fuera un niño. El resultado de las dos confidencias me llenó de asco. No hay nadie que tenga el alma limpia, nadie ante quien sea posible desnudarse sin vergüenza. Y ahora que todo está aquí, escrito, la aventura de la cabaña de troncos, y que tantas personas como se quiera podrían leerlo...

Cordes, primero, y después aquella mujer del Internacional. Claro que no puedo tenerles rencor y si hubo humillación fue tan poca y olvidada tan pronto que no tiene importancia. Sin proponérmelo, acudí a las únicas dos clases de gente que podrían comprender. Cordes es un poeta; la mujer, Ester, una prostituta. Y sin embargo...

Hay dos cosas que quiero aclarar, de una vez por todas. Desgraciadamente, es necesario. Primero, que si bien la aventura de la cabaña de troncos es erótica, acaso demasiado, es entre mil, nada más. Ni sombra de mujer en las otras. Ni en “El regreso de Napoleón”, ni en “ La Bahía de Arrak”, ni en “Las acciones de John Morhouse”. Podría llenar un libro con títulos. Tampoco podría decirse que tengo preferencia por ninguna entre ellas. Viene la que quiere, sin violencias, naciendo de nuevo en cada visita. Y después, que no se limita a eso mi vida, que no me paso el día imaginando cosas. Vivo. Ayer mismo volví con Hanka a los reservados del Forte Makallé. Me acuerdo que sentí una tristeza cómica por mi falta de “espíritu popular”. No poder divertirme con las leyendas de los carteles, saber que había allí una forma de la alegría, y saberlo, nada más.

Estábamos solos, ni siquiera vecinos para escuchar como la otra tarde, con aquella voz de mujer que decía: —Y bueno, porque soy una arrastrada es que no me gusta ver rodar a otras. No te estés alabando, como si los que tuvieran los pieses más grandes fueran los que mejor jugaran al fútbol. Yo sé lo que digo. Mirá que un hombre que quiere no mata, le hagan lo que le hagan.

No podíamos verle la cara. Aquello era un lío entre prostitutas y *macrós*, donde había que resolver si la mujer que deja a Juan para irse con Pedro tiene o no derecho a llevarse las ropas que le regaló Juan. Y si Pedro puede aceptarla con las ropas. La mujer me dio una impresión vulgar de inteligencia. Todos se guían por razones de conveniencia; pero esta gente discutía un punto de honor, honor de clan: si era o no “de macho” aceptar a una mujer con ropas que otro le había comprado. Eran dos parejas y una salió dos o tres veces para que los que quedaban pudieran discutir con libertad.

Mientras entraban las palabras de los vecinos entre las cañas de los reservados, era necesario acariciar a Hanka, recordando lo que hago cuando tengo deseo. Y esta tarde sucedió lo mismo. Lo absurdo no es estar aburriéndose con ella, sino haberla desvirginizado, hace treinta días apenas. Todo es cuestión de espíritu, como el pecado. Una mujer quedará cerrada eternamente para uno, a pesar de todo, si uno no la poseyó con espíritu de forzador.

Entraba mucho frío en el reservado con cerco de cañas y enredaderas. Me acuerdo de que las voces que llegaban traían una sensación de soledad, de pampa despoblada. Había un caño embutido en la pared de ladrillos, bastante estropeada. La botella de cerveza estaba vacía, la mesa y las sillas, de hierro, sucias de polvo y llenas de manchas. ¿Por qué me fijaba en todo aquello, yo, a quien nada le importa la miseria, ni la comodidad, ni la belleza de las cosas?

Claro que terminamos hablando de literatura. Hanka dijo cosas con sentido

sobre la novela y la musicalización de la novela. Qué fuerza de realidad tienen los pensamientos de la gente que piensa poco y, sobre todo, que no divaga. A veces dicen “buenos días”, pero de qué manera tan inteligente. También hablamos de la vida. Hanka tiene trescientos pesos por mes o algo parecido. Le tengo muchísima lástima. Yo estaba tranquilo y le dije que todo me importaba un corno, que tenía una indiferencia apacible por todo. Ella dijo que Huxley era un cerebro que vivía separado del cuerpo, como el corazón de pollo que cuidan Lindbergh y el doctor Alex Carrel; después me preguntó: —Pero, ¿por qué no acepta que nunca ya volverá a enamorarse?

Era cierto; yo no quiero aceptarlo porque me parece que perdería el entusiasmo por todo, que la esperanza vaga de enamorarme me da un poco de confianza en la vida. Ya no tengo otra cosa que esperar. Hanka tiene veinte años; al final le vino una crisis de ternura y me obligó a aceptarle el hombro como almohada. Se imaginaría que soportaba, además de mi cabeza, algo así como una desesperanza infinita o vaya a saber qué. Después en la rambla, le dije que nuestra relación era una cosa ridícula y que era mejor no vernos más. Entonces me contestó que tenía razón, pensándolo bien, y que iba a buscarse un hombre que sea como un animal. No quise decirle nada, pero la verdad es que no hay gente así, sana como un animal. Hay solamente hombres y mujeres que son unos animales.

Hanka me aburre; cuando pienso en las mujeres... Aparte de la carne, que nunca es posible hacer de uno por completo, ¿qué cosa de común tienen con nosotros? Solo podría ser amigo de Electra. Siempre me acuerdo de una noche en que estaba borracho y me puse a charlar con ella mirando una fotografía. Tiene la cara como la inteligencia, un poco desdeñosa, fría, oculta y sin embargo libre de complicaciones. A veces me parece que es un ser perfecto y me intimida; solo las cosas sentimentales más viven cuando estoy al lado de ella. Es todo un poco nebuloso, tristón, como si estuviera contento, bien arropado y con algo de ganas de llorar.

¿Por qué hablaba de comprensión, unas líneas antes? Ninguna de esas bestias puede comprender nada. Es como una obra de arte. Hay solamente un plano donde puede ser entendida. Lo malo es que el ensueño no trasciende, no se ha inventado la forma de expresarlo, el surrealismo es retórica. Solo uno mismo, en la zona de ensueño de su alma, algunas veces. ¿Qué significa que Ester no haya comprendido, que Cordes haya desconfiado? Lo de Ester, lo que me sucedió con ella, interesa porque, en cuanto yo hablé del ensueño, de la aventura (creo que era la misma, esta de la cabaña de troncos) todo lo que había pasado antes, y hasta mi

relación con ella desde meses atrás, quedó alterado, lleno, envuelto por una niebla bastante espesa, como la que está rodeando, impenetrable, al recuerdo de las cosas soñadas.

No sé si hace más o menos de un año. Fue en los días en que terminaba el juicio, creo que estaban por dictar sentencia. Todavía estaba empleado en el diario y me iba por las noches al Internacional, en Juan Carlos Gómez, cerca del puerto. Es un bodegón oscuro, desagradable, con marineros y mujeres. Mujeres para marineros, gordas de piel marrón, grasientas, que tienen que sentarse con las piernas separadas y se ríen de los hombres que no entienden el idioma, sacudiéndose, una mano de uñas negras desparramada en el pañuelo de colorinches que les rodea el pescuezo. Porque cuello tienen los niños y las doncellas.

Se ríen de los hombres rubios, siempre borrachos que tararean canciones incomprensibles, hipando, agarrados a las manos de las mujeronas sucias. Contra la pared del fondo se extienden las mesas de los malevos, atentos y melancólicos, el pucho en la boca, comentando la noche y otras noches viejas que a veces aparecen, en el aserrín fangoso, casi siempre, en cuanto el tiempo es de lluvia y los muros se ahuecan y encierran como el viento de una bodega.

Ester costaba dos pesos, uno para ella y otro para el hotel. Ya éramos amigos. Me saludaba desde la mesa moviendo dos dedos en la sien, daba unas vueltas acariciando cabezas de borracho y saludándose gravemente con las mujeres y venía a sentarse conmigo. Nunca habíamos salido juntos. Era tan estúpida como las otras, avara, mezquina, acaso un poco menos sucia. Pero más joven y los brazos, gruesos y blancos, se dilataban lechosos en la luz del cafetín, sanos y graciosos, como si al hundirse en la vida hubiera alzado las manos en un gesto desesperado de auxilio, manoteando como los ahogados y los brazos hubieran quedado atrás, lejos en el tiempo, brazos de muchacha despegados del cuerpo largo nervioso, que ya no existía.

—¿Qué hacés, loco?

—Nada... aquí andamos. Pago un té. Y nada más.

—Yo no te pedí nada, atorrante.

Riéndose me daba un manotón en el ala del sombrero recostándolo en la nuca. Los hombros extraordinariamente más gruesos que los brazos, redondos y salientes como los hombros de un boxeador, pero blancos, lisos, llenos de polvo y perfumes. Llamaba al mozo y pedía un guindado.

Una noche —era también una noche de lluvia y las mesas del fondo estaban llenas y silenciosas, hoscas—, mientras un muchacho que se movía como una mujer se reía tocando valeses en el piano con un medio litro que alzaba de vez en cuando, manteniendo la música ensordinada con un dedo solo y bebía riendo: — ¡Cheerio!

Esa noche le dije que nunca me iría con ella pagándole, era demasiado linda para eso, tan distinta de todas aquellas mujeres gordas y espesas.

—Mujeres para marineros; y yo, gracias a dios...

La voz del muchacho en el piano, cuando decía “¡Cheerio!” con el medio litro en el aire, era también de mujer.

¿Qué podía pensar ella? Por otra parte, es posible que yo no haya sido sincero y le haya dicho aquello porque sí, como una broma. Pero Ester encogió los hombros haciendo una mueca cínica, sin relación alguna con sus brazos, una mueca que descubriría repentinamente, como un secreto de familia guardado con tenacidad, su parentesco con las mujeres de piel oscura que se reían balanceándose en las sillas.

—¡Vamos, m’hijo! Si me viste cara de otaria...

Desde entonces me propuse tenerla gratis. No le hablaba nunca de eso, no le pedí nada. Cuando ella me invitaba a salir, movía la cabeza con aire triste.

—No. Pagando nunca. Comprendé que con vos no puede ser así.

Me insultaba y se iba. Cada vez venía menos por mi mesa. Algunas noches —estaba borracha entonces con frecuencia y acaso enferma, cada vez más gastada, ordinaria, mientras los brazos y sobre todo los hombros redondos y empolvados pasaban como chorros de leche entre las mesas, resbalando en la luz pobre del salón— ni siquiera me saludaba. Cada vez me interesaba menos el asunto y seguía yendo por costumbre, porque no tenía amigos ni nada que hacer y a las tres de la mañana, cuando terminaba el trabajo en el diario, me sentía sin fuerzas para irme a la pieza, solo.

Por aquel tiempo no venían sucesos a visitarme a la cama antes del sueño; las pocas imágenes que llegaban eran idiotas. Ya las había visto en el día o un poco antes. Se repetían caras de gentes que no me interesaban, ubicadas en sitios sin misterios. Estaba por fallarse el divorcio; habían abierto el juicio a prueba y yo fui solamente una vez. No podía soportarlo. Me era indiferente el resultado de aquello, resuelto a no vivir más con Cecilia: ¿y qué diablo podía importarme que un asno cualquiera la declarara culpable a ella o a mí? Ya no se trataba de nosotros. Viejos,

cansados, sabiendo menos de la vida a cada día, estábamos fuera de la cuestión. Es siempre la absurda costumbre de dar más importancia a las personas que a los sentimientos. No encuentro otra palabra. Quiero decir: más importancia al instrumento que a la música.

Había habido algo maravilloso creado por nosotros. Cecilia era una muchacha, tenía trajes con flores de primavera, unos guantes diminutos y usaba pañuelos de telas transparentes que llevaban dibujos de niños bordados en las esquinas. Como un hijo el amor había salido de nosotros. Lo alimentábamos, pero él tenía su vida aparte. Era mejor que ella, mucho mejor que yo. ¿Cómo querer compararse con aquel sentimiento, aquella atmósfera que, a la media hora de salir de casa me obligaba a volver, desesperado, para asegurarme de que ella no había muerto en mi ausencia? Y Cecilia, que puede distinguir los diversos tipos de carne de vaca y discutir seriamente con el carnicero cuando la engaña, ¿tiene algo que ver con aquello que la hacía viajar en el ferrocarril con lentes oscuros, todos los días, poco tiempo antes de que nos casáramos, “porque nadie debía ver los ojos que me habían visto desnudo”?

El amor es maravilloso y absurdo e, incomprensiblemente, visita a cualquier clase de almas. Pero la gente absurda y maravillosa no abunda; y las que lo son, es por poco tiempo, en la primera juventud. Después comienzan a aceptar y se pierden.

He leído que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos. Pero muere siempre; terminan siendo todas iguales, con un sentido práctico hediondo, con sus necesidades materiales y un deseo ciego y oscuro de parir un hijo. Piénsese en esto y se sabrá por qué no hay grandes artistas mujeres. Y si uno se casa con una muchacha y un día despierta al lado de una mujer, es posible que comprenda, sin asco, el alma de los violadores de niñas y el cariño baboso de los viejos que esperan con chokolatines en las esquinas de los liceos.

El amor es algo demasiado maravilloso para que uno pueda andar preocupándose por el destino de dos personas que no hicieron más que tenerlo, de manera inexplicable. Lo que pudiera suceder con don Eladio Linacero y doña Cecilia Huerta de Linacero no me interesa. Basta escribir los nombres para sentir lo ridículo de todo esto. Se trataba del amor y esto ya estaba terminado, no había primera ni segunda instancia, era un muerto antiguo. Qué más da el resto. Pero en el sumario hay algo que no puedo olvidar. No trato de justificarme; pueden escribir

lo que quieran las ratas del juzgado. Toda la culpa es mía: no me interesa ganar dinero ni tener una casa confortable, con radio, heladera, vajilla y un *watercló* impecable. El trabajo me parece una estupidez odiosa a la que es difícil escapar. La poca gente que conozco es indigna de que el sol le toque en la cara. Allá ellos, todo el mundo y doña Cecilia Huerta de Linacero.

Pero en el sumario se cuenta que una noche desperté a Cecilia, “la obligué a vestirse con amenazas y la llevé hasta la intersección de la rambla y la calle Eduardo Acevedo”. Allí, “me dediqué a actos propios de un anormal, obligándola a alejarse y venir caminando hasta donde estaba yo, varias veces, y a repetir frases sin sentido”. Se dice que hay varias maneras de mentir; pero la más repugnante de todas es decir la verdad, toda la verdad, ocultando el alma de los hechos. Porque los hechos son siempre vacíos, son recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene.

Aquella noche nos habíamos acostado sin hablarnos. Yo estuve leyendo, no sé qué, y a veces, de reojo, veía dormirse a Cecilia. Ella tenía una expresión lenta, dulce, casi risueña, una expresión de antes, de cuando se llamaba Ceci, para la que yo había construido una imagen exacta que ya no podía ser recordada. Nunca pude dormirme antes que ella. Dejé el libro y me puse a acariciarla con un género de caricia monótona que apresura el sueño. Siempre tuve miedo de dormir antes que ella, sin saber la causa. Aún adorándola, era algo así como dar la espalda a un enemigo. No podía soportar la idea de dormirme y dejarla a ella en la sombra, lúcida, absolutamente libre, viva aún. Esperé a que se durmiera completamente, acariciándola siempre, observando cómo el sueño se iba manifestando por estremecimientos repentinos de las rodillas y el nuevo olor, extraño, apenas tenebroso, de su aliento. Después apagué la luz y me di vuelta esperando, abierto al torrente de imágenes.

Pero aquella noche no vino ninguna aventura para recompensarme el día. Debajo de mis párpados se repetía, tercamente, una imagen ya lejana. Era, precisamente, la rambla a la altura de Eduardo Acevedo, una noche de verano, antes de casarnos. Yo la estaba esperando apoyado en la baranda metido en la sombra que olía intensamente a mar. Y ella bajaba la calle en pendiente, con los pasos largos y ligeros que tenía entonces, con un vestido blanco y un pequeño sombrero caído contra una oreja. El viento la golpeaba en la pollera, trabándole los pasos, haciéndola inclinarse apenas, como un barco de vela que viniera hacia mí desde la noche. Trataba de pensar en otra cosa; pero, apenas me abandonaba, veía la calle desde la sombra de la muralla y la muchacha, Ceci, bajando con un vestido

blanco.

Entonces tuve aquella idea idiota como una obsesión. La desperté, le dije que tenía que vestirse de blanco y acompañarme. Había una esperanza, una posibilidad de tender redes y atrapar el pasado y la Ceci de entonces. Yo no podía explicarle nada; era necesario que ella fuera sin plan, no sabiendo para qué. Tampoco podía perder tiempo, la hora del milagro era aquella, en seguida. Todo esto era demasiado extraño y yo debía tener cara de loco. Se asustó y fuimos. Varias veces subió la calle y vino hacia mí con el vestido blanco donde el viento golpeaba haciéndola inclinarse. Pero allá arriba, en la calle empinada, su paso era distinto, reposado y cauteloso, y la cara que acercaba al atravesar la rambla debajo del farol era seria y amarga. No había nada que hacer y nos volvimos.

Pero esto tampoco tiene que ver con lo que me interesa decir. Creo que Cecilia volvió a casarse y es posible que sea feliz. Estaba contando la historia de Ester. El desenlace fue, también, en una noche de lluvia, sin barcos en el puerto. El cafetín estaba casi vacío. Vino a mi mesa y estuvo cerca de una hora sin hablar. No había música. Después se rió y me dijo: —Si vos no querés ir conmigo pagando, no me vas a pagar nada. ¿No es lo mejor?

Sacó un peso y pagó los guindados que había tomado. No le hice caso. Al rato me dijo: —Decí... ¿y si yo me hiciera la loca?

—¿A ver?

—Y bueno, sos un cabeza dura. A porfiado nadie te gana. Si querés, vamos.

—No quiero líos. ¿Gratis?

—Sí, pero no te creas que se te hace el campo orégano. Es la última vez. Mirá: con vos no voy más ni aunque me pagues.

Yo no tenía ningún interés. Pero no había otro remedio y salimos. Ella tenía el abrigo sobre los hombros y caminaba con la cabeza baja por las veredas relucientes de agua. El hotel estaba en Liniers, frente al mercado. Seguía lloviznando, no tomamos coche y así fuimos en silencio. Cuando llegamos ella tenía la cabeza empapada. Se sacudía la melena frente al espejo, mostrando los dientes, sin mover los grandes hombros blancos. La veladora tenía una luz azul. Recuerdo que estuvo temblando un rato al lado mío y tenía el cuerpo helado, con la piel áspera y erizada.

Cuando se estaba vistiendo le dije —nunca supe por qué— desde la cama:

—¿Nunca te da por pensar cosas, antes de dormirte o en cualquier sitio,

cosas raras que te gustaría que te pasaran...?

Tengo, vagamente, la sensación de que, al decir aquello, le pagaba en cierta manera. Pero no estoy seguro. Ella dijo alguna estupidez, bostezando, otra vez frente al espejo. Por un rato estuve callado mirando al techo, oyendo el rumor de la lluvia en el balcón. Llegaba el ruido de carros pesados y de gallos. Empecé a hablar, sin moverme, boca arriba, cerrando los ojos.

—Hace un rato estaba pensando que era en Holanda, todo alrededor, no aquí. Yo le digo Nederland por una cosa. Después te cuento. El balcón da a un río por donde pasan unos barcos como chalanas, cargados de madera, y todos llevan una capota de lona impermeable donde cae la lluvia. El agua es negra y las gabarras van bajando despacio sin hacer ruido, mientras los hombres empujan con los bicheros en el muelle. Aquí en el cuarto yo esperaba una noticia o una visita y yo me había venido desde allá para encontrarme con esa persona esta noche. Porque hace muchos años nos comprometimos para vernos esta noche en este hotel. Hay otras cosas, además. Una chalana está cargada de fusiles y quiero pasarlos de contrabando. Si todo va bien, yo dejo una luz azul como esta en los balcones y los de la chalana pasan abajo cantando en alemán, algo que dice “hoy mi corazón se hunde y nunca más...”. Todo va bien, pero yo no soy feliz. Me doy cuenta de golpe, ¿entendés?, que estoy en un país que no conozco, donde siempre está lloviendo y no puedo hablar con nadie. De repente me puedo morir aquí en la pieza del hotel...

—¿Pero por qué no reventás?

Había dejado de arreglarse el peinado y me miraba apoyada en el tocador con aire extraño.

—¿Se puede saber qué tomaste?

—Bueno. Pero decime si vos pensás así. Cualquier cosa rara.

—Siempre pensé que eras un caso... ¿Y no pensás a veces que vienen mujeres desnudas, eh? ¡Con razón no querías pagarme! ¿Así que vos...? ¡Qué punta de asquerosos!

Salió antes que yo y nunca volvimos a vernos. Era una pobre mujer y fue una imbecilidad hablarle de esto. A veces pienso en ella y hay una aventura en que Ester viene a visitarme o nos encontramos por casualidad, tomamos y hablamos como buenos amigos. Ella me cuenta entonces lo que sueña o imagina y son siempre cosas de una extraordinaria pureza, sencillas como una historieta para niños.

Estoy muy cansado y con el estómago vacío. No tengo idea de la hora. He fumado tanto que me repugna el tabaco y tuve que levantarme para esconder el paquete y limpiar un poco el piso. Pero no quiero dejar de escribir sin contar lo que sucedió con Cordes. Es muy raro que Lázaro no haya vuelto. A cada momento me parece que lo oigo en la escalera, borracho, dispuesto a reclamarme los catorce pesos con más furia que nunca. Es posible que haya caído preso y en este momento algunos negroides más brutos que él lo estén enloqueciendo a preguntas y golpes. Pobre hombre, lo desprecio hasta con las raíces del alma, es sucio y grosero, sin imaginación. Tiene una manera odiosa de tumbarse en la cama y hablar de los malditos catorce pesos que le debo, sin descanso, con voz monótona, esas eses espesas, las erres de la garganta, con su tono presuntuoso de hijo de una raza antigua, empapado de experiencia, para quien todos los problemas están resueltos. Lo odio y le tengo lástima; casi es viejo y vive cansado, no come todos los días y nadie podría imaginar las combinaciones que se le ocurren para conseguir tabaco. Y se levanta a veces de madrugada para sentarse junto a la luz que empieza, a leer bisbiseando libros de economía política.

Tiene algo de mono, doblado en el banco, los puños en la cabeza rapada, muequeando con la cara llena de arrugas y pelos, haciendo bizquear los ojos entre las cejas escasas y las grandes bolsas de las ojeras. Cuando estoy muy amargado, raras veces, me divierto discutiendo con él, tratando de socavar su confianza en la revolución con argumentos astutos, de una grosera mala fe, pero que el infeliz acepta como legítimos. Da ganas de reír, o de llorar, según el momento, el esfuerzo que tiene que hacer para que la lengua endurecida pueda ir traduciendo el desesperado trabajo de su cerebro para defender las doctrinas y los hombres.

Lo dejo hablar, que se enrede solo, mirándolo con una sonrisa burlona, frunciendo un poco la boca hacia el lado derecho. Esto lo exaspera y hace que se embrolle más rápidamente. Claro que esto no dura mucho. Es lástima porque me divierte. Lázaro pierde la paciencia, se enfurece y se pone a insultar.

—Mirá... Sos un desclasado, eso. Va, va... Sos más asqueroso que un chancho burgués. Eso.

Este es el momento oportuno para hablarle del lujo asiático en que viven los comisarios en el Kremlin y de la inclinación inmoral del gran camarada Stalin por las niñitas tiernas. (Tengo un recorte de no sé qué hediondo corresponsal de un diario norteamericano, donde habla de esos lujos asiáticos, de los niños matados a latigazos y de no sé cuanta otra imbecilidad. Es asombroso ver en qué se puede convertir la revolución rusa a través del cerebro de un comerciante yanqui; basta ver las fotos de las revistas norteamericanas, nada más que las fotos porque no sé

leerlas, para comprender que no hay pueblo más imbécil que ese sobre la tierra; no puede haberlo porque también la capacidad de estupidez es limitada en la raza humana. Y qué expresiones de mezquindad, qué profunda grosería asomando en las manos y en los ojos de sus mujeres, en toda esa chusma de Hollywood).

—Mirá, viejo. Me da lástima porque sos un tipo de buena fe. Son siempre los millones de otarios como vos los que van al matadero. Pensá un poquito en todos los judíos que forman la burocracia staliniana...

No se necesita más. El pobre hombre inventa el apocalipsis, me habla del día de la revolución (tiene una frase genial: “cada día falta menos...”), y me amenaza con colgarme, hacerme fusilar por la espalda, degollarme de oreja a oreja, tirarme al río.

Digo otra vez que me da mucha lástima. Pero el animal sabe también defenderse. Sabe llenarse la boca con una palabra y la hace sonar como si escupiera.

“¡Fra... casado!”.

La dice con la misma entonación burlona con que se insultan los chicos en la calle, y atrás de la palabra, en la garganta que resuena, está algo que me indigna más que todo en el mundo. Hay un acento extranjero —Checoslovaquia, Lituania, cualquier cosa por el estilo—, un acento extranjero que me hace comprender cabalmente lo que puede ser el odio racial. No sé bien si se trata de odiar a una raza entera, u odiar a alguno con todas las fuerzas de una raza.

Pero Lázaro no sabe lo que dice cuando me grita “fracasado”. No puede ni sospechar lo que contiene la palabra para mí. El pobre tipo me grita eso porque una vez al principio de nuestra relación se le ocurrió invitarme a una reunión con los camaradas. Trataba de convencerme usando argumentos que yo conocía desde hace veinte años, que hace veinte años me hastiaron para siempre. Juro que fui solamente por lástima, que nada más que una profunda lástima, un excesivo temor de herirlo, como si en su actitud y en su cabezota de mono hubiera algo indeciblemente delicado, me hizo acompañarlo a la famosa reunión de los camaradas.

Conocí mucha gente, obreros, gente de los frigoríficos, aporreada por la vida, perseguida por la desgracia de manera implacable, elevándose sobre la propia miseria de sus vidas para pensar y actuar en relación a todos los pobres del mundo. Habría algunos movidos por la ambición, el rencor o la envidia. Pongamos que muchos, que la mayoría. Pero en la gente del pueblo, la que es pueblo de manera legítima, los pobres, hijos de pobres, nietos de pobres, tienen siempre algo esencial incontaminado, algo hecho de pureza, infantil, candoroso, recio, leal, con

lo que siempre es posible contar en las circunstancias graves de la vida. Es cierto que nunca tuve fe; pero hubiera seguido contento con ellos, beneficiándome de la inocencia que llevaban sin darme cuenta. Después tuve que moverme en otros ambientes y conocer a otros individuos, hombres y mujeres, que acababan de ingresar en las agrupaciones. Era una avalancha.

No sé si la separación de clases es exacta y puede ser nunca definitiva. Pero hay en todo el mundo gente que compone la capa tal vez más numerosa de las sociedades. Se les llama "clase media", "pequeña burguesía". Todos los vicios de que pueden despojarse las demás clases son recogidos por ella. No hay nada más despreciable, más inútil. Y cuando a su condición de pequeños burgueses agregan la de "intelectuales", merecen ser barridos sin juicio previo. Desde cualquier punto de vista, búsquese el fin que se busque, acabar con ellos sería una obra de desinfección. En pocas semanas aprendí a odiarlos: ya no me preocupan, pero a veces veo casualmente sus nombres en los diarios, al pie de largas parrafadas imbéciles y el viejo odio se remueve y crece.

Hay de todo; algunos que se acercaron al movimiento para que el prestigio de la lucha revolucionaria o como quiera llamarse se reflejara un poco en sus maravillosos poemas. Otros, sencillamente, para divertirse con las muchachas estudiantes que sufrían, generosamente, del sarampión antiburgués de la adolescencia. Hay quien tiene un Packard de ocho cilindros, camisas de quince pesos y habla sin escrúpulos de la sociedad futura y la explotación del hombre por el hombre. Los partidos revolucionarios deben creer en la eficacia de ellos y suponer que los están usando. Es en el fondo un juego de toma y daca. Queda la esperanza de que, aquí y en cualquier parte del mundo, cuando las cosas vayan en serio, la primera precaución de los obreros sea desembarazarse, de manera definitiva, de toda esa morralla.

Me aparté en seguida y volví a estar solo. Es por eso que Lázaro me dice fracasado. Puede ser que tenga razón; se me importa un corno, por otra parte. Fuera de todo esto, que no cuenta para nada, ¿qué se puede hacer en este país? Nada, ni dejarse engañar. Si uno fuera una bestia rubia, acaso comprendiera a Hitler. Hay posibilidades para una fe en Alemania; existe un antiguo pasado y un futuro, cualquiera que sea. Si uno fuera un voluntarioso imbécil se dejaría ganar sin esfuerzos por la nueva mística germana. ¿Pero aquí? Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos.

Pero todo esto me aburre. Se me enfrían los dedos de andar entre fantasmas. Quiero contar aquella entrevista con Cordes; es también un ejemplo de intelectual y confieso que sigo admirándolo. Tiene talento, un instinto infalible, más bien, para guiarse entre los elementos poéticos y escoger en seguida, sin necesidad de arreglos ni remiendos. Es extraño que haya procedido, casi, con una torpeza mayor que la de Ester.

Recuerdo que en aquel tiempo andaba muy solo —solo a pesar mío— y sin esperanzas. Cada día la vida me resultaba más difícil. No había conseguido todavía el trabajo en el diario y me había abandonado, dejándome llevar, saliera lo que saliera. ¿Por qué los sucesos no vienen al que los espera y los está llamando con todo su corazón desde una esquina solitaria? Hasta las imaginaciones por la noche me resultaban amargas, y se desarrollaban faltas de espontaneidad, y ayudadas, hostigadas por mí.

Encontré a Cordes casualmente y vinimos por la noche a mi pieza. Habíamos estado tomando unas cañas, él compró cigarrillos y yo, felizmente, tenía un poco de té. Estuvimos hablando durante horas, en ese estado de dicha exaltada, y suave no obstante, que solo puede dar la amistad y hace que insensiblemente dos personas vayan apartando malezas y retorciendo caminos para poder coincidir y festejarlo con una sonrisa.

Hacía tiempo que no me sentía tan feliz, libre, hablando lleno de ardor, tumultuosamente, sin vacilaciones, seguro de ser comprendido, escuchando también con la misma intensidad, tratando de adivinar los pensamientos de Cordes por las primeras palabras de sus frases. Estábamos tomando el té, serían las dos de la mañana, acaso más, cuando Cordes me leyó unos versos suyos. Era un poema extraño, publicado después en una revista de Buenos Aires. Debo tener el recorte en alguna de las valijas, pero no vale la pena de ponerme a buscarlo ahora. Se llamaba “El pescadito rojo”. El título es desconcertante y también a mí me hizo sonreír. Pero hay que leer el poema. Cordes tiene mucho talento, es innegable. Me parecía fluctuante, indeciso, y acaso pudiera decirse de él que no había acabado de encontrarse. No sé qué hace ahora ni cómo es; he dejado de tener noticias suyas y desde aquella noche no volví a verlo, a pesar de que sabía dónde buscarlo.

Aquella noche dejé enfriar el té en mi vaso para escucharlo. Era un verso largo, como cuatro carillas escritas a máquina. Yo fumaba en silencio, con los ojos bajos, sin ver nada. Sus versos lograron borrar la habitación, la noche y al mismo Cordes. Cosas sin nombre, cosas que andaban por el mundo buscando un nombre, saltaban sin descanso de su boca, o iban brotando porque sí, en cualquier parte remota y palpable. Era —pensé después— un universo saliendo del fondo negro de

un sombrero de copa. Todo lo que pueda decir es pobre y miserable comparado con lo que dijo él aquella noche. Todo había desaparecido desde los primeros versos y yo estaba en el mundo perfecto donde el pescadito rojo disparaba en rápidas curvas por el agua verdosa del estanque, meciendo suavemente las algas y haciéndose como un músculo largo y sonrosado cuando llegaba a tocarlo el rayo de luna. A veces venía un viento fresco y alegre que me tocaba el pelo. Entonces las aguas temblaban y el pescadito rojo dibujaba figuras frenéticas, buscando librarse de la estocada del rayo de luna que entraba y salía del estanque, persiguiendo el corazón verde de las aguas. Un rumor de coro distante surgía de las conchas huecas, semihundidas en la arena del fondo.

Pasamos después mucho rato sin hablar. Me estuve quieto, mirando al suelo; cuando la sombra de la última imagen salió por la ventana, me pasé una mano por la cara y murmuré gracias. Él hablaba ya de otra cosa, pero su voz había quedado empapada con aquello y me bastaba oírlo para continuar vibrando con la historia del pescadito rojo. Me mortificaba la idea de que era forzoso retribuir a Cordes sus versos. ¿Pero qué ofrecerle de toda aquella papelería que llenaba mis valijas? Nada más lejos de mí que la idea de mostrar a Cordes que yo también sabía escribir. Nunca lo supo y nunca me preocupó. Todo lo escrito no era más que un montón de fracasos. Recordé de pronto la aventura de la bahía de Arrak. Me acerqué a Cordes, sonriendo, y le puse las manos en los hombros. Y le conté, vacilando al principio cómo vacilaba el barco al partir, embriagándome en seguida con mis propios sueños.

Las velas del *Gaviota* infladas por el viento, el sol en la cadena del ancla, las botas altas hasta las rodillas, los pies descalzos de los marineros, la marinería, las botellas de ginebra que sonaban contra los vasos en el camarote, la primera noche de tormenta, el motín en la hora de la siesta, el cuerpo alargado del ecuatoriano que ahorcamos al ponerse el sol. El barco sin nombre, el Capitán Olaff, la brújula del naufrago, la llegada a ciegas a la bahía de arena blanca que no figuraba en ningún mapa. Y la medianoche en que, formada la tripulación en cubierta, el capitán Olaff hizo disparar veintiún cañonazos contra la luna que, justamente veinte años atrás, había frustrado su entrevista de amor con la mujer egipcia de los cuatro maridos.

Hablaba rápidamente, queriendo contarlo todo, transmitir a Cordes el mismo interés que yo sentía. Cada uno da lo que tiene. ¿Qué otra cosa podía ofrecerle? Hablé lleno de alegría y entusiasmo, paseándome a veces, sentándome encima de la mesa, tratando de ajustar mi mímica a lo que iba contando. Hablé hasta que una oscura intuición me hizo examinar el rostro de Cordes. Fue como si, corriendo en la noche, me diera de narices contra un muro. Quedé humillado, entontecido. No era

la comprensión lo que había en su cara, sino una expresión de lástima y distancia. No recuerdo qué broma cobarde empleé para burlarme de mí mismo y dejar de hablar. Él dijo: —Es muy hermoso... Sí. Pero no entiendo bien si todo eso es un plan para un cuento o algo así.

Yo estaba temblando de rabia por haberme lanzado a hablar, furioso contra mí mismo por haber mostrado mi secreto.

—No, ningún plan. Tengo asco por todo, ¿me entiende? Por la gente, la vida, los versos con cuello almidonado. Me tiro en un rincón y me imagino todo eso. Cosas así y suciedades, todas las noches.

Algo estaba muerto entre nosotros. Me puse el saco y lo acompañé unas cuabras.

Estoy cansado; pasé la noche escribiendo y ya debe ser muy tarde. Cordes, Ester y todo el mundo, *mene frego*. Pueden pensar lo que les dé la gana, lo que deben limitarse a pensar. La pared de enfrente empieza a quedar blanca y algunos ruidos, recién despiertos, llegan desde lejos. Lázaro no ha venido y es posible que no lo vea hasta mañana. A veces pienso que esta bestia es mejor que yo. Que, a fin de cuentas, es él el poeta y el soñador. Yo soy un pobre hombre que se vuelve por las noches hacia la sombra de la pared para pensar cosas disparatadas y fantásticas. Lázaro es un cretino pero tiene fe, cree en algo. Sin embargo, ama a la vida y solo así es posible ser un poeta.

Apagué la luz y estuve un rato inmóvil. Tengo la sensación de que hace ya muchas horas que terminaron los ruidos de la noche; tantas, que debía estar ya el sol alto. El cansancio me trae pensamientos sin esperanza. Hubo un mensaje que lanzara mi juventud a la vida; estaba hecho con palabras de desafío y confianza. Se lo debe haber tragado el agua como a las botellas de los naufragos. Hace un par de años que creí haber encontrado la felicidad. Pensaba haber llegado a un escepticismo casi absoluto y estaba seguro de que me bastaría comer todos los días, no andar desnudo, fumar y leer algún libro de vez en cuando para ser feliz. Esto y lo que pudiera soñar despierto, abriendo los ojos a la noche retinta. Hasta me asombraba haber demorado tanto tiempo para descubrirlo. Pero ahora siento que mi vida no es más que el paso de fracciones de tiempo, una y otra, como el ruido de un reloj, el agua que corre, moneda que se cuenta. Estoy tirado y el tiempo pasa. Estoy frente a la cara peluda de Lázaro, sobre el patio de ladrillos, las gordas mujeres que lavan la pileta, los malevos que fuman con el pucho en los labios. Yo estoy tirado y el tiempo se arrastra, indiferente, a mi derecha y a mi izquierda.

Esta es la noche, quien no pudo sentirla así no la conoce. Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en la noche, atentos y sin comprender. Hay en el fondo, lejos, un coro de perros, algún gallo canta de vez en cuando, al norte, al sur, en cualquier parte ignorada. Las pitadas de los vigilantes se repiten sinuosas y mueren. En la ventana de enfrente, atravesando el patio, alguno ronca y se queja entre sueños. El cielo está pálido y tranquilo, vigilando los grandes montones de sombra en el patio. Un ruido breve, como un chasquido, me hace mirar hacia arriba. Estoy seguro de poder descubrir una arruga justamente en el sitio donde ha gritado una golondrina. Respiro el primer aire que anuncia la madrugada hasta llenarme los pulmones; hay una humedad fría tocándome la frente en la ventana. Pero toda la noche está, inapresable, tensa, alargando su alma fina y misteriosa en el chorro de la canilla mal cerrada, en la pileta de portland del patio. Esta es la noche. Yo soy un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad; la noche me rodea, se cumple como un rito, gradualmente, y yo nada tengo que ver con ella. Hay momentos, apenas, en que los golpes de mi sangre en las sienes se acompañan con el latido de la noche. He fumado mi cigarrillo hasta el fin, sin moverme.

Las extraordinarias confesiones de Eladio Linacero. Sonrío en paz, abro la boca, hago chocar los dientes y muerdo suavemente la noche. Todo es inútil y hay que tener por lo menos el valor de no usar pretextos. Me hubiera gustado clavar la noche en el papel como a una gran mariposa nocturna. Pero, en cambio, fue ella la que me alzó entre sus aguas como el cuerpo lívido de un muerto y me arrastra, inexorable, entre fríos y vagas espumas, noche abajo.

Esta es la noche. Voy a tirarme en la cama, enfriado, muerto de cansancio, buscando dormirme antes de que llegue la mañana, sin fuerzas ya para esperar el cuerpo húmedo de la muchacha en la vieja cabaña de troncos.

(1939)

LOS ADIOSES

A Idea Vilariño

Quisiera no haber visto del hombre, la primera vez que entró en el almacén, nada más que las manos; lentas, intimidadas y torpes, moviéndose sin fe, largas y todavía sin tostar, disculpándose por su actuación desinteresada. Hizo algunas preguntas y tomó una botella de cerveza, de pie en el extremo más sombrío del mostrador, vuelta la cara —sobre un fondo de alpargatas, el almanaque, embutidos blanqueados por los años— hacia afuera, hacia el sol del atardecer y la altura violeta de la sierra, mientras esperaba el ómnibus que lo llevaría a los portones del hotel viejo.

Quisiera no haberle visto más que las manos, me hubiera bastado verlas cuando le di el cambio de los cien pesos y los dedos apretaron los billetes, trataron de acomodarlos y, en seguida, resolviéndose, hicieron una pelota achatada y la escondieron con pudor en un bolsillo del saco; me hubieran bastado aquellos movimientos sobre la madera llena de tajos rellenos con grasa y mugre para saber que no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para curarse.

En general, me basta verlos y no recuerdo haberme equivocado; siempre hice mis profecías antes de enterarme de la opinión de Castro o de Gunz, los médicos que viven en el pueblo, sin otro dato, sin necesitar nada más que verlos llegar al almacén con sus valijas, con sus porciones diversas de vergüenza y de esperanza, de disimulo y de reto.

El enfermero sabe que no me equivoco; cuando viene a comer o a jugar a los naipes me hace siempre preguntas sobre las caras nuevas, se burla conmigo de Castro y de Gunz. Tal vez solo me adule, tal vez me respete porque hace quince años que vivo aquí y doce que me arreglo con tres cuartos de pulmón; no puedo decir por qué acierto, pero sé que no es por eso. Los miro, nada más a veces los escucho; el enfermero no lo entendería, quizás yo tampoco lo entienda del todo: adivino qué importancia tiene lo que dijeron, qué importancia tiene lo que vinieron a buscar, y comparo una con otra.

Cuando éste llegó en el ómnibus de la ciudad, el enfermero estaba comiendo en una mesa junto a la reja de la ventana; sentí que me buscaba con los ojos para

descubrir mi diagnóstico. El hombre entró con una valija y un impermeable; alto, los hombros anchos y encogidos, saludando sin sonreír porque su sonrisa no iba a ser creída y se había hecho inútil o contraproducente desde mucho tiempo atrás, desde años antes de estar enfermo. Lo volví a mirar mientras tomaba la cerveza, vuelto hacia el camino y la sierra; y observé sus manos cuando manejó los billetes en el mostrador, debajo de mi cara. Pero no pagó al irse, sino que se interrumpió y vino desde el rincón, lento, enemigo sin orgullo de la piedad, incrédulo, para pagarme y guardar sus billetes con aquellos dedos jóvenes envarados por la imposibilidad de sujetar las cosas. Volvió a la cerveza y a la calculada posición dirigida hacia el camino, para no ver nada, no queriendo otra cosa que no estar con nosotros, como si los hombres en mangas de camisa, casi inmóviles en la penumbra del declinante día de primavera, constituyéramos un símbolo más claro, menos eludible que la sierra que empezaba a mezclarse con el color del cielo.

—Incrédulo —le hubiera dicho al enfermero si el enfermero fuera capaz de comprender—. Incrédulo —me estuve repitiendo aquella noche, a solas. Esto es; exactamente incrédulo, de una incredulidad que ha ido segregando él mismo, por la atroz resolución de no mentirse. Y dentro de la incredulidad, una desesperación contenida sin esfuerzo, limitada, espontáneamente, con pureza, a la causa que la hizo nacer y la alimenta, una desesperación a la que está ya acostumbrado, que conoce de memoria. No es que crea imposible curarse, sino que no cree en el valor, en la trascendencia de curarse.

Tendría cerca de cuarenta años, y sus gestos, algunos abandonos que delataban la inmadurez. Cuando salió para tomar el ómnibus, el enfermero dejó de mirarme, alzó el vaso de vino y se volvió hacia la ventana.

—¿Y éste? ¿Se vuelve caminando o con las patas para adelante? Si está enfermo y va al hotel, lo atenderá Gunz. Tengo que preguntarle.

Lo decía en broma o tal vez pensara asegurarse las posibles inyecciones. Me hubiera gustado sentarme a tomar vino con él y decirle algo de lo que había visto y adivinado. Tenía tiempo: el ómnibus no había traído ningún pasajero y era la hora en que comenzaban a proyectar las comidas en las casitas de la sierra. Deseaba conversar y el enfermero me estaba invitando, sonriendo sobre el vaso y el plato. Pero no salí de atrás del mostrador; me puse a quitar polvo de unas latas y apenas hablé.

—Sí, está picado, no hay duda. Pero no es muy grave, no está perdido. Y, sin embargo, no se va a curar.

—¿Por qué no se va a curar si puede? ¿Porque Gunz lo va a matar?

Yo también me reí; hubiera sido sencillo decirle que no se iba a curar porque

no le importaba curarse; el enfermero y yo habíamos conocido mucha gente así.

Alcé los hombros y continué con las latas.

—Digo —dije.

Después empecé a verlo desde el hotel en ómnibus y esperar, frente al almacén, el otro, el que iba hasta la ciudad; casi nunca entraba, seguía vestido con las ropas que se trajo, siempre con corbata y sombrero, distinto, inconfundible, sin bombachas, sin alpargatas, sin las camisas y los pañuelos de colores que usaban los demás. Llegaba después del almuerzo, con el traje que usaba en la capital, empecinado, manteniendo su aire de soledad, ignorando los remolinos de tierra, el calor y el frío, despreocupado del bienestar de su cuerpo: defendiéndose con las ropas, el sombrero y los polvorientos zapatos de la aceptación de estar enfermo y separado.

Supe por el enfermero que iba a la ciudad para despachar dos cartas los días que había tren para la capital, y del correo iba a sentarse en la ventana de un café, frente a la catedral, allí tomaba su cerveza. Yo lo imaginaba, solitario y perezoso, mirando la iglesia como miraba la sierra desde el almacén, sin aceptarles un significado, casi para eliminarlos, empeñado en deformar piedras y columnas, la escalinata oscurecida. Aplicado con una dulce y vieja tenacidad a persuadir y sobornar lo que estaba mirando, para que todo interpretara el sentido de la leve desesperación que me había mostrado en el almacén, el desconuelo que exhibía sin saberlo o sin posibilidad de disimulo en caso de haberlo sabido.

Hacía el viaje de cerca de una hora a la ciudad para no despachar sus cartas en el almacén, que también es estafeta de correos; y lo hacía por culpa o mérito de la misma yerta, obsesionada voluntad de no admitir, por fidelidad al juego candoroso de no estar aquí sino allá, el juego cuyas reglas establecen que los efectos son infinitamente más importantes que las causas y que estas pueden ser sustituidas, perfeccionadas, olvidadas.

No estaba en el hotel, no vivía en el pueblo. Gunz no le había aconsejado irse al sanatorio; todo esto podía borrarse siempre que no entrara en el almacén para despachar sus cartas, siempre que las deslizara contra la plancha de goma de la ventanilla del correo de la ciudad. La interrupción quedaba anulada si en lugar de entregarme sus cartas como todos los que vivían en el pueblo, presenciaba la caída del sello fechador, manejado por una mano monótona y anónima que se disolvía en la bocamanga abotonada de un guardapolvo, una mano variable que no correspondía a ninguna cara, a ningún par de ojos que insinuaran hacerse cargo y deducir. El presente podía eludirse si veía el sello golpeando los sobres, imprimiendo en ellos, junto a las dos o tres palabras de un nombre, el de una

capital de provincia, el de una ciudad que puede visitarse por negocios.

Pero, algunas veces, al regresar de la ciudad entraba en el almacén para tomar otra cerveza. Esto sucedía las tardes de fracaso, cuando el nombre de mujer que él había dibujado en el sobre se hacía incomprensible, de pronto, en el segundo definitivo en que el sello se alzaba y caía con ruido de blandura y resorte. Entonces el nombre no designaba a nadie y lo enfrentaba, arrevesado y maligno desde la plancha de goma, para insinuarle que tal vez fueran verdad la separación y las líneas de fiebre.

Lo veía llenar el vaso y vaciarlo en silencio, dándome el perfil, acodado en el mostrador, combatiendo la idea de que ni siquiera los pasados pueden conservarse inmutables, que las orejas más torpes tienen que escuchar el rumor de la arenilla que los pasados escarban para descender, alejarse, cambiar, seguir vivos. Se marchaba antes de emborracharse y caminaba hacia el hotel.

Pero las cartas que le mandaban desde la capital las recibía yo en el almacén y se las enviaba con el muchacho de los Levy, que hacía de cartero aunque no cobraba sueldo del correo sino algunos pesos que le pagábamos el hotel, el sanatorio y yo. Tal vez el hombre me creyera lo bastante interesado en personas y situaciones como para despegar los sobres y curiosear en las maneras diversas que tiene la gente para no acertar al decir las mismas cosas. Tal vez también por esto iba a despachar sus cartas en la ciudad, y tal vez no fuera solo por impaciencia que a las pocas semanas empezó a venir al almacén alrededor del mediodía, poco después del momento en que el chófer del ómnibus me tiraba la bolsa flaca y arrugada de la correspondencia.

Tuvo que presentarse, prefirió salir del rincón de los salames y el almanaque y obligarme a conversar, sin intentar convencerme, sin esconder su desinterés por las variantes ortográficas de los apellidos patricios, mostrando cortésmente que lo único que buscaba era hacerme recordar su nombre para evitar preguntarme, cada vez, si había llegado carta para él.

Recibía, al principio, cuatro o cinco por semana; pero pude, muy pronto, eliminar los sobres que traían cartas de amistad o de negocios e interesarme solo por los que llegaban regularmente escritos por las mismas manos. Eran dos tipos de sobres, unos con tinta azul, otros a máquina; él trataba de individualizarlos con un vistazo estricto y veloz, antes de guardarlos en el bolsillo, antes de volver al rincón de penumbra, recuperar el perfil contra la lámina folklórica, borrosa de moscas y humo del almanaque, y seguir tragando su cerveza exactamente con la misma calma de los días en que le daba cartas.

El doctor Gunz le había prohibido las caminatas; pero solamente usaba el

ómnibus para volver al hotel cuando llevaba en el bolsillo uno de los sobres escritos a máquina. Y no por la urgencia de leer la carta, sino por la necesidad de encerrarse en su habitación, tirado en la cama con los ojos ennegrecidos en el techo, o yendo y viniendo de la ventana a la puerta, a solas con su vehemencia, con su obsesión, con su miedo a la esperanza, con la carta aún en el bolsillo o con la carta apretada con otra mano o con la carta sobre el secante verde de la mesa, junto a los tres libros y el botellón de agua nunca usado.

Eran dos los tipos de sobres que le importaban. Uno venía escrito con letra de mujer, ancha, redonda, con la mayúscula semejante a un signo musical, las zetas gemelas como números tres. Los sobres, los que lo hacían obedecer a Gunz y trepar al ómnibus, eran también, visiblemente de mujer, alargados y de color madera, casi siempre con un marcado doblez en la mitad, escritos con una máquina vieja de tipos sucios y desnivelados.

Estábamos a mitad de primavera, desconcertados por un sol furtivo y sin violencia, por noches frescas, por lluvias inútiles. El enfermero subía diariamente al hotel, con su perfeccionada sonrisa animosa, sus bromas y el maletín cargado de ampollas; las mucamas bajaban con frecuencia al almacén para encargar provisiones para la despensa del hotel o para comprarse cintas o perfumes, cualquier cosa que no podía demorarse hasta el paseo semanal a la ciudad. Hablaban del hombre porque durante muchas semanas, aunque llegaron otros pasajeros, continuó siendo “el nuevo”; también hablaba el enfermero, porque necesitaba adularme y había comprendido que el hombre me interesaba. Vivía en el garaje del almacén, no hacía otra cosa que repartir inyecciones y guardar dinero en un banco de la ciudad; estaba solo, y cuando la soledad nos importa somos capaces de cumplir todas las vilezas adecuadas para asegurarnos compañía, oídos y ojos que nos atiendan. Hablo de ellos, los demás, no de mí.

Venían y charlaban; y poco a poco empecé a verlo, alto, encogido, con la anchura sorprendente de su esqueleto, en los hombros, lento pero sin cautela, equilibrándose entre formas especiales de la timidez y el orgullo, comiendo aislado en el salón del hotel, siempre junto a una ventana, siempre torciendo la cabeza hacia la indiferencia de la sierra y de las horas, huyendo de su condición, de caras y conversaciones recordatorias.

Empecé a verlo en el *hall* con mesitas encarpetadas del bar, mirando un libro o un diario, aburrido y paciente, admitiendo, supersticioso, que bastaba exhibirse vacío y sin memoria, dos o cuatro horas por día a los pasajeros del hotel, para quedar exento, desvinculado de ellos y de la causa que los emparentaba. Así, indolente en el sillón de paja, con las piernas estiradas, forzando los labios a

mantener un principio de sonrisa amable y nostálgica, se desinteresaba de las anormales velocidades o longitudes de los pasos de los demás, de sus voces adulteradas, de los perfumes agresivos en que parecían bañarse, convencidos de que el frenesí de los olores era capaz de conservar, para cada uno, el secreto que los unía a todos, que los agrupaba como a una tribu.

Entre ellos y aparte, dos o cuatro horas por día, fingiendo creer, él, que había transformado la incredulidad en costumbre y en aliada inequívoca, y a quien una escrupulosa comedia de abandono bastaba para conservarlo adherido a todo lo que existiera antes de la fecha de un diagnóstico.

Nunca supe si llegué a tenerle cariño; a veces, jugando, me dejaba atraer por el pensamiento de que nunca me sería posible entenderlo. Allí estaba desconocido, en el bar del hotel, de espaldas a la balanza púdicamente arrinconada contra la escalera, seguro de que no habría de usarla nunca, indiferente a los rumores de metales y comentarios que hacían los otros cuando se trepaban para consultar la aguja. Allí estaba, en los alrededores del hotel antes y después del almuerzo — inmediatamente antes y después de llegarse hasta el almacén y pedirme sin palabras la carta que esperaba— caminando hasta llegar al río, hasta acercarse a las redondeadas piedras blancas del lecho y la miserable cinta de agua que se arrugaba entre ellas, luminosa, tiesa; mirando y recordando las cinco pilastras del puente; descendiendo sobre matorrales y tierras rojizas para pisar el vaciadero de basuras del hotel, revolver con los zapatos envases de cartulina, frascos, restos de verduras, algodones, papeles amarillos.

Continuaba viéndolo entrar cada mediodía, al almacén, con su traje gris de ciudad, el sombrero hacia la nuca, haciéndome una corta, sorda ficción de saludo. Y cuando se arrinconaba para beber la cerveza, con o sin cartas en el bolsillo yo insistía en examinarle los ojos, en estimar la calidad y la potencia del rencor que podía descubrirse en el fondo: un rencor domesticado, hecho a la paciencia, definitivamente añadido. Él torcía la cabeza para suprimirme, miraba los rastros y los senderos de la sierra, la blancura culminante de las casitas bajo el sol vertical.

A principios de noviembre el enfermero llegó una noche al almacén y se sentó a desafiarme con la sonrisa. Le serví el vino y los platos de queso y salame; maté moscas dormidas, dándole la espalda y silbando.

—¿A qué no sabe? —empezó por fin el enfermero—. Es de no creer. Se acuerda del tipo, ¿no? Parece que se va del hotel, parece que se fatigó de tanto conversar o ya no le queda más por decir porque una tarde se cruzó en la terraza

con las rubias de Gomeza y tuvo que saludarlas, equivocándose, claro, porque tiene buen cuidado de no acertar nunca y colocar tardes por día o noches por tardes. Para que todos se enteren que está distraído, sin corregirse tampoco, porque lo hace por gusto, para que se sepa que no piensa en lo que saluda ni sabe en qué momento vive.

A veces se interrumpía para mascar la visible mezcla de salame y queso, a ratos mascaba hablando; se me ocurrió que el odio del enfermero, apenas tibio, empecinado, no podía haber nacido de la negativa del otro a las inyecciones propuestas por Gunz; que había en su origen una incomprendible humillación, una ofensa secreta.

—Se va del hotel. Se le debe haber acabado la saliva porque una vez habló de la lluvia con el mozo del comedor o le preguntó a la mucama hasta qué horas hay agua caliente. Todavía no se despidió, no juntó fuerzas para pedir la cuenta o dar explicaciones, si es que a alguien le interesara oírlos. Y ya nadie le habla, o si le hablan es por broma, por adivinar si va a decir que sí o que no con la cabeza, con esa cara de quebracho, los ojos de pescado dormido.

Me reí un poco, para contentarlo, para demostrar que lo estaba escuchando, seguí golpeando con la palmeta, no hice preguntas.

—Lo de ojos de pescado dormido lo dijo la Reina, la mucama alta —admitió el enfermero—. Todavía no se despidió. Pero una siesta, en vez de ir a inspeccionar la basura, subió a la sierra para hablar con Andrade y alquiló el chalet de las portuguesas. No debe saber nada de lo que pasó en el chalet. Si no habla con nadie, ¿quién le habría de avisar?

—No tiene importancia —dije—. Si ya está enfermo.

—No necesita decírmelo. No lo digo por el contagio. Pero, de todas maneras, una casa donde se murieron tres hermanas y con la prima cuatro... Todas a los veinticinco años. Es curioso.

—No era prima de las Ferreyra —dije bostezando—. Además, él ya no volverá a cumplir los veinticinco.

El enfermero se puso a reír como si yo me hubiera burlado de alguien. Mientras iba colocando las persianas, imaginé al hombre subiendo la sierra para interrumpir la siesta de Andrade, metiendo su cuerpo largo y perezoso —como un contrasentido, casi como una profanación— en la sombra del negocio de remates y comisiones, interesándose en oportunidades, precios y detalles de construcción con su voz baja e inflexible, dejándose engañar, arrastrando sus ojos por el gran plano caprichoso de la sierra colgado de una pared, y al que atravesaban, en una

intentona absurda de poner orden, gruesas líneas blancas correspondientes a calles y avenidas que nunca fueron abiertas, sinuosas, entreveradas rayas azules y rojas que profetizaban los recorridos de ómnibus que nunca habrían de gastar sus gomas trepando y descendiendo la nomenclatura fantástica. El hombre miraba las cabezas de colores, de los alfileres con que Andrade marcaba en el plano la ubicación aproximada de las casas que le habían encargado alquilar o vender, tratando de descubrir un destello de aviso, de promesa, filtrado a través del polvo que las empañaba.

Y Andrade, sudoroso, sonriente, ofreciéndole, con cautela al principio, entusiasta y casi apremiante después, las cuatro habitaciones de la casita de las portuguesas, con sus muebles envueltos en cretonas claras, sus toques de gracia marchita, concebidos por muchachas para hacerse compañía, trabajados por los alternativos pares de manos.

Era extraño que el hombre se hubiera decidido por la casa de las Ferreyra y lo raro no estaba solo en que le sobraban tres habitaciones ni en que desde la galería estuviera obligado a contemplar casi el mismo paisaje que recorría por las tardes: el puente sobre las piedras del río seco, el depósito de basuras del hotel.

—¿Usted hubiera dicho que el tipo tenía plata como para alquilar esa casa? —preguntó el enfermero antes de irse a dormir—. Sin contar con que Andrade debe haberse aprovechado.

Pero pronto nos convenció de que podía gastar todavía más dinero; porque pasaron semanas y siguió en el hotel, yendo cada tarde, desde el almuerzo hasta la noche, a encerrarse en la casita de la sierra o a descansar en la galería, la cabeza apuntando hacia el paraje cortado casi rectamente por el río y que limitaban el puente y la falda.

—¿Quién le dice que no estuvo enamorado de alguna de las portuguesas? —comentaba el enfermero—. A lo mejor de la segunda, que era tan conversadora como él. El otro día compró como media docena de botellas en el hotel y se las hizo llevar al chalet. Ahora sabemos para qué se encierra. Además, podía habérselas comprado a usted.

Hasta que un mediodía llegó al almacén antes que el ómnibus que repartía el correo y no se acercó al almanaque ni pidió cerveza. Se recostó en el árbol, afuera, con las manos en el bolsillo del pantalón, perniabierto, por primera vez sin corbata ni sombrero.

La mujer bajó del ómnibus, de espaldas, lenta, ancha sin llegar a la gordura, alargando una pierna fuerte y calmosa hasta tocar el suelo; se abrazaron y él se apartó para ayudar al guarda que removía valijas en el techo del coche. Se

sonrieron y volvieron a besarse; entraron en el almacén y como ella no quiso sentarse pidieron refrescos en la parte clara del mostrador, buscándose los ojos. El hombre conversaba con vertiginosa constancia, acariciando en las cortas pausas el antebrazo de la mujer, alzando párrafos entre ellos, creyendo que los montones de palabras modificaban la visión de su cara enflaquecida, que algo importante podía ser salvado mientras ella no hiciera las preguntas previsibles.

Bajo los anteojos de sol, la boca de la mujer se abría con facilidad, casi a cada frase del hombre, repitiendo siempre la misma forma de alegría. Me sonrió dos veces mientras los atendí, agradeciéndome favores inexistentes, exagerando el valor de mi amistad o mi simpatía.

—No —dijo él—, no es necesario, no hay ventajas en eso. No es por el dinero, aunque prefiero no usar ese dinero. En el hotel tengo también médico, todo lo necesario.

Ella insistió un rato, cuchicheando sin convicción; debía estar segura de poder desarmar cualquier proyecto del hombre, y de que le era imposible vencer sus negativas distantes, su desapego. Él se apartó del mostrador y fue hasta la sombra del árbol para convencer a Leiva de que los llevara en su coche al hotel; Leiva estaba esperando el ómnibus del sanatorio para recoger dos mujeres que iban a la ciudad. Terminó por decir que sí; tal vez el hombre le ofreció más dinero que el que valía el viaje, tal vez haya pensado que las mujeres estaban obligadas a no moverse del almacén hasta que él volviera.

La mujer de los anteojos oscuros me dirigió sus cortas, exactas sonrisas.

—¿Cómo lo encuentra? —preguntó; pensé que él le había hablado de mí en sus cartas, debió haber mentido sobre conversaciones y amistad.

Tuvo tiempo para decirme, con una voz nueva y jubilosa, como si el informe mejorara algo: —Debe haber visto el nombre en los diarios, tal vez se acuerde. Era el mejor jugador de basquetbol, todos dicen, internacional. Jugó contra los americanos, fue a Chile con el seleccionado, el último año.

El último año debió haber sido aquel en que se dieron cuenta de que la cosa había empezado. Sin alegría, pero excitado, pude explicarme la anchura de los hombros y el exceso de humillación con que ahora los doblaba, aquel amasado rencor que llevaba en los ojos y que había nacido, no solo de la pérdida de la salud, de un tipo de vida, de una mujer, sino, sobre todo, de la pérdida de una convicción, del derecho a un orgullo. Había vivido apoyado en su cuerpo, había sido, en cierta manera, su cuerpo.

Acepté una nueva forma de la lástima, lo supuse más débil, más despojado,

más joven. Comencé a verlo en alargadas fotos de *El Gráfico*, con pantalones cortos y una camiseta blanca inicialada, rodeado por otros hombres vestidos como él, sonriente o desviando los ojos con, a la vez, el hastío y modestia que conviene a los divos y a los héroes. Joven entre jóvenes, la cabeza brillante y recién peinada, mostrando, aun en la grosera retícula de las sextas ediciones, el brillo saludable de la piel, el resplandor suavemente grasoso de la energía, varonil, inagotable. Lo veía acuclillado, con la cabeza desviada para ofrecer tres cuartos de perfil al relámpago del magnesio, los cinco dedos de una mano simulando apoyarse en una pelota o protegerla; y también en una habitación sombría, examinando a solas sin comprender, la lámina flexible de la primera radiografía, rodeado por trofeos y recuerdos, copas, banderines, fotografías de cabeceras de banquetes. Podía verlo correr, saltar y agacharse, sudoroso, crédulo y feliz, en canchas blanqueadas por focos violentos, seguro de ser aquel cuerpo largo y semidesnudo, convencido de la eternidad de cada tiempo de veinte minutos y de que el nombre que gritaba la multitud con agradecimiento y exigencia servía para expresarlo, mencionaba algo real y perdurable.

Mientras estuvo la mujer de los anteojos de sol no llegaron los sobres escritos a mano ni los de papel madera. Vivían en el hotel, y el hombre no volvió al depósito de basuras ni a la casita de las portuguesas; paseaban tomados del brazo, alquilaban caballos y cochecitos, subían y bajaban la sierra, sonreían alternativamente, endurecidos, sobre fondos pintorescos, para fotografiarse con la Leica que se había traído ella colgada de un hombro.

—Es como una luna de miel —decía el enfermero, apaciguado—. Lo que le faltaba al tipo era la mujer, se ve que no soporta vivir separado. Ahora es otro hombre; me invitaron a tomar una copa con ellos en el hotel y el tipo me hizo preguntas sobre mil cosas del pueblo. La enfermedad no les preocupa; no pueden estar sin tocarse las manos, se besan aunque haya gente. Si ella pudiera quedarse (se va el fin de semana), entonces sí le apostaría cualquier cosa a que el tipo se cura. ¿No lo ve cuando vienen al mediodía a tomar el aperitivo?

El enfermero tenía razón y no me era posible decirle nada en contra; y, sin embargo, no llegaba a creer y ni siquiera sabía qué clase de creencia estaba en juego, qué artificio agregaba yo a lo que veía, qué absurda, desagradable esperanza me impedía conmovirme, aceptar la felicidad que ellos construían diariamente ante mis ojos, con la insistencia de las manos entre los vasos, con el sonido de las voces que proponían y comentaban proyectos.

Cuando ella se fue, el hombre volvió a visitar la casa que había alquilado, a veces desde la mañana, con un envoltorio de cosas para el almuerzo, y no aparecía

hasta la noche, arrinconado en su mesa del hotel, abstraído y lacónico, apresurándose a reconstruir los muros de separación que había derribado catorce días antes, exterminando todo tallo de intimidad con su mirada gris, discretamente desconsolada.

Y también volvieron las cartas, dos días después de la partida de la mujer, emparejados los sobres con las anchas letras sinceras y los escritos con una máquina de cinta gastada.

Así quedamos, el hombre y yo, virtualmente desconocidos y como al principio; muy de tarde en tarde se acomodaba en el rincón del mostrador para repetir su perfil encima de la botella de cerveza —de nuevo con su riguroso traje de ciudadano, corbata y sombrero—, para forcejear conmigo en el habitual duelo nunca declarado: luchando él por hacerme desaparecer, por borrar el testimonio de fracaso y desgracia que yo me emperraba en dar; luchando yo por la dudosa victoria de convencerlo de que todo esto era cierto, enfermedad, separación, acabamiento. Entraba mirándome a los ojos, con la insinuación de sonrisa que le ahorra el saludo, y dejaba de mirarme en seguida de recibir las cartas; las guardaba en el bolsillo del saco, tratando de no apurarse ni tropezar, la cabeza y el cuerpo inmóviles, fingiendo que nada tenían que ver con los cinco dedos que maniobraban con los sobres. A veces pedía cerveza; otras daba las gracias y se iba; entonces sí llegaba a sonreír de verdad y con esta sonrisa y con la voz del agradecimiento solo buscaba tranquilizarme, decir que yo no era responsable de lo que dijeran las cartas.

—Gunz lo encuentra peor —contaba el enfermero—. Es decir, que no mejora. Estacionario. Usted sabe, a veces nos alegramos si conseguimos un estado estacionario. Pero en otros casos es al revés, el organismo se debilita. ¿Y cómo va a mejorar? Le aseguro que alquiló la casa solo para emborracharse sin que lo vean. Tendría que irse al sanatorio; si yo tuviera la responsabilidad de Gunz, el tipo ya estaría boca arriba veinticuatro horas por día. Gunz tendría que darle un buen susto.

Asustarlo, pensaba yo; habría que inventar otro mundo, otros seres, otros peligros. La muerte no era bastante, la clase de susto que él mostraba en los ojos y los movimientos de las manos no podía ser aumentado por la idea de la muerte ni adormecido con proyectos de curación.

Así estábamos, como al principio, cuando el pueblo se fue llenando y docenas de hombres y mujeres, con ponchos de colores y gorras, pantalones de montar y anteojos oscuros se desparramaron por la sierra, los caminos, los hoteles, los bares con pista de baile y hasta por el mismo almacén. Era un buen año, era la

misma ola que yo había visto llegar quince veces, cada vez más grande, más ruidosa, y más excitada; y el hombre se hundió en ella, el enfermero y las criadas del hotel dejaron de traerme informes, lo perdieron de vista y hasta yo mismo, ocupado por la atención del almacén, le entregaba las cartas a ciegas, desinteresado. Pero no del todo; porque el imaginado duelo continuaba y por las noches, cuando el almacén quedaba vacío o con solo un grupo de hombres y mujeres que se habían refugiado allí para tomar la última copa —porque estaban de vacaciones, porque el salón del almacén era sórdido y sucio, porque el vino del barril los asombraba por malo y áspero, porque nunca se hubieran atrevido a entrar en un lugar así en Buenos Aires—, yo me dedicaba a pensar en él, le adjudicaba la absurda voluntad de aprovechar la invasión de turistas para esconderse de mí, me sentía responsable del cumplimiento de su destino, obligado a la crueldad necesaria para evitar que se modificara la profecía, seguro de que me bastaba recordarlo y recordar mi espontánea maldición, para que él continuara acercándose a la catástrofe.

Poco antes de fin de año dejó de usar el ómnibus para llevar sus cartas a la ciudad; iba a pie desde el hotel y a veces yo lo veía pasar, con su vestimenta sin concesiones al lugar ni al tiempo, abrumado y distraído, tan lejos de nosotros como si nunca hubiera llegado al pueblo, con un brazo rígido, independiente del movimiento de la marcha, la mano hundida en el bolsillo del saco donde yo sabía que estaba la carta recién escrita, apretando la carta con aprensión y necesidad de confianza, como si le fuera imposible prever la forma, el dolor y las consecuencias de sus heridas.

La idea fue del enfermero, aunque no del todo; y pienso además, que él no creía en ella y que la propuso burlándose, no de mí ni del almacén, sino de la idea misma. Estábamos mirando pasar los automóviles, viéndolos entrar y salir, lustrosos y empinados, de las nubes de tierra que alzaban en el camino, cuando la mucama se echó a reír y colocó en el mostrador el vasito de anís. Era la Reina y decían que pensaba casarse con el enfermero.

—Si ese coche negro va para el hotel —dijo la Reina —, vuelve pronto. ¿Lo vio si doblaba? Desde el lunes no tenemos ni un lugarcito. Y eso que en todo sitio armamos camas. No vamos a tener nada hasta febrero.

Ahora estaba seria y orgullosa; terminó el vasito con la boca en pico, mirándome a los ojos, pidiéndome admiración y envidia.

—Y lo mismo pasa en el Royal —dijo el enfermero—. No sé dónde se va a

meter la gente. Y siguen llegando. Con decirte que en el Royal tienen todas las mesas tomadas para Nochebuena y el treinta y uno. Yo que usted limpiaba esto con creolina, ponía una radio y daba un gran baile. —La mucama, la Reina, volvió a reírse; pero era solo de excitación, una risita corta encima del pañuelo con que se enjugaba el sudor y el anís.

—¿Por qué no? —dijo entonces el enfermero, poniendo cara de hombre honrado—. Seriamente se lo digo. Esas dos noches vamos a tener mucha gente que no va a encontrar dónde bailar y emborracharse para celebrar. Usted sabe cómo se ponen.

Él sabía, porque yo se lo había dicho. Todos, los sanos y los otros, los que estaban de paso en el pueblo y los que aún podían convencerse de que estaban de paso, todos los que se dejaban sorprender por las fiestas como por un aguacero en descampado, los que habitaban los hoteles y las monótonas casitas rojiblancas, todos adoptaban desde el atardecer de ambas vísperas, una forma de locura especial y tolerable. Y siempre las fechas les caían encima como una sorpresa; aunque hicieran planes y cálculos, aunque contaran los días, aunque previeran lo que iban a sentir y lucharan para evitar esta sensación o se abandonaran al deseo de anticiparla e irla fortaleciendo para asegurarle una mayor potencia de crueldad. Tenían entonces algo de animales, perros o caballos, mezclaban una dócil aceptación de su destino y circunstancia con rebeldías y espantos, con mentirosas y salvajes intenciones de fuga. Yo sabía que en las dos noches iban a mostrar a los mozos y a los compañeros de mesa, a todos los que pudieran verlos, al remoto cielo de verano sobre los montes, a los espejos empañados de los cuartos de baño, y mostrarles como si creyeran en testimonios imperecederos, sus ojos fervorosos y expectantes, cubiertos de censura y de un brillo endurecido. Sabía que iban a estar gimiendo sin sonido bajo la música, los gritos, las detonaciones, tendiendo sus orejas hacia supuestos llamados, de machos o hembras, de supuestas almas afines que se alzarían al otro lado de la selva, en Buenos Aires, o en Rosario, en cualquier nombre y distancia.

Estuve moviendo la cabeza y alzando los hombros entre el enfermero y la mucama, fingiendo que trataba de recordar y que no había en el recuerdo bastante para convencerme.

—Usted sabe que se ponen como locos —precisó el enfermero, volviéndose hacia la mucama para convertirla en aliada—. Quieren un sitio para bailar y tomarse unas botellas. Cualquier agujero que no sea aquel donde viven.

En aquel momento, ya no necesitaba del enfermero; había tomado una decisión y tenía resueltos casi todos los detalles.

—Muy de veras —dijo la Reina, mientras abría la cartera para pintarse—. Si usted pone más mesas y arregla un poco para que bailen... Música va a tener en la radio.

Yo estaba ya mucho más lejos; pensaba en el árbol, dónde conseguirlo y cómo adornarlo. Así que pude mirar al enfermero con amistad, olvidando la sospecha de que hubiera propuesto los bailes para burlarse de mí y del almacén: lo pude mirar con una sonrisa, recordando que había dicho “cualquier sitio que no sea aquel donde viven”, sintiéndome capaz de tolerar que él tuviera más inteligencia de la necesaria para romper ampollas, clavar agujas y llevar dinero al banco cada sábado.

Ella volvió a reír y comentó con entusiasmo las dos noches de baile en el almacén; el enfermero le dijo una broma que contenía una proposición no comprometedor. Nuevamente grave y humilde, repitió: —En serio le digo. Se puede llenar de plata.

Así que aparecieron mesas y se fueron amontonando en el salón del almacén, algunas prestadas, otras armadas con cajones, tablas y caballetes y todas las fui cubriendo con papeles de colores. Y el veinticuatro, aunque llovió toda la tarde y cayeron después algunos chaparrones, el salón se fue llenando y cada una de las mujeres tuvo una frase de simpatía o un gesto rejuvenecedor al descubrir el pino cargado de reflejos encima del mostrador. A pesar de la lluvia la radio funcionó toda la noche; bailaron un poco apretados, incómodos, mostrando que esto les gustaba, como les gustaba beber en tazas de bordes rotos y resignarse a las bebidas ordinarias y al ajo del matambre. Bailaron, rieron, cantaron y empezaron a irse bajo el aguacero, amigos míos de toda la vida.

Y la noche del treinta y uno fue casi mejor, tuve más gente y hasta armé algunas mesas afuera. Pero a mitad de la noche empecé a sentirme cansado, aunque me ayudaba el chico de los Levy. De modo que cuando el enfermero oyó la bocina y salió afuera y vino a decirme sonriente, casi animándose a golpearme en la espalda, que llegaba el ómnibus de la ciudad con algunos pasajeros y lleno de grupos que venían a bailar en el almacén, puse cara de sorpresa y de alegría pero empecé a desear con todas mis fuerzas que terminara la noche.

Tal vez estuvieran todos borrachos; por lo menos yo había vendido lo suficiente. Cantaban y se preguntaban la hora; desde la mesa de los ingleses del Brighton, en un rincón, una mujer se puso a tirar serpentinas, primero a las demás mesas, después para que quedaran colgando de la guirnalda de alambre y flores de papel que atravesaba el salón desde la punta del arbolito de navidad hasta un barroto de la ventana. Era flaca, rubia, triste, vestida de negro, con un gran escote,

con un collar de perlas, con un broche de oro encima del corazón, con una mueca nerviosa que le desnudaba la encía superior, una contracción alegre, asqueada y feroz que le alzaba instantáneamente el labio y se deshacía con lentitud; era una mueca que, simplemente, sucedía en su cara, regularmente, antes y después de beber un trazo de la mezcla de caña y vino blanco que había inventado el hombre gordo y rojo que presidía la mesa.

Ella se echaba hacia atrás sobre el banquito de cocina, con el rollo de serpentina encima de la cabeza, observando cuidadosa la posición de la guirnalda, ya muy combada y cuyas flores parecían marchitarse; inclinaba de golpe el cuerpo hacia la mesa y el vestido colgaba casi descubriendo el pecho, las redondeces breves y melancólicas, y la serpentina silbaba al estirarse. No erraba nunca, aunque estaba lejos; así que Levy chico y yo teníamos que empujar con las bandejas la cortina de serpentinas y los bailarines las tocaban con las caras, giraban para envolverse en ellas procurando no romperlas, dando vueltas lentísimas, engañando el ritmo de la música.

Atravesamos el escándalo de la medianoche y solo puedo recordar mi dolor de cabeza, su palpitación irregular y constante y, rodeándolo, la gente de pie alzando vasos y tazas, brindando y abrazándose, confundida con el tiroteo que alguien inició en la sierra y que fue resbalando hacia el Royal, hasta las casas sobre el camino, mezclada con ladrillos, con la voz presuntuosa del “espíquer” en la radio que alguien alzó hasta el aullido. La inglesa flaca, trepada en su banquito, sostenida por dos hombres, comía uvas blancas de un racimo que yo no le había vendido.

No puedo saber si la había visto antes o si la descubrí en aquel momento, apoyada en el marco de la puerta: un pedazo de pollera, un zapato, un costado de la valija introducidos en la luz de las lámparas. Tal vez tampoco la haya visto entonces, en el momento en que empezó el año, y solo imaginé, no recuerdo, su presencia inmóvil situada con exactitud entre el alborozo y la noche.

Pero la recuerdo con seguridad, más tarde, cuando algún grupo decidió marcharse y los demás fueron descubriendo que les era imposible continuar allí, en el almacén, mientras afuera sonaban gritos y risas, los golpes de las puertas de los coches, los motores trepando la cuesta en segunda, hacia el hotel viejo o hacia el caserío de Los Pinos. Entonces sí la recuerdo, no verdaderamente a ella, no su pierna y su valija, sino a los hombres tambaleantes que salían, volviéndose uno tras otro, como si se hubieran pasado la palabra, como si se hubiera desvanecido el sexo de las mujeres que los acompañaban, para hacer preguntas e invitaciones insinceras a lo que estaba un poco más allá de la pollera, de la valija y el zapato

iluminados.

Luego está el momento en que me detuve, detrás del mostrador, para mirarla. Solo quedaban los ingleses del Brighton, los dos hombres fumando sus pipas, las tres mujeres cantando a coro, desanimadas, canciones dulces e incomprensibles, la más flaca estrujando el último paquete de serpentinas. Ahora ella estaba dentro del almacén, sentada cerca de la puerta, la valija entre los zapatos, un pequeño sombrero en la falda, la cabeza alzada para hablar con Levy chico que se moría de sueño. Tenía un traje sastre gris, guantes blancos puestos, una cartera oscura colgada del hombro; lo digo para terminar en seguida con todo lo que era de ella y no era su cara redonda, brillando por el calor, fluctuando detrás de las serpentinas suspendidas de la guirnalda y que empezaba a mover el aire de la madrugada.

El chico Levy la dejó para atender a los ingleses y vino a decirme que querían la cuenta; hice la suma y crucé delante de ella, sin mirarla, evitando ponerla en guardia, para poder continuar observándola desde atrás del mostrador. Pero cuando terminé de acompañar a los ingleses hasta el coche, de darles las gracias, de rechazar los elogios a mi fiesta, y de discutir con el más viejo si el tiempo de la tarde sería o no favorable para pescar en el dique, vi que el enfermero estaba sentado junto a ella. Comprendí que había aprovechado la posición de la muchacha, levantada para encontrar los ojos de Levy chico y pedirle algo; así que el enfermero tuvo que contentarse, todo el tiempo, con una expresión que no era para él, que estaba dirigida a otro, en realidad a cualquiera. Pero esto no lo desanimaba: seguía preguntando, asentía con entusiasmo cada vez que ella murmuraba algo, entendiendo eso y todo lo demás, lo que la muchacha decía y lo que estaba debajo de las palabras, con su pasado y su futuro.

Le dije a Levy chico que fuera cerrando y ordenara un poco.

—¿Te pidió algo la señorita?

—No —dijo, parpadeando, dejando que lo invadieran el sueño y el cansancio, que la cara se le llenara de pecas—. Lo que hay es que dice que tenían que esperarla aquí, que mandó un telegrama, que el tren llegó atrasado.

—¿Quién tenía que esperarla? —pregunté. Pensaba que ella era demasiado joven, que no estaba enferma, que había tres o cuatro adjetivos para definirla y que eran contradictorios.

—¿Quiere que le pregunte? —dijo Levy chico.

—Déjala. Ya vendrán a buscarla o la acomodaremos en el Royal o en cualquier lado. Pero pregúntale si tiene hambre o quiere tomar algo.

Mientras yo no miraba, el chico fue lentamente hasta la mesa y volvió.

—Quiere cerveza, no hay hielo, no tiene hambre.

Estuve moviendo la botella en el depósito de hielo para que se refrescara. “Es demasiado joven”, volví a pensar, sin comprender el sentido de “demasiado” ni de qué cosa indeseable la estaba librando a ella, y no solo a ella, a su juventud. Cuando me enderecé, el enfermero estaba de codos en el mostrador, sonriendo a sus manos, reticente, modesto y triunfal.

—¿Sabe? —empezó, mientras yo secaba la botella y examinaba su vaso.

—Espere —le dije, seguro de la importancia de no escucharlo en seguida. Fui hasta la mesa y destapé la botella, ella me agradeció con la misma cara que había alzado para Levy chico y mantenido junto al enfermero. Pero la cara conservaba bastante de lo que había sido cuando estuvo en la sombra, junto a la puerta del almacén, y tal vez algunos restos del viaje en tren y en ómnibus, y, si yo no lo estaba imaginando, de lo que era a solas y en el amor.

Lo supe en cuanto el enfermero preguntó “¿Sabe?”; o lo había sabido antes y me dejé despistar porque ella era demasiado joven... Pero no tenía motivos para presumir frente al enfermero, de modo que cuando volví al mostrador jugando con la tapa de la botella, soporté que él repitiera la pregunta y se demorara balanceando la sonrisa prologal. Cuando Levy chico fracasó por tercera vez con una persiana le dije que se fuera a dormir, que yo me encargaba de cerrar y que él podía venir a mediodía para ayudarme en la limpieza y cobrar. Todo esto por encima de los hombros del enfermero, de sus brazos cruzados en el mostrador, de su corbata de fiesta y del clavel blanco en el ojal; a través de la sonrisa indelicadamente grosera que continuaba segregando.

—¿Sabe? —le escuché por fin—. Es de no creer. La chica mandó un telegrama avisando que venía y que la esperaran aquí, en la parada, en el almacén. El tren vino atrasado, más de dos horas, y se fueron. Pero no la estuvieron esperando. ¿Se imagina quién? Uno del hotel viejo, que es también uno de la sierra. ¿Adivina? El tipo. Así es la cosa: una mujer en primavera, la chica ésta para el verano. Y a lo mejor el tipo tiene el telegrama en el hotel y está festejando en el chalet de las portuguesas emborrachándose solo. Porque fui esta noche dos veces al hotel viejo, por la solterona del perro y el subcontador, y el tipo no apareció por ninguna parte. Borracho en el chalet, le apuesto. Ella quiere que alguien la acompañe hasta el hotel. Como el teléfono está atrás no se le ocurrió que puede llamar desde aquí. Ahora fíjese: ¿y si el tipo no está? También puede haber recibido el telegrama y no querer venir, es capaz.

—No llegó ningún telegrama; siempre llegan dos días después.

—Bueno —insistió el enfermero—, no pasó por aquí, no se lo trajeron a usted. Pero si era urgente, usted sabe, a veces aprovechan el viaje y lo llevan directo.

—¿Por qué iba a ser urgente? —pregunté casi enfurecido—. ¿Para avisar que llegaba? ¿Ella le dijo que lo mandó urgente? ¿Y por qué no le ofreció el teléfono?

—Sí —dijo el enfermero, impaciente y excusándose—. Pero espere.

—Dígale que entre y que llame al hotel —le dije, curioso, aplacándome—. El telegrama no va a llegar en tres días. O mejor llamamos nosotros.

—Espere, por favor —alzó una mano y sonrió nuevamente—. Llamamos en seguida naturalmente, y yo puedo conseguir un coche en el Royal para llevarla y si el tipo no está en el hotel la llevamos hasta el chalet. Pero ahora dígame, seriamente: ¿está enferma?, ¿se va a curar?, ¿pulmones? —Estaba borracho, sosteniendo su excitación, dilatando los ojos con una expresión intensa, inteligente—. ¿O se le ocurre que solo viene, después de la otra de los anteojos de sol, a estar con él para que no se aburra? Dígame. Entonces resulta que el chalecito lo alquiló para esta chica. ¿No le parece una muchacha demasiado joven? —Estaba más borracho de lo que yo había pensado, burlándose, casi insolente; pero yo sentía que lo más fuerte era su intranquilidad, su confusión, y que me había elegido para odiar en mí una multitud de cosas.

—Vamos a telefonar —le dije, tocándole el brazo.

Ahora ella se había colocado de pie frente a la puerta del almacén, mirando hacia afuera, con las piernas firmes y las manos siempre enguantadas, blancas, unidas sobre la cadera, como si tuviera la estupidez necesaria para estar esperando que el telegrama llegara de un momento a otro al hotel viejo y obligara al hombre a bajar a buscarla. Fui hasta la puerta y le hablé y ella contestó evitando mirarme, con la cara dirigida hacia la oscuridad, las lucecitas escasas en la sierra. No le parecía bien llamar al hotel a esa hora; pedía que la llevara en auto hasta allí o la acompañaran a pie o le indicaran el camino. Cerré a medias el almacén mientras el enfermero cruzaba hasta el Royal. Cuando el enfermero detuvo frente a nosotros una *voiturette* rojiza con chapa de Oncativo y sonó el teléfono y él fue a atenderlo, tomé la resolución de no pensar, temeroso de hallar los adjetivos que correspondían a la muchacha y de hacerlos caer, junto con ella, encima del hombre que dormía en el hotel o en la casita. Cuando el enfermero se nos acercó y me dijo —no me esperen, váyanse nomás— que tenía que volver al Royal para darle una inyección a la rubia de Lamas, que estaba peor, que ya no conocía, supe de pronto que los sobres marrones escritos a máquina eran de ella y que la mansa alegría de su cara me había sido anticipada, una vez y otra, con minuciosas depresiones

correspondientes, por la dulzura incrédula del perfil del ex jugador de básquetbol.

Sabía esto, muchas cosas más, y el final inevitable de la historia cuando le acomodé la valija en la falda e hice avanzar el coche por el camino del hotel. No intenté mirarla durante el viaje; con los ojos puestos en la luz que oscilaba elástica en el camino de tierra, no necesité mirarla para ver su cara, para convencerme de que la cara iba a estar, hasta la muerte en días luminosos y poblados en noches semejantes a la que atravesábamos, enfrentando la segura, fatua, ilusiva aproximación de los hombres; con la pequeña nariz que mostraba, casi en cualquier posición de la cabeza, sus agujeros sinuosos, inocentes; con el labio inferior demasiado grueso, con los ojos chatos, sin convexidad, como simples dibujos de ojos hechos con un lápiz pardo en un papel pardo de color más suave. Pero no enfrentando solo a los hombres, claro, a los que iban a llegar después de este a quien nos íbamos acercando, y a los que ella haría seguramente felices, sin mentirles, sin tener que forzar su bondad o su comprensión y que se separarían de ella; ya condenados a confundir siempre el amor con el recuerdo de la cara serena, de las puntas de sonrisa que estaban allí sin motivo nacido en su pensamiento o en su corazón, la sonrisa que solo se formaba para expresar la placidez orgánica de estar viva, coincidiendo con la vida. No solo enfrentando a los hombres, la cara redonda y sin perfumes que no trataba de resistirse a las sacudidas del coche, que se dejaba balancear asintiendo, con una cándida, obscena costumbre de asentir; porque los hombres solo podían servirle como símbolos, mojones, puntos de referencia para un eventual ordenamiento de la vida, artificioso y servicial. Sino que la cara había sido hecha para enfrentar lo que los hombres representaban y distinguían; interminablemente ansiosa, incapaz de sorpresas verdaderas, transformándolo todo de inmediato en memoria, en remota experiencia. Pensé en la cara, excitada, alerta, hambrienta, asimilando, mientras ella apartaba las rodillas para cada amor definitivo y para parir; pensé en la expresión recóndita de sus ojos planos frente a la vejez y la agonía.

—¿Usted lo conoce? —preguntó; tenía los codos sobre la valija y hacía girar el sombrero.

—Viene al almacén.

—Ya sé. ¿Cómo está?

—Sería mejor preguntarle al médico. Pero va a estar bien, dentro de unos minutos. Usted sabe.

—Ya sé —volvió a decir.

Doblé a la derecha y entramos en el parque del hotel viejo. No me dejó cargar la valija; avanzó un poco atrás, alargando los pasos, la cara alzada hacia las

estrellas que empezaban a esfumarse. Hablé con el sereno y esperamos en el hall de pie y separados, en silencio; el sereno apretaba el botón del teléfono y ella hacía girar la cabeza paciente y ansiosa, conociendo para el resto de su vida las distancias, el piso, las paredes, los muebles de un lugar que el hombre había atravesado diariamente.

Cuando él apareció en la escalera, flaco, insomne, en camisa, con una peligrosa inclinación a la burla, anticipando, escalón por escalón, antes de ver a la muchacha, antes de buscarla, su desesperanza, sus rápidas conformidades, hice un saludo con la mano y caminé hasta la puerta. Ella sonreía con la cabeza levantada hacia la excesiva lentitud del hombre y no se volvió cuando me dijo gracias, dos veces, en voz alta. Desde afuera, a través de la cortina de la puerta de vidrio, vi que el hombre se detenía, apoyándose en el pasamanos, encogido, hecha grotesca e infantil, por un segundo, su vieja, amparada incredulidad. Me quedé hasta verlos en la escalera, abrazados e inmóviles.

No hará bien a nadie, ni a ellos ni a mí, pensar, resolví cuando regresaba en el coche; el gerente del Royal estaba moviendo mesas ayudado por un peón; me senté para charlar y beber alguna cosa.

—Si fuera fin de año todo el año con solo un año de trabajo yo no trabajo más —dijo el gerente, con rapidez, mostrando que lo había dicho muchas veces; es gordo, calvo, rosado, triste, joven—. La rubia de Lamas parece que no pasa la noche; el enfermero está con ella y los dos médicos. Justo al empezar el año.

Alguien tenía la ventana abierta en el primer piso del hotel; estaban bailando, se reían y las voces bajaban bruscamente hasta un tono de adioses, de confidencias concluyentes; pasaban bailando frente a la ventana, y el disco era *La vida color de rosa*, en acordeón.

—Necesitamos un poco más de propaganda y un poco menos de controles —dijo el gerente. No le importaba el tema, espiaba, como siempre, mi cara y mis movimientos, nervioso y agradecido—. ¿Otra cerveza, por favor? La industria hotelera es muy especial, no puede ser manejada como los demás negocios. Aquí, usted lo sabe muy bien, el factor personal es decisivo.

La noche ya se había hecho blanca y los gallos gritaban escalonados en la sierra; dejaron de bailar y una mujer cantó, en voz suave, en francés, *La vida color de rosa*, que había vuelto a poner en el tocadiscos.

—Usted todavía puede hacer una buena fiesta para el día de reyes —le dije al gerente; la mujer de arriba cantaba marcando mucho el compás, exagerando las pausas, como si cantara para que otro fuera aprendiendo—. Y si el tiempo ayuda, puede estar seguro de que el hotel se le va a llenar todos los fines de semana.

—Pienso lo mismo —contestó el gerente; destaparon otra botella y yo alcé mi vaso.

—Va a ser un buen año, esté seguro.

—Todos los años impares son buenos —asintió él.

Desde las primeras horas del año impar el hombre se fue del hotel viejo; lo supieron al día siguiente, a media mañana, cuando apareció para llevarse algunas ropas —no todas, no desocupó la habitación aunque no vino a dormir allí mientras la muchacha estuvo en el pueblo— y para combinar que le llevaran diariamente una vianda con comida a la casa de las portuguesas.

De modo que se fueron para la sierra poco después que yo dejé de verlos abrazados en la escalera, cuando el cuerpo de la muchacha corregía la furia inicial para ofrecer solamente cosas que no exigían correspondencia: protección, paciencia, variantes del desvelo. Deben haber subido hasta la pieza, pero solo por un momento, solo porque él necesitaba vestirse y ella quería mirar los muebles que él usaba. Se fueron caminando en la noche y subieron la sierra, él con la valija de la muchacha y tomándole una mano para guiarla, medio paso más adelante, orgulloso e insistente, disuelta su impaciencia por llegar en aquella sensación de dominio, de autoridad benigna, disfrutándola como si la robara, sabiendo que en cuanto cerraran la puerta de la casita iba a quedar nuevamente despojado, sin nada perdurable para dar, sin otra cosa auténtica que la antigua y amansada desesperación.

La muchacha se quedó menos de una semana y en ninguno de aquellos días volví a verlos, ni nadie me dijo haberlos visto; en realidad, ellos existieron para nosotros solo en el viaje diario, al mediodía, del peón del hotel que remontaba la sierra con la vianda y un diario bajo el brazo. Y existieron, también para mí, en las dos cartas que llegaron, los sobres con las letras azules y vigorosas que guardé en el fondo del cajón de la correspondencia, separados de los demás. Y todo lo que yo podía pensar de ellos —y para ellos, además, con el deseo vago y supersticioso de ayudarlos— era el trabajoso viaje en la oscuridad, tomados de la mano, silenciosos, él un poco adelantado, advirtiéndole los peligros con la presión de los dedos, la ancha espalda doblada como para simular el esfuerzo de arrastrarla, las cabezas inclinadas hacia el suelo desperejo e invisible, el ruido de los primeros pájaros encima de sus hombros, paso a paso, regulares y sin prisa sobre la humedad de la tierra y del pasto, como si la casa estuviera a una altura infinita, como si el tiempo se hubiera inmovilizado en el primer amanecer del año.

No volví a verlos hasta la víspera de Reyes; no pude verlos de otra manera que andando cabizbajos, ligados por dos dedos, a través y hacia arriba de una

noche en suspenso, hasta que el enfermero cruzó por la tarde desde el Royal, puso un codo sobre el mostrador y murmuró sin mirarme, con la pronunciación de alguno de los ingleses del Brighton: —Una cerveza helada, si le viene bien. —Se echó a reír y me palmeó—. Así están las cosas. Por fin dejó la cueva y almorzaron en el hotel; ella se va hoy. Puede ser que ya no aguantaran más eso de estar juntos y encerrados. De todos modos, parece un suicidio. Se lo dije a Gunz y tuvo que darme la razón. Y el tipo siguió con la cuenta del hotel, completa, toda la semana. Y, hablando de todo, hace mal también por ella; no es caballeresco, no debía haberla llevado al hotel, donde todo el mundo lo vio vivir con la otra. Todos saben que han dormido juntos en el chalet desde que ella llegó. Y ella, puede imaginarse, todo el almuerzo mirando el plato, escondiendo los ojos. En todo caso, él no debiera exponerla, provocar mostrándola. Yo no lo haría, ni usted.

Fue entonces cuando los vi llegar del brazo por el camino, el hombre cargado con la valija y vestido como si fuera a tomar el tren para la capital; conversaron un poco detenidos bajo el sol y después doblaron hacia el almacén. Me incliné para abrir el cajón de la correspondencia y volví a cerrarlo sin meter la mano. Los miré como si no los hubiera visto nunca, pensando qué podría descubrirles si los enfrentara por primera vez. Era la despedida, pero él estaba alegre, intimidado, incómodo, mirándonos a mí y al enfermero con una sonrisa rápida.

Se sentaron junto a la reja, en la mesa del enfermero, la mesa de los ingleses a fin de año. Pidieron café y coñac, pidió ella, la muchacha, sin apartar los ojos de él. Susurraban frases pero no estaban conversando; yo continuaba detrás del mostrador y el enfermero delante, dándome la espalda, mostrando a la puerta la cara de entendimiento y burla que hubiera querido dirigir a la mesa. El enfermero y yo hablamos del granizo, de un misterio que podía sospecharse en la vida del dueño de El Pedregal, del envejecimiento y su fatalidad; hablamos de precios, de transportes, de aspectos de cadáveres, de mejorías engañosas, de los consuelos que acerca el dinero, de la inseguridad considerada como inseparable de la condición humana, de los cálculos que hicieron los Barroso sentados una tarde frente a un campo de trigo.

Ellos no hacían más que murmurar frases, y esto solo al principio; pero no conversaban: cada uno nombraba una cosa, un momento, construía un terceto de palabras. Alternativamente, respetando los turnos, iban diciendo algo, sin esforzarse, descubriéndolo en la cara del otro, deslumbrados y sin parpadear, con un corto susurro, jugando a quién recordaba más o a quién recordaba lo más importante, despreocupados de la idea de la victoria. No dejé de vigilarlos, pero ni yo ni el enfermero podíamos oírlos. Y cuando andábamos por el reumatismo del

dueño de El Pedregal y por el amor exagerado que tenía por los caballos, ellos dejaron de hablar, siempre con las miradas unidas. El enfermero no se dio cuenta del silencio o creyó que no era más que una pausa entre las frases con que probaban suerte. Recostado con la cintura en el mostrador, desviando un poco hacia mí la cabeza dirigida a la puerta, dijo: —Leiva fue una especie de capataz en El Pedregal. Especie, digo. Me imagino que para el gringo no sería más que un sirviente. Lo demás era mentira; pero cuando la potranca se quebró, el gringo la mató de un tiro y aquel día no comieron en la estancia porque el gringo no quiso. Ni en los puestos.

Estaban callados, mirándose, ella boquiabierta; el tipo ya no le acariciaba la mano: había puesto la suya sobre un hombro y allí la tenía, quieta, rígida, mostrándomela. Seguí hablando para que el enfermero no se volviera a mirarlos; hablé del cuerpo gigantesco del gringo, torcido, apoyado en un bastón; hablé del empecinamiento, hablé del hombre y de la potranca, de la voz extranjera que asestaba, terca, persuasiva, segura del remate inútil, contra la cabeza nerviosa del animal, contra el ojo azorado.

Y ellos estaban mudos y mirándose, a través del tiempo que no puede ser medido ni separado, del que sentimos correr junto con nuestra sangre. Estaban inmóviles y permanentes. A veces ella alzaba el labio sin saber qué hacía, tal vez fuera una sonrisa, o la nueva forma del recuerdo que iba a darle el triunfo, o la confesión total, instantánea de quién era ella.

Algunos entraron a comprar y a traerme historias; un camionero atracó para pedir agua y una dirección; el último ómnibus para Los Pinos pasó sacudiéndose, desganado, cuando el sol empezaba a prolongar la sombra de la sierra. Adiviné la hora y miré el despertador colgado en un estante. Ellos estaban quietos en la mesa, la muchacha con los brazos cruzados sobre el pecho, empujando el respaldo de la silla para ganar distancia y ver mejor; él, de espaldas, ancho y débil, la mano en el hombro, el sombrero escondiéndole la nuca. “Sin otro propósito que el de mirar, sin fatiga, sin voluntad”, pensé a medida que daba vueltas junto a ellos, sin resolverme a decirles que el ómnibus para la ciudad debía estar por llegar. Ahora pude ver la cara del hombre, enflaquecida, triste, inmoral. El enfermero me miraba con una sonrisa cargada de paciencia.

—El ómnibus —les dije—. Va a llegar en seguida.

Movieron la cabeza para asentir; volví a mi sitio en el mostrador y hablé con el enfermero de que es inútil dar vueltas para escapar al destino. El enfermero recordó varios ejemplos.

El ómnibus se detuvo frente al almacén y el guarda entró a tomar una

cerveza; estuvo mirando la valija junto a la muchacha.

—No sé —dijo el enfermero, haciendo una sonrisa maquinalmente envilecida—. Podemos preguntar. —Parecía enfurecido cuando golpeó las manos —: ¡Último ómnibus!

Ellos no se movieron; el enfermero encogió los hombros y apoyó de nuevo su cintura en el mostrador; yo sonreí al guarda, cara a cara. Ya se había ido el ómnibus y empezaba la noche cuando pensé que no bastaba que ellos estuvieran fuera de todo, porque este todo continuaba existiendo y esperando el momento en que dejaran de mirarse y de callar, en que la mano del hombre se desprendiera de la tela gris del traje para tocar a la muchacha. Siempre habría casas y caminos, autos y surtidores de nafta, otra gente que está y respira, presente, imagina, hace comida, se contempla tediosa y reflexiva, disimula y hace cálculos.

De pie contra la luz violácea de la puerta —él cargaba la valija y me sonreía, parpadeando, autorizándome a vivir—, la muchacha alzó una mano y la puso sobre la mejilla del hombre.

—¿Vas a ir a pie? —preguntó.

Él continuaba mirándome.

—A pie. ¿Por qué no? A veces camino mucho más que eso. No necesitamos apurarnos para alcanzar el tren.

Ensayaba, para mí, para los otros, los demás que yo representaba, asomándose detrás de la deliberada pesadez del enfermero, servicial y como una fotografía, una sonrisa de la que no le hubiera creído capaz y que, no obstante, ella contemplaba sin asombro; una sonrisa con la que proclamaba su voluntad de amparar a la muchacha, de guardarla de preocupaciones transitorias, de suavizar la confesada imposibilidad de mantenerla aparte de lo que simbolizábamos el enfermero y yo, el almacén, la altura de la sierra.

Movieron las manos para despedirse y salieron al camino. Tenían que hacer dos cuadras a lo largo de la cancha de tenis del Royal y los fondos del tambo; después doblarían a la derecha para andar entre paredones de tierra rojiza, sobre un sendero zigzagueante, en declive, hasta surgir frente al foco y la bandera del puesto policial. Marcharían del brazo, mucho menos rápidos que la noche, escuchando distraídos el estrépito de alharaca y disciplina que les iba a llegar desde la izquierda, desde los edificios flamantes del campo de aviación. Tal vez recordaran aquella marcha en otra noche, cuando llegó la muchacha y subieron la sierra hasta la casita; tal vez llevaran con ellos, secreto y actuante, pero no disponible aún como recuerdo, el viaje anterior, los sentidos obvios que podían

añadirle y extraerle.

Las cartas volvieron a llegar, ahora armoniosamente: una escrita con la ancha letra azul junto con una a máquina. No sentía lástima por el hombre sino por lo que evocaba cuando venía a beber su cerveza y pedir sin palabras, sus cartas. Nada en sus movimientos, su voz lenta, su paciencia delataba un cambio, la huella de los hechos innegables, las visitas y los adioses. Esta ignorancia profunda o discreción, o este síntoma de la falta de fe que yo le había adivinado, puede ser recordado con seguridad y creído. Porque, además, es cierto que yo estuve buscando modificaciones, fisuras y agregados y es cierto que llegué a inventarlos.

En esto estábamos mientras iba creciendo el verano, en enero y febrero, y los rebaños de turistas llenaban los hoteles y las pensiones de la sierra. Estábamos, él y yo —aunque él no supiera o creyera saber otra cosa— jugando durante aquel verano reseco al juego de la piedad y la protección. Pensar en él, admitirlo, significaba aumentar mi lástima y su desgracia. Me acostumbré a no verlo ni oírlo, a darle su cerveza y sus cartas como si las acercara a cualquier otro de los que entraban al almacén con los disímiles uniformes de verano.

—No crea que no me doy cuenta —decía el enfermero—. No quiere hablar del tipo. ¿Y por qué? ¿También a usted lo embrujó? Es de no creer lo que pasa en el hotel viejo. No saluda a nadie pero nadie quiere hablar mal de él. De la muchacha, sí. Y ni siquiera con Gunz; no se puede hablar con Gunz de la muerte del tipo. Como si él no supiera, como si no hubiera visto morir a cien otros mejores que él.

Todos los mediodías el hombre recogía sus cartas, tomaba una botella de cerveza y salía al camino, insinuando un saludo, metiéndose sin apuros en el insoportable calor, atrayéndome un segundo con la ruina incesante de sus hombros, con lo que había de hastiado, heroico y bondadoso en su cuerpo visto de atrás en la marcha.

Acababa de terminar el carnaval cuando la mujer bajó del ómnibus, dándome la espalda, demorándose para ayudar al chico. No se detuvo junto al árbol ni buscó la figura larga y encogida del hombre; no le importaba que estuviera o no allí, esperándola. No lo necesitaba porque él ya no era un hombre sino una abstracción, algo más huidizo y sin embargo más vulnerable. Y acaso estuviera contenta por no tener que enfrentarlo en seguida, tal vez hubiera organizado las cosas para asegurarse esta primera soledad, los minutos de pausa para recapitular y aclimatarse. El chico tendría cinco años y no se parecía ni a ella ni a él; miraba indiferente, sin temor ni sonrisas, muy erguida la cabeza clara, recién rapada.

No era posible saber qué se traía ella detrás de los lentes oscuros; pero ahí estaba el niño, con las piernas colgando de la silla y ahí estaba ella, acercándole el refresco, acomodándole el nudo de la corbata escocesa, aplastándole con saliva el pelo sobre la frente. No quiso reconocerme porque tenía miedo de cualquier riesgo imprevisto, de delaciones y pasos en falso; me saludó, al irse, moviendo lo indispensable la boca, como si los labios, los anteojos, la palidez, la humedad bajo la nariz, todo el cuerpo grande y sereno no fuera otra cosa que un delegado de ella misma, del propósito en que ella se había convertido, y como si considerara necesario mantener este propósito libre de roces y desgastes, sin pérdidas de lo que había estado reuniendo y fortificando para dar la batalla por sorpresa en el hotel viejo. Y acaso ni siquiera eso; acaso no me veía ni me recordaba y, en un mundo despoblado, en un mundo donde solo quedaba una cosa para ganar o perder, persistiera, sin verdaderos planes, con sencillez animal, en la conservación apenas exaltada de la franja de tiempo que iba desde su encuentro en la sala de baile, en un reparto de medallas y copas, con el pivot de un equipo internacional de básquetbol, hasta aquella tarde en mi almacén, hasta momentos antes de colarse en una pieza del hotel, empujando con las rodillas al niño impávido para apelar, sucesiva, alternativamente, a la piedad, a la memoria, a la decencia, al sagrado porque sí.

Estábamos los tres en el almacén vacío, esperando que sonara la bocina del ómnibus para Los Pinos. Le miré los hombros redondos, la lentitud protectora, casi irónica de los movimientos con que atendía al chico e iba vaciando su propio vaso de naranjada. Comparé lo que podían ofrecer ella y la muchacha, inseguro acerca de ventajas y defectos, sin tomar partido por ninguna de ellas. Solo que me era más fácil identificarme con la mujer de los anteojos, imaginarla entrando en la pieza del hotel, prever el movimiento de retención e impulso con que ella trataría de cargar persuasiones en el niño para lanzarlo en seguida hacia el largo cuerpo indolente en la cama, hacia la cara precavida y atrapada alzándose del desabrigo de la siesta, reivindicando su envejecido gesto de entereza desconfiada.

Entre las dos, hubiera apostado, contra toda razón por la mujer y el niño, por los años, la costumbre, la impregnación. Una buena apuesta para el enfermero. Porque al día siguiente, en un paisaje igual, con idéntica luz que el anterior, vi la pequeña valija oscilando frente a la puerta del ómnibus, el mismo traje gris, el sombrerito estrujado por la mano enguantada, blanca.

Entró con la cabeza demasiado alta, aunque con aquella inclinación, que la atenuaba, que parecía insinuar, engañosamente, la capacidad de separarse, sin verdadera lucha, de todo lo que viera o pensara. Me saludó como desafiándome y se mantuvo derecha frente al mostrador, la valija entre los zapatos, tres dedos de

una mano hundidos a medias en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Se acuerda usted de mí? —dijo, pero no era una pregunta—. ¿A qué hora tengo algo para el hotel viejo?

—Tiene una media hora de espera. Si prefiere, podemos tratar de conseguir un coche.

—Como la otra vez —comentó ella sin sonreír.

Pero yo no iba a llevarla, en todo caso. Tal vez haya pensado en la imposibilidad de repetir el primer viaje y sorpresa, o en la melancolía de intentarlo. Ella dijo que prefería esperar y se sentó en la mesa que ya conocía; comió la comida del enfermero, queso, pan y salame, sardinas, todo lo que yo podía darle. Con un brazo apoyado en la reja, me miraba ir y venir, ensayaba conmigo la expresión tolerante y desplegada que había imaginado durante el viaje.

—Porque cuando llegue ya habrán almorzado —explicó, ayudándose a creer que un servicio de comedor a deshora era el trastorno más grave que llevaba al hotel.

Los escasos clientes entraban en la sombra, venían hacia mí y el mostrador con las cabezas inmóviles, los ojos clavados en mi cara; pedían algo en voz baja, despreocupados de que los atendiera o no, como si solo hubieran venido para interrumpir mi vigilancia, y giraban en seguida para mirarla, curioseando en los platos colocados frente a la muchacha. Después me buscaban los ojos con aparatosa sorpresa, con burla y malicia; y todos, hombres y mujeres, sobre todo las inconformables, fatigadas mujeres que bajaban desde la sierra en la hora de la siesta, querían encontrar en mí alguna suerte de complicidad, la coincidencia en una vaga condenación. Era como si todos supieran la historia, como si hubieran apostado a la misma mujer que yo y temieran verla fracasar. La muchacha continuaba comiendo, sin esconder la cara ni ostentarla. Después encendió un cigarrillo y me pidió que me sentara a tomar café con ella.

De modo que pude jugar con calma a pronósticos y adivinaciones, preocuparme seriamente por sus defectos, calcular sus años, su bondad. “Estaría más cómodo si la odiara”, pensaba. Ella me sonrió mientras encendía otro cigarrillo; continuaba sonriendo detrás del humo y de pronto, o como si yo acabara de enterarme, todo cambió. Yo era el más débil de los dos, el equivocado; yo estaba descubriendo la invariada desdicha de mis quince años en el pueblo, el arrepentimiento de haber pagado como precio la soledad, el almacén, esta manera de no ser nada. Yo era minúsculo, sin significado, muerto. Ella venía e iba, acababa de llegar para sufrir y fracasar, para irse hacia otra forma de sufrimiento y de fracaso que no le importaba presentir. Y debió darse cuenta de que yo respiraría

mejor si pudiera odiarla; porque quiso ayudarme y continuó sonriéndome entre las frases inútiles, detrás de los dedos rígidos, que movían el cigarrillo, graduando según mi necesidad la sostenida sonrisa cínica, emocionante, el brillo hostil de los ojos.

Y acaso, según se me ocurrió después, no estuviera haciendo aquello —la sonrisa, la indolencia, el descaro— solamente para facilitar mi odio, mi comodidad, mi regreso a la resignación; acaso buscara también paralizar mi lástima en el contiguo futuro, en la hora de la derrota que yo había profetizado, o en la otra, definitiva, lejana, más allá del orgullo, y que ella estaba atribuyendo como una fatalidad, a su vida.

—Vivir aquí es como si el tiempo no pasara, como si pasara sin poder tocarme, como si me tocara sin cambiarme —estaba mintiendo yo cuando llegó el ómnibus.

Ella alisó un billete de diez pesos sobre la hoja de diario que hacía de mantel, volvió a ponerse los guantes y caminó hasta el mostrador con la liviana valija.

“No viene a quedarse”, pensé mientras contaba el vuelto; “no trae nada más que ropa para una noche que no va a tener siquiera. Sabe que viajó para oír una negativa, para ser razonable y aceptar, para permanecer en el resto del tiempo del hombre como un mito de dudoso consuelo”. Apenas murmuró un saludo, con la sonrisa hacia el piso.

Continué viéndola y aún la recuerdo así: soberbia y mendicante, inclinada hacia el brazo que sostenía la valija, no paciente, sino desprovista de la comprensión de la paciencia, con los ojos bajos, generando con su sonrisa el apetito suficiente para seguir viviendo, para contar a cualquiera, con un parpadeo, con un movimiento de cabeza, que esta desgracia no importaba, que las desgracias solo servían para marcar fechas, para separar y hacer inteligibles los principios y los finales de las numerosas vidas que atravesamos y existimos. Todo esto frente a mí, al otro lado del mostrador, todo este conjunto de invenciones gratuitas metido, como en una campana, en la penumbra y el olor tibio, húmedo, confuso, del almacén. Detrás del chófer del ómnibus la muchacha había caminado copiando la inclinación de los hombros del ex jugador de básquetbol.

Entonces, aquella misma tarde o semanas después porque la precisión ya no importa, porque desde aquel momento ya no vi de ellos nada más que sus distintos estilos de fracaso, el enfermero y la mucama, la Reina, empezaron a contarme la historia del epílogo en el hotel y en la casita. “Un epílogo”, pensaba yo, defendiéndome, “un final para la discutible historia, tal como estos dos son capaces

de imaginarlo”.

Se reunían en el almacén, él y la mucama, todas las tardes, después del almuerzo. Podían verse en cualquier parte y a nadie en el pueblo o en el mundo le hubiera importado verlos juntos, ninguno habría pensado que no estaban hechos para encontrarse. Pero se me ocurre que el enfermero, o ella misma, la Reina, gruesa, con la boca entreabierta, con esos ojos fríos, inconvincentes, de las mujeres que esperaron demasiado tiempo, alguno de ellos supuso que agregaban algo si se citaban en la siesta en el almacén, si fingían —ante mí, ante los estantes, ante las paredes encaladas y sus endurecidas burbujas— no conocerse, si se saludaban con breves cabezadas y fraguaban miserables pretextos para reunirse en una mesa y cuchichear.

Debían sentirse muy pobres, sin verdaderos obstáculos, sin persecuciones creíbles; terminaban siempre por volver hacia mí las redondas caras sonrientes, cuidando no rozarlas; sospechaban que yo hubiera apostado por la mujer ancha de los anteojos oscuros y se dedicaban a su defensa, a la cuidadosa, solidaria enumeración de las virtudes que ella poseía o representaba, de los valores eternos que la más vieja de las dos mujeres había estado vindicando, durante cuarenta y ocho horas, en el hotel y en la casita.

—Habría que matarlo —decía la mucama—. Matarlo a él. A esa putita, perdóneme, no sé qué le haría. La muerte es poco si se piensa que hay un hijo.

—Un hijo de por medio —confirmaba el enfermero; pero me sonreía dichoso, vengativo, seguro de mi imposibilidad de disentir—. Usted la llevó al hotel aquella noche de fin de año. Claro que no podía imaginarse.

—¡Cómo iba a saber! —chillaba ella con escándalo, buscando mis ojos para absolverme.

Yo les escuchaba contar y reconstruir el epílogo; pensaba en el pedazo de tierra, alto, quebrado, en que estábamos viviendo, en las historias de los hombres que lo habían habitado antes que nosotros; pensaba en los tres y el niño, que habían llegado a este pueblo para encerrarse y odiar, discutir y resolver pasados comunes que nada tenían que ver con el suelo que estaban pisando. Pensaba en estas cosas y otras, atendía el mostrador, lavaba los vasos, pesaba mercaderías, daba y recibía dinero; era siempre en la tarde, con el enfermero y la Reina en el rincón, oyéndolos murmurar, sabiendo que se apretaban las manos.

Cuando la muchacha llegó al hotel, el hombre, la mujer y el niño estaban todavía en el comedor, callados, revolviendo las tazas de café. Ella, la mujer, levantó la cabeza y la vio. La otra se había detenido a dos mesas de distancia, con su valija que no quiso dejar en la portería, proclamando con su sonrisa alta y

apenas arrogante, con la calma de los ojos chatos, que no quería herir ni ser herida, que no le importaba perder o ganar, y que todo aquello —la reunión del triunvirato en las sierras, las previsibles disputas, las ofertas de sacrificio— era, acababa de descubrirlo, grotesco, vano, sin sentido, como tendría que ser injusto cualquier acuerdo a que llegaran. Sin embargo, a pesar de la mansa displicencia con que miraba las mesas vacías, las copas manchadas y las servilletas en desorden, fingía —esto era para Reina repugnante e inexplicable— no haber distinguido el grupo macilento, retrasado sobre los pocillos de café tibio.

—Ganaba tiempo, hasta ella misma se avergonzaba viendo la criatura.

La mujer la vio detenerse, avanzar sin ganas, y la reconoció en seguida. Nunca había visto una foto suya, nunca logró arrancar al hombre adjetivos suficientes para construirse una imagen de lo que debía temer y odiar. Pero de todas maneras, manejó caras, edades, estaturas; y los precederos conjuntos que logró alzar, los cambiantes blancos para el rencor —que eran, simultáneamente, fuentes de autopiedad, de un resucitado, invertido orgullo de noviazgo y luna de miel— no podían ser relacionados con la muchacha que acercaba a la mesa su sonrisa e intimidad. El hombre se alzó, las espaldas más tristes y disminuidas, las yemas de los diez dedos en el mantel, colgándole de los labios el lento cigarrillo que se concedía en las sobremesas y que no atinó a desprender. Murmuró un nombre, nada más, no dijo palabras de bienvenida o presentación; y no volvió a sentarse porque la muchacha no lo hizo: se quedó de pie, alta sobre los vidrios oscuros y la boca oscura de la otra, sobre la curiosidad parpadeante del niño, sin necesitar ya su sonrisa, pensativa, liberada de promesas, frente al borde del mantel cuadriculado de los almuerzos como había estado una hora antes frente a mí y al mostrador, con una punta de la valija apoyada en una silla para soportar la brusca invasión del cansancio.

La mujer olvidó las anticipaciones que había construido, recordó haber imaginado a la muchacha exactamente como era, reconoció la edad, la transitoria belleza, el poder y la falsedad de la expresión honrada y candorosa. Estuvo, nuevamente, odiándola, sin esforzarse, guiada por una larga costumbre, asistida por la repentina seguridad de haberla odiado durante toda su vida.

La mujer dejó caer en el café lo que quedaba de su cigarrillo y fue bajando la cabeza; se miró la mano con los anillos y acarició al niño, sonriéndole, removiendo los labios con sonidos que no trataban de formar palabras, como si estuviera a solas con él. Entonces el hombre, largo, doblado, se animó a despegar las manos del mantel, a quitarse el cigarrillo de la boca y a ofrecer una silla a la muchacha. Pero ella, prestando ahora su cara a una sonrisa que nada tenía que ver con la

arrogancia, con el desdén ni con el amor, sin mirar los ojos del hombre, apartó la valija del asiento y recorrió de vuelta el camino que había hecho entre las mesas.

—Yo no le dije que viniera aquí —explicó el hombre, sin emoción—. No al hotel.

—Gracias —dijo la mujer; acariciaba el pelo del niño; le sujetaba la mejilla con los nudillos—. Es lo mismo aquí o en otra parte. ¿No es lo mismo? Además, ¿no habíamos decidido ya? A veces olvidamos de quién es el dinero. Debías haberla invitado a comer. —Lo miró, demostrando que podía sonreír. Con la boca abierta, adormecido, el niño hipó, estremeciéndose; la mujer le secó el sudor bajo la nariz y en la frente.

La muchacha había atravesado la penumbra del bar, frente al mueble cargado de llaves de la portería, lenta, definitivamente de espaldas al comedor. Se detuvo en la terraza para cambiar de mano la valija y empezó a bajar la escalinata. No era capaz de llorar entonces, no evidenciaba la derrota ni el triunfo mientras iba descendiendo, paso a paso, ágil y sin prisa. El ómnibus de Junquillo se detuvo frente al hotel y el chófer llamó con la bocina; un hombre bajó para estirar las piernas y estuvo paseándose, ida y vuelta, pequeño, abstraído, con un poncho rojizo colgado de un hombro. Tal vez ella mirara los chiquilines oscuros, en harapos, que corrían por las canchas de fútbol.

—Y él estuvo un momento sin saber qué hacer, hay que decirlo, no salió corriendo como loco atrás de ella —contaron la mucama y el enfermo—. Se quedó mirando en el comedor vacío a la mujer y al hijito que parecía enfermo. Hasta que la otra pudo más que la vergüenza y el respeto y dijo cualquier cosa y salió atrás, lento como siempre, cansado. Tal vez haya pedido perdón. La alcanzó frente al ómnibus, le agarró un brazo y ella no movió siquiera la cabeza para saber quién era.

Discutieron bajo el sol, detenidos, mientras el peón del hotel corría hasta el ómnibus, cargado con paquetes. Y cuando el coche aflojó los frenos y empezó a bajar hacia mi almacén, ella empezó a reírse y se dejó sacar la valija. Tomados de la mano, despaciosos, subieron el camino de la sierra, costearon la cancha de fútbol que empezaba a rodear el público, doblaron allá arriba, en la esquina del dentista, y siguieron zigzagueando hasta la casita de las portuguesas. El hombre se demoró en la galería, estuvo mirando desde allí el río seco, las rocas, el vaciadero de basuras del hotel; pero no entró; le vieron abrazarla y bajar la escalera de la galería. Ella cerró la puerta y volvió a abrirla cuando el hombre estaba lejos; pudo verlo hasta que se perdió atrás de las oficinas de la cantera, volvió a descubrirlo, pequeño, impreciso, al costado de la cincha y en el camino.

Imaginé al hombre cuando bajaba trotando hacia el hotel, después del abrazo; consciente de su estatura, de su cansancio, de que la existencia del pasado depende de la cantidad del presente que le demos, y que es posible darle poca, darle ninguna. Bajaba la sierra, después del abrazo, joven, sano, obligado a correr todos los riesgos, casi a provocarlos.

—No estaban. Cuando él volvió la señora se había retirado con el chico y el chico estuvo pateando en la escalera. La puerta de la habitación estaba cerrada por dentro; así que el hombre tuvo que golpear y esperar, sonriendo para disimular a cada uno que pasaba por el corredor; hasta que ella se despertó o tuvo ganas de abrirle —contaron—. Y el doctor Gunz insistió en decir que no había visto nada aunque estaba en el comedor cuando llegó ella con valija; pero no tuvo más remedio que decir, palabra por palabra, que el tipo debió haberse metido en el sanatorio desde el primer día. Tal vez así, pudiéramos tener esperanzas.

Y él golpeó, largo y sinuoso contra la puerta, avergonzado en la claridad estrecha del corredor que transitaban mucamas y las viejas señoritas que volvían del paseo digestivo por el parque; y estuvo, mientras esperaba, evocando nombres antiguos, de destañada obscenidad, nombres que había inventado mucho tiempo atrás para una mujer que ya no existía. Hasta que ella vino y recorrió la llave, semidesnuda, exagerando el pudor y el sueño, sin anteojos ahora, y se alejó para volver a tirarse en la cama. Él pudo ver la forma de los muslos, los pies descalzos, arrastrados, la boca abierta del niño dormido. Antes de avanzar, pensó, volvió a descubrir, que el pasado no vale más que un sueño ajeno.

—Sí, es mejor acabar en seguida —dijo al sentarse en la cama, sin otro sufrimiento que el de comprobar que todo es tan simple—. Tenía razón, es absurdo, es malsano.

Después cruzó los brazos y estuvo escuchando con asombro el llanto de la mujer, entristeciéndose, como si se arrepintiera vagamente no de un acto, sino de un mal pensamiento, sintiendo que el llanto lo aludía injustamente. Estaba encogido, sonriendo, dejándose llenar por la bondad hasta que resultara insoportable. Palmeó con entusiasmo la cadera de la mujer.

—Me voy a morir —explicó.

El final de la tarde está perdido; es probable que él haya intentado poseer a la mujer, pensando que le sería posible transmitirle los júbilos que rescatara con la lujuria. Cuando llegó la noche, el hombre bajó de la habitación y se puso a bromear con el portero y el encargado del bar.

—Bajó vestido como siempre, con ese traje gris que no es de verano ni de invierno, con cuello y corbata y los zapatos brillantes. No tiene otro traje; pero

parecía que acababa de comprar todo lo que llevaba puesto. Y era como si no hubiera sucedido nada en el almuerzo, como si la muchacha no hubiera llegado y nadie supiera lo que estaba pasando. Porque, lo que nunca, bajó alegre y conversador, le hizo bromas al portero y obligó al encargado del bar a que tomara una copa con él. Es de no creer. Y saludaba con una gran sonrisa a cada uno que llegaba para la comida. Si hasta no sé quién le preguntó a Gunz si lo había dado de alta.

Pusieron una mesa en la terraza para la comida y acababan de sentarse cuando la muchacha trepó la escalinata y se les acercó, perezosa, amable. Le dio la mano a la mujer y comió con ellos. Los oyeron reír y pedir vino. La mujer ancha se había desinteresado del niño y era la otra, la muchacha, la que movía regularmente una mano para acariciarle el pelo sobre la frente.

Pero hay el par de horas que pasaron desde que el hombre bajó de la habitación hasta que el mozo vino a decirle que la mesa estaba pronta en la terraza y él se enderezó en el mostrador del bar para ofrecer el brazo a la mujer de los anteojos. El par de horas y lo que él hizo en ellas para reconquistar el tiempo que había vivido en el hotel, para cargarlo, en el recuerdo de los demás, con las expresiones de interés y las simples cortesías que lo harían soportable, común, confundible con los tiempos que habían vivido los otros. Todo lo que el hombre produjo y dispersó en dos horas, de acuerdo con ellos y para que ellos lo fueran distribuyendo en los meses anteriores: las sonrisas, las invitaciones y los saludos estentóreos; las preguntas inquietas, de perdonable audacia, sobre temperaturas y regímenes, los manotazos en las espaldas de los hombres, las miradas respetuosas y anhelantes a las mujeres. Hizo caber, también, la corta comedia, las piruetas en beneficio de los que bebieron con él en el bar, la repentina gravedad, la mano alzada para suplicar complicidad y silencio, la mirada de alarma y respeto al doctor Gunz —que acababa de entrar en el hall y reclamaba los diarios de la tarde mientras se desabrochaba el chaleco—, los pasos rápidos y sigilosos, hasta la balanza, el largo cuerpo totalmente erguido, remozado, inmóvil sobre la plataforma. “Setenta y cinco”, anunció con alivio al acomodarse de nuevo en el mostrador del bar. Es seguro que mentía. “Puedo tomar otra”.

Todos reían y él mostraba agradecimiento; mantuvo su sonrisa mientras le devolvían parte de los golpes que había estado sembrando en las espaldas, mientras pensaba admirado en la facilidad de los hombres para espantarse de la muerte, para odiarla, para creer en escamoteos, para vivir sin ella. Tanto daba desesperarse o hacer el payaso, hablar de política o rezar mentalmente las palabras extranjeras de las etiquetas de las botellas en el estante. Y como estaba pagando sin avaricias, con prisa y obstinación, las deudas que había ido amontonando desde el

día de su llegada, pidió permiso a los bustos que se inclinaban sobre los avisos de turismo sujetos por el vidrio del mostrador, y se acercó, con un vaso lleno en la mano, a la mesa de mimbre donde el doctor Gunz leía noticias de fútbol y el enfermero anotaba en una libreta las inyecciones que se había asegurado para su recorrida nocturna.

—Me gustaría que lo hubiera visto. A mí me costaba trabajo convencerme de que era el mismo.

Estaba, sosteniendo el vaso con sus dedos torpes, exhibiendo el brillo de la corbata y la camisa de seda —“como si fuera la noche más feliz de su vida, como si estuviera festejando”— sonriendo con alerta docilidad al bigote rubio de Gunz, al brillo dorado de sus anteojos, a las palabras rápidas, gangosas, que el médico le iba diciendo.

—Y yo iba y venía, llevando la mantelería y los platos al comedor, porque, la casualidad, la otra empleada está enferma o lo dice. Y venía cargada desde la administración y pasaba entre el mostrador del bar y la mesa donde éstos estaban, antes de que bajara la señora con el chico, que un rato antes me había pedido agua mineral y aspirinas. Y lo veía, de espaldas, con la cabeza muy peinada, hamacándose en el sillón, riéndose a veces, tomando del vaso que tenía siempre en la mano. Y era como si charlaran de cualquier cosa, de la lluvia o del pozo en la cancha de tenis.

Desde la misma ola incontenible de gozo y amistad que había estado alzando para todo el mundo, consultó al médico sobre esperanzas razonables, sobre meses de vida. Y en este momento tuvo que hacerse más visible, más ofrecida —no para Gunz, ni para el enfermero, ni para los atareados viajes de la mucama— la ironía sin destino contenida en su veloz campaña de recuperación del tiempo, en el intento de modificación del recuerdo llamativo, desagradable, que había impuesto a la gente del hotel y del pueblo. En la sonrisa con que escuchaba a Gunz, estaría, exhibida, casi agresiva, la incredulidad esencial que yo le adiviné a simple vista, la soñolienta ineptitud para la fe que hubo de descubrirse con la primera punzada en la espalda y que había decidido aceptar totalmente en la jornada que atestiguaban la mucama y el enfermero.

—Pero quién lo agarra descuidado, a Gunz. Habló de curación total, como siempre; le dijo que desde el principio le había aconsejado meterse en el sanatorio para una curación total. Y el tipo, que ya debía estar borracho, pero no perdía su línea de conducta, se reía diciendo que no podía soportar la vida en un sanatorio. Y cuando la mujer apareció, con el chico en brazos, en la escalera, él nos empezó a hablar de un partido con los norteamericanos, que alguien dijo que se había

perdido por su culpa, y de cómo apenas pudo no llorar cuando le acercaron el micrófono al final del partido. Se despidió y volvió al mostrador del bar; dejó que la mujer pasara con el chico a sus espaldas y saliera a la terraza. Fui a preguntarle al barman si tenía algún llamado para mí, y él estaba contando la misma historia del partido de básquetbol con los norteamericanos, ahora letra por letra, gol por gol.

“Cuando subí al cuarenta para llevar las aspirinas y el agua mineral ella me atendió con mucho cariño. El chiquillo estaba parado en una silla, cerca de la ventana, miraba para afuera y llamaba a un gato. Ella me ayudó a poner la bandeja encima de la mesa y me dijo, me acuerdo, que era una gran idea usar zapatos de goma. Le dije que eran muy descansados, pero que me hacían muy baja. Estaba en enaguas, sin lentes, y tiene los ojos muy grandes y verdes, con ojeras. La sentía mirarme mientras destapaba la botella, apoyada en la pared, los brazos cruzados, casi agarrándose los hombros. Como si fuéramos amigas, como si yo hubiera subido al cuarenta a contarle algo que no me animaba y ella esperara. Y cuando me iba me llamó moviendo un brazo y me dijo sin burlarse: ‘Si usted me viera, así, como ahora, sin saber nada de mí... ¿Le parece que soy una mala mujer?’. ‘Por favor, señora’, le dije. ‘En todo caso, la mala mujer no es usted’.”

¿Por qué había elegido él, entre todas las cosas que no le importaban, la historia del partido de básquet? Lo veía enderezado en el taburete del bar, dispersando a un lado y otro el insignificante relato de culpa, derrota y juventud. Lo veía eligiendo, como lo mejor para llevarse, como el símbolo más comprensible y completo, la memoria de aquella noche en el Luna Park, el recuerdo infiel, tantas veces deformado, de bromas de vestuario, de entradas revendidas a cien pesos, de la lucha, el sudor, el coraje, los trucos, la soledad en el desencanto, el deslumbramiento bajo las luces, en el centro del rumor de la muchedumbre que se aparta ya sin gritos.

Tal vez no haya estado eligiendo un recuerdo sino una culpa, vergonzosa, pública, soportable, un daño del que se reconocía responsable, que a nadie lastimaba ahora y que él podía revivir, atribuirse, exagerar hasta convertirlo en catástrofe, hasta hacerlo capaz de cubrir todo otro remordimiento.

—Comieron en la terraza, como grandes amigos, como si formaran, los cuatro, una familia unida, cosa que poco se ve. Y cuando terminó la comida el tipo acompañó a la muchacha al chalet y la mujer bajó la escalinata, cargada con el chico, para acompañarlos hasta los portones del hotel. Después de acostar a la criatura volvió al comedor y pidió una copita de licor. Estuvo esperando hasta que a Gunz lo dejaron solo; entonces lo hizo llamar y conversaron como media hora, el

tiempo que demoró el tipo en ir y volver.

Ella no estaba triste ni alegre, parecía más joven y a la vez más madura cuando el hombre los descubrió desde la puerta del comedor y se fue acercando, erguido, escuálido, con la cara burlona y alerta. Gunz habló todavía unos minutos, lento, pensativo, mientras se limpiaba los anteojos. La mano de la mujer restregaba la del hombre, cuidadosa, innecesaria. Debajo de la mentira, de la reacción piadosa, estaban en ella el asombro y la curiosidad. Examinaba al hombre como si Gunz acabara de presentárselo luego de hacerle oír una corta biografía que rebasaba el presente, una historia profética y creíble que alcanzaba a cubrir algunos meses colocados más allá de aquel minuto, de aquella coincidencia. Nunca había dormido con él, ignoraba sus costumbres, sus antipatías, el sentido de su tristeza.

Gunz se fue y ellos bebieron un poco más, silenciosos, separados para siempre, ya de acuerdo. Y cuando subieron la escalera para acostarse, ella se sentía obligada a caminar apoyada en la establecida fortaleza del hombre, imaginando y corrigiendo la sensación que podían dar sus dos cuerpos, paso a paso, al sereno y a los que quedaban bostezando en el bar, descubriendo —con un tímido entusiasmo que no habría de aceptar nunca— que nada permanece ni se repite.

—Pero si lo de aquella noche —insistía el enfermero— ya era bastante raro: las dos mujeres como amigas de toda la vida, el beso que se dieron al despedirse, lo que sucedió al otro día es para no creer. Porque después del almuerzo fue ella la que hizo, sola, el camino hasta el chalet, con un paquete que debía ser de comida. El tipo se quedó con el chico, y se lo llevó a pasear al lugar más lindo que encontró en todo ese tiempo: el depósito de basura. Se tiró en camisa al sol, con el sombrero en la cara, arrancando sin mirar yuyos secos que masticaba mientras el chico se trepaba por las piedras. Podía resbalar y romperse el pescuezo. Y el tipo, véalo, tirado al sol con el saco por almohada, el sombrero en los ojos, casi al lado del montón de papeles, frascos rotos, algodones sucios, como un cerdo en su chiquero, sin importarle nada de nada, del chico, de lo que podían estar hablando las mujeres allá arriba. Y cuando empezó a enfriar, el chico, con hambre o aburrido, vino a sacudirlo hasta que el tipo se levantó y se lo puso en los hombros para llevarlo de vuelta al hotel. A eso de las cinco llegó ella; parecía más flaca, más vieja, y se quedó sola en el bar tomando una copa, con la cara en una mano, sin moverse, sin ver. Después subió y tuvo la gran discusión.

—No una discusión —corrigió la Reina con dulzura—. Yo estaba haciendo una pieza enfrente y no tuve más remedio que escucharlos. Pero no se oía bien. Ella dijo que lo único que quería era verlo feliz. Él tampoco gritaba, a veces se reía, pero era una risa falsa, rabiosa. “Gunz te dijo que me voy a morir. Es por eso el

sacrificio, la renuncia". Aquí ella se puso a llorar y en seguida el chico. "Sí", decía él, solo por torturar; "estoy muerto. Gunz te lo dijo. Todo esto, un muerto de un metro ochenta, es lo que le estás regalando. Ella haría lo mismo, vos aceptarías lo mismo".

—No es que lo defienda —dijo el enfermero—; pero hay que pensar que estaba desesperado. No se puede negar que hubo un arreglo entre ellas, y aunque esto era lo que él andaba queriendo, cuando la cosa se produjo vio la verdad. Claro que él ya la sabía, la verdad. Pero siempre es así. Usted la vio venir con el chico y tomar el ómnibus; casi seguro que esta vez se fue para siempre. Ellos están viviendo en el chalet; les llevan la comida desde el hotel y no salen nunca. Solo los ven alguna vez, de noche, fumando en la galería. Y Gunz me dijo que la cosa va a ser rápida, que ya ni metiéndolo en el sanatorio.

Ella pasó, es cierto, por el almacén, cargada con el niño, sin entrar, eligiendo la sombra del árbol para esperar el ómnibus. Desde el mostrador, enjuagando un vaso, la miré como si la espicara. Le hubiera ofrecido cualquier cosa, lo que ella quisiera tomar de mí. Le hubiera dicho que estábamos de acuerdo, que yo creía con ella que lo que estaba dejando a la otra no era el cadáver del hombre sino el privilegio de ayudarlo a morir, la totalidad y la clave de la vida del tipo.

Los otros siguieron encerrados en la casita hasta principios del invierno, hasta unos días después de la única nevada del año. No llegaron más cartas, solo un paquete con la leyenda "ropa usada".

Andrade, de la oficina de alquileres, fue cuatro veces a visitarlos y siempre lo atendió la muchacha; amable y taciturna, ignorando la curiosidad del otro, haciendo inservibles los pretextos para demorarse que Andrade había ido fabricando en el viaje en bicicleta. Era el primer día de un mes, los golpes en la puerta solo podía darlos Andrade. Ella salía en seguida, como si hubiera estado esperando, con su tricota oscura, los pantalones arrugados, con los veloces, exactos movimientos de su cuerpo de muchacho; saludaba, cumplía en silencio el cambio del dinero por el recibo y volvía a saludar. Andrade montaba en la bicicleta y regresaba viboreando hasta su oficina o continuaba recorriendo las casas de la sierra que administraba, pensando en lo que había visto, en lo que era admisible deducir, en lo que podía mentir y contar.

El mismo día de la partida de la mujer con el niño, el hombre pagó su cuenta en el hotel y se fue. De modo que ya no era, para los pasajeros, uno de ellos; las cortesías, las similitudes que había prodigado en la última noche empezaron a ser olvidadas desde el momento en que bajó la escalinata guardándose el recibo, el impermeable al hombro, repartiendo con postrer entusiasmo saludos silenciosos,

moviendo de un lado a otro su sonrisa. Los clientes de Gunz y Castro volvieron a individualizar en seguida, con más exasperación que antes, cada una de las cosas que los separaban del hombre; y sobre todo volvieron a sentir la insoportable insistencia del hombre en no aceptar la enfermedad que había de hermanarlo con ellos.

No podían dar nombre a la ofensa, vaga e imperdonable, que él había encarnado mientras vivió entre ellos. Concentraban su furia en la casita de las portuguesas, visible cuando reposaban en la terraza o cuando paseaban por el parque a la orilla del arroyo. Y dos veces por día, hasta que las noches se alargaron y del segundo viaje solo podían conocer el prólogo, podían festejar la perduración de su odio viéndolo renovarse por las caminatas del peón del hotel, cargado con la vianda, un diario bajo el brazo, hasta la casita blanca y roja que fingían suponer clausurada por la vergüenza. Controlaban los pedidos de botellas que transmitía el peón al administrador y ocupaban sus horas suponiendo escenas de la vida del hombre y la muchacha encerrados allá arriba, provocativa, insultantemente libres del mundo.

El enfermero había estado hablando de escándalo y afrenta pública; era casi de noche cuando encendí las lámparas y encargué a Levy chico que atendiera el almacén mientras yo cruzaba a tomar un trago y charlar de muertes, curaciones y tarifas con el gerente del Royal. Salí al frío azul y gris, al viento que parecía no bajar de la sierra, sino formarse en las copas de los árboles del camino y atacarme desde allí, una vez y otra, casi a cada paso, enconado y jubiloso. Iba cabizbajo, oyendo un motor que se entrecortaba sobre la fábrica de aviones, pronosticando que el gerente del Royal me anunciaría, con falsa aprensión, con infantil esperanza, un invierno de nieve, de caminos bloqueados, cuando divisé los intermitentes círculos de la luz sobre la tierra del camino. Me detuve, la luz amarilla de la linterna se abrió en mi cara y escuché la risa; era un sonido seco, intencionado, ejercido para el reto. El hombre volvió a poner la luz en el suelo, miró hacia las nubes, y la apagó.

—La traía para la vuelta —dijo—. La descubrí en el garaje. Es un encuentro casual, porque usted se iba. Pero venía a buscarlo. Quiero decir, tengo que hablar con usted y negociar.

Estaba inmóvil, altísimo, de espaldas a la última barra de claridad de la sierra, negro y despeinado. El viento sacudía su abrigo y lo hacía restallar con un sonido confundible con el de la tos, muy espaciada, que el hombre protegía alzando la mano y la linterna.

—No lo había conocido —dije, sin saber si debía ofrecerle la mano, pensando velozmente en su historia—. Vamos al almacén, ¿quiere? Por lo menos

allí no hay viento.

Me seguía sin palabras, pisando como si tratara de aplastar. “Es la primera vez que habla, pensé al entrar en el almacén; todo lo anterior fueron monosílabos, gruñidos, gestos, una sola palabra. Está borracho, pero no de alcohol, y necesita seguir hablando, como si se despeñara y quisiera terminar cuanto antes.”

Entré restregándome las manos, desprendiéndome la ropa, aunque el frío y algo de viento también estaban en el negocio. No quise volverme a mirarlo. Le golpeé el hombro a Levy chico que estaba boquiabierto, extático, con la gorra hasta los ojos, detrás del mostrador. Nos quedamos solos y llené dos vasos con vermut. Él apartó la mano de la reja de la ventana y vino hacia mí, sonriendo con los brazos separados del cuerpo, balanceando la larga linterna niquelada. Se inclinó para dominar la tos y volvió a sonreír, enrojecido, lacrimoso.

—Perdón —murmuró—. Si no le molesta, prefiero caña.

Le serví lo que pedía y dije “salud” antes de beber, sin haberlo mirado todavía. Comencé por examinar el sobretodo, negro, viejo, demasiado holgado, con botones muy grandes y un cuello de terciopelo, casi nuevo.

—Usted salía —dijo—. No quiero que por mí... Es un minuto. —Se detuvo y miró alrededor, serio, extrañado, inquisitivo. Volvió a girar la cabeza, más tranquilo, alzó la copa y la vació. Me miraba sin que le importara verme, el labio levantado y fijo. Tocaba el mostrador con la punta de los dedos, para mantenerse recto, dentro del sobretodo negro, oloroso, anacrónico; exhibía los huesos velludos de las muñecas e inclinaba la cabeza para mirarlos, alternativamente, compasivo, y con cariño; aparte de esto, no era nada más que pómulos, la dureza de la sonrisa, el brillo de los ojos, activo e infantil. Me costaba creer que pudiera hacerse una cara con tan poca cosa: le agregué una frente ensanchada y amarilla, ojeras, líneas azules a los lados de la nariz, cejas unidas, retintas.

—Deme otra copa —dijo—. Es muy simple, nos cortaron los víveres. Lo pudieron soportar solo unos meses; pero yo me atrasé, no fui capaz de reventar a tiempo dentro de los límites de la decencia, como ellos esperaban. Aquí estoy, todavía, tosiendo y de pie. Yo soy así, hago proyectos, creo en ellos, llego hasta jurar, y después no cumplo. No quiero aburrirlo, perdone. Entonces, justamente hoy, en el hotel, se les acabó la paciencia. A mediodía el empleado nos trajo la vianda y dijo que no iba a volver. Le daba mucha vergüenza, estuvo rascando el piso con el pie, hasta es posible que nos tuviera lástima. Le pagamos y le regalamos dinero. Y ella, a escondidas, salió a la galería para que yo no la viera llorar. Está mal, claro; ella se había hecho responsable de mi curación, de mi felicidad. Heredó un dinero de la madre y tuvo el capricho de gastarlo en esto, en curarme. En fin,

estuvimos de acuerdo en que es necesario que sigamos comiendo hasta que yo reviente. Así que vine a verlo, a preguntarle si puede hacernos llegar comida, una o dos veces por día, y por poco tiempo. No porque piense morirme; pero puede ser que pronto nos vayamos.

Le dije que sí, mintiendo, porque no sabía cómo conseguirles sus dos comidas diarias, preguntándome porqué recurrían a mí y no a cualquier otro hotel o pensión. Él estaba contra el mostrador, perfilado y torpe, jugando con la luz de su linterna porque no se le ocurría una frase para despedirse. Serví otra vuelta, imaginé que la muchacha allá arriba aprovecharía su ausencia para llorar un poco más.

Una vieja de la sierra había contado que se acercó un domingo a la casita para pedir fósforos, que una ventana estaba abierta y que el hombre, solo, de pie, desnudo, se miraba en el espejo de un armario; movía los brazos, adelantaba una sonrisa, de leve asombro. Y no era, reconstruía yo, no había sido que terminaron de agitarse en la cama y el hombre fue atrapado por el espejo al pasar. Se había desnudado lentamente frente al armario para reconocerse, esquelético, con manchas de pelo que eran agregados convencionales y no intencionadamente sarcásticas, con la memoria insistente de lo que había sido su cuerpo, desconfiado de que los fémures pudieran sostenerlo y del sexo que colgaba entre los huesos. No solamente flaco en el espejo, sino enflaqueciendo, a poco que se animara a mirar y medir.

Sacudió una mano en el bolsillo del sobretodo pero yo hablé antes de que la sacara.

—No es nada. Invito yo. Queda arreglado, comida para dos, dos veces al día.

Golpeó la pared con la luz de la linterna y sonrió, con un lento orgullo, como si acabara de acertar.

—Gracias. Lo que nos mande estará bien. Ya no vienen cartas. La verdad es que yo pedí que no escribiera.

Se movió para enfrentarme, ofreció la cara, mantuvo más amplia, la sonrisa negativa. Estaba envejecido y muerto, destruido, vaciándose; pero sin embargo, más joven que cualquier otra vez anterior, reproduciendo la cabeza que había enderezado en la almohada, en la adolescencia, al salir de la primera congestión. Convirtió en ruido su sonrisa y me tendió la mano; lo vi cruzar la puerta, atrevido, marcial, metiendo a empujones en el viento el sobretodo flotante que alguna vez le había ajustado en el pecho: lo vi arrastrar, ascendiendo, la luz de la linterna.

No volví a verlos durante quince o veinte días; les llevaban viandas desde el

Royal y ahora era él quien recibía al mandadero —Levy chico— y le pagaba diariamente.

La muchacha resurgió en los chismes del enfermero, bajando la sierra un anochecer para buscar a Gunz en el hotel e instalarse en la terraza a esperarlo, sonriente y silenciosa con los mozos, con los pasajeros que podían reconocerla. En la versión del enfermero, Gunz alzó los hombros y dijo que no; después estuvo cuchicheando con la cabeza inclinada hacia ella y la mesa; por encima del cuerpo del médico la muchacha miraba a lo lejos como si estuviera sola. Finalmente dio las gracias y ofreció pagar las tazas de café; Gunz la acompañó hasta los portones del hotel y se quedó un rato con las manos en los bolsillos del pantalón, viéndola alejarse y subir, el chaleco hinchado avanzando en la primera sombra.

En la historia de la mucama —ya no iba a casarse con el enfermero, llegaba al almacén sola y en las horas en que no podía encontrarlo— la muchacha bajó una noche para arrancar a Gunz de la cama y mostró a los que charlaban soñolientos en el bar, una cara donde había más susto que tristeza. Gunz, sin entusiasmo, aceptó por fin subir hasta el chalet apretando un brazo de la muchacha.

Volví a verlos, por sorpresa, antes de que la mucama o el enfermero pudieran informarme que se iban. Eligieron la mañana, entre las seis, para llegar juntos al almacén, solitarios en el frío, cada uno con su valija.

—Otra vez —dijo el hombre, irguiéndose.

Se sentaron junto a la ventana y me pidieron café. Ella, adormecida, me siguió por un tiempo con una sonrisa que buscaba explicar y ponerla en paz. Les miré los ojos insomnes, las caras endurecidas, saciadas, voluntariosas. Me era fácil imaginar la noche que tenían a las espaldas, me tentaba, en la excitación matinal, ir componiendo los detalles de las horas de desvelo y de abrazos definitivos, rebuscados.

Envuelta en el abrigo, en lanas tejidas, con un gorro azul de esquiador, la muchacha parpadeaba mirando hacia afuera; tenía la cara redonda, aniñada, indagadora. Con un enorme reloj bailándole en la muñeca, el hombre abría una mano agrandada para sujetarse la mandíbula, solo y deslumbrado frente a su taza vacía. El vapor nublaba la mañana de atrás de los vidrios y las rejas; el sol se mostraba entrecortado, el frío se estaba haciendo palpable en el centro del piso de tierra del almacén.

—Nos vamos al sanatorio —dijo el hombre cuando me acerqué a cobrar porque había sacudido un billete en el aire; la muchacha arrugó la nariz y la boca para decir algo, pero continuó mirando la mañana enrejada—. Ayer le dije al chico; de todos modos, quería avisarle que se acabó. Y darle las gracias.

Me apoyé en la mesa y cumplí una buena farsa, pidiéndole que perdonara la calidad de la comida, como si yo la hubiera cocinado. Alguno, Mirabelli por la hora, pasó guiando una vaca con cencerro; ella tenía la nuca en el brazo del hombre, escuchaba los pájaros, los primeros motores, el final de su noche.

—El doctor Gunz dice que es seguro —me contaba el hombre desde el hueco de la mano, con una sonrisa desidiosa y alertada, con una voz que no podría despertar a la muchacha si durmiera—. Tres meses de sanatorio, un régimen de cuartel.

—Gunz es muy buen médico. Y tiene mucha experiencia.

—Mucha experiencia —repitió lentamente, divirtiéndose; miraba hacia el centro del salón, justamente el lugar donde yo sentía amontonarse el frío; ahora la cara le cabía en la mano, las puntas de los dedos tocaban los pelos largos y desperejados sobre la sien—. Y después, empezar de nuevo. ¿Se da cuenta? Solo tres meses; y aunque fueran seis.

Me pareció que no había alzado la voz, pero ella dejó de mirar la nube acuosa de la ventana y puso los ojos, como el hombre, en el centro del piso del almacén. El primer cliente verdadero entró un saludo ronco e indirecto, el roce tristón de las alpargatas; llevaba boina, bigotes largos, un pañuelo de luto. La mano de la muchacha recorrió el pecho del hombre, fue subiendo hasta apretar los dedos gigantescos que sostenían la cabeza.

Friolento, carraspeando, el hombre del pañuelo negro planchó un billete sobre el mostrador y me pidió ginebra. Mientras llenaba el vasito vi acercarse la camioneta del sanatorio, recién pintada, balanceándose con suavidad. La muchacha y el hombre adivinaron y se fueron alzando con trabajo, entumecidos; no me saludaron al irse; él cargaba las dos valijas, ella se puso a bromear con el chófer que había descendido del coche y apretaba contra el vientre la gorra con visera y leyenda.

Tres meses, había mentido Gunz, seis meses había admitido el hombre. Los imaginaba inmóviles en camas blancas de hierro, allá arriba, depositados provisoriamente en una habitación del sanatorio, narices y mentones apuntando con resolución a un techo encalado, jugando aún al malentendido, apalabrados para esperar sin protestas, sin comentarios ociosos, la hora en que los demás reconocerían su error para decidir, con pequeñas excusas, con frases negadoras del tiempo, con golpecitos cordiales, mandarlos de vuelta al mundo, al desamparo, a la querrela, a la postergación. Imaginaba la lujuria furtiva, los reclamos del hombre, las negativas, los compromisos y las furias despiadadas de la muchacha, sus posturas empeñosas, masculinas.

Habían pasado muy pocos días de los seis o tres meses cuando, con la ayuda del más chico de los Levy, me puse a limpiar el almacén y a adelantar el inventario. Entonces volví a ver, en el fondo del cajón de la correspondencia, debajo de la libreta negra de las cartas certificadas, los dos sobres con letra ancha y azul que no había querido entregar al hombre cuando llegaron, en el verano. No lo pensé mucho; me los puse en el bolsillo y aquella noche leí las cartas, solo, después de colgar las persianas. Una, la primera, no tenía importancia, hablaba del amor, de la separación, del sentido adivinado o impuesto a frases o actos pasados. Hablaba de intuiciones y descubrimientos, de sorpresas, de esperas largamente mantenidas. La segunda era distinta; el párrafo que cuenta decía: “Y qué puedo hacer yo, menos ahora que nunca, considerando que al fin y al cabo ella es tu sangre y quiere gastarse generosa su dinero para volverte la salud. No me animaría a decir que es una intrusa porque bien mirado soy yo la que se interpone entre ustedes. Y no puedo creer que vos digas de corazón que tu hija es la intrusa sabiendo que yo poco te he dado y he sido más bien un estorbo”.

Sentí vergüenza y rabia, mi piel fue vergüenza durante muchos minutos y dentro de ella crecían la rabia, la humillación, el viboreo de un pequeño orgullo atormentado. Pensé hacer unas cuantas cosas, trepar hasta el hotel, y contarlo a todo el mundo, burlarme de la gente de allá arriba como si yo hubiera sabido de siempre y me hubiera bastado mirar la mejilla, o los ojos de la muchacha en la fiesta de fin de año —y ni siquiera eso: los guantes, la valija, su paciencia, su quietud— para no compartir la equivocación de los demás, para no ayudar con mi deseo, inconsciente, a la derrota y al agobio de la mujer que no los merecía; pensé trepar hasta el hotel y pasearme entre ellos sin decir una palabra de la historia, teniendo la carta en las manos o en un bolsillo. Pensé en visitar el sanatorio, llevarles un paquete de frutas y sentarme junto a la cama para ver crecer la barba del hombre con una sonrisa amistosa, para suspirar en secreto, aliviado, cada vez que ella lo acariciaba con timidez en mi presencia.

Pero toda mi excitación era absurda, más digna del enfermero que de mí. Porque, suponiendo que hubiera acertado al interpretar la carta, no importaba, en relación a lo esencial, el vínculo que unía a la muchacha con el hombre. Era una mujer, en todo caso; otra.

Lo único que hice fue quemar las cartas y tratar de olvidarme; y pude, finalmente, rehabilitarme con creces del fracaso, solo ante mí, desdeñando la probabilidad de que me oyeran el enfermero, Gunz, el sargento y Andrade, descubriendo y cubriendo la cara del hombre, alzando los hombros, apartándome del cuerpo en la cama para ir hacia la galería de la casita de las portuguesas, hacia la mordiente noche helada, y diciendo en voz baja, con esforzada piedad, con

desmayado desprecio, que al hombre no le quedaba otra cosa que la muerte y no había querido compartirla.

—¿Qué? —me preguntó el enfermero, respetuoso, inseguro, sujetando la excitación.

Salí afuera y me apoyé en la baranda de la galería, temblando de frío, mirando las luces del hotel. Me bastaba anteponer mi reciente descubrimiento al principio de la historia, para que todo se hiciera sencillo y previsible. Me sentía lleno de poder, como si el hombre y la muchacha, y también la mujer grande y el niño, hubieran nacido de mi voluntad para vivir lo que yo había determinado. Estuve sonriendo mientras volvía a pensar esto, mientras aceptaba perdonar la avidez final del campeón de básquetbol. El aire olía a frío, y a seco, a ninguna planta.

Entré en la habitación y fui cruzando, lleno de bondad, el cuchicheo de los cuatro hombres. Recorrí con lentitud la casita, miré y rocé con la punta de los dedos estampas, carpetas, cortinas, almohadones, fundas, flores duras, lo que habían estado haciendo y dejaron allí las cuatro mujeres muertas, las fruslerías que crecieron de sus manos, entre maquinales y necios parloteos, presentimientos y rebeliones, consejos y recetas de cocina. Conté las agonías bajo el techo listado por vigas negras, nuevas, inútiles, usando los dedos por capricho. Pensé, distraído y sin respeto, en las virginidades de las tres hermanas y en la de su amiga, una mujer muy joven, rubia, gorda. En el cuarto del fondo descubrí un montón de diarios que no habían sido desplegados nunca, los que se hacía llevar con el peón del hotel; y, en la cocina, una fila de botellas de vino, nueve, sin abrir.

Regresé, paso a paso, a la habitación donde estaban el cuerpo y los demás.

—No tuvo paciencia, señora —explicaba Gunz a una mujer flaca, con la cabeza cubierta por un rebozo y afirmativa.

—Es así —dijo Andrade, adulador y triste.

El enfermero hablaba de procedimientos y remociones con el sargento; sonrió al verme entrar y quiso preguntar algo, pero yo me volví hacia los zapatos y los pantalones visibles del hombre muerto, hacia la forma incomprensible debajo de la sábana.

—Poca sangre, señora —informaba el enfermero, con un tono de interrogación dirigido a Gunz.

—La que le quedaba —bromeó el médico bostezando.

Yo miraba hacia la cama con todas mis fuerzas, creyendo posible averiguar por qué había pedido los diarios para no leerlos, por qué había comprado las botellas para no abrirlas, creyendo que me importaba saberlo.

—¿Qué le parece si le dejo el certificado? —preguntó Gunz.

—Como le parezca, doctor —cantó el sargento—. Pero si puede esperar un poquito...

Y ahí estaba, en el suelo, el revólver oscuro, corto, adecuado, que él se había traído mezclado con la blancura de camisetas y pañuelos y que estuvo llevando, en el bolsillo o en la cintura, escondiéndolo con astucia y descaro, sabiendo que era a él mismo que ocultaba, plácido y fortalecido porque podía ocultarse como un objeto de una y de la otra, de lo infundado de sí mismo.

El sargento y Gunz habían salido a la galería a esperar al comisario; solo llegaba el ruido lento de las palabras, la imagen de los hilos de vapor de las bocas. A mis espaldas, alzándose del desconcierto, de la curiosidad, del miedo, la mujer flaca empezó a preguntar.

—¿No lo vio? —dijo feliz el enfermero—. Está natural. Más flaco, puede ser; más tranquilo— Se detuvo y yo sé que me estaba mirando con angustia; repitió su historia suavemente, para que yo no volviera a oírla.

—Estaba desahuciado aunque, claro, nunca se lo dijeron. Usted sabe cómo es. Hacía veinte días que estaban en el sanatorio y lo teníamos en quietud, con inyecciones. Un régimen muy severo. Ni peor ni mejor. Siempre contento, era un caballero. Estaba la muchacha con él. No sé, señora, cuidándolo. Y esta mañana, cuando ella se despertó y el paciente no estaba en la habitación salimos a buscarlo por todo el sanatorio; después supimos que había bajado en la camioneta. El chófer está acostumbrado, gente que apenas puede andar y se le ocurre ir a dar una vuelta. No se puede, señora; así es en el sanatorio, libertad. Pero no volvió a aparecer, el chófer se cansó de esperarlo, y estábamos sin saber qué pensar hasta que Andrade, aquí, nos telefoneó.

—Es así, señora —confirmó Andrade; ahora yo estaba mirándolos, divertido, balanceándome para entrar en calor—. Me dijeron que lo habían visto entrar a mediodía, aunque él me devolvió las llaves, y no quise creerlo. Yo ni siquiera había venido para limpiar. Pero había una ventana con luz al caer el sol y me vine a golpear. Calcule, cuando abrí la puerta y entré. Tal vez se haya guardado una llave de la entrada por la cocina.

—Y todavía era joven, el pobre —dijo la mujer; trató de echarse a llorar.

El enfermero, Andrade y yo encogimos los hombros y escuchamos en

seguida el motor del automóvil, deteniéndose. El sargento y Gunz caminaron por la galería, golpeando a cada paso, como a propósito, el silencio luminoso y frío, la dureza de la noche imparcial.

—El comisario —anunció con solemnidad el enfermero y la vieja volvió a decir que sí, cabeceando.

Me senté en el diván, estremecido y en paz; preferí no moverme cuando entró la muchacha y fue recta hasta la cama, copió con increíble lentitud mi ademán de descubrir y cubrir.

El sargento y Gunz ocupaban la puerta, la vieja y el enfermero se adelgazaban contra la pared, Andrade retrocedió con la boina en la mano. Casi sin respirar, miré a la muchacha que inclinaba la cara sobre el conjunto inoportuno, airadamente horizontal, de zapatos, pantalones y sábanas. Estuvo inmóvil, sin lágrimas, cejijunta, tardando en comprender lo que yo había descubierto meses atrás, la primera vez que el hombre entró en el almacén —no tenía más que eso y no quiso compartirlo—, decorosa, eterna, invencible, disponiéndose ya, sin presentirlo, para cualquier noche futura y violenta.

(1954)

PARA UNA TUMBA SIN NOMBRE

Para Litty

Todos nosotros, los notables, los que tenemos derecho a jugar al póker en el Club Progreso y a dibujar iniciales con entumecida vanidad al pie de las cuentas por copas o comidas en el Plaza. Todos nosotros sabemos cómo es un entierro en Santa María. Algunos fuimos, en su oportunidad, el mejor amigo de la familia; se nos ofreció el privilegio de ver la cosa desde un principio y, además, el privilegio de iniciarla.

Es mejor, más armonioso, que la cosa empiece de noche, después y antes del sol. Fuimos a lo de Miramonte o a lo de Grimm, "Cochería Suiza". A veces, hablo de los veteranos, podíamos optar; otras, la elección se había decidido en rincones de la casa de duelo, por una razón, por diez o por ninguna. Yo, cuando puedo, elijo a Grimm para las familias viejas. Se sienten más cómodas con la brutalidad o indiferencia de Grimm, que insiste en hacer personalmente todo lo indispensable y lo que inventa por capricho. Prefieren al viejo por motivos raciales, esto puede verlo cualquiera; pero yo he visto además que agradecen su falta de hipocresía, el alivio que les proporciona enfrentando a la muerte como un negocio, considerando al cadáver como un simple bulto transportable.

Hemos ido, casi siempre en la madrugada, serios pero cómodos en la desgracia, con una premeditada voz varonil y no cautelosa, a golpear en la puerta eternamente iluminada de Miramonte o de Grimm. Miramonte, en cambio, confía todo, en apariencia, a los empleados y se dedica, vestido de negro, peinado de negro, con su triste bigote negro y el brillo discretamente equívoco de los ojos de mulato, a mezclarse entre los dolientes, a estrechar manos y difundir consuelos. Esto les gusta a los otros, a los que no tuvieron abuelos arando en la Colonia; también lo he visto. Golpeamos, golpeo bajo el letrero luminoso violeta y explico mi misión a uno de los dos, al gringo o al mulato; cualquiera de ellos la conocía cinco minutos después del último suspiro, y aguardaba. Grimm bosteza, se pone los anteojos y abre un libro enorme.

—¿Qué es lo que quieren? —pregunto. Lo digo, sabiéndolo o calculando.

—¡Qué desgracia, tan joven! Por fin descansa, tan viejo —dice Miramonte, a toda hora sin sueño y vestido como para un antiguo baile de medio pelo.

Sabemos también, todos nosotros, que los dos ofrecen o imponen sin lucha un fúnebre con dos cocheros, una carroza para las flores, remises, hachones, velas gruesas, cristos torturados. Sabemos que a las diez o a las cuatro desfilamos todos

nosotros por la ciudad, por un costado de la plaza Brausen, por los fondos tapiados de la quinta de Guerrero, por el camino en pendiente, irregular, casi solamente usado para eso, que lleva al cementerio grande, común en un tiempo para la ciudad y la Colonia. Golpeándonos después, a cada bache, contra las capotas de los coches y disimulándolo; no al trote, pero ya a buen paso, apreciando cada uno la impaciencia colectiva por desembarazarse, manteniendo vivas, a pulmón y con sonrisas, conversaciones, diluidas charlas que nos apartan del muerto oblongo. También sabemos de las misas de cuerpo presente, el murmullo acelerado e incomprensible, la llovizna gruesa de agua bendita. Comparamos —nosotros, los veteranos— las actuaciones del difunto padre Bergner con las de su sucesor, este italiano, Favieri, chico, negro, escuálido, con su indomable expresión provocativa, casi obscena.

Sabemos también de necrologías recitadas y las soportamos mirando la tierra, el sombrero contra el pubis.

Todo eso sabemos. Todos nosotros sabemos cómo es un entierro en Santa María, podemos describirlo a un forastero, contarlo epistolarmente a un pariente lejano. Pero esto no lo sabíamos; este entierro, esta manera de enterrar.

Empecé a saberlo, desaprensivo, irónico, sin sospechar que estaba enterándome, cuando el habilitado de Miramonte vino a sentarse en mi mesa en el Universal, un sábado poco antes del mediodía; pidió permiso y me habló del hígado de su suegra. Exageraba, mentía un poco, andaba buscando alarmas. No le hice el gusto. Tiene largos los bigotes y los puños de la camisa, mueve las manos frente a la boca como apartando moscas con languidez. Sugerí, por antipatía, la extracción de la vesícula, me dejó invitar y, a través de la ventana enjabonada, miré con entusiasmo el verano en la plaza, intuí una dicha más allá de las nubes secas en los vidrios. Después mencionó al chivo —fue esa la primera noticia que tuve y podría no haberla oído— mientras yo fumaba y él no, porque es avaro y remero y supone un futuro para el cual cuidarse. Yo fumaba, repito, desviando la cara para hacerle entender que debía irse, mirando el torbellino blanco que habían dejado en el vidrio de la ventana el jabón y el estropajo, convenciéndome de que el verano estaba de vuelta. Fue entonces que dijo: —...este chico de los Malabia, el menor.

—El único. El único que les queda —comenté de costado, maligno y cortés.

—Perdone, es la costumbre; eran dos. Una gran persona, Federico.

—Sí —dije, volviéndome para mirarle los ojos y causarle algún dolor—. Lo enterró Grimm. Un servicio perfecto. (Pero él, Caseros, el habilitado de Miramonte,

confiaba en que más tarde en el mediodía yo iba a decir sarcoma hablando de su suegra. No quería irse; hizo bien, según supe después).

—El señor Grimm es un decano en su profesión —elogió; mordió una aceituna, miró el carozo en el hueso de una mano.

Y aquel verano se me mostraba, atenuado por la confusión de la nube blancuzca en el vidrio de la ventana, encima de la plaza, en la plaza misma, en el río calmo a cuatro o cinco cuerdas. Era el verano, hinchándose perezoso a treinta metros, cargado de aire lento, de nada, del olor de los jazmines que acarrearían de las quintas, de la ternura del perfume de una piel ajena calentándose en su sol.

—El verano —dije, más o menos directamente, a él o a la mesa.

—Vino el chico Malabia, como le decía, y me hablaba tragándose las palabras. Entendí que era un duelo. Pero no tenía, que supiera, un solo familiar enfermo, aunque, claro, podía ser un ataque o accidente o en forma inesperada, y me pide, cuando nos entendemos, el sepelio más barato que le pueda conseguir. Lo veo nervioso y pálido, con las manos en los bolsillos, apoyado en el mostrador. Le hablo de esta mañana, en cuanto abrí, porque el señor Miramonte me confía las llaves y hay días que ni viene. Un sepelio. Le pregunto, extrañado y con miedo, si se trata de un familiar. Pero mueve la cabeza y dice que no, que es una mujer que murió en uno de los ranchos de la costa. Por discreción no quise preguntar mucho más. Le doy un precio y se queda callado, como pensando. Pero, me dije en seguida, si no paga él, está el padre. El muchacho es, usted lo conoce, bastante orgulloso, serio. No como el otro, el mayor, Federico, de que hablábamos. Sin embargo, le dije que no se preocupara por el pago. Pero él que no, con las manos en los bolsillos, muerto de sueño sin querer mirarme, preguntando por el precio al contado del entierro más barato. Sacó un dinero del bolsillo y lo puso, contándolo, arriba del mostrador. Alcanzaba, sin ganancia, para el ataúd y el fúnebre; nada más. Le dije que sí y me dio la dirección, en el rancharío de la costa, para hoy a las cuatro. Tenía un certificado de defunción, correcto, de ese médico nuevo que está en el policlínico.

—El hospital —dije.

—El doctor Ríos —insistió con entusiasmo—. Así que a las cuatro le mando el coche. Por la edad podría ser casi la madre, le lleva como quince años. No entiendo. Si fuera una amiga de la familia, una conocida, una sirvienta, hubiera venido el padre; o él mismo, pero no a regatear, no a insistir en pagar al contado, no a enterrar a la mujer esa casi como un perro. Rita García creo, o González, soltera, un infarto, 35 años, los pulmones rotos. ¿Usted comprende?

No comprendía nada. No le hablé de cáncer sino de esperanzas, lo dejé

pagar.

—¿Y en qué lado del rancharío?

—Cerca de la fábrica. Trató de explicarme. Claro que el cochero va y pregunta y en seguida le dicen. Conoce, además.

—¿En el cementerio grande?

—¿Dónde creía? ¿En la Colonia? Fosa común dentro de un mes. Pero siempre se guardan las apariencias —me tranquilizó. Y fue entonces que dijo—: Además hay un chivo. Tenía, criaba la mujer. Un chivo viejo. Lo averigüé después que el chico de Malabia vino a contratar.

Así que en seguida de la siesta me metí con el automóvil en el verano, con pocas ganas de estar triste. A las cuatro y cuarto estaba en los portones del cementerio, acucillado en el fin de la pendiente del camino, fumando. El verano, las tramposas incitaciones de tantos veranos anteriores, las columnas de humos de cocina en la altura.

Serían las cuatro y media cuando vi o empecé a ver con desconfianza, casi con odio. El guardián había salido a la calle —los terrones grises, algunas vetas profundas de tierra casi húmeda—, saludó y quiso hablarme; dos hombres en mangas de camisa, con pañuelos pequeños apretados en el cuello para absorber el sudor de la parca inminente, esperaban aburridos, apoyados en el portón.

No llegaron desde arriba, desde el camino de los entierros que todos nosotros conocemos. Vinieron desde la izquierda y se presentaron por sorpresa, agigantándose con lentitud en la cinta soleada de tierra; los tres o los cuatro, después de haber hecho un extenso rodeo, negándose al itinerario de entierro que todos nosotros creíamos inevitable, suprimiendo la ciudad. Un camino muchísimo más largo, incómodo, enrevesado entre ranchos y quintas pobres, impedido por zanjas, gallinas y vacas adormecidas. Lo reconstruí después, en mi casa, mientras el muchacho hablaba tratando de convencerme de cosas que él solo suponía o ignoraba.

El guardián del cementerio lleva un garrote inútil colgado de un brazo. Salió a la calle y miró a los lados. Yo fumaba sentado en una piedra; los dos tipos en camisa callaban recostados, las manos colgando, en la cintura, en los bolsillos de los pantalones. Era eso. Algún cactus, la pared del cementerio de piedra sobre piedra, un mugido reiterado en el fondo invisible de la tarde. Y el verano aún irresoluto en su sol blanco y tanteador, el zumbido, la insistencia de las moscas recién nacidas, el olor a nafta que me venía indolente desde el coche. El verano, el sudor como rocío y la pereza. El viejo tosió para mí y estuvo reconstruyendo

palabras sucias. Entonces me levanté para descansar, vi el camino desnudo, miré hacia la izquierda y fui haciendo con lentitud la mueca de odio y desconfianza.

Bamboleando su cúpula brillante y negra, el coche fúnebre trepaba la calle, despacio, arrastrado por una yunta sin teñir. Vi la cruz retinta, la galera del cochero y su pequeña cabeza ladeada, los caballos enanos, reacios, de color escandaloso, casi mulas tirando de un arado. Luego, solidificada por el sol, trepando flojamente, parda y dorada, la nube de polvo. Y en seguida después de su muerte, inmediatamente después que la luz sin prisas volvió a ocupar la zona de tierra removida, los vi a ellos, medí su enfermiza aproximación, vi las dos nubecillas que se alzaban, renovándose, para ponerles fondo, independientes, sin unirse. Entretanto, se me iba acercando la cara del cochero reclinado en el alto asiento del fúnebre, su expresión de vejada paciencia.

Eso, este entierro. Un coche cargado con un muerto, como siempre. Pero detrás, a media cuadra, encogidos, derrengados, resueltos sin embargo a llegar al cementerio aunque éste quedara dos leguas más lejos, el muchacho y el chivo, un poco rezagada la bestia, conducida o apenas guiada por una gruesa cuerda, casi en tres patas, pero sin negarse a caminar. Nada más, nadie; el último temblor del polvo asentándose, el ardor manso de la luz en el camino.

—Déjeme a mí —dijo el más flaco de los hombres en camisa, desprendiéndose del portón y saliendo a la calle. Palmeó el hombro del guardián que rezongaba con la cabeza alzada hacia el pescante del fúnebre—. ¿Por qué no entra, Barrientos? Después tenemos cerveza en la cripta.

El coche se había detenido sin violencia, sin esfuerzo de las riendas, sin voluntad de la punta huesuda y cabizbaja, de manera tan absoluta, definitiva, que era difícil creer que aquello se había movido nunca. El sudor de los caballos revivía la negrura austera de manchas de betún sobrantes de anteriores entierros; un olor triste rodeó en seguida al coche y a los animales, ayudó a la quietud asombrosa a separarlos de la tarde y del mundo. La voz descendió lenta, hostil y exasperante como el canto de un pájaro de lata.

—Está contra las leyes y usted lo sabe —dijo Barrientos, el cochero—. Tengo tanta sed que ya no me importa tomar cerveza o meada de caballo.

Barrientos tenía una cara vieja y blanda, con ojos pequeños y sin brillo bajo las cejas grises, salientes; con una gran boca delgada en arco introducida en la barbilla mal afeitada; con una emocionante máscara de rencor resignado.

—Qué le cuesta, Barrientos —insistió el tipo—. No hay peligro, no hay ningún otro entierro para hoy. Calcule que el agujero está en el fondo, como a diez cuadras, y no acompañó nadie para cargar.

—Ya sé que no acompañó nadie, o mejor sería que de veras no hubiera acompañado nadie.

Nada en el mundo podría hacerlo sonreír; se echaba hacia atrás, aumentando su altura en el pescante, su amenazada importancia, sudando como si lo hiciera por gusto, para expresar sin palabras su protesta, para aliviar su humillación. Estaba envuelto en una capa de invierno que solo descubría las manos; el alto sombrero aceitoso ostentaba una cucarda emplumada, negra y violeta. Sacó de alguna parte un toscano y se puso a morderlo.

—Calcule, Barrientos —dijo el otro, ya sin fe—. Diez cuabras y haciendo gambetas y nadie que ayude con las manijas. Entre el coche, aunque sea hasta la avenida.

Sin inclinarse, sin mover la cabeza, experto, Barrientos escupió la punta del toscano hacia la izquierda y encendió un fósforo.

—Que los ayude el chivo. El chivo y el otro. Yo no entro mi coche al cementerio, me está prohibido, y tampoco ayudo. Un muerto pobre es lo mismo que un muerto rico. No es por eso. —Sujetaba el toscano en la mitad de la medialuna de la boca y miraba, memorizando inconsolable, el humo azul que subía suavemente en la tarde sin viento—. Dos coches, veinte coches, para mí es lo mismo. Pero no cruzar toda la ciudad con el chivo y el otro atrás y la chusma asomada en los ranchos para reírse. Es indecente. Ni entro ni me bajo. Soy cochero. Que los ayude el chivo.

Rengo y con la baba en la barba, con una pata entablillada, el chivo había llegado a la puerta del cementerio; refregaba el hocico en los pastos cortos de la zanja, sin llegar a comer. El muchacho de los Malabia estaba con los brazos cruzados, sin soltar la cuerda, soportando los tirones; despeinado, sucio y lustroso, me miraba desafiante, muerto de cansancio, inseguro de golpe, conservando por inercia el espíritu de desafío que le había permitido caminar más de cuarenta minutos detrás del fúnebre, arreando al chivo anciano y gigantesco.

El enterrador y Barrientos continuaban discutiendo sin pasión. Jorge Malabia desprendió al chivo de la zanja y se me vino con un gesto rabioso y perdonador, con esa mirada que usan los adolescentes, en un conflicto, para enfrentar a un hombre, a un viejo.

—¿Por qué está acá? —dijo, sin preguntar—. Ahora ya no tengo necesidad de nadie. Si no quieren llevarla me la pongo al hombro o la arrastro o la dejo aquí. Ya no me importa. Lo necesario era acompañarla; no yo: que el cabrón la acompañara. ¿Entiende? Nadie puede entender.

—Pasaba —mentí placentero—. Venía de ver un enfermo y estuve visitando el cementerio porque me dio por pensar en la próxima mudanza.

—Porque tengo un certificado en regla. ¿O vino para hacerle la autopsia? — Quería burlarse o no quería escuchar el aburrido regateo del sepulturero y Barrientos a sus espaldas. Con un mechón casi rubio cruzándole la frente y pegado, con la gran nariz curva que solo tendría sentido diez años después, con el cómico traje de última moda que se había traído de Buenos Aires.

—No habrá necesidad de dejar el cajón afuera —le dije, y me incliné para acariciar los cuernos del chivo—. Puedo ayudar.

Entonces el viejo, el guardián, contagiado de la historia de mortificación que segregaba Barrientos con indolencia desde la altura del pescante, se acercó y puso el palo sobre el hombro de Jorge.

—El chivo no entra —gritó—. ¿Me oye? El chivo no me entra al cementerio.

El muchacho no dejó de mirarme y me pareció que la pequeña sonrisa que fue haciendo era de alivio y esperanza.

—Deje de tocarme, viejo sucio —murmuró—. Guárdese la maderita.

Aparté al guardián y me ofrecí a cargar el ataúd. Barrientos se quedó fumando en el pescante, negro, sudoroso, agraviado. El viejo abría la marcha moviendo el garrote, volviéndose cada diez pasos para aconsejarnos. Éramos solo cuatro personas y bastábamos, a pesar del calor y del terreno desperejo, del fantástico itinerario ondulante entre tumbas rasas y monumentos. Era, casi, como llevar una caja vacía, de madera sin barniz, con una cruz excavada en la tapa. El chivo había quedado en los portones, sujeto a la verja. Era como transportar en un sueño dichoso, en una tarde de principios de verano, entre ángeles, columnas truncas y abatidas mujeres —entre grabadas elegías, exaltaciones, promesas y fechas— el fantasma liviano de un muerto antiguo, entre planchas de madera nudosa por respeto y temor.

Pusimos el cajón en el suelo, un hombre se dejó caer sin ruido dentro de la fosa fresca. El muchacho me tocó un brazo.

—Se acabó —dijo—. Esto era todo, el resto no me interesa. Gracias, de todos modos.

Cuando llegamos a los portones desató al chivo y volvió a erguirse, todavía desafiante pero con un principio de apaciguamiento, joven, regresando a la cínica, enternecida seguridad de donde había sido desplazado.

—Podría haberla dejado aquí mismo y desinteresarme. El compromiso que

me inventé era acompañarla hasta el cementerio con el cabrón. Creo que tiene una pata rota, hace unos días que apenas come. Me gustaría que usted pudiera hacer algo; pero no se preocupe, no vale la pena, y tal vez lo que corresponde es que nadie pueda hacer algo por él.

Sin mirarnos, desde su altura erguida sobre la negra inmovilidad del coche, sobre la desteñida quietud de los animales, Barrientos escupió y continuó fumando.

Contemplamos después en silencio la declinación del sol sobre la tierra y la verde colina sembrada a la derecha del cementerio. Estábamos cansados. Vi su complacida sonrisa, respiré el olor del chivo mezclándose con el lóbrego del coche y la yunta.

—¿Por qué no me hace preguntas? —dijo el muchacho—. Nadie me engaña. ¿Qué piensa hacer ahora?

Le di un cigarrillo y encendí otro.

—Podemos meter al animal en el asiento de atrás —contesté—. Podemos ir hasta mi casa y tratar de adivinar qué tiene en la pata y cuánto tiempo le queda para vivir. Es raro que me equivoque. No pienso hacer nada; nada que merezca ser preguntado en ese tono.

Pusimos al chivo en la parte trasera del coche —lo oí gemir y acomodarse, un ruido seco de bolas de billar, de nudillos contra una puerta— y empezamos a rodar hacia la ciudad. Oí después el jadeo del animal, incesante, isócrono, como un desperfecto del motor del auto. Tomé el camino que había hecho el cortejo fúnebre porque era el más largo.

En la curva de Gramajo fui aflojando suavemente el acelerador y hablé.

—¿Cuánto hace que se le rompió la pata?

Se rió. Tenía las piernas cruzadas, las manos sobre el vientre.

—Un día, o dos días, o tres o una semana —dijo con lentitud, mirando el paisaje—. Las cosas se me mezclan al final o están mezcladas ahora. Después que duerma veremos. El cabrón ya no tiene casa porque ella estaba viviendo de prestado en el rancho de una parienta, cuñada o tía. Una vieja inmunda, en todo caso. Pero no abuela, no llegaba a ser indispensable para que ella hubiera nacido. Así que lo llevaré a mi casa hasta que se muera y tendré que inventar una mentira estúpida porque son las únicas que creen. Pero usted, ¿por qué no pregunta? La pata del cabrón no le interesa. Pregunte por la mujer, por la muerta. Si era mi amante, si nos casamos en secreto, si era mi hermana emputecida.

Jugando al aplomo, a la madurez, sentado a mi izquierda en el automóvil, con los brazos cruzados sobre el vientre y las piernas, con su despeinada pelambre adolescente caída hacia los ojos, con su ridículo traje ciudadano. Yo manejaba con una mano y sostenía el cigarrillo con la otra; el chivo estertoraba a mis espaldas, inquieto y oloroso. No pensaba en la mujer; lo veía avanzar esforzándose por la calle del cementerio, separado de mí por el ataúd de peso absurdo; flaco, joven, noble, empecinado, jugando correctamente hasta el final del juego que se había impuesto, ardoroso y sin convicción verdadera. Boquiabierto por la sed y el cansancio, con su sorprendente saco oscuro, nuevo, entallado, cortísimo, de botones, con un pañuelo blanco amarillento asomado ordenadamente en el pecho, con un cuello duro y brillante, recién ensuciado, con una camisa que mostraba sus pálidas listas en el triángulo del chaleco de terciopelo.

—Oh —le dije—, solo me interesa ser útil. Tal vez curar al chivo; ya no a la mujer, sea quien sea.

Asintió con la cabeza y volvió a reír: siempre lleno de seguridad y pidiendo, sin ilusiones, comprensión. Llegamos a la calera y doblé a la derecha para subir hacia el centro.

—Espere, pare —dijo tocándome el brazo. Paré y encendí un cigarrillo; él no quiso otro—. ¿Puede matarlo? Al cabrón. Vamos a su casa y le da una inyección. Éste va a ser otro entierro.

—No entiendo mucho de chivos. Pero puedo tratar de curarlo.

—Está bien, siga. Si toma por la costa puede dejarme en casa.

Cuando llegamos no quise ayudarlo a bajar al chivo. Vi por el espejo del parabrisas que el animal no quería caminar; la tablita en la pata, sujeta con tiras del bramante, parecía un vástago de arbusto. El muchacho estuvo inspeccionando el frente de la casa y después se acercó sonriendo al coche.

—Deme ahora un cigarrillo, por favor. Los gasté todos, en el velorio; casi, casi fue un velorio de dos, como el entierro. El cabrón no le ensució el coche. Se va a morir y tiene que ser así. Ya me veo haciendo un pozo en el jardín. Bueno, le doy las gracias por algunas cosas que usted ni sospecha.

Me acomodé en el asiento y puse las manos en el volante. A través del vidrio de la ventanilla subido a medias nos miramos fumando, los dos con el cigarrillo colgado de la boca.

—Báñese y duerma —le dije—. Si no se muere el chivo, estoy a sus órdenes para curarlo.

—Bueno —murmuró, haciendo temblar el cigarrillo—. Además tengo que

darle las gracias por no tutearme.

II

Dije que el entierro se hizo un sábado. Al siguiente, a las seis o siete de la tarde, Jorge subió la escalera de mi casa, cruzó la sala vacía y vino a golpear en los vidrios de la puerta. Dos golpes, el segundo más audaz. Yo estaba aburrido, leyendo con trabajo las fantasías de Pende, oyendo con un oído, por la ventana abierta, el zumbido de la tarde en la plaza.

No traía entonces el traje ciudadano sino otro disfraz, casi ya un uniforme, usado por los jóvenes no definitivamente pobres de Santa María en aquel verano: pantalones azules muy ajustados, una camisa a cuadros abierta, una blusa de cuero delgado con cremallera, alpargatas. Me dio un cigarrillo —eran norteamericanos y dejó el paquete sobre el escritorio— y anduvo dando vueltas, mirando lomos de libros, el movimiento en la plaza. Después vino a sentarse en un ángulo del escritorio y sonrió disculpándose y admitiendo, quemando velozmente un resto de rencor.

—Se lo debía y vine —dijo con sencillez—. Murió. Recién hoy a mediodía. No pude conseguir que comiera. Yo había pensado, en serio, matarlo. Pero no hubo necesidad y, después de todo, no era más que un animal y lo mismo daba que estuviera muerto o vivo. Eso sí, le hice un agujero yo mismo y lo enterré. Era curioso verlo muerto: tenía la panza hinchada pero las patas eran como esas maderitas frágiles, blanquinegras, de las ovejitas de juguete. La otra, claro, era distinto.

Vi que estaba fanfarroneando, que no se le animaba de veras al recuerdo. Hablamos, llenos los dos de disimulo, sobre estudios, mujeres, la ciudad y la teoría de Pende. Fuimos a comer al Berna, cruzamos de vuelta la plaza con dos botellas de vino, atravesando el sábado estival poblado de parejas y familias, henchido de la inevitable, domesticada nostalgia que imponen al río y sus olores, el invisible semicírculo de campo chato.

Otra vez volvió a mirar los libros y a sentarse en la esquina del escritorio.

—Es increíble —dijo—. Acaso usted pueda ayudarme a creerlo o a dejar de creer. Porque da lo mismo. Usted sabe: hay cosas que ocurren, que nos dominan mientras están sucediendo; podríamos dar la vida para ayudarlas a suceder, nos sentimos responsables de su cumplimiento. Yo cargué con todo; pero mi participación, de veras, había durado cuatro o cinco días y terminó, mucho después, el sábado en el cementerio. O terminó, esta vez para siempre, ayer de

tarde, cuando trabajé con la pala en los fondos de casa y abrí una tumba, apenas suficiente para un cabrón viejo y hediondo —aunque fue recién entonces, muerto, que dejó de oler—, con patas rígidas de madera saliendo paralelas de los lacios pelos amarillos de vejez.

—Sí —asentí; no buscaba orientarme ni tampoco incitarlo a que contara: deseaba que aquello me viniera como de Dios, sorprendiéndome sin violencia—. No entiendo nada hasta ahora y me niego a sospechar. Pero sí lo comprendo. Aunque también es posible que su participación concluya, de verdad, cuando haya terminado de contar.

—También —dijo dócilmente y sonrió agradecido—. Puede ser. Porque eso lo viví, o lo fui sabiendo, a pedazos. Y los pedazos que se iban presentando estaban muy separados —sobre todo por el tiempo y por las cosas que yo había hecho en los entreactos— de cada pedazo anterior. Nunca vi verdaderamente la historia completa. El momento ideal hubiera sido hace una semana, en el velorio, en aquella parte extraordinaria del velorio en que ella y yo estábamos a solas. Sin contar el chivo, claro. Pero entonces lo único que me importaba era la piedad. Todos los pedazos de la historia que pude recordar solo me servían para excitar mi piedad, para irme manteniendo en la madrugada en aquel punto exacto del sufrimiento que me hacía feliz; un poco más acá de las lágrimas, sintiéndolas formarse y no salir. Y además, el rencor contra el mundo. Esto al pie de la letra; todo el mundo, todos nosotros. Lo que recordaba iba nutriendo la piedad, el rencor y el remordimiento y estos me empujaron hace tiempo hasta el borde del casamiento, pero nada más que hasta el borde. Yo me salvo siempre. Y ni siquiera cuando hablábamos con Tito de la historia pude sentirla como una cosa completa, con su orden engañoso pero implacable, como algo con principio y fin, como algo verdadero, en suma. Tal vez ocurra ahora, cuando se la cuente, si encuentro la manera exacta de hacerlo.

—Pruebe —aconsejé suavemente—; pero sin buscar. Acaso tenga suerte. Vamos a tomar un poco de vino.

Lo vi sonreír mientras se inclinaba para llenar los vasos. Un corto mechón de pelo bronceado se le abría sobre la frente. Algo auténtico y puro, una jubilosa forma de la nobleza triunfaba de sus ropas ridículas, de la frivolidad, la egolatría y la resolución de sentirse vivo a cualquier precio. Y ese algo y esa forma no procedían de la experiencia que pudiera recordar o continuara impregnándolo aunque no la recordara; se le acercaban como una lenta nube, desde los años futuros y próximos. No podría, por lo tanto, olvidarlos o rehuirlos. Así que mientras lo miraba morder el vaso para beber ansioso, como con verdadera sed,

adiviné que si lograba contarme la historia iría gastando al decirla lo que le quedaba aún de adolescente. No sus restos de infancia: no se le morirían jamás. La adolescencia; los conflictos tontos, la irresponsabilidad, la inútil dureza. Lo estuve observando en soslayada despedida, con pena y orgullo.

Fue y vino por la sala con el vaso en la mano, sin ruido sobre la alfombra y la estopa de las alpargatas.

—¿No le molesta que camine? —preguntó; bebía con la cara hacia la ventana, hacia la pequeña noche de la plaza, provincial, húmeda, con sonidos de automóviles y música, con algunos gritos de muchachas.

—La historia —dijo para ayudarse o para anunciar— empezó hace mucho, dos años en cuanto a mí, o más. Pero cuando digo más no se trata de la misma mujer. Porque ahí estaban, a media cuadra de mi casa, de mi pensión, de mi ventana, cada anochecer y a veces casi hasta el fin de la noche —cuando llegaba el tren de Mar del Plata— los únicos que no variaron aunque envejecieran, y son imprescindibles. La mujer y el chivo, la mujer que fue joven y el cabrón que fue cabrito.

“Y fíjese en esto, algo que me preocupó mucho aunque ahora no podría decirle por qué me preocupaba. Ella debe haber estado allí en la estación, cumpliendo su guardia, su turno de trabajo, como un vigilante en la parada, durante todo el primer año, sin que ni Tito ni yo nos diéramos cuenta. Quiero decir que no solo no nos dimos cuenta de lo que ella significaba —pequeña, oscura, miserable, sosteniendo al chivo de la cuerda junto a las enormes escaleras de la entrada de la estación sobre la plaza— sino que ni siquiera la vimos. Y es forzoso que hayamos pasado cientos de veces junto a ella, para tomar el subte o ir a la pizzería o a tomar cerveza en las jarras de madera de la Munich.

“Lo supimos recién al final de aquel primer año. Y fíjese también en esto: lo supimos aquí, en Santa María, durante las vacaciones. No recuerdo si el Tito o yo, cuál fue el primero en enterarse. Pero hablamos, una tarde en el club, mientras tomábamos sol y mirábamos las pruebas de natación en la pileta, poco interesados porque el primer año de Buenos Aires nos había apartado de todo esto. O exigíamos que la gente de Santa María nos imaginara apartados, distintos, forasteros, y hacíamos todo lo posible para imponer esta imagen. Mirábamos las zambullidas esperando el fin del domingo, la hora en que empezaría el baile, la fiesta calurosa que atravesaríamos, hasta el final, hasta que apagarán el último de los farolitos de papel de la guirnalda, con sonrisas inmóviles, con sudorosas caras de aburrimiento y tolerancia.

“Nos dio rabia, nos sentimos humillados porque se trataba de Godoy, el

comisionista. Podíamos verlo, gordo, bigotudo, viejo, descubriendo a la muchacha en la estación, dándole o negándole unas monedas, escondiéndose en las columnas para espiarla. Y, probablemente, la primera vez que pasó a su lado; mientras nosotros habíamos estado ciegos durante casi un año. Rabiosos y humillados porque él había puesto, antes que nosotros, las puercas manos, la puerca voz en la historia de Rita y el chivo. Más adelante esto dejó de importarnos porque la historia de él era otra, mentirosa, ya que era indigno de la verdad y del secreto. Pero si dejamos de sufrir por su voz regateando desconfiada un precio de boleto con la muchacha, aquella noche del encuentro en Constitución, la voz, a medida que nosotros fuimos sabiendo, se nos hizo más odiosa e insoportable. Quiero decir, la voz sofocada de Godoy, repartiendo la historia, la mezquina parte de la historia que le fue permitido conocer, a todos sus amigos de Santa María, en cuanto volvió de aquel viaje.

“Pero, de todos modos, fue así como nos enteramos. Y cuando nombro el sufrimiento, me anticipo. El sufrimiento vino después, cuando empezamos a saber a qué se había acercado Godoy aquella noche en la estación. Al principio solo sentimos despecho: que él Godoy, gordo, imbécil, de cuarenta años o más, hubiera descubierto antes que nosotros lo que había estado, una noche y otra, esperándonos al paso, puntualmente, en el camino que recorríamos los dos cuatro veces diarias.

“El tipo, cargado de valijas porque acababa de llegar de alguna excursión comercial por el sur. Y la casualidad de la lluvia; no tendría puesto el impermeable o quería evitar que se le mojaran los anteojos o los bigotes. No siguió de largo, no bajó la escalera en seguida para buscar un taxi. Se quedó rezongando bajo el gran arco de la salida, bajo la luz que caía del techo. También ella, para protegerse o proteger al chivo que, sin saberlo, había dejado de odiar, no se ayudaba con la complicidad enternecedora del desamparo de la calle. Estaba arriba, en la zona iluminada de la salida, examinando a los que pasaban y eligiendo, casi no equivocándose nunca, con adiestrada intuición.

“Así fue como nos enteramos, Tito y yo, aquí, en Santa María. “Estaba esperando que dejara de llover o que se despejara el grupo de los que cazaban taxis, cuando se me acercó la mujer arrastrando el chivito y me pide si puedo ayudarla con algo. Me dice —y me huelo desde el principio que es cuento— que viene de no sé dónde y que la tía o la cuñada quedaron en esperarla en la estación y está allí desde las cinco de la tarde, sin un centavo para tomar un coche que la lleve, a ella y al chivo, hasta una dirección en la otra punta de la ciudad, fuera del mapa, claro, para que el viaje sea lo bastante caro y yo no pueda arreglarla con moneditas. Le hago algunas preguntas y contesta bien; se las sabe de memoria.

Viene de Coronel Guido, por ejemplo, y la tía o la prima, vive por Villa Ortúzar. Me muestra un papelito sucio con la dirección. Le digo que no se preocupe, que se tome un mateo, porque cualquier chófer de taxi va a defender el tapizado de la suciedad del chivo, y, cuando llega, la familia paga. También esta se la sabía. Puede ser que la tía se haya ido a un baile o a un velorio, que no esté en casa; o puede ser que esté y no tenga dinero para pagar el viaje. Todo este tiempo, mientras charlamos y ella llora un poco, sin aspavientos, perdida en la gran ciudad, y en una noche de lluvia, y con un chivo todavía tierno que trae como pago de la hospitalidad porque a un tipo indefinido, macho de la tía, la cuñada o la hermana, le gustan mucho asados. Todo este tiempo yo diciéndome esta cara la conozco. No lo digo para justificarme, porque si no hubiera sido imbécil no compruebo la cosa. Un poco que me había ido muy bien en el sur y me traía órdenes por muchos miles; otro, aquella idea de que no era la primera vez que le ponía los ojos encima. Entonces, de golpe me aburro y me empieza a dar vergüenza de los que se habían parado por allí para mirarnos y escuchar con disimulo. Le pregunto si no la conozco de antes, si nunca vivió en Santa María, porque era por aquí que la andaba rastreando. Dice que no y ni siquiera sabe dónde queda Santa María. Entonces, de golpe, le digo venga. Se asusta un poco pero me sigue. Todos mirando, yo con las valijas escalera abajo, metiéndome en la lluvia sin miras de parar y ella un poco atrás, con el chivo que resbalaba en los escalones, o los bajó rodando, o ella lo bajó alzado. No me di vuelta para mirar. La llevo hasta la pila de los matungos y discuto el precio con un cochero; ya entonces con rabia contra mí mismo y pensando que no me voy a corregir nunca; pero no podía frenar. A ella no le gustaba nada la cosa y me tocaba el brazo, con miedo de que le diera los billetes al cochero. Pero se los di a ella, bastantes para llevar una manada de chivos a Villa Ortúzar, o donde fuera, ida y vuelta, y a lo mejor la ayudé a acomodarse con los paquetes y el animal. Y hasta le debo haber dicho alguna frasecita de despedida: estamos para ayudarnos, hoy por vos y mañana por mí. Algo de eso, empapándome en la lluvia, insultándome con ganas y despacio, mientras el cochero revoleaba el látigo y se iban por Hornos al trotecito para dar después la vuelta porque es contramano. Crucé la calle, me metí en un restaurante y me olvidé del asunto mientras comía. Ya serían como las diez cuando salí; vino de milagro un taxi vacío y le di la dirección del hotel. Entonces, de golpe, me acuerdo de quién había sido la mujer. Espere. Me acuerdo, asombrado de no haberlo visto antes, y hago justo lo que hizo ella. Le digo al chófer que pegue la vuelta a Constitución, que se me olvidó algo; y ya andábamos por el Correo. Entro por la puerta que no da a la plaza, me recorro otra vez la estación con las valijas, con los zapatos llenos de agua, y la agarro mansita en el mismo lugar, los paquetes, que quién sabe de qué serían, en el suelo, el chivo de la cuerda, haciéndole el cuento a un cura que ponía cara de no oírla. Me

quedé ahí, mirando como, a buena hora, terminaba la lluvia, y ella por un rato no me vio. Hasta que el cura alzó una mano para despedirse, apartarla o darle la bendición, y se mandó a mudar. Entonces nos quedamos solos, oyendo un tren que hacía maniobras y las últimas gotas de lluvia que caían de la marquesina. Yo buscándole los ojos con una sonrisa sobradora, hasta que me vio y me di cuenta que no sabía qué hacer, si ponerse a llorar o insultarme. Pensaba hablarle, no mucho del dinero que me había robado, más bien de Santa María y del tiempo que la conocía. Pero no sé qué me dio cuando se puso a recoger los paquetitos de ropa sucia o de aire, toda encogida, y tironeó despacito la cuerda del chivo que estaba quieto, como dormido. Lo alzó apenas con un brazo y la dejé ir sin decirle nada, la vi bajar la escalera y meterse paso a paso en la plaza, iniciando el viaje hasta la casa de la hermana o la abuelita de Villa Ortúzar, esta vez a pie. Bueno, era una tal Rita que criaron los Malabia, que era sirvienta, creo, de la loca Bergner, la viuda del mayor de los Malabia. Cuando llegó a moza y se cansó de ser sirvienta, anduvo haciéndose la loca con Marcos Bergner, yendo y viniendo en el autito de carrera colorado desde la casita de Marcos en la costa hasta el Plaza o cualquier boliche de donde no hubieran echado todavía a Marcos. Y que después, cuando él, como de costumbre, a los dos o tres meses tuvo bastante, hizo la loca con cualquiera que gastara unos pesos con ella. No en pagarle, eso tenía de raro; solo en pagar copas, algún bife y en llevarla a cualquier lugar donde pudiera emborracharse y sobre todo bailar. La Rita, tienen que acordarse”.

“Yo me acordaba, y también Tito, aunque él, naturalmente, tenía mucho menos que recordar. La habían criado mis padres y me llevaba dos o tres años. Cuando mi hermano Federico se casó con la hermana de Marcos, y después que volvieron del viaje de bodas, ella se convirtió en algo así como la mucama de Julita, mi cuñada. Algo así, digo, porque Julita estaba loca antes de ser loca, antes de que muriera mi hermano. Nunca pudo clasificar a nadie, nunca mantuvo con nadie relaciones precisas. Así que Rita fue para ella, sucesivamente y tal vez con inmutables repeticiones cíclicas, una sirvienta, una amiga íntima, una hija, un perro, un espía, una hermana. Y también una rival, otra mujer a la que celaba. Porque Julita tenía celos hasta del caballo de Federico, que ni siquiera era yegua, y amaba este sufrimiento celoso, cultivaba todo lo que pudiera proporcionarle este sufrimiento porque necesitaba sentir, exacerbados, todos los elementos que formaban su amor por Federico, mi hermano.

“Pero Federico, como usted sabe, murió muy pronto. Entonces ella, Rita, sin dejar de ser del todo la mucama y todo lo demás de Julita, volvió a ser hasta cierto punto la sirvienta de nosotros: de mis padres y mía, de mi casa. Julita se quedó viviendo, hasta enloquecer, en la parte de mi casa donde había vivido con Federico,

unida y separada de nosotros por el jardín. Esta muchacha, Rita, cruzaba varias veces por día el jardín y subía la escalera de Julita para limpiar y arreglar. Por lo menos al principio de la viudez de Julita; después subía solo cuando la otra le abría la puerta. A veces Julita bajaba para insultarla con las frases, no solo palabras, más sucias, crueles y excitantes que una mujer puede decir a otra, y echarla después. Hablo del tiempo que pasó desde la muerte de Federico hasta que la locura de Julita se transformó en locura.

“Ella, Rita, era entonces, en aquel principio remoto, tal vez dispensable, de hace unos cuatro o cinco años, una muchacha de unos dieciocho años, morena, con un poco de sangre india, riéndose todo el día y sin hacerme caso. Yo tenía dieciséis, era virgen; por entonces acababan de instalar el prostíbulo en la costa y el aire de Santa María estaba espeso por el escándalo. Todo esto, ya sé, no importa, nada tiene que ver con el chivo. Lo cuento porque de esto deriva otra importancia: la que tuve que darle, un poco a espaldas de Tito, al relato de Godoy, el comisionista, sobre su encuentro en Constitución con Rita.

“En aquel tiempo, el del prostíbulo y la viudez de mi cuñada, Rita era amante de Marcos, el hermano de Julita. No amante; dije por abreviar. Marcos venía de noche, siempre borracho, con el Alfa Romeo, ella le abría la puerta y se acostaban. Nada más que eso, pocas veces por mes, durante no más de una hora cada vez, salvo cuando Marcos estaba demasiado borracho y se le quedaba dormido. Yo oía el ruido del coche, la puerta de hierro, los pasos en el jardín. En aquel tiempo estaba casi todas las noches en mi dormitorio, en el piso alto, escribiendo poemas, pensando en el prostíbulo, en Julita y la muerte de mi hermano. Esperaba un rato, bajaba al jardín y los espiaba por la ventana, trepándome por la reja hasta alcanzar un ángulo que no cubría la cortina. Rita y Marcos. Yo tenía la convicción infantil de que si se acostaba con otro no podía negarse a dormir conmigo. Pero ella dijo que no, se reía sin ofenderme, intuyendo acaso que la ofensa podía madurarme, provocar la audacia necesaria.

“Después ella se fue de casa, en seguida de la tarde en que usted y otros hombres vinieron a mirar lo que quedaba de Julita, en seguida después del fin de prostíbulo, la pedrea y el incendio. Hizo lo que contó Godoy. Anduvo un tiempo, con vestidos de muchacha rica, o muy parecidos, en el coche de Marcos, escandalizando un poco, agregando este escándalo al reciente del prostíbulo. Era menor de edad y tal vez mi padre hubiera podido evitarlo. No sé. En todo caso, no quiso hacerlo. Viajó un tiempo, cada tarde, desde la casa en la costa de Marcos, el famoso falansterio, hasta la altura de la plaza. Y volvió a viajar, en el sonoro cochecito rojo, cada noche, también ella borracha o emborrachada. Hasta que Marcos se aburrió y la cosa tuvo alguno de los sabidos finales: la dejó desnuda en

un camino, la tiró al río, le dio una paliza imperdonable, o simplemente desapareció hasta que el hambre obligó a la muchacha a salir de la casa de la costa y buscar un hombre que significara un almuerzo. Anduvo con uno u otro por la ciudad, la plaza y los alrededores. Después bajó hacia la otra orilla, los cafetines de la zona fabril. Y no se supo más; sin que nos enteráramos, llegó un día en que dejamos de saber.

“Hasta aquella tarde soleada de vacaciones en que Tito y yo, forasteros en mallas de baño, tomábamos refrescos en una mesita del club, un sábado de baile, junto a la pileta donde se zambullían muchachas y muchachos para disputar medallas. Uno de los muchachos repitió el relato de Godoy; soportamos la rabia y la humillación y, aunque, estoy seguro, no dejamos de pensar en la puerta de entrada de Constitución, no volvimos a hablar del asunto creo, hasta que se acercó marzo y fue necesario volver a Buenos Aires, a la Facultad, a la pensión en un tercer piso sobre la plaza.

“No le ordeno fijarse en esto o en lo otro; lo sugiero, simplemente. Cuando le pido que se fije en algo no lo ayudo en nada a comprender la historia; pero acaso esas sugerencias le sean útiles para aproximarse a mi comprensión de la historia, a mi historia.

—Claro, de acuerdo —le dije—. Volvieron a Buenos Aires, Tito y usted. Vivían en el tercer piso de una pensión frente a Constitución. ¿Tenían ventana hacia la calle? Si ella se instalaba al pie de la escalera que da a la plaza, ¿podían verla desde la ventana? ¿Y estaba ella cerca de un puesto de diarios y revistas?

Sonrió y estuvo mirándome, un poco alegre, un poco desconfiado. Sacó la pipa del bolsillo trasero del pantalón.

—Sí, exactamente, al lado de un quiosco de diarios. Ella y el chivo; a la izquierda tenían la escalera y a la derecha los diarios y las revistas. El dueño del quiosco dejó de extrañarse y la trataba con respeto. La trataba con ese respeto, ese amor por las generalidades, esa necesidad de dignificarse como clase, por encima de las inevitables envidias y fricciones de la libre competencia, que se nota en las conversaciones de puerta a puerta de los tenderos.

Mientras cargaba la pipa me sugirió dos puntos para fijar mi atención. (Ya había aclarado que la pieza en que vivían daba a la plaza pero que era imposible ver desde allí el lugar en que se instalaba la mujer): Primero, que era absurdo que Rita negociara con un chivo en Constitución; que la presencia del animal solo podía añadir verosimilitud en Retiro. Y que, extrañamente, él había pensado en eso solo unos días antes, cuando la enfermedad y la muerte de la mujer le hicieron recordar toda la historia. Eso era mentira.

Segundo, que aunque su anterior relación con Rita le había hecho saber, desde el primer momento, desde que se enteró del cuento de Godoy, que la historia era suya, no de Tito ni de ningún otro, prefirió que la investigación, el acercamiento lo intentara Tito. Es posible que creyera ya entonces que la historia era más suya que de la misma mujer; es indudable que lo pensaba ahora.

—Tal vez por causa de esa misma seguridad —dijo—. El día que llegamos a Buenos Aires solo volvimos de madrugada a la pensión. Era una noche de calor, tormentosa. No habíamos hablado de Rita. Salimos del subterráneo dentro de la estación, innecesariamente, alargándonos el camino, y rehicimos el trayecto de Godoy; el de la sorpresa, no el de la desconfianza. No estaba. Nos detuvimos a mirar la plaza desde lo alto de la escalera, a charlar de probabilidades de lluvia, de los cambios que imaginábamos haber descubierto en los amigos, de las ventajas de vivir en Santa María y en Buenos Aires. No vino.

“El día siguiente era feriado o no había necesidad aún de ir a la facultad. Me lo pasé tirado en la cama, con un libro o cara al techo, y no quise salir con Tito. Pensaba en ella, claro, pero muy en el fondo; pensaba en Buenos Aires, afuera y rodeándome, intentaba enumerar mis motivos de asco por la ciudad y las idiosincrasias de la gente que la ocupa. Esto, claro, sin olvidar una enumeración semejante para Santa María. Tito volvió al anochecer y anduvo dando vueltas, proponiendo temas que no le interesaban, haciendo preguntas que yo no respondía. Pensábamos en lo mismo, yo lo sabía y comencé a enfurecerme. Sería desleal, se me ocurre, contarle ahora qué pienso de Tito; pero como usted lo conoce, sería, además, inútil. Ser gordito puede ser un defecto, una irresponsabilidad juvenil; pero él va a ser obeso y con aceptación.

(Debe haber sido porque sentía treparle la piedad o no lograba esconderme que esencialmente solo por piedad —y su forma impura, el remordimiento— había venido a contarme la historia. A pesar de todo, aparte de todo, aparte del placer de una noche entera en primer plano, de la embriaguez de ser el dios de lo que evocaba. Debe haber sido por eso que recurrió a diversas debilidades: la ironía, la vanidad, la dureza).

—Véame. Tirado en la cama, con esta misma pipa apoyada en el mentón, compartiendo silencioso un secreto, un deseo, con mi imbécil amigo del alma. Es posible que cuando mi padre reviente... O sin esperar a eso. Usted sabe, como todo el mundo en Santa María, que hay un testamento de mi cuñada; que no estaba legalmente loca cuando lo hizo y que pronto voy a cumplir veintidós años. No me ocultó nada. Es posible que acabe como usted, o que me case con la hermana de Tito, que me asocie en la ferretería y me llene de orgullo viendo mi nombre en los

membretes de las facturas. Puedo hacer cualquier cosa. Pero aquello... Usted no sabe qué había para mí en la imagen de Rita guiando con la cuerda al chivo en la estación, asaltando con la gastada mentira a los que pasaban. Y los dos pensando en lo mismo, yo en silencio y horizontal. Tito dando vueltas y ensayando temas. Él pensaba con entusiasmo en una probabilidad de aventura, en que sería fácil — puesto que ella había llegado a eso, a pedir limosna con delicuescencia— una noche de amor, amistosa, con turnos decididos por una moneda revoleada. Tal vez incluyera al chivo. Y me enfurecía estar sabiendo que una parte mía se inflamaba con la misma invasora inmundicia. Y me enfurecía saber que, sin embargo, para mí, la mentirosa pordiosera con el animal era, además, Rita, alguien inimaginable para Tito. Pero es seguro que pensábamos en lo mismo, que estábamos deseando, matices a un lado, el mismo encuentro, el mismo provecho.

(Estaba en mangas de la popular camisa escocesa mordisqueando la pipa, exhibiendo en un esperanzado simulacro de sonrisa los dientes blancos y agudos. Exigiendo mi condenación. Tal vez le hubiera hecho bien pero no quise dársela).

—Puedo indignarme —le dije. Traté de llenar las copas pero él se adelantó y entonces pude ver, superpuestos y confundiendo, dos respetos: el que él me tuvo siempre, a pesar de todo, de tantos pequeños todos, porque sabe que pertenecemos a la misma raza, y que yo, principalmente por indolencia, me he mantenido fiel a ella. Podría ser su padre y no solo por la edad. El otro respeto era deliberado y falso; lo usaba para defenderse, para conservar las distancias y la superioridad. Pero yo no pensé: “es un niño”. Le tuve amor y lástima y le di las gracias por el vino—. Puedo hacer el imbécil si eso ayuda a que continúe el relato.

Ya se me había ocurrido mi venenosa, increíble contrahistoria cuando pensé: “Rita, no me acuerdo de su cara, y un chivo. Esto es lo que estuvo repitiendo, mostrando, toda la noche y desde el sábado en que fui a esperarlos al cementerio. No hemos avanzado un paso, un día. La mujer y el chivo. Como si hubiera hecho turismo con ellos y me exhibiera de regreso dos, tres docenas de instantáneas en las que aparecen, en poses variadas, una mujer y un chivo”.

—Gracias —dijo y volvió a sonreír; fue hasta la ventana y se inclinó sobre el silencio que empezaba a extenderse en la plaza; regresó echando humo, sonrió otra vez—. No necesito que me ayude de ninguna manera activa. Basta con que escuche. Pero solo si quiere. No sé si tengo verdaderas ganas de continuar. Además, ¿le importa lo que me importa a mí? Puedo estar equivocado cuando creo que mi historia es infinitamente más importante que la historia. La historia puedo contársela en dos o tres minutos y entonces usted, sobre ella, construye su historia y tal vez...

—No —lo atajé; hice un calco de su sonrisa cortés y reticente—. Eso mismo es lo que pienso hacer empleando su historia, la suya. —Dijo que estaba bien, como amenazándome—. Tito y usted, en el día segundo del regreso, pensando en la mujer y el chivo y en los probables, deseados beneficios del encuentro.

—Eso, y mi furia silenciosa. Pero, además, repito, estaba mi seguridad. Primero, como le dije, porque yo había conocido a Rita y ella me había conocido a mí. Rita era mía, eso era lo que estaba sintiendo en la cama mientras el querido imbécil bordoneaba exponiéndome proyectos. Tal vez le cuente qué proyectos. Mía porque unos años atrás, cuando no sabía que el lenguaje universal para entenderse con las mujeres es el de los sordomudos, yo la deseé y ella supo que yo la deseaba. También mía, y mucho más por esto —y no se escandalice, no saque conclusiones baratas—, porque yo la había espiado por la ventana hacer el amor con Marcos. La había visto, ¿entiende? Era mía. Y, segundo, era mía su historia por lo que tenía de extraño, de dudable, de inventado. El chivo. La complicación, el artificioso perfeccionamiento que agregaba la presencia del chivo. De modo que la historia no podía ser para Tito. No importaba que hubiera sido él el primero de los dos en tropezar con la mujer y hablarle. En aquellos años de pensión fueron muchos los libros, le pongo un ejemplo, de que tuvimos simultáneamente noticia y nos apasionábamos por conseguir. Muchas veces era para mí un juego; jugábamos a quién lograba conseguirlo y leerlo primero. Siempre me dejaba vencer; esas victorias lo hacían feliz y, sobre todo, me permitían leer el libro cuando su curiosidad, apaciguada, no me lo alteraba, no me lo ensuciaba. Con Rita que mendiga viajes a Villa Ortúzar en la estación de enfrente me pasó lo mismo. Tuvo que hablar, por fin, de lo que nos preocupaba. Me propuso bajar a buscarla y le dije que no tenía interés, que no pensaba moverme de la cama. De modo que fue él, un poco desafiante, un poco intimidado. Fue a buscarla para mí, a establecer el contacto que yo necesitaba; a evitarme esperas, desencuentros, la tirantez del primer saludo. Entonces me puse en la ventana; desde allí no podía ver a Rita; si es que estaba, junto al puesto de periódicos. Pero dominaba la calle y la plaza frente a la pensión. Así que menos de media hora después vi a Tito surgir de la oscuridad de los árboles o de la claridad de los faroles redondos de la plaza, de regreso. Salí al comedor, bajé una escalera y lo vi pasar hacia arriba en el ascensor. Entonces bajé a la calle y fui hasta la entrada de la estación para comprar un diario. Continuaba el calor, la tormenta no había reventado y creo que resbaló sin lluvia por el cielo al otro día. Compré un diario y la vi; me asombró la lana larga del chivo, resplandeciente de limpieza. No sé cuántos años tendría —el chivo— aunque es fácil sacar las cuentas. Tan blanco, inmóvil y perfecto como un chivo de juguete. Tan increíblemente fiel a la idea que puede tener de un chivo un niño o un artista

fracasado que se ganara la vida trabajando para una fábrica de animales de juguete. Era una mentira, y continuó siendo esa estimulante mentira durante toda la historia.

“Yo cavé, ayer, una fosa para un cabrón de mentira. Sentí durante la historia su perfecto, exacto olor a chivo; vi alguna vez las bolitas negras, secas, bruñidas, de sus excrementos. Pero no me engañé; supe desde el primer momento, desde la primera tímida mirada con que nos conocimos, mientras compraba *Crítica* en el quiosco y disimulaba mi espionaje y mi profética emoción leyendo un titular cualquiera sobre cualquier victoria y cualquier derrota, que el chivo, aquella dócil apariencia de chivo, era el símbolo de algo que moriré sin comprender; y no espero que me lo expliquen. Quiero decir que no le estoy contando la historia para oír sus explicaciones. Un chivo de juguete, dije para orientarlo. Pero tampoco eso, porque la idea de juego estaba excluida. Un chivo no nacido de un cabrón sino de una inteligencia humana, de una voluntad artística. Extático en la penumbra próxima al quiosco donde ella se escondía —casi digo, perdón, se agazapaba— para elegir el candidato y atacarlo fortalecida por la sorpresa. Una idea-chivo inmóvil, revestida por largos pelos sedosos, revestidos a su vez por esa blancura increíble de los peinados de las viejitas que siguen fieles, junto al final, a lo único que importa y justifica su condición de mujer, y agregan añil al agua del último enjuague del lavado de cabeza semanal. Las patas de puro hueso, casi filosas, las pezuñas retintas, charoladas. Como usted ve, describí con astucia. Porque todo eso es para decirlo una vez y olvidarlo; o basta con decirlo así para que perdure. Porque por encima de todo eso estaban, cálidos, relampagueando cortamente con una imprevisible frecuencia, no lujuriosos ni burlones ni sabios, los ojos amarillos. Algunas veces los comparé con el topacio, con el oro, con un cielo de tormenta en la siesta cuando la ciudad huele a letrina. Tal vez sea forzoso volver a hacerlo esta noche. Ninguna de aquellas tres cosas, pero haciéndome pensar en la lujuria, la burla y la sabiduría. Agregue, yo tuve que hacerlo, la insinuación de retorcimiento de los diminutos cuernos, la barbita juvenil. Entonces, como queda dicho, un chivo de mentira, reservado estratégicamente en la sombra, traído fácilmente, con un tirón de cuerda, como una impresionante máquina bélica, al punto de ataque. Rígido, falso.

“Ella estaba muy envejecida pero no vieja; era una de esas mujeres que no pasarán de la madurez, que se detendrán para siempre en la asexualidad de los cuarenta años, como si éste fuera el mayor castigo que la vida se atreva a darles. Pero aquella noche Rita no tenía más de veinticinco años. Estuve mirándola maniobrar con el chivo; su sonrisa era la misma, pero el brillo de los dientes se empañaba de paciencia. Mi incompleta estadística dio tres fracasos por un triunfo.

Pasé a su lado sin mirarla y me fui a comer a un restaurante donde era imposible que Tito viniera a buscarme.

Volvió a sonreírme y yo no comprendía. Se puso a limpiar la pipa para darme a entender que había concluido un capítulo. “Es un mal narrador —pensé con poca pena—. Muy lento, deteniéndose a querer lo que ama, seguro de que la verdad que importa no está en lo que llaman hechos, demasiado seguro de que yo, el público, no soy grosero ni frívolo y no me aburro.”

—Está bien —le dije—. He visto al chivo y seguiré viéndolo. Reconozco que es una bestia distinta a la que llegó rengueando hasta el cementerio, siguiendo al fúnebre, obedeciendo a su mano con la misma docilidad con que obedecía a Rita frente a la estación. Tenemos al chivo y deduzco que es lo más importante. Estoy dispuesto a absorber todos los topacios, oros y cielos tormentosos que sean necesarios. ¿Pero por qué aquella primera noche, usted simuló leer las noticias de Corea o de fútbol en lugar de hablarle? Porque sigo pensando en lo otro; en lo que usted pensaba una media hora antes en la pensión, a medias con Tito. Pero podemos tomar otro vaso y esperar; ya sé que cada limpieza de pipa señala el final de un capítulo.

—No fue por timidez —dijo—. Acaso yo haya querido primero, antes que nada, quedar en paz con ella. Estuve gastando mi odio en aquella ingenua venganza invisible: espiarla, a su lado, anónimo, verla grotesca y malvestida mendigar con trampa un dinero que yo le hubiera dado años atrás en Santa María multiplicado por cien aunque necesitara robarlo. Pero Tito sí, claro, conversó con ella. Esa noche tuve que oír su versión de la entrevista; hablaba excitado, con muchos adjetivos. No sabía nada de la verdad. Parece que ella, al principio, trató de incluirlo en la farsa y estuvo insistiendo en el cuento de los impuntuales parientes de Villa Ortúzar. Se citaron para la noche siguiente, a las nueve. Le dije con voz preocupada que difícilmente los recibirían a los tres en un hotel y apagué la luz para dormir.

Reí un poco y entonces me llegó el turno de caminar hasta la ventana. Vi la noche muerta, alumbrada apenas por cuatro faroles desleídos, el resplandor velado de la marquesina del Plaza. El reloj de la intendencia dio una campanada; pero no podía saberse qué hora era porque el carrillón no funcionaba desde hacía unos meses. Me volví diciendo, sin burla, sin otro deseo que ayudar, como si la historia fuera un trabajo que íbamos haciendo entre los dos: —Ahora estamos mucho mejor. En todo caso, es usted quien acaba de ver, personalmente, a la mujer manejando al chivo. No Godoy ni Tito. Ahora, el resto tiene que ser mucho más fácil. Se trata de unir esa escena con la del entierro, rellenar los ocho o nueve meses

que las separan.

Pero Jorge no me estaba escuchando. Se había levantado y sonreía con fatiga, desencantado. No pude recordar en qué cara había visto yo una vez aquella mirada azul un poco atónita, aquel rabioso brillo de juventud, un mechón, cobrizo, colgando hacia la sien. Sopló en la pipa y la guardó en la cadera.

—Un trago y me voy —dijo mirando la noche por encima de mi hombro—. Mañana vamos a pasar el día en Villa Petrus, desde muy temprano. Nunca puede saberse. Estaba pensando que acaso yo no me vacié totalmente de mi rencor aquella noche cuando la espiaba simulando leer un diario. Y sin embargo no mentí al hablarle de la piedad. Esta vez se equivocó: no era el final de un capítulo sino el final del prólogo.

No volví a hablar con Jorge aquel verano; no quería acercarse; me saludaba de lejos alzando la pipa, exagerando la alegría de verme.

III

Jorge quería conocer al hombre; estaba seguro que comprendería todo mejor si lograba verle la cara. No solo la particular historia de Rita, la entrada y permanencia del chivo en su vida, sino, también, aquellas cosas que habían elegido a Rita para mostrarse: el absurdo, la miseria, la empecinada vorágine. Aunque este hombre, el que esperaba ahora en la pieza o en una cantina próxima al puente del ferrocarril, en un bodegón lo bastante roñoso como para asimilar rápidamente la presencia del chivo, no podía ser ya más que uno cualquiera, de turno. No Ambrosio, el creador, el que había meditado durante tardes y noches, fumando cara al techo en un camastro, sin moverse para encender la luz, temeroso de toda distracción que lo apartara del hallazgo próximo y elusivo. No Ambrosio, ya que había desaparecido, aventado por su propia obra, por el detalle de perfección que se aventuró a imponer. Nada más que este detalle. Porque hubo, en la mitad del segundo año en Buenos Aires, un precursor. Apareció después de un número no excesivo de hombres, después de tareas esporádicas: sirvienta, obrera, vendedora en una tienda.

Sugirió primero, el precursor, el truco del regreso al pueblo natal, de los pocos pesos que faltan para completar un boleto de segunda clase, de ida solamente, porque la derrota frente a la gran ciudad había sido definitiva y porque la idea de librarse de Rita para siempre tentaba a los candidatos. El alivio de sentir que bastaba desprenderse de unos pesos para que la vida se comprometiera a no hacerlos coincidir jamás con la oscura, agria, insistente forma de la mujer. Muchos, al principio, pagaron su cuota fácilmente, rabiosos, coaccionados por la superstición. Pero todos los negocios tienen sus rachas, sus inexplicables vaivenes. El público empezó a mostrar, de pronto, una desconcertante tendencia a decir que sí casi sin dificultad y a ofrecerse para acompañarla hasta la boletería y completar allí el precio del pasaje. Más de una vez se encontró con que no solo el dinero del filántropo sino el suyo propio, el que guardaba, semiexhibido, en un sucio pañuelo de colores, era invertido totalmente en un cartoncito blanco, estéril, con las siempre increíbles, fabulosas dos palabras: Santa María. Esto pasaba durante el segundo año, en Retiro.

De modo que el precursor maldijo varias veces, asqueado, sacudido de asombro, la falta de fe de los hombres, el mezquino instinto que los impulsaba a buscar garantías, aún en la caridad. Y alguna noche de ayuno, de forzada lucidez, decidió, simplemente, que el truco podía seguir siendo útil si se le daba vuelta

como a un guante, si la cabeza pasaba a ocupar el sitio de la cola. De modo que ella no había sido vencida aún por la indiferencia, el desamor de la gran ciudad; recién llegaba, tal vez condenada a sufrir esa derrota, pero disfrutando todavía de una serie de admirables cosas conmovedoras, alineadas, prontas, intactas. No abundaban los Godoy con tiempo y curiosidad bastante para acompañarla hasta un taxi y entregar al chófer el importe del viaje. El truco invertido demostró ser eficaz en las tres estaciones de Retiro, trabajadas sucesivamente cada jornada, durante un invierno, una primavera y un verano.

Tal vez ya hubiera desaparecido el precursor cuando la competencia comenzó a hacerse sentir en los balances de medianoche realizados sobre una mesa de restaurante junto al parque de diversiones. En todo caso, siempre había un hombre al otro lado de la mesa, un gesto de desprecio, de desencanto o de clara amenaza que no lograba atenuar los bajos montoncitos de billetes planchados con los dedos ni las improvisadas justificaciones y esperanzas que ella iba ensayando. Alguna vez, también molestó la policía. Hasta que el precursor, u otro hombre cualquiera, aconsejó paternal y suficiente el traslado a Constitución. Es posible que hablara de trenes cargados de jugadores afortunados que llegaban de Mar del Plata. El caso es que ella aceptó mudarse; por otra parte, ya estaba viviendo en el sur de la ciudad, cerca del olor a curtiembre del Riachuelo.

Entonces, en seguida o meses después, apareció Ambrosio. El perfeccionador entró en la vida de la mujer como un candidato, bastante bueno a distancia. Usando con cautela los pocos elementos disponibles, puede ser reconstruido como un mozo de corta estatura, robusto, lacónico, peludo. Puede ser imaginado más que lacónico; casi mudo, permanentemente arrinconado, con la expresión pensativa de quien persigue sin éxito algo en qué pensar. Y, otra vez, silencioso, como si todavía no hubiera aprendido a hablar, como si persistiera en la añosa tentativa de crear un idioma, el único en que le sería posible expresar las ideas que aún no se le habían ocurrido.

Bajó de cualquier tren, de cualquier pasado prescindible, de cualquier corta y casi ajena experiencia para entrar en el alto túnel iluminado donde ella esperaba, elegía y atacaba. Caminó velozmente, por costumbre, acercándose incauto al encuentro, al metro cuadrado de baldosas que le habían reservado el destino para que pudiera crear su obra y ser. Y, letra por letra como estaba escrito, se entreparó al acercarse al primer escalón: el cómplice anochecer de verano que hacía latir en el follaje, en el espacio abierto de la plaza, sus antiguas y vagas promesas, lo asaltó de frente y lo detuvo. Él sabía que estaba vacilando entre una mujer, una rueda de amigos, otra mujer a la que podría pedir dinero; ignoraba que estaba vacilando entre su verdadero nacimiento y la permanencia en la nada.

Con una mano de cortos dedos y anillos complicados buscó un cigarrillo, lo puso en la boquilla amarillenta y lo encendió. Entonces ella se apartó tímida de la pared, sonrió nerviosa, habló tartamuda. Tal vez algo la obligó a dejar colgante y hacia atrás el brazo derecho, como si sostuviera un ronzal invisible. A medida que recitaba se iba arrepintiendo; vio que el cuello de la camisa tenía tajos y mugre; que la brillante corbata estaba raída, que el traje de invierno había sido usado en muchos veranos.

(“Pero tenía el aire de haber perdido a la mamá entre un gentío; me miraba moviendo la boca como si estuviera por decir una palabra inventada por él, una palabra que yo no había oído nunca y que podría sonar como insulto o disculpa. Creo que no dijo esa palabra ni ninguna otra. Le ahorré ese trabajo; le ahorré casi todos los trabajos esa noche y durante muchos meses. Y todavía estaríamos juntos, creo, si no fuera por Jerónimo; porque a él le dio por inventar a Jerónimo, y cuando el pobrecito creció y yo entré a quererlo no pudo soportarnos. Nada más que por eso. Era más haragán que los otros, que cualquiera que yo haya conocido. Pero esto no quiere decir que ninguno de los otros haya trabajado nunca. Era increíble. Como si acabara de morirse. No del todo. Comía, aunque sin vino. Fumaba. Quería llevarme a la cama cada vez que me tenía cerca. Pero aparte de esto estaba muerto, boca arriba, las manos abajo de la cabeza, mordiendo la boquilla amarilla, pensando sin remedio”).

Tal vez ella sospechaba que este ocio no solo era más intenso, más voluntarioso que el de los anteriores hombres, sino también de calidad distinta. Debe haberlo sentido muchas tardes al irse, muchas madrugadas al volver; nunca, ni después, tuvo palabras o ideas que expresaran aquella sensación. Pero sabía que algo extraño y permanente ocupaba el cuerpo del hombre taciturno, siempre en la penumbra o indiferente al ciclo de luces y sombras; siempre mordiendo la boquilla, poseído. Pensó al principio que estaba enfermo; se acostumbró después a comparar a los demás hombres con la medida de éste y cuando se cumplió el tiempo estaba absolutamente desprevenida, incapaz de desear un cambio y de creer en él.

Casi no habló tampoco aquel día, el hombre. Pero cuando ella se despertó bajo el estruendo hueco y fanfarrón de un tren de carga, lo vio de pie, recién lavado con una camisa limpia sostenida en los brazos por ligas metálicas, chupando sin mover los labios el humo de la boquilla enhiesta, junto a la ventana clausurada que daba al patio del conventillo y apenas lo mostraba. De perfil a los vidrios manchados de pintura, de tiempo, de gente, sin animarse todavía a mirar hacia afuera, despierto al fin pero inseguro, infeliz y dichoso por haber sido arrojado del éxtasis, tratando de habituarse. Casi no habló.

—Dame lo que puedas de lo que trajiste anoche. Tiene que alcanzar. Pero por las dudas.

Ella le dio el dinero, todo el de anoche, y algunos pesos más que guardaba en el armario. Estaba segura de que no volvería a ver al hombre. Se sentó en una silla y empezó a recordar vertiginosamente los meses que habían vivido juntos, a extraerles una póstuma ternura que tal vez durara hasta el encuentro con el próximo hombre o tal vez, desvaneciéndose, con sorpresivas resurrecciones, mucho más tiempo. Nunca se sabe. Supo, en cambio, qué hacía Ambrosio con el dinero que ella le daba en los regresos, con los billetes sucios y los puñados de monedas que depositaba en la cama y que él no exigía, que se limitaba a pedir con indiferencia y seguro. “Dame lo que puedas.” Porque nunca salía sin ella y ni siquiera tomaba vino. De modo que aparte de las comidas y del precio invaluable de la mitad de cama que ocupaba, no podía imaginársele otro gasto que el de los veinte cigarrillos diarios.

Lo vio, ya vestido, alzar el colchón y escarbar en la estopa; lo vio traer los billetes, alisarlos y amontonarlos encima de la mesa. Se empeñaba en ignorar esta última escena: las manos cuadradas llenas de anillos manejando el dinero con una novedosa destreza profesional; el damero del hule descascarado que ocupaban ingenuas flores marchitas; el calentador de bronce, una media larga y desinflada; la cabeza joven con el brillante pelo recién peinado que se inclinaba sin avidez sobre el dinero, no despierta del todo, prolongando, adormecida, el ensueño de nueve meses. No quería ver esto sino el corto pasado, simple y espantosamente pobre, que la obligaba a inventar cada cosa, a esconderla allí y descubrirla. Y cada cosa, una vez descubierta, tenía que ser bautizada y alimentarse de ella, de Rita. Era fácil y era nada, comprobaba con asombro: un hombre o una forma masculina, tiritando o sudando, inmóvil en la sombra; una cabeza yacente y empecinada, hecha inhumana por la meditación, por el desdén al mundo, por el sometimiento, aceptado con orgullo, a la fatalidad de crear.

Y ahora esto; el largo y fecundo sueño hibernal había terminado para siempre. Así estaba, soñoliento pero despierto, doblando los montoncitos de dinero, despidiéndose sin palabras, viviendo esa hora de entusiasmo y desgarramiento. Ella no se levantó para besarlo; recibió sin comprender la sonrisa que le vino desde la puerta; lo supuso alejándose lento, cegado por la luz del mediodía. Después ocupó en la cama el lugar donde había estado el hombre todo el tiempo, durante todo el breve pasado que era posible reducir a una escena.

Salió al anochecer, impulsada solo por la costumbre, cambió saludos con el diariero y repitió, sin convicción, con extraño buen éxito, la historia de la parienta

desaprensiva de Villa Ortúzar. Se fue muy tarde y demoró en el restaurante; estiró, sin contarlo, el dinero ganado que ya no tenía objeto. Pudo ver desde el patio la luz que limitaba la puerta de la habitación, y avanzó y abrió negándose a pensar, a creer. El hombre, Ambrosio, no estaba en la cama ni desvestido; acuclillado, atento, reconociendo con benévolo espíritu crítico lo que había hecho, se dejaba lamer un pulgar por el chivato, blanco, que atacaba y retrocedía inhábil sobre las duras patas muy abiertas. Comparando con su recuerdo, que Rita había creído definitivo, el hombre fue locuaz y cordial; parecía más delgado, un poco ojeroso, con un aire de liberación y amansado orgullo.

—Hay que conseguir leche y una mamadera. Tenía miedo de atarlo, de que se lastime.

Ella estuvo mirando un rato, sin comprender y despreocupada.

—Así que ahora somos tres —dijo y se rió.

No quería comprometerse ni imponer compromisos. Sintió que estaba contenta por el regreso del hombre y se dispuso a prepararse desde aquel momento para cuando Ambrosio se fuera de veras. Sintió curiosidad y deseo por este muchacho desconocido que acariciaba el hocico del animal y sonreía estúpido y tranquilizador. Pero todo esto sucedió después, mientras atravesaba el patio hacia las puertas del fondo. Entonces, volvió a reír, repitiendo: —Así que somos tres. Pero si lo compraste para comerlo decime antes de que me acostumbre.

—No —dijo él; retrocedió un poco para mirar al animal, desconcertado por la idea de que fuera posible comerlo—. Leche; lo compré casi por nada. Se llama Juan.

—Jerónimo —corrigió Rita—. Así que ahora tenemos un hijo chivo. Lo vamos a criar con mamadera y cuando crezca nos mudamos, al campo, a Villa Ortúzar. Y lo vas a querer más que a mí; ya lo estás queriendo. —Estaba arrepiñándose de que Ambrosio, ya despedido y enterrado, hubiera vuelto; estaba mirando al animalito sin ternura ni sorpresa.

Sin volverse, el hombre dijo otra vez:

—Leche.

Ella salió para cruzar el patio y pedir leche y una mamadera a la vecina. Recitó sonriendo, infalible, la historia del chivo recién nacido que le había mandado su madre desde una Santa María definitivamente mítica. Cuando volvió a la pieza, el muchacho estaba tirado en la cama y el chivo chupaba una colcha. Pero la cara horizontal ya no era hermética y ensimismada; era la cara vulgar de un joven buen mozo, capaz de entusiasmos y bravatas, el rostro nunca visto de alguien

a quien se puede limosnear dinero para un viaje hasta el otro extremo de la ciudad. Y mientras Rita se acomodaba el chivo entre las piernas para hacerle tragar la mamadera, él se puso a explicar desde la cama, como si hablara con un niño, lento y minucioso, despojado de vanidad porque no valía la pena gastarla con ella.

Así que Rita, después de una noche de frenética e inmotivada reconciliación en que sintió —con rabia, culpándose, e insistiendo para corregir— que Ambrosio podía ser sustituido por cualquiera de los hombres anteriores, se despertó al final de una tarde y caminó hasta la estación arrastrando el chivo de una cuerda o llevándolo en brazos.

Soportó, indecisa, el ridículo, la suciedad, los balidos que irritaban y conmovían. Y cuando terminó el variable horario de trabajo, cuando, después de la comida solitaria del bodegón donde el chivo enterneció a las mujerzuelas y a los borrachos, atravesó la oscuridad desierta bajo los rugidos de los trenes en el puente y llegó a su casa, más cansada que las noches anteriores y aún confusa, se encontró con un Ambrosio increíble. Un Ambrosio galvanizado por la impaciencia que no solo la esperaba sino que la alcanzó en el patio, le besó la frente y cargó con el chivo. Después contaron el dinero; y a medida que ella sacaba los billetes del bolsillo del abrigo y los disponía sobre la mesa como para un juego solitario de naipes, iba viendo la felicidad y el orgullo, incontenibles, ocupar la cara del muchacho. “Así que era esto, pensó sin desencanto. Lo que quería era más dinero, vivía tirado en la cama pensando cómo hacer para que yo trajera más dinero cada noche. Pero no lo gasta, no tiene vicios ni amigos en qué gastarlo. Va a esconder este dinero en el colchón; cuando tenga bastante, compra otro chivo y entonces yo traigo el doble de dinero y él lo guarda en el colchón, y cuando tiene bastante...”

Él iba tocando los billetes con la punta de un dedo; rodeado por un anillo de oro con una piedra exagonal, negra y pulida, un dedo estremecido por el triunfo, por la comprobación de una realidad idéntica a los sueños que la engendraron.

—Casi el doble —murmuró el muchacho—. Si te quedás un rato más traés el doble. ¿No te decía? ¿Quién puede dejar de creer si ve el chivo? —la tomó de los hombros y la sacudió; casi por primera vez ella vio del todo descubiertos los fuertes dientes blancos.

Pero no era por el dinero. Lo supo porque aquella noche, antes de que se acostaran y repitieran un frenesí que no dependía de ninguna reconciliación imaginaria, Ambrosio le entregó los pesos que le habían sobrado de la compra del animal.

Y es indudable que tampoco había tenido idea, durante todos los meses, del destino del dinero que reclamaba con humildad cada noche y escondía en el

colchón. Estaba seguro de que iba a necesitarlo algún día; pero le era imposible adivinar para qué. Además, si el acto de devolución no fue suficiente para Rita, si sospechó que era falso o simplemente astuto, tuvo que convencerse definitivamente y muy pronto de que el chivo no había nacido del afán de dinero. Porque a partir de la tarde siguiente no volvió a ver a Ambrosio.

De modo que quedó como una viuda o una mujer abandonada con un hijo pequeño, con una criatura que no podía dejarse en desamparo ni confiarse a cuidados mercenarios. Tuvo que llevarlo al trabajo, a la estación; sin que ella lo sospechara, desde el alejamiento de Ambrosio su historia fue absorbida por la biografía del chivo. Porque ella, en realidad, dejó de vivir desde que quedó sin el muchacho y con el animal; por lo menos su vida no fue otra cosa que la repetición de actos tan idénticos, tan sabidos de memoria, que se hacían imposibles de comprender: el despertar en el principio de la tarde y en seguida la tarde vacía, con un hombre o sin él; el horario cumplido en la estación, la cena en el restaurante miserable, el regreso con el chivo, con un hombre o sin él. Con el tiempo, la desconfianza que sintió al ver por primera vez al animal se transformó en un odio suave, inexplicable. Pero este odio no era más liberador que la desconfianza; se sentía atada a la bestia: la arrastraba brutalmente, le imponía ayunos caprichosos, pero era incapaz de abandonarla.

A partir de aquí la historia puede ser infinita o avanzar sin descanso, en vano, hacia el epílogo en el cementerio. Creo que faltan pocas palabras, que pueden distribuirse así, entre todas estas cosas: Entre las sucesivas mudanzas impuestas por el crecimiento del chivo, las negativas, las peregrinaciones nocturnas con paquetes y valijas, estas veces sí llenas de ropas y pobreza. Una pieza en Avellaneda, que aún veo, comunicada con un patio enano, un lamentable y desierto remedo de jardín, con treinta centímetros de tierra estéril, sobre escombros y basura, sobre roca imperforable, separado del mundo inexistente por un muro de cañas secas, sin hojas o con hojas mineralizadas, habitáculo del chivo. Paraíso protegido por un techo diurno de humo sucio, visitado en la noche por bocinas de barcos, por silbatos policiales; rodeado por delincuentes farsantes e inseguros, por ociosos, jóvenes, exasperados candidatos a delincuentes que vivían y se trajeaban al servicio de la leyenda que nunca lograrían tener ni dejar. Cualquiera de estas cosas, pero precaria; porque apareció alguno mencionando una ordenanza, hablando de kilómetros y radios, pidiendo más dinero, demasiado.

También pueden distribuirse entre la última mudanza, la casita, la construcción de lata y madera en Villa Ortúzar, el destino que ella había estado provocando y creaba cada vez que mentía, el lugar junto al quemadero de basura, la zanja con agua blancuzca, el eterno caballo muerto de vientre hinchado, la patas

hacia el cielo. Una habitación con piso de tierra húmeda, donde apenas cabían ella y el chivo, donde le hubiera sido imposible ubicar a la hermana o a la tía, a ninguna de las cambiables parientas que reiteraban su inasistencia a la estación.

Entre el ejercicio de lo que pocos hombres quisieron imponerle y ninguno logró. Pero que debe ser imaginado porque en algún invierno, tal vez, la gente se hizo desconfiada o avara, o porque el exceso de repeticiones quitó convicción al monólogo pordiosero, o porque el precio de los alquileres se duplicaba con la presencia del chivo, o porque el chivo necesitaba una alimentación especial y costosa, o porque yo tuve placer imaginándola prostituirse por la felicidad del chivo. Me parecía armonioso y razonable.

Entre el chivo y su crecimiento, su barba combada, sus ojos de un amarillo comparable al de muchas cosas, su pelambre sucia y su olor. Entre su pesadez, su tamaño gigantesco, la placidez de ídolo con que permanecía echado y su negativa a moverse, a sufrir frío o calor o interrupciones del ensueño en la poblada puerta de una estación. El chivo siguiéndola con protesta por calles retorcidas y nocturnas, más grande que ella, deliberadamente majestuoso y despectivo. El cabrón, ahora, con las patas dobladas bajo el cuerpo, rozando con los cuernos los techos tiznados y miserables, adormeciendo los ojos herrumbrosos, con un remoto agravio, con un desdén que no podría expresar aunque hablara, frente a los tributos ofrecidos a su condición divina: el pasto, las hortalizas, el hombre que ocupaba unas horas la cama para turbar la noche con una historia anhelante y conocida.

Enorme y quieto, blanco sucio, creciendo a cada minuto, desinteresado de la gente y sus problemas, hediendo porque sí. El cabrón, que es lo que cuenta.

IV

Entre pocas cosas más fueron repartidas las palabras y esas cosas las he olvidado. Pasó casi un año, empecé a consolarme con el principio de otro verano y me encontré una mañana en el hospital con Jorge Malabia. Era un Jorge Malabia parecido a su pariente Marcos Bergner, nada a su madre. Más grande pero no más gordo, hablando con la enfermera de la mesa de entradas, sonriendo mientras mordía la pipa apagada; esa sonrisa juvenil feroz, mientras el miedo a la vida y la voracidad ocupan sin remedio los ojos.

—Hola. —Estaba en camisa y calzado con botas—. Supe que se iban a animar a una trepanación. Tenía ganas de ver morir así a alguien, ver el segundo de la muerte en un cerebro. Pero se arrepintieron.

Encogí los hombros y dejé de mirarlo.

—Sí, es seguro, casi, que se hubiera muerto. De todos modos, yo no operaba.

—Es gracioso. Estaba citado con Tito y no vino. No sé por qué: conoce al futuro cadáver, es un empleado del padre o algo así. ¿De modo que lo van a fortalecer durante una semana para que dure unos minutos más en la mesa?

—Debe ser eso —contesté—. Setenta años, operado de lo mismo hace ocho meses, casi idiota desde entonces.

Saludé a Margarita, la chica de la mesa de entradas y salimos, él y yo, sin andar de veras juntos, como dos desconocidos que llevan el mismo camino. Admiré el caballo atado flojamente a un árbol, estuve mirando el sol hasta estornudar.

—Tiene sangre pero está muy gordo, sobón —dijo.

Había pasado un año y él tenía veinticinco. “Desde la última vez que nos vimos, pensé, estuvo aprendiendo a juzgar, a no querer a nadie, y este es un duro aprendizaje. Pero no había llegado aún a quererse a sí mismo, a aceptarse; era a la vez sujeto y objeto, se miraba vivir dispuesto a la sorpresa, incapaz de determinar qué actos eran suyos, cuáles prestados o cumplidos por capricho. Estaba en la edad del miedo, se protegía con dureza e intolerancia.”

Montó, hizo girar al animal y estuvo sonriéndome.

—Esta ciudad me enferma. Todo. Viven como si fueran eternos y están orgullosos de que la mediocridad no termine. Hace apenas una semana que estoy, y bastó para que no lo reconociera, para olvidarme de que con usted es posible

hablar.

Hablaba muy de arriba hacia abajo, desde la estatura del caballo, consciente de esto y aprovechándolo sin desprecio. De todos modos, no era feliz. Lo vi de espaldas, del trote al galope, inclinado para exigir velocidad, separado de la montura pero tan unido al caballo que las ancas brillosas bajo el sol podían ser suyas.

Como debía haberlo previsto desde la mañana, vino a visitarme aquella misma noche. Se había empeñado en poner en condiciones al caballo o solo buscaba distinguirse de los amigos de su edad que, habiendo vivido su infancia, en los mejores casos, encima de un caballo, solo montaban ahora, por deporte, en las cabalgatas matinales de los domingos, después de la heroica primera misa. Muchachos con *breeches* de palafrenero, estribando corto sobre monturas inglesas, negando al animal con la languidez del cuerpo; jovencitas vestidas como ellos, confundibles, chillonas, reclamando el paso, la rodilla apoyada en la del compañero. Antes, en el alba, la visión de cuerpo entero de una amazona, con un diminuto látigo, en el espejo del dormitorio; después, en el hotel de madera sobre el río, o en Villa Petrus, las fotografías, las poses junto o encima de los caballos, las actitudes gauchas y desaprensivas. Porque todos ellos, los amigos de su niñez, tenían o usaban automóviles, *jeeps* y motocicletas; ayudaban así a que la ciudad, Santa María, olvidara también sus orígenes, su propia infancia, su próximo pasado de carretas, carricoches, bueyes y distancias.

Vino a caballo, aquella misma noche de sábado, haciendo resonar los cascos del animal sobre la franja de primer silencio, contra el fondo negro de calor, de perfumes vegetales resecos, de sonidos de trabajo en el río. Lo oí silbar y me asomé a la ventana para decirle que subiera.

Ya había casi olvidado la historia de Rita y el chivo; cuando lo vi entrar y poner la botella sobre la mesa solo pude pensar en otra mujer, en un recuerdo de veinte años, en una asquerosa sobreviviente. Pero él venía decidido, y le importaba el tiempo: no el que pudiera perder o gastar aquella noche sino el anterior, el que había separado de esta nuestra entrevista del último verano. Estaba decidido y resuelto a modificar, a cualquier precio, aquella otra noche de diciembre. Bebió de pie, hablando con impaciencia de cualquier cosa, de las que yo le iba deslizándole para que se apoyara. Después, midiéndome, se puso a cargar la pipa. Estaba eligiendo el camino más fácil o el más corto. No sabía aún que era posible sentarse y decir: “No quiero esto o aquello de la vida, lo quiero todo, pero de manera perfecta y definitiva. Estoy resuelto a negarme a lo que ustedes, los adultos, aceptan y hasta desean. Yo soy de otra raza. Yo no quiero volver a empezar, nunca,

ni esto ni aquello, una cosa y otra, por turno, porque el turno es forzoso. Pero una sola vez cada cosa y para siempre. Sin la cobardía de tener las espaldas cubiertas, sin la sórdida, escondida seguridad de que son posibles nuevos ensayos, de que los juicios pueden modificarse. Me llamo Jorge Malabia. No sucedió nada antes del día de mi nacimiento; y, si yo fuera mortal, nada podría suceder después de mí”.

Pero no hablé de nada de esto; lo hubiera escuchado y le habría dicho que sí.

—Usted debe recordar las últimas vacaciones —empezó con una sonrisa de excusa, pero no excusándose a sí mismo—. El encuentro en el cementerio y la noche en que anduvimos hablando. El cabrón de la pata de palo.

—El chivo y la mujer —asentí—. Bueno, me puse a adivinar cosas y las escribí. Ya lo tenía olvidado. Pero me gusta que pueda leerlo y opinar. Es muy corto.

Me puse a buscar en el escritorio mientras él callaba y trataba de hacerme sentir su silencio.

—Unas pocas páginas —dije, al acercárselas—. El insomnio, el aburrimiento y la incapacidad de participar en otra forma.

Entonces miró el reloj, no tuvo más remedio que expresar su hostilidad; él y yo sabíamos que iba a quedarse todo el tiempo que fuera necesario. Se sentó e introdujo en la luz la cara joven, un poco menos que el año pasado, endurecida por la voluntad, afeada apenas por un extraño miedo. Tomé un libro pero lo dejé en seguida.

Durante media hora lo miré leer lo que yo había escrito y fumar; sabía que mis ojos lo molestaban, que le era difícil mantener la clausura de su rostro. No era el mismo muchacho de un año antes, pero yo no podía saber cómo estaba distinto, qué suciedades se habían incorporado en los doce meses y si estas durarían. Cuando terminó de leer limpió la pipa y volvió a llenarla; sin mirarme, pensativo y calculando con rapidez, como si yo no estuviera allí, pero me encontrara a punto de irrumpir. Después fue hasta la ventana, balanceando el cuerpo en cansancio de jinete, haciendo sonar las botas, flamantes o recién lustradas. Unas botas demasiado nuevas en todo caso, para el disfraz campesino que usó aquellas vacaciones. Asomó la cabeza y le habló con cariño al caballo. Volvió lentamente hacia la luz de encima del escritorio, sonriendo, seguro de haber elegido bien o lo mejor posible.

—Es muy bueno eso —murmuró con seriedad y como si se lo dijera a sí mismo, contento, un poco asombrado.

“Ya hay algo —pensé—: aprendió a tomarse en serio, y no con la

desesperación y el sentido de fatalidad de antes, sino tranquilamente, sin intuir el ridículo y la propia miseria. Casi como se toman en serio su padre y cualquiera de los hombres de la mesa de póker del Club Progreso.”

—Me alegro —le dije—. Pero no importa que esté bien o mal. Ya le dije que solo buscaba adivinar cosas.

—Las adiviné. Todo fue así, solo que... —tal vez no estuviera muy seguro del tipo de mentira que era conveniente usar para destruir aquel pasado. Volvió a sentarse y volvió a sonreír con disculpa—. Es sorprendente. Hubo un hombre que inventó el cuento para viajeros, otro que agregó el detalle del chivo, absurdo pero eficaz. Y es cierto que ella pasó del odio al amor, que el chivo fue al principio una humillación impuesta y que después lo defendió de cualquier manera, de todas las maneras necesarias, a lo largo de mudanzas, de hombres, de ayunos, de resoluciones suicidas. Como se defiende el objeto de amor, es decir, lo único que uno tiene. Porque si tenemos algo más, por poco que sea, hay que inventar otro nombre, menos ambicioso. Su objeto de amor. La corriente es una sola, y no podemos saber cuál y cuánto es el amor que va hacia él y cuál y cuánto el que extraemos de él. Y también es cierto que lo hizo por el chivo, para tener el dinero que le permitiera protegerlo. Yo hubiera podido, con poco sacrificio, darle ese dinero. Pero preferí convertirme en el hombre cuya cara, según usted, yo deseaba conocer. El hombre de turno, condenado al anonimato, que la esperaba en la pieza. Pero desapareció, no lo vi nunca, me tocó sustituirlo sin conocerlo. Así que yo pasé a ser el hombre de turno y algo más. Era yo el tipo que esperaba en alguna de las mugrientas habitaciones que ocupábamos sucesivamente, arrastrados o expulsados por el chivo. Pero necesité algo distinto, algo más, y lo tuve. Aquel fue un año, o casi, de apoyar y refregar el lomo en eso que llaman abyección; un año de no pisar la Facultad, de reírme a solas pensando en la visita imposible, sorpresiva de mi padre; imaginándolo entrar en uno u otro de los cubos hediondos que fuimos habitando, verlo y sentirlo, por una vez, incapaz de un comentario ordenado gramaticalmente, con puntos y aparte, con los paréntesis que él indica alzando una mano y una ceja. Porque, además, durante todo aquel año en el que lo estafé, fui el hijo corresponsal perfecto. No perdí un tren, como dicen en casa. Mugriento, sudando esa mezcla de odio y angustia que ennegrece la piel como ningún abandono, como ningún trabajo, frío y emporcado, les escribí mi carta cada semana. Y aquella vez sí; aquella vez, aquel año, mis cartas parecían copiadas de un epistolario para hijos ausentes y amantes. Volví a leerlas.

Me mostró los dientes, interrumpido por la fatiga o la desconfianza, y sirvió de beber.

“Dos —pensé—. La segunda suciedad es que se le ha muerto la pasión de rebeldía y trata de sustituirla con cinismo, con lo que está al alcance de cualquier hombre concluido.” Tal vez lo hizo sospechar el asentimiento de mi cabeza, mi silencio o mi mirada; fue otra vez a conversar con el caballo desde la ventana y regresó con aire de cansancio y sueño. Regresó también rejuvenecido, casi exactamente en un año; pero esto duró poco porque yo había aprendido a manejarlo.

—Entonces todo está bien —dije, recogí mis páginas adivinatorias y les sonreí con cariño y orgullo—. Después se encontró con usted, o usted provocó el encuentro, vivieron un tiempo juntos, ella se enfermó y vino a morir a Santa María. Solo faltaría escribir el final; pero esto es más fácil, en un sentido, porque lo conozco: el velorio, el entierro.

—Sí, pero no —repuso en seguida, ardiente, un poco triunfal, como si yo lo hubiera ofendido sin querer. Nadie, y yo mucho menos, podría reprocharle que alargara el silencio para lograr un efecto—. No tan simple porque la mujer que enterramos aquel año (“ya no era el año pasado, sino cualquiera, remoto, inubicable”), la mujer muerta que descansa en paz en el Cementerio de Santa María no se llamaba Rita.

Me moví en el sillón y lo miré asombrado y estúpido; tal vez lo haya convencido.

—¿De veras? Entonces no entiendo nada o me falta entender mucho. Pero eso era difícil de adivinar. —Sonreímos, como por encima de un secreto. Vacilé un rato; él tenía que suponer mi facilidad para averiguar el nombre de la mujer que ayudé a enterrar.

—No era Rita —repitió con algo de solemnidad, todavía sonriéndome—. Era una parienta, una prima, no una de las fabulosas, como usted dice, parientas de Villa Ortúzar, sino una palpable y visible y audible, le doy mi palabra, que fue desde aquí, desde Santa María. Otra mujer y casi otra historia. Porque si tuvo antes de llegar a Buenos Aires su historia personal, la perdió a los cinco minutos de entrar en la pocilga donde estaban Rita y el chivo, y donde yo era el hombre de turno cara al techo en la cama. Quiero decir que esta mujer sin nombre desplazó a Rita, se convirtió en ella, se apropió de lo que hay de más importante en su relato adivinado: del amor y la esclavitud por el cabrón.

—Ah —dije—; tal vez me sea posible volver a entender. Déjeme empezar de nuevo —pregunté y lo vi vacilar y mentir, mantenerse en la mentira primera, mostrarse incapaz de protegerla con otra—: ¿Cómo me dijo que se llama la prima, la sustituta, la difunta?

—Solo le dije que no tenía nombre. No era nadie, era Rita. Rita se hartó del chivo, de mí, de la miseria. Creo que le va bien. Pero no podría haberlo hecho, estoy seguro, si no hubiera aparecido alguien, otra mujer para suplantarla en relación al animal. Bueno, déjeme volver un poco atrás para liquidar definitivamente la historia. Todo lo que le conté hace un año era verdad, menos, claro, lo que permití que creyera, el malentendido que quise mantener. Aquella noche le hablé de la piedad y era cierto. Tan cierto, tan intensa esa piedad que logró dos cosas increíbles. Primero, que yo me encargara del entierro de la mujer y la velara como principal y único deudo; es decir, que la piedad que sentí por Rita en el casi año de abyección fue bastante para transformar en Rita a la segunda mujer. Y aunque no solo la piedad sino todo sentimiento por Rita había muerto desde tiempo atrás, bastó enterarme de que ésta, la prima, se estaba muriendo para que yo corriera a dar satisfacción a la piedad resucitada. ¿Se entiende? No olvide la existencia del cabrón; no olvide que la segunda Rita, cuando comprendió que ya no podía protegerlo, que iba a morir, se lo trajo a Santa María. Lo trajo al pueblo natal, el país de infancia, donde todo es más fácil y los finales son felices. Hizo lo que hubiera hecho Rita, estoy seguro, si no aparece alguien para redimirla, con su sacrificio, de la esclavitud.

“Era, pues, Rita. No la vi morir; pero durante todo el tiempo del velorio, aquella cara flaca, estupefacta y tiesa fue la cara de Rita y yo pude librarme de mi piedad exasperándola hasta agotarla. Y tal vez ya no tuviera piedad que gastar cuando recorrí a pie Santa María con el chivo rengo siguiendo el coche fúnebre; tal vez solo estuviera enfermo de sueño, histérico, ansioso de expiación y ridículo para exhibir un odio que poco tenía que ver con el odio antiguo, el que había hecho nacer en mí la piedad por Rita. Porque durante el año en que viví con ella, o viéndola todas las noches antes de que viviéramos juntos, la piedad, como sucede siempre, llegó a mostrarse inútil, se pudrió, y salieron de ella odios como gusanos. Empecé a sentir o saber que todos, todos nosotros, usted, yo y los demás, éramos responsables de aquello, del casamiento de ella con el chivo, de la pareja que maniobraba con torpeza entre las columnas de gente, que salían de la estación. Todos nosotros, culpables; y, ya sin razonar, sin que la evidencia me viniera del razonamiento o pudiera ser alterada por él: culpables, todos los habitantes del mundo, por haber nacido y ser contemporáneos de aquella monstruosidad, aquella tristeza. Entonces odié a todo el mundo, a todos nosotros.

“Y la segunda cosa increíble que logró la piedad, fue que yo la obligara a hacer, a Rita, lo que ninguno de los hombres de turno pudo. Porque los culpables éramos todos nosotros, sin excluirla a ella, y ella, el ser más próximo a mi odio.

“Esto había durado un mes, apenas hasta que vino la prima para sustituirla,

por lo menos en la morbosa esclavitud al chivo, y ella, Rita, desapareció. Ahora que lo importante de aquel período, el de la conciencia y el placer de mi abyección, el formado por los días, noches, en que Rita salía a buscar hombres y regresaba con dinero bastante para mantenernos por una semana a los tres —el chivo, ella y yo—, no puede ser explicado. Y si por un milagro llegara a explicármelo —creí haber estado cerca, varias veces, durante la soledad del velorio—, sería también inútil porque nadie ha hecho el aprendizaje indispensable para entender. No supe y no sé aún, qué era lo importante; pero lo simbolizaba esto, le daba origen esto: quedarme tirado en la cama fumando esperándola, no solo como los otros, sino acompañado por el chivo: mirarle los ojos, amarillos e impasibles, olerlo y confundir su olor con el mío, lograr un acuerdo ilusorio con la eternidad impersonal que él representaba. Hablarle, con palabras simples, del sentido de nuestra soledad, de nuestra espera; verlo agigantarse y blanquear en la sombra, en la habitación de techo bajo, en la noche aparte, exclusiva, que desciende cada noche para los miserables.

Oímos a la vez los cascos impacientes o asustados del caballo en la vereda. Jorge se levantó pero no fue en seguida a mirar por la ventana. Teníamos, hoy también, esta noche amable, de esencia inasible, vagamente excitante, cargada de claves y situaciones que no coinciden, esta dulce y conocida noche tramposa que desciende para los tontos.

—Bueno —dijo sonriendo; el pelo rubio oscuro le tocaba la sien; chupaba velozmente, sin convicción, la pipa mal encendida. Se alzó los *breeches*, movió las piernas en las botas—. Había algo que corregir y creo que lo hice.

—Había mucho que agregar y lo hizo —contesté—. Pero no corrigió nada. La mujer es la misma, de todos modos. Usted veló a Rita y enterró a Rita. Y, sobre todo, también enterró al chivo.

—Como quiera. Tenía el remordimiento de haberle hecho creer en una historia perfecta, haberle permitido creer que la historia que empecé a contarle en aquellas vacaciones obtuvo su final perfecto. Eso nunca sucede; si se pone a pensar, verá que todo falla por eso y solo por eso. De modo que corregí. Y agregué la prostitución de Rita, en beneficio mío y del cabrón; un agregado que, en cierto modo, también modifica la historia.

—No creo que la modifique —dije—. Por lo menos para mí, para estas páginas. Diría, estoy improvisando, que refuerza lo patético de la historia, la hace más fácil de ser comprendida por los demás, por todos nosotros. Y en cuanto a la prima sustituta...

El caballo volvió a patear y llenó de ecos la plaza desierta. “Tres —pensé—. La tercera suciedad consiste en el pecado adulto de creer a posteriori que los actos

sin remedio necesitan nuestro permiso.”

Miró por la ventana y habló con voz de tropero, aguda, a la bestia, la noche y el camino.

—Parece que ya no se puede —dijo de vuelta, ajustándose el cinturón—, Santa María es una ciudad. Y, aunque a mí no me da la gana de enterarme, el caballo lo sabe.

El segundo encuentro fue también casual, por lo menos en parte. Había hecho una visita cerca del Mercado Viejo y anduve caminando, perezoso en el sol de la tarde, para aventar el asco y la tristeza, el recuerdo de la mujer de vientre plano, de sus estúpidos ojos embellecidos por la fiebre, ciegos para la pieza maloliente. Y el hombre pequeño, flaco, duro y negruzco, moviéndose con rigidez y miedo, hostilizándome, un poco aliviado porque podía descargar en mí su responsabilidad, un poco excitado porque podía concentrar en mí su viejo, encalabrinado odio por la vida. Como de costumbre, yo ignoraba qué podía hacerlo menos desgraciado, si el desahucio o la esperanza. Tampoco él sabía; me acompañó hasta la calle en silencio, con el pequeño hocico contraído por algo que podía ser llamado furia o sarcasmo, esperando escuchar una de las dos cosas, pronto para extraer toda la posible infelicidad del pronóstico que yo aventurara.

Quedamos al sol, frente a los ladrillos del Mercado Viejo. Los vagos sesteaban o se mataban pulgas o discutían arbitrios para la próxima comida bajo las chatas arcadas coloniales. Un montón de muchachitos salió corriendo, hizo un círculo y entró de nuevo en la sombra del mercado. Tal vez esta mayor miseria —la estética de los vagos, la dinámica de los chicos sucios y descalzos— sirvió de consuelo al hombre; tal vez lo animó la idea de que el gotear de la sangre en la pieza no significaba una desdicha personal sino que era, solo, un minúsculo elemento anónimo que contribuía, afanoso y útil a la perfección de la desgracia de los hombres. En todo caso, aflojó la cara y estuvo meciendo en la luz una expresión lisa y resignada. Ya no mostraba el odio sino sus rastros, su obra. Me ofreció un cigarrillo y dimos dos pitadas en silencio. Volví a mirarlo y opté por la duda; le dije que no podía decirse nada, que esperara el efecto de las inyecciones, que me hablara por teléfono a las nueve.

Entonces sonrió a un secreto y estuvo moviendo la cabeza; repuso el cigarrillo en la boca y lo hizo bailar mientras decía: —Quién te ha visto y quién te ve. Tanto ella como yo créame. Antes robo que dejar de pagarle. A las nueve en punto lo llamo.

—Me dice cómo anda y vemos.

Me dio la mano y se fue por el largo corredor a recuperar la importancia, los odios, la sensación siempre increíble de estar atrapado.

Crucé lentamente, olvidándolo, hasta el portón del Mercado. Hendí la fila

derrumbada de miserables, tiré unas monedas al centro del lánguido clamor, sobre cabezas y brazos. Adentro, la sombra fresca, los mostradores vacíos, el olor interminable, reforzado cada día, de verduras fermentadas, humedad y pescado. Los niños mendigos corrían persiguiéndose bajo la claridad que llovía de los tragaluces en el fondo distante. En una mesa, frente al bar, estaba un hombre joven, gordo, sonriendo inmóvil hacia el estrépito de los muchachitos. Pedí un refresco en el bar y examiné al parroquiano solitario antes de reconocerlo.

Era muy joven y acaso resultara apresurado llamarlo hombre; estaba bebiendo la especialidad de la casa, caña con jugo de uvas, y se había hecho llevar una botella a la mesa. Tenía la camisa desabrochada en el cuello y la corbata colgaba del respaldo de una silla; pero estaba vestido como para una fiesta, con un traje oscuro de chaleco, con zapatos negros y lustrados, con un pañuelo blanco colgando las puntas en el pecho. El sombrero negro, de alas levantadas, le tapaba una rodilla; vi, mucho después, la doble ve de la cadena del reloj en el vientre. Tenía cerrada la mano izquierda y continuaba sonriendo y sudando hacia el fondo luminoso del Mercado, donde los niños viboreaban entre los puestos vacíos. Junto a la botella había un puñado de caramelos.

—Cada uno se divierte a su manera, dicen —dijo el encargado del bar. Lo miré sin conocerlo: era bigotudo y cincuentón, estaba en mangas de camisa—. Doctor. Pero desde el almuerzo que le pido a Dios que no me deje saber del todo cómo se divierte éste. Perotti, de la ferretería. Fíjese ahora y dígame.

Los niños mendigos corrieron velozmente hacia el norte y el líder dobló de pronto, desconcertando a la columna. Zigzaguearon entre los hierros y las maderas, resbalaron sobre las placas de tierra y porquería. El muchacho de la mesa había abierto y estirado la mano izquierda, llena de caramelos. Pasaron corriendo y gritando, cada uno trató de robar sin detenerse, la mano se cerró atrapando la de una chiquilina flaca, con cara de rata, de un pelo duro y grasiento hasta los hombros. Los demás siguieron.

—Bueno —dijo a mi espalda el encargado—; desde la una de la tarde, sin mentir. Fíjese ahora.

El muchacho gordo atrajo a la chiquilina, le besó una oreja mientras la palmeaba, en un remedo de castigo, murmurando amenazas. Después la soltó; la chica se puso un caramelo en la boca y corrió para alcanzar a la banda que describía ya el semicírculo bajo el sol de la calle y volvió a entrar; luego aullando, persiguió al líder hasta el fondo de luz grisácea filtrada.

Entonces el muchacho gordo alzó la cabeza llena de un esponjado pelo negro y se puso a reír hacia el techo averiado, sin participación de su cuerpo, con la

más pura, ejemplar risa histérica que yo haya oído nunca. Se interrumpió de golpe para vaciar el vasito, volvió a llenarlo y fue agregando más caramelos a la trampa de la mano izquierda. Miraba sonriendo, expectante, el remolino de los chiquillos harapientos en el fondo.

—Perotti, el hijo del de la ferretería —repitió el desconocido contra mi hombro—. Tiene que conocerlo. A lo mejor lo ayudó a nacer o lo curó de purgaciones. Con perdón. Lo estoy mirando desde el almuerzo, y casi desde hace un mes o quince días, desde que cayó una tarde por casualidad este verano y descubrió el juego de los caramelos y las nenitas. El padre le dejó mucho dinero y él lo gasta así. Se divierte. Y hasta llegué a pensar que lo hace sin mala intención. Porque, como le decía, no acabo de entenderlo. Yo estoy a caña y vermut desde el almuerzo y no me aparto. Me hace un honor si me deja convidarlo.

Le dije que sí y bebimos lentos y en silencio. El estrépito de criaturas volvió a pasar junto a la mesa y se reprodujeron las palmadas, el beso, la cabezada hacia el techo y la risa insoportable, agotada de pronto.

—Bueno —dijo el hombre.

—Ya sé quién es, me acuerdo —le contesté; hablaba del muchacho, de Tito Perotti—. No lo ayudé a nacer ni me llamaron para el sarampión y ninguna de las veces que tuvo blenorragia consultó conmigo. Pero somos casi parientes por las úlceras del padre, difunto, el asma de la madre y la lombriz solitaria que le asesinamos a la hermanita.

—Ese mismo —dijo el hombre, entusiasmado—. Y dicen con razón que ella, la hermana, es la mujer más linda de Santa María.

—Hace mucho que no la veo. —Puse un billete en el mostrador y el hombre me explicó que no me cobraba el vaso de vermut y caña—. Pero a éste tengo que hablarle.

El hombre alzó una tabla sujeta por bisagras y desertó de la intimidad de su negocio para darme la mano. Miré sus ojos viejos y nublados, los bigotes que colgaban, la calva mitad anterior de su cabeza: —Fragoso —dijo. No pude acordarme ni presentir. Él mostró unos dientes parejos y blancos y agregó en despedida, respetuoso—: Doctor.

Caminé despacio, dando tiempo a los chiquilines para que se acercaran a la mesa. Cuando cinco o seis robaron caramelos de la palma abierta y él sujetó la mano de la muchachita, le toqué la espalda y estuve esperando sus ojos con una sonrisa inocente. Me miró con algo más de susto que de rabia. De la mano se escaparon la niña y los caramelos; acercó el montón a la banda que hizo una sola

vuelta alrededor de nosotros. Estuvo contemplando inquieto, infantil, la carrera victoriosa, hacia el portón y el sol. Alzó la cabeza para reír pero solo rio en silencio, un segundo. Yo estaba ahí, mi mano continuaba en su hombro. Se puso de pie y me saludó. Fue entonces que vi la cadena de plata del reloj ondulando sobre el chaleco que la absurda barriguita estiraba.

—Me voy a sentar si me deja —murmuré—. Estoy cansado.

Sabía quién era el muchacho desde el momento que lo nombró el bolichero, Fragoso. Pero solo comprendí su importancia cuando el hombre dijo algo de la hermana. Fue entonces que pensé en la historia de Rita y el chivo, en el intento de destrucción en que se había esforzado Jorge Malabia unas noches antes.

Acepté un trago de la bebida dulzona en la copita que nos trajeron. Hablamos de aquí y de allá, del tiempo, de política, de las cosechas, de planes de estudio, de Santa María y Buenos Aires.

Descubrí la perla que tenía clavada su corbata y miré con disimulo su cara redonda y linda, de piel infantil, de sonrisa fácil, un poco vulgar y falsa, un poco cruel. “Está engordando; puede suponerse que la resolución que brilla, hostil, fanática y remota en sus ojos verdes y fríos es la resolución de engordar.” Tenía la voz algo gangosa y le gustaba hablar, riendo, balanceando alerta la cabeza, con saliva en los rincones de los labios, pellizcándose el pulgar de la mano izquierda. “Es vanidoso; tiene el egoísmo activo y social; capaz de memoria increíble para ofensas y postergaciones.”

Pero había otra cosa; solo pude descubrirla cuando se inclinó hacia su copa y contemplé el corte de soldado de su pelo; y solo pude comprenderlo del todo unos meses después, en la última, hasta ahora, convalecencia, cuando amigos y clientes agradecidos y supersticiosos llegaban por las tardes para distraerme y desahogarse. Vi que imitaba a su padre, el ferretero, muerto un año atrás. Aquella imitación se cumplía de dos maneras, en dos campos: por medio de la ridícula perla en la corbata, la cadena del reloj, el peinado, diez detalles más que fui descubriendo, todo esto nacido de la voluntad oscura de su cuerpo que se había puesto a crecer en el cuello, el vientre y las nalgas, remedando con exactitud, con cierta modestia, la figura desagradable del padre muerto.

“El amor filial, sí, pero no basta. Perotti era el último de los modelos que podía elegir un muchacho. Hay otra cosa y tal vez Dios me dé tiempo, y la suerte, como siempre, me haga conocerla.”

—Voy a terminar Derecho porque en casa siempre quisieron —me dijo—. Pero no quiero dejar Santa María, al revés de todos que solo piensan en Buenos Aires. Y aquí, usted sabe, no se puede ser abogado en serio, no se pasa de

procurador. Tal vez ejerza, no sé, porque se puede ganar dinero sin mucho trabajo. Sobre todo con las amistades de papá. Pero sin darle importancia. No quiero meterme en política. Mi vocación son los negocios, los negocios grandes. Vea lo que llegó a hacer Petrus sin necesidad de irse a la Capital. Terminó mal, es cierto, aunque quién sabe, todavía no se dijo la última palabra y nada tiene que ver que esté en la cárcel o en un sanatorio. Pudo hacer cosas porque tenía talento y visión. Lo que hizo Petrus es mucho para su tiempo; pero no pasó de un principio; de dar un ejemplo. Aquí está todo por hacer, créame.

Con sus veinte años, el mismo tono respetuoso y protector del ferretero, la misma manera tranquila y seca, los ojos desviados, una mano pellizcando la otra, la misma fe en los principios, en el éxito. Él también había descubierto el simple secreto aritmético de la vida, la fórmula del triunfo que solo exige perseverar, despersonalizarse, ser apenas.

Le creí y volvimos a beber. Me desconcertaba la seguridad de que su padre no bebió nunca. Pero el encuentro no me había sido concedido para desperdiciarlo en ellos.

—Usted vivió con Jorge Malabia en un hotel de Constitución —dije de golpe. Él estaba mirando, apagado y expectante, hacia la puerta del Mercado, siempre luminosa; ahora en silencio.

—Sí, unos dos años. Pero me parece que no éste... Yo lo quiero mucho. Pero es un tipo difícil.

—Debe serlo, estoy seguro. Casi neurasténico. —Asintió con alegría: “Eso”—. Pero hay algo que me interesa especialmente. Un detalle, una trampa acaso, una modificación. Hablo de la historia que usted conoce, Rita y el chivo.

Se inclinó sobre la mesa para esconderme los ojos y la sonrisa. En los tragaluzes del fondo el día era gris; otro gris sin brillo invadía el enorme espacio desierto; el aire allí era húmedo y perezoso. Volvió a enderezarse parpadeando, en guardia.

—Conozco la historia. No pensaba que la conociera usted. Jorge la debe haber contado y vaya a saber cómo.

Le expliqué lo único que me era dado continuar creyendo. Que una mujer, Rita, pedía limosna con falsos pretextos en la puerta de una estación ferroviaria, acompañada por un chivo, que le fue agregado, luego de largas meditaciones estéticas, por un hombre llamado Ambrosio. Repitió la risita ensalivada de su padre y sacudió la cabeza para dar el visto bueno a cada recuerdo.

—Todo eso es cierto. Pero hay cosas que Jorge no sabe —parecía

enfurruñado, sin ganas de hablar. Yo vacilaba eligiendo métodos.

—Lo que me interesa —dije al rato— es muy poco y muy simple. No hay dudas de que una mujer, unida al chivo, volvió a Santa María, enferma, y murió en un rancho de la costa. Solo quiero saber si esa muerta era Rita o no.

Se me acercó asombrado mientras pensaba velozmente, torpe y con desconfianza.

—¿Si era Rita? Claro que era Rita. Ya estaba tuberculosa cuando la descubrí yo en la estación. Y no se cuidaba, prefería que comiera el chivo. Y le fomentaban el suicidio. Estaba loca, era más feliz cuando podía darle un puñado de sal al chivo y que se lo lamiera en la mano.

—Conozco —dije y alcé aparatosamente un dedo que no expresaba nada—. ¿Pero no hubo una prima? Piense. Una parienta de Rita que fue a Buenos Aires para relevarla de la esclavitud al chivo y que volvió a Santa María, con la bestia, tal vez perseguida por ella, para asegurarse el consuelo de la tierra natal en la muerte. Piense y dígame.

Encendió un cigarrillo, cuidadosamente, junto a mi cara, y el humo quebró, ondulante, su expresión de desdén y tortura. No me creía; aguardaba que la indignación lo liberara del desconcierto. Se enderezó y estuvo sacudiendo la cabeza, desaprobatorio y superado.

—¿Así que eso le contó Jorge? No me asombra, mirando bien. Porque él se portó como un hijo de perra. ¿Qué le dijo de mí?

—Casi nada. Usted aparece, no más, en el principio de la historia.

La sonrisa que hizo, lenta, era tan sórdida, tan llena de rencor, que, pensé, debía estar recibiendo contribuciones, además del padre, de un Perotti abuelo.

—Vamos por partes —empezó—. Yo la encontré a Rita y me fui a dormir con ella. A la pieza, claro, porque qué se podía hacer con el chivo. La encontré, fuimos y le pagué. Ella lo hacía con todo el mundo; el chivo y el cuento del viaje no eran más que un pretexto para salvarse si aparecía un vigilante. Era muy distinto que la llevaran presa por hacer el cuento que por levantar hombres.

Estaba ahora más rojo en la suave penumbra de la siesta en el mercado, conteniendo la excitación, aprendiendo a manejar el odio para descargarlo con más eficacia.

—Sí —murmuré—. La versión de Jorge Malabia no niega explícitamente ese principio. Pero yo estoy interesado en la prima. ¿Está seguro de que fue Rita y no ella?

—¿La prima? Apareció al final, cuando Rita ya estaba desahuciada. Se llamaba Higinia, una gordita oscura pero muy linda. Estuvo unos días haciendo la comedia de la enfermera, cuidando a Rita y el chivo, y, tal vez, también a Jorge. Jorge tenía entonces una enfermedad misteriosa. No sé si le dijo que perdió un año de Facultad y que los padres creen que está en tercero cuando todavía no aprobó todo el segundo. La prima debe andar por las salas de baile de Palermo o alguno la mantiene porque era de veras linda si la bañaban. La prima estuvo unos días haciendo la santa; pero se orientó en seguida, con un instinto de animal, y desapareció. Una vez estuvo de visita, con uno de esos autos que se alquilan por día y con chófer. Trajo paquetes, comida y regalos; y vaya a saber si no vino para exhibirse delante de la Rita.

“Por vanidad, por revancha, y no solo frente a Rita, ya que Rita simbolizaba para ella Santa María, la infancia, la miseria; o por cariño, para mostrar y tal vez demostrar que era posible, fácil, no prolongar en Buenos Aires la miseria de aquí.

“Aunque la Rita ya no estaba para esas exhibiciones ni para nada. Yo había ido esa tarde, era un sábado, aunque caía rara vez por la pieza. Iba, más que nada, a insultarlo a Jorge, o a sentarme en los pies de la cama y mirarlo sin más. Él sabía todo lo que yo estaba pensando y diciéndole. La Rita recibió a la otra sin comprender del todo. Ya estaba muy enferma y deliraba despierta. Le debe haber parecido que le estaban contando un cuento de hadas, si es que alguna vez se lo contaron. El vestido de la otra, la Higinia, y también guantes y sombrero, y los paquetes que traía, de comida para gente harta y no para hambrientos. Sin hablar del automóvil y el chófer con uniforme. Subió y dieron una vuelta. Así es, y al que desmienta le rompo la cara: la Higinia hace la puta fina, espero, y debe tener cuerda para rato. No estuvo más que unos días, dos semanas, en la pieza, cuidando a los tres, ella, él y el chivo hediondo. Cuando se olvidaban de la sal el chivo atropellaba para lamerles la piel. Veinte veces les dije, primero en broma, después en serio y otra vez en broma, que le cortaran el cogote y se lo comieran. La primera vez que lo dije en serio ella se me vino encima con un cuchillo. Y él, Jorge, todo el tiempo tirado en la cama con las manos en la nuca, mirando el techo, mientras la mujer se moría de tos y de hambre. Así es: solo, exclusivamente, reventó la Rita. Se vino con el chivo a Santa María el verano de la muerte de mi padre y cuando Jorge volvió para las vacaciones pudo verla vivir un par de días y después pudo pagarle el entierro. Como un señor. Lástima que ella esté muerta y que la culpa sea de él. Se lo he dicho, no tengo inconveniente en repetirlo. Porque él, mi amigo, sin necesidad ninguna, por puro juego, se dedicó a vivir de ella, de lo que ganaban, con limosnas, mentiras o pindongueando, Rita y el chivo. Porque ya no tenía que pagar pensión, vivía en la inmunda pieza de ella, o de ellos. Con el dinero que le mandaba el

padre podía haber alimentado a Rita (y al chivo, claro) de manera decente; podría, tal vez, haberla curado. Pero él se estaba casi día y noche tirado en la cama, mirando las mugres sucesivas de los lechos (se mudaban, aproximadamente, cada mes), esperando que ella volviera de hacer la calle trayéndole una botella de vino y algún paquete grasiento de comida. Se había arreglado con el dueño de un quiosco de diarios en Constitución; le cobraba dos pesos por cuidarle el chivo, o tenerlo atado a un árbol, mientras ella iba a trabajar con un hombre. “Sos un rufián”, le decía las pocas veces que me daba por visitarlo. Y no tengo inconveniente en decírselo frente a usted. Él tirado en la cama, barbudo y sucio, repitiendo como saludo cuando yo entraba, o después de una frase larga en que lo había insultado en diversas formas que no puede tolerar un hombre, por joven que sea: “¿Tenés un cigarrillo?”. Usted no puede entender y no va a creerme. Pero no era otra cosa; creía ser Ambrosio, estoy seguro, el hombre que inventó el chivo. Y como Ambrosio había vivido meses explotando a la Rita hasta que se levantó una noche o una mañana con la revelación del chivo, con aquel grotesco eureka, Jorge tenía que hacer lo mismo, vagar y explotar, mirar inmóvil los techos hasta que uno de ellos dejara caer sobre él un prodigio semejante. No sé qué prodigio, no puedo imaginarlo, y tampoco él pudo; tal vez una paloma para llevar en el hombro o una serpiente que le envolviera un brazo o un tigre bramador. Y como no pagaba pensión, como no necesitaba dinero para nada, los cheques, además de las cartas, que le llegaban al hotel donde yo seguía viviendo, tenía que llevarse los a cualquiera de las piezas de ladrillos o de adobe donde él vigilaba el progreso de las telarañas en los cielorrasos. “¿Tenés un cigarrillo?”. Con aquel dinero, se me ocurre, podía haber salvado a Rita o ayudarla a vivir más tiempo. Pero todo era una farsa tan imbécil como inmundada. Él, Jorge, aunque transformado en el Ambrosio que no conoció nunca, lo sabía. Estaba seguro de que no había nada para encontrar en aquella vida; no ignoraba que la mujer se estaba muriendo. Por eso inventó enterrar a la prima, Higinia; porque al fin, después de un año de perversidad, de bravata, de estupidez, el asunto le quedó demasiado grande y no pudo soportar el remordimiento. Lo hubiera oído antes, antes de Rita y de Buenos Aires, cuando discutíamos de mil cosas, en la madrugada, en el garaje de casa: “Nunca me podré arrepentir de nada porque cualquier cosa que haga solo podrá ser hecha si está dentro de las posibilidades humanas”. Era su lema, digamos. Lo había pintado en una cartulina, lo clavó el primer año encima de su cama en la pensión. Yo lo aprendí de memoria y muchas veces me burlé de él, repitiéndoselo cuando lo veía vacilar por una razón moral. Es fácil decir cosas. Pero aquel año, con Rita, aflojé frente a la tentación de vivir dentro de la irresponsabilidad de acuerdo con el lema que vaya a saber a quién se lo robó. Entonces, el dinero que le mandaban de Santa María lo regalaba a los comunistas o a los anarquistas; a un loco o un pillo que

aparecía cada principio de mes, cualquiera fuese el lugar a donde los hubieran desplazado con el chivo inmundo y por su culpa. Un petiso de sombrero, muchas veces lo tengo visto, de voz suave, con una sonrisa que iba a conservar aunque lo golpearan. Trataba de conversarlo, pero él, Jorge le entregaba el cheque endosado y volvía a mirar el techo como si el otro no estuviera, hasta que se iba. Y yo digo: como tenía conciencia todo el tiempo de estarse portando con la Rita como un hijo de perra, regalaba aquel dinero para tranquilizarse, para poder estar seguro de que no iba ganando nada en el asunto. Yo lo insultaba y al final pensé en serio que estaba loco; pero no. Y ahora me acuerdo de lo más divertido, o lo más importante de la historia, de la verdadera, de esta que le estoy contando. Déjeme aclararle primero que yo seguí acostándome con Rita cuantas veces tuve ganas o cuando sabía que los pesos que le daba eran necesarios para ellos. Todo esto sin que él lo supiera; él, que había hecho y lo mantuvo por tiempo, un misterio de sus relaciones con la mujer. Lo que llamo importante, lo que sirve para comprender por qué pretende haber enterrado a Higinia en lugar de Rita, es esto, este recuerdo de vergüenza del que nunca, por lo menos hasta hoy, volví a hablar. Apareció un día, al anochecer, en la pensión, vestido como lo que fue siempre, a pesar de todo, a pesar de las poses; un hijo de ricos. Durante toda la peregrinación de un barrio a otro conservó envueltas en hojas de diarios su ropa. Los pantalones sucios y la camisa de obrero y las alpargatas con que se vestía para estar tirado en la cama eran nada más que el uniforme de la angustia, de la miseria que se había inventado. Vaya a saber por qué; aunque, pensando, es posible descubrir. El uniforme de Ambrosio, tal vez; del Ambrosio que nunca llegó a conocer. Aquella vez no me pidió cigarrillos; tiró sobre la cama un paquete de *Chesterfield* y no quiso sentarse. Habló de cualquier cosa y yo le contestaba esperando. No fue ni al final de su vida con la Rita ni al principio; creo que por entonces vivían, después de Chacarita, por La Paternal. “Vas a decir que es piedad —dijo— pero es otra cosa. No sé si podes comprenderla, no soy capaz de explicártela.” Quería casarse con la Rita. Me pidió que averiguara con algún profesor de la Facultad cómo podía hacerlo sin intervención de los padres. Era, claro, menor de edad y me dijo que también era menor la Rita; aunque es difícil. Le averigüé que no; le presenté, porque insistía, a Campos, de Derecho Civil. Supe que había terminado insultándolo, con un ataque de histeria, porque el otro, Campos, quiso aconsejarlo, le habló como un padre. Usted ya lo dijo: es difícil, casi neurasténico. Entonces yo creo que la mentira del entierro de Higinia proviene de esto, de esta vergüenza que quiere olvidar, suprimir. ¿Me entiende? Un afán de negar. Ya se lo había notado, a pesar de que rara vez hablamos de eso; o ya, ahora, ni hablamos. Él cree que hace diferencia tener un abuelo nacido en Santa María.

Fragoso se acercó para limpiar la mesa y sonreírme. Tito se había encogido, con los hombros entornados, con una suave expresión de asco que hacía temblar la boca húmeda. La banda de niños, su griterío, había desaparecido mucho tiempo atrás. Di las gracias con un murmullo, encendí un cigarrillo y me puse a pensar sin orden, seguro de equivocarme, principal y ampliamente incrédulo. Saqué dinero para pagar pero Tito me sujetó la mano.

Solo una cosa me interesaba saber y ésta no tenía ninguna relación con la verdad de la historia; era un puro capricho. Así que durante dos días, desde la mañana, entre una visita y otra, estuve persiguiendo a Jorge Malabia. Lo encontré el día tercero, de mañana, cuando salía de casa para ir al hospital. Estaba sentado en un banco, esperándome, todavía vestido de jinete pero sin caballo. Se acercó sonriente, balanceándose sobre las botas, con una mirada de fatiga y madurez.

—Vine para contestar y concluir —dijo suavemente, dejando de mirarme. Si me estuvo odiando en la última entrevista, aquel odio se había transformado en paciencia, en aceptación—. Para que usted se canse de preguntar y yo no tenga nada que ver, después, con la maldita mujer, con el maldito cabrón. Empiece.

—No me gusta hablar de eso por la mañana. Si pudiéramos vernos esta noche...

Me miró con rabia y apretó los dientes; después sonrió mordiéndose el labio.

—Espere —dijo distraído—. Usted no puede preguntar de mañana, pero sí a mediodía a la verdura podrida del Mercado Viejo. Espere. Déjeme pensar porque es la última vez. Venga esta noche a casa, vamos a estar solos. A las nueve. Acaso le muestre algunas cosas. ¿Pero usted anda sin coche? A las nueve menos cuarto habrá un auto esperándolo aquí. ¿De acuerdo?

Ahora me miró con alegría, me puso una mano en el hombro y la dejó un rato, sin peso. Decía que sí a algo con la cabeza, pero no me miraba. Después me apretó el hombro y se puso a caminar hacia la plaza; lo vi esquivar, sin apuro, el auto de la florería y volverse. Parecía más alto, arbitrario, dudoso, y la actividad de la mañana transformó de golpe su vestimenta campesina en un disfraz. Los brazos le colgaban desolados, inútiles, pero nada de él era capaz de conmoverme, empecé a sonreír, pero no era a mí. Me toqué el sombrero para despedirme y entonces se puso en movimiento, se me acercó a grandes pasos, haciendo sonar las botas, tan desconsoladamente parecido al hermano muerto. Me miró y quiso mantener la sonrisa que ya no le servía.

—Me gusta verlo y estar con usted —dijo—. Por muchas razones. Pero no quiero seguir con esto. No vaya hoy a verme. Hubo una mujer que murió y enterré.

Y nada más. Toda la historia de Constitución, el chivo, Rita, el encuentro con el comisionista Godoy, mi oferta de casamiento, la prima Higinia, todo es mentira. Tito y yo inventamos el cuento por la simple curiosidad de saber qué era posible construir con lo poco que teníamos: una mujer que era dueña de un cabrón rengo, que murió, que había sido sirvienta en casa y me hizo llamar para pedirme dinero. Usted estaba casualmente en el cementerio y por eso traté de probar en usted si la historia se sostenía. Nada más. Esta noche, en casa, le hubiera dicho esto o hubiera ensayado una variante nueva. Pero no vale la pena, pienso. La dejamos así, como una historia que inventamos entre todos nosotros, incluyéndolo a usted. No da para más, salvo mejor opinión.

—Sí —dije; no podía encontrarle los ojos; de pronto me miró con furia, sonriendo otra vez—. Sí. Quiero decir que da para mucho más, la historia; que podría ser contada de manera distinta otras mil veces. Pero tal vez sea cierto que no valga la pena. Iba a ir a su casa solo para preguntarle una cosa, para pedirle que me hablara del velorio en que no estuvieron más, por muchas horas, que la muerta, usted y el chivo. Eso es lo único que me importa.

—¿Le sigue importando? ¿Y solo eso?

—Sí, m'hijo —contesté con dulzura.

—No se lo pierda, entonces. Era así: un velorio en que durante muchas horas no hubo nadie más que yo, un cadáver, un cabrón rengo y hambriento. Aquella habitación tenía un piso de tablas, flojo, y cuando yo me paseaba el cajón se movía y parecía moverse mucho más porque cuando yo caminaba la luz de las velas se ponían a bailar. Nada más que eso. Además, el entierro, que ya conoce. Con esos datos puede hacer su historia. Tal vez, quién le dice, un día de estos tenga ganas de leerla.

Se fue, un poco perniabierto, balanceándose, como para montar el caballo que no había traído.

Hubo después, todavía, una carta que Tito Perotti me mandó de Buenos Aires. Me explicaba el motivo, o motivos de su viaje, lamentaba la posibilidad de haberme causado una mala impresión en el Mercado, insistía en cosas ya dichas, me adulaba. Empezaba contándome que él sí había conocido a Ambrosio, el inventor del chivo.

“Lo supe al verlo desde la puerta del restaurante, estaba recostado en la silla, frente a la Rita, pero mirando por encima de la cabeza de la mujer, mordiendo la boquilla y soplando el humo con regularidad. Miraba, ¿qué otra cosa?, el empapelado flamante, aun húmedo, color sangre aguada, con pagodas recortadas por filetes de oro. Me fui al mostrador y pedí cualquier cosa para espiarlo cómodo. Rita me había citado para las doce; yo dejé llegar las doce y media. Vestido de gris y pobre, con el pelo largo, ondulado, brillante, con una corbata de moño, oscura. Miraba el empapelado y chupaba de la boquilla.”

Traducido al lenguaje que adjudiqué a Tito en la entrevista del Mercado, eso fue, aproximadamente, lo que leí; no más porque ya sabía demasiado del asunto, o había dejado de saber desde tiempo atrás. Rompí la carta o la enterré en el desorden de mi escritorio. Si fue así, debe estar ya amarillenta; porque todos los que participamos en una forma u otra en esta historia, incluso la mujer y el chivo muertos, envejecimos velozmente en el último año.

Y, más o menos, esto era todo lo que yo tenía después de las vacaciones. Es decir, nada: una confusión sin esperanza, un relato sin final posible, de sentidos dudosos, desmentido por los mismos elementos de que yo disponía para formarlo. Personalmente, solo había sabido del último capítulo, de la tarde calurosa en el cementerio. Ignoraba el significado de lo que había visto, me era repugnante la idea de averiguar y cerciorarme.

Y cuando pasaron bastantes días de reflexión como para que yo dudara también de la existencia del chivo, escribí, en pocas noches, esta historia. La hice con algunas deliberadas mentiras; no trataría de defenderme si Jorge o Tito negaran exactitud a las entrevistas y no me extrañaría demasiado que resultara inútil toda excavación en el terreno de la casa de los Malabia, toda pesquisa en los libros del cementerio.

Lo único que cuenta es que al terminar de escribirla me sentí en paz, seguro de haber logrado lo más importante que puede esperarse de esta clase de tarea:

había aceptado un desafío, había convertido en victoria por lo menos una de las derrotas cotidianas.

(1959)

LA CARA DELA DESGRACIA

Para Dorotea Muhr — Ignorado perro de la dicha.

1

Al atardecer estuve en mangas de camisa, a pesar de la molestia del viento, apoyado en la baranda del hotel, solo. La luz hacía llegar la sombra de mi cabeza hasta el borde del camino de arena entre los arbustos, que une la carretera y la playa con el caserío.

La muchacha apareció pedaleando en el camino para perderse en seguida detrás del chalet de techo suizo, vacío, que mantenía el cartel de letras negras, encima del cajón para la correspondencia. Me era imposible no mirar el cartel por lo menos una vez al día; a pesar de su cara castigada por las lluvias, las siestas y el viento del mar, mostraba un brillo perdurable y se hacía ver: *Mi descanso*.

Un momento después volvió a surgir la muchacha sobre la franja arenosa rodeada por la maleza. Tenía el cuerpo vertical sobre la montura, movía con fácil lentitud las piernas, con tranquila arrogancia las piernas abrigadas con medias grises, gruesas y peludas, erizadas por las pinochas. Las rodillas eran asombrosamente redondas, terminadas, en relación a la edad que mostraba el cuerpo.

Frenó la bicicleta justamente al lado de la sombra de mi cabeza y su pie derecho, apartándose de la máquina, se apoyó para guardar equilibrio pisando en el corto pasto muerto, ya castaño, ahora en la sombra de mi cuerpo. En seguida se apartó el pelo de la frente y me miró. Tenía una tricota oscura, y una pollera rosada. Me miró con calma y atención como si la mano tostada que separaba el pelo de las cejas bastara para esconder su examen.

Calculé que nos separaban veinte metros y menos de treinta años. Descansando en los antebrazos mantuve su mirada, cambié la ubicación de la pipa entre los dientes, continué mirando hacia ella y su pesada bicicleta, los colores de su cuerpo delgado contra el fondo del paisaje de árboles y ovejas que se aplacaba en la tarde.

Repentinamente triste y enloquecido, miré la sonrisa que la muchacha ofrecía al cansancio, el pelo duro y revuelto, la delgada nariz curva que se movía con la respiración, el ángulo infantil en que habían sido impostados los ojos en la cara —y que ya nada tenía que ver con la edad, que había sido dispuesto de una vez por todas y hasta la muerte—, el excesivo espacio que concedían a la esclerótica. Miré aquella luz del sudor y la fatiga que iba recogiendo el resplandor último o primero del anochecer para cubrirse y destacar como una máscara fosforescente en la oscuridad próxima.

La muchacha dejó con suavidad la bicicleta sobre los arbustos y volvió a mirarme mientras sus manos tocaban el talle con los pulgares hundidos bajo el cinturón de la falda. No sé si tenía cinturón; aquel verano todas las muchachas usaban cinturones anchos. Después miró alrededor. Estaba ahora de perfil, con las manos juntas en la espalda, siempre sin senos, respirando aún con curiosa fatiga, la cara vuelta hacia el sitio de la tarde donde iba a caer el sol.

Bruscamente se sentó en el pasto, se quitó las sandalias y las sacudió; uno a uno tuvo los pies desnudos en las manos, refregando los cortos dedos y moviéndolos en el aire. Por encima de sus hombros estrechos le miré agitar los pies sucios y enrojecidos. La vi estirar las piernas, sacar un peine y un espejo del gran bolsillo con monograma colocado sobre el vientre de la pollera. Se peinó descuidada, casi sin mirarme.

Volvió a calzarse y se levantó, estuvo un rato golpeando el pedal con rápidas patadas. Reiterando un movimiento duro y apresurado, giró hacia mí, todavía solo en la baranda, siempre inmóvil, mirándola. Comenzaba a subir el olor de las madresevas y la luz del bar del hotel estiró manchas pálidas en el pasto, en los espacios de arena y el camino circular para automóviles que rodeaba la terraza.

Era como si nos hubiéramos visto antes, como si nos conociéramos, como si nos hubiéramos guardado recuerdos agradables. Me miró con expresión desafiante mientras su cara se iba perdiendo en la luz escasa; me miró con un desafío de todo su cuerpo desdeñoso, del brillo del níquel de la bicicleta, del paisaje con chalet de techo suizo y ligustros y eucaliptos jóvenes de troncos lechosos. Fue así por un segundo; todo lo que la rodeaba era segregado por ella y su actitud absurda. Volvió a montar y pedaleó detrás de las hortensias, detrás de los bancos vacíos pintados de azul, más rápida entre las filas de coches frente al hotel.

Vacíé la pipa y estuve mirando la muerte del sol entre los árboles. Sabía ya, y tal vez demasiado, qué era ella. Pero no quería nombrarla. Pensaba en lo que me estaba esperando en la pieza del hotel hasta la hora de la comida. Traté de medir mi pasado y mi culpa con la vara que acababa de descubrir: la muchacha delgada y de perfil hacia el horizonte, su edad corta e imposible, los pies sonrosados que una mano había golpeado y oprimido.

Junto a la puerta del dormitorio encontré un sobre de la gerencia con la cuenta de la quincena. Al recogerlo me sorprendí a mí mismo agachado, oliendo el perfume de las madre selvas que ya tanteaba en el cuarto, sintiéndome expectante y triste, sin causa nueva que pudiera señalar con el dedo. Me ayudé con un fósforo para releer el *Avis aux passagers* enmarcado en la puerta y encendí de nuevo la pipa. Estuve muchos minutos lavándome las manos, jugando con el jabón, y me miré en el espejo del lavatorio, casi a oscuras, hasta que pude distinguir la cara delgada y blanca —tal vez la única blanca entre los pasajeros del hotel—, mal afeitada. Era mi cara y los cambios de los últimos meses no tenían verdadera importancia. Alguno pasó por el jardín cantando a media voz. La costumbre de jugar con el jabón, descubrí, había nacido con la muerte de Julián, tal vez en la misma noche del velorio.

Volví al dormitorio y abrí la valija después de sacarla con el pie de abajo de la cama. Era un rito imbécil, era un rito; pero acaso resultara mejor para todos que yo me atuviera fielmente a esta forma de la locura hasta gastarla o ser gastado. Busqué sin mirar, aparté ropas y dos pequeños libros, obtuve por fin el diario doblado. Conocía la crónica de memoria; era la más justa, la más errónea y respetuosa entre todas las publicadas. Acerqué el sillón a la luz y estuve mirando sin leer el título negro a toda página, que empezaba a desteñir: Se suicida cajero prófugo. Debajo la foto, las manchas grises que formaban la cara de un hombre mirando al mundo con expresión de asombro, la boca casi empezando a sonreír bajo el bigote de puntas caídas. Recordé la esterilidad de haber pensado en la muchacha, minutos antes, como en la posible inicial de alguna frase cualquiera que resonara en un ámbito distinto. Éste, el mío, era un mundo particular, estrecho, insustituible. No cabían allí otra amistad, presencia o diálogo que los que pudieran segregarse de aquel fantasma de bigotes lánguidos. A veces me permitía, él, elegir entre Julián o El Cajero Prófugo.

Cualquiera acepta que puede influir, o haberlo hecho, en el hermano menor. Pero Julián me llevaba —hace un mes y unos días— algo más de cinco años. Sin

embargo, debo escribir sin embargo. Pude haber nacido, y continuar viviendo, para estropear su condición de hijo único; pude haberlo obligado, por medio de mis fantasías, mi displicencia y mi tan escasa responsabilidad, a convertirse en el hombre que llegó a ser: primero en el pobre diablo orgulloso de un ascenso, después en el ladrón. También, claro, en el otro, en el difunto relativamente joven que todos miramos pero que solo yo podía reconocer como hermano.

¿Qué me queda de él? Una fila de novelas policiales, algún recuerdo de infancia, ropas que no puedo usar porque me ajustan y son cortas. Y la foto en el diario bajo el largo título. Despreciaba su aceptación de la vida; sabía que era un solterón por falta de ímpetu; pasé tantas veces, y casi siempre vagando, frente a la peluquería donde lo afeitaban diariamente. Me irritaba su humildad y me costaba creer en ella. Estaba enterado de que recibía a una mujer, puntualmente, todos los viernes. Era muy afable, incapaz de molestar, y desde los treinta años le salía del chaleco olor a viejo. Olor que no puede definirse, que se ignora de qué proviene. Cuando dudaba, su boca formaba la misma mueca que la de nuestra madre. Libre de él, jamás hubiera llegado a ser mi amigo, jamás lo habría elegido o aceptado para eso. Las palabras son hermosas o intentan serlo cuando tienden a explicar algo. Todas estas palabras son, por nacimiento, disconformes e inútiles. Era mi hermano.

Arturo silbó en el jardín, trepó la baranda y estuvo en seguida dentro del cuarto, vestido con una salida, sacudiendo arena de la cabeza mientras cruzaba hasta el baño. Lo vi enjuagarse en la ducha y escondí el diario entre la pierna y el respaldo del sillón. Pero lo oí gritar: —Siempre el fantasma.

No contesté y volví a encender la pipa. Arturo vino silbando desde la bañadera y cerró la puerta que daba sobre la noche. Tirado en una cama, se puso la ropa interior y continuó vistiéndose.

—Y la barriga sigue creciendo —dijo—. Apenas si almorcé, estuve nadando hasta el espigón. Y el resultado es que la barriga sigue creciendo. Habría apostado cualquier cosa a que, de entre todos los hombres que conozco, a vos no podría pasarte esto. Y te pasa, y te pasa en serio. ¿Hace como un mes, no?

—Sí. Veintiocho días.

—Y hasta los tenés contados —siguió Arturo—. Me conocés bien. Lo digo sin desprecio. Veintiocho días que ese infeliz se pegó un tiro y vos, nada menos que vos, jugando al remordimiento. Como una solterona histérica. Porque las hay distintas. Es de no creer.

Se sentó en el borde de la cama para secarse los pies y ponerse los calcetines.

—Sí —dije yo—. Si se pegó un tiro era, evidentemente, poco feliz. No tan feliz, por lo menos, como vos en este momento.

—Hay que embromarse —volvió Arturo—. Como si vos lo hubieras matado. Y no vuelvas a preguntarme... —se detuvo para mirarse en el espejo—, no vuelvas a preguntarme si en algún lugar de diez y siete dimensiones vos resultás el culpable de que tu hermano se haya pegado un tiro.

Encendió un cigarrillo y se extendió en la cama. Me levanté, puse un almohadón sobre el diario tan rápidamente envejecido y empecé a pasearme por el calor del cuarto.

—Como te dije, me voy esta noche —dijo Arturo—. ¿Qué pensás hacer?

—No sé —repuse suavemente, desinteresado—. Por ahora me quedo. Hay verano para tiempo.

Oí suspirar a Arturo y escuché cómo se transformaba su suspiro en un silbido de impaciencia. Se levantó, tirando el cigarrillo al baño.

—Sucede que mi deber moral me obliga a darte unas patadas y llevarte conmigo. Sabés que allá es distinto. Cuando estés bien borracho, a la madrugada, bien distraído, todo se acabó.

Alcé los hombros, solo el izquierdo, y reconocí un movimiento que Julián y yo habíamos heredado sin posibilidad de elección.

—Te hablo otra vez —dijo Arturo, poniéndose un pañuelo en el bolsillo del pecho—. Te hablo, te repito, con un poco de rabia y con el respeto a que me referí antes. ¿Vos le dijiste al infeliz de tu hermano que se pegara un tiro para escapar de la trampa? ¿Le dijiste que comprara pesos chilenos para cambiarlos por liras y las liras por francos y los francos por coronas bálticas y las coronas por dólares y los dólares por libras y las libras por enaguas de seda amarilla? No, no muevas la cabeza. Caín en el fondo de la cueva. Quiero un sí o un no. A pesar de que no necesito respuesta. ¿Le aconsejaste, y es lo único que importa, que robara? Nunca jamás. No sos capaz de eso. Te lo dije muchas veces. Y no vas a descubrir si es un elogio o un reproche. No le dijiste que robara. ¿Y entonces?

Volví a sentarme en el sillón.

—Ya hablamos de todo eso y todas las veces. ¿Te vas esta noche?

—Claro, en el ómnibus de las nueve y nadie sabe cuánto. Me quedan cinco días de licencia y no pienso seguir juntando salud para regalársela a la oficina.

Arturo eligió una corbata y se puso a anudarla.

—Es que no tiene sentido —dijo otra vez frente al espejo—. Yo, admito que

alguna vez me encerré con un fantasma. La experiencia siempre acabó mal. Pero con tu hermano, como estás haciendo ahora... Un fantasma con bigotes de alambre. Nunca. El fantasma no sale de la nada, claro. En esta ocasión salió de la desgracia. Era tu hermano, ya sabemos. Pero ahora es el fantasma de un cajero de cooperativa con bigotes de general ruso...

—¿El último momento en serio? —pregunté en voz baja; no lo hice pidiendo nada: solo quería cumplir y hasta hoy no sé con quién o con qué.

—El último momento —dijo Arturo.

—Veo bien la causa. No le dije, ni la sombra de una insinuación, que usara el dinero de la cooperativa para el negocio de los cambios. Pero cuando le expliqué una noche, solo por animarlo, o para que su vida fuera menos aburrida, para mostrarle que había cosas que podían ser hechas en el mundo para ganar dinero y gastarlo, aparte de cobrar el sueldo a fin de mes...

—Conozco —dijo Arturo, sentándose en la cama con un bostezo—. Nadé demasiado, ya no estoy para hazañas. Pero era el último día. Conozco toda la historia. Explicame ahora, y te aviso que se acaba el verano, qué remediás con quedarte encerrado aquí. Explicame qué culpa tenés si el otro hizo un disparate.

—Tengo una culpa —murmuré con los ojos entornados, la cabeza apoyada en el sillón; pronuncié las palabras tardas y aisladas—. Tengo la culpa de mi entusiasmo, tal vez, de mi mentira. Tengo la culpa de haberle hablado a Julián, por primera vez, de una cosa que no podemos definir y se llama el mundo. Tengo la culpa de haberle hecho sentir —no digo creer— que, si aceptaba los riesgos, eso que llamé el mundo, sería para él.

—¿Y qué? —dijo Arturo, mirándose desde lejos el peinado en el espejo—. Hermano. Todo eso es una idiotez complicada. Bueno, también la vida es una idiotez complicada. Algún día de estos se te pasará el período; andá entonces a visitarme. Ahora vestite y vamos a tomar unas copas antes de comer. Tengo que irme temprano. Pero, antes que lo olvide, quiero dejarte un último argumento. Tal vez sirva para algo.

Me tocó un hombro y me buscó los ojos.

—Escuchame —dijo—. En medio de toda esta complicada, feliz idiotez, ¿Julián, tu hermano, usó correctamente el dinero robado, lo empleó aceptando la exactitud de los disparates que le estuviste diciendo?

—¿Él? —me levanté con asombro—. Por favor. Cuando vino a verme ya no había nada que hacer. Al principio, estoy casi seguro, compró bien. Pero se asustó en seguida e hizo cosas increíbles. Conozco muy poco de los detalles. Fue algo así

como una combinación de títulos con divisas, de rojo y negro con caballos de carrera.

—¿Ves? —dijo Arturo asintiendo con la cabeza—. Certificado de irresponsabilidad. Te doy cinco minutos para vestirte y meditar. Te espero en el mostrador.

Tomamos unas copas mientras Arturo se empeñaba en encontrar en la billetera la fotografía de una mujer.

—No está —dijo por fin—. La perdí. La foto, no la mujer. Quería mostrártela porque tiene algo inconfundible que pocos le descubren. Y antes de quedarte loco, vos entendías de esas cosas.

Y estaban, pensaba yo, los recuerdos de infancia que irían naciendo y aumentando en claridad durante los días futuros, semanas o meses. Estaba también la tramposa, tal vez deliberada, deformación de los recuerdos. Estaría, en el mejor de los casos, la elección no hecha por mí. Tendría que vernos fugazmente o en pesadillas, vestidos con trajes ridículos, jugando en un jardín húmedo o pegándonos en un dormitorio. Él era mayor pero débil. Había sido tolerante y bueno, aceptaba cargar con mis culpas, mentía dulcemente sobre las marcas en la cara que le dejaban mis golpes, sobre una taza rota, sobre una llegada tarde. Era extraño que todo aquello no hubiera empezado aún, durante el mes de vacaciones de otoño en la playa; acaso, sin proponérmelo, yo estuviera deteniendo el torrente con las crónicas periodísticas y la evocación de las dos últimas noches. En una Julián estaba vivo, en la siguiente, muerto. La segunda noche no tenía importancia y todas sus interpretaciones habían sido despistadas.

Era su velorio, empezaba a colgarle la mandíbula, la venda de la cabeza envejeció y se puso amarilla mucho antes del amanecer. Yo estaba muy ocupado ofreciendo bebidas y comparando la semejanza de las lamentaciones. Con cinco años más que yo, Julián había pasado tiempo atrás de los cuarenta. No había pedido nunca nada importante a la vida; tal vez, sí, que lo dejaran en paz. Iba y venía, como desde niño, pidiendo permiso. Esta permanencia en la tierra, no asombrosa pero sí larga, prolongada por mí, no le había servido, siquiera, para darse a conocer. Todos los susurrantes y lánguidos bebedores de café o whisky coincidían en juzgar y compadecer el suicidio como un error. Porque con un buen abogado, con el precio de un par de años en la cárcel... Y, además, para todos resultaba desproporcionado y grotesco el final, que empezaban a olisquear, en relación al delito. Yo daba las gracias y movía la cabeza; después me paseaba entre el vestíbulo y la cocina, cargando bebidas o copas vacías. Trataba de imaginar, sin dato alguno, la opinión de la mujerzuela barata que visitaba a Julián todos los viernes o todos los lunes, días en que escasean los clientes. Me preguntaba sobre la verdad invisible, nunca exhibida, de sus relaciones. Me preguntaba cuál sería el juicio de ella, atribuyéndole una inteligencia imposible. Qué podría pensar ella,

que sobrellevaba la circunstancia de ser prostituta todos los días, de Julián, que aceptó ser ladrón durante pocas semanas pero no pudo, como ella, soportar que los imbéciles que ocupan y forman el mundo, conocieran su falla. Pero no vino en toda la noche o por lo menos no distinguí una cara, una insolencia, un perfume, una humildad que pudieran serle atribuidos.

Sin moverse del taburete del mostrador, Arturo había conseguido el pasaje y el asiento para el ómnibus. Nueve y cuarenta y cinco.

—Hay tiempo de sobra. No puedo encontrar la foto. Hoy es inútil seguirte hablando. Otra vuelta, mozo.

Ya dije que la noche del velorio no tenía importancia. La anterior es mucho más corta y difícil. Julián pudo haberme esperado en el corredor del departamento. Pero ya pensaba en la policía y eligió dar vueltas bajo la lluvia hasta que pudo ver luz en mi ventana. Estaba empapado —era un hombre nacido para usar paraguas y lo había olvidado— y estornudó varias veces, con disculpa, con burla, antes de sentarse cerca de la estufa eléctrica, antes de usar mi casa. Todo Montevideo conocía la historia de la Cooperativa y por lo menos la mitad de los lectores de diarios deseaba, distraídamente, que no se supiera más del cajero.

Pero Julián no había aguantado una hora y media bajo la lluvia para verme, despedirse con palabras y anunciarme el suicidio. Tomamos unas copas. Él aceptó el alcohol sin alardes, sin oponerse: —Total ahora... —murmuró casi riendo, alzando un hombro.

Sin embargo, había venido para decirme adiós a su manera. Era inevitable el recuerdo, pensar en nuestros padres, en la casa quinta de la infancia, ahora demolida. Se enjugó los largos bigotes y dijo con preocupación: —Es curioso. Siempre pensé que tú sabías y yo no. Desde chico. Y no creo que se trate de un problema de carácter o de inteligencia. Es otra cosa. Hay gente que se acomoda instintivamente en el mundo. Tú sí y yo no. Siempre me faltó la fe necesaria —se acariciaba las mandíbulas sin afeitar—. Tampoco se trata de que yo haya tenido que ajustar conmigo deformaciones o vicios. No había handicap; por lo menos nunca lo conocí.

Se detuvo y vació el vaso. Mientras alzaba la cabeza, esa que hoy miro diariamente desde hace un mes en la primera página de un periódico, me mostró los dientes sanos y sucios de tabaco.

—Pero —siguió mientras se ponía de pie— tu combinación era muy buena. Debiste regalársela a otro. El fracaso no es tuyo.

—A veces resultan y otras no —dije—. No vas a salir con esta lluvia. Podés

quedarte aquí para siempre, todo el tiempo que quieras.

Se apoyó en el respaldo de un sillón y estuvo burlándose sin mirarme.

—Con esta lluvia. Para siempre. Todo el tiempo —se me acercó y me tocó un brazo—. Perdón. Habrá molestias. Siempre hay molestias.

Ya se había ido. Me estuvo diciendo adiós con su presencia siempre acurrucada, con los cuidados bigotes bondadosos, con la alusión a todo lo muerto y disuelto que la sangre, no obstante, era y es capaz de hacer durante un par de minutos.

Arturo estaba hablando de estafas en las carreras de caballos. Miró el reloj y pidió al barman la última copa.

—Pero con más gin, por favor —dijo.

Entonces, sin escuchar, me sorprendí vinculando a mi hermano muerto con la muchacha de la bicicleta. De él no quise recordar la infancia ni la pasiva bondad; sino, absolutamente, nada más que la empobrecida sonrisa, la humilde actitud del cuerpo durante nuestra última entrevista. Si podía darse ese nombre a lo que yo permití que ocurriera entre nosotros cuando vino empapado a mi departamento para decirme adiós de acuerdo a su ceremonial propio.

Nada sabía yo de la muchacha de la bicicleta. Pero entonces, repentinamente, mientras Arturo hablaba de Ever Perdomo o de la mala explotación del turismo, sentí que me llegaba hasta la garganta una ola de la vieja, injusta casi siempre equivocada piedad. Lo indudable era que yo la quería y deseaba protegerla. No podía adivinar de qué o contra qué. Buscaba, rabioso, cuidarla de ella misma y de cualquier peligro. La había visto insegura y en reto, la había mirado alzar una ensoberbecida cara de desgracia. Esto puede durar pero siempre se paga de modo prematuro, desproporcionado. Mi hermano había pagado su exceso de sencillez. En el caso de la muchacha —que tal vez no volviera nunca a ver— las deudas eran distintas. Pero ambos, por tan diversos caminos, coincidían en una deseada aproximación a la muerte, a la definitiva experiencia. Julián, no siendo; ella, la muchacha de la bicicleta, buscando serlo todo y con prisas.

—Pero —dijo Arturo—, aunque te demuestren que todas las carreras están arregladas, vos seguís jugando igual. Mirá: ahora que me voy parece que va a llover.

—Seguro —contesté, y pasamos al comedor. La vi en seguida.

Estaba cerca de una ventana, respirando el aire tormentoso de la noche, con un montón de pelo oscuro y recio movido por el viento sobre la frente y los ojos;

con zonas de pecas débiles —ahora, bajo el tubo de luz insoportable del comedor— en las mejillas y la nariz, mientras los ojos infantiles y acuosos miraban distraídos la sombra del cielo o las bocas de sus compañeros de mesa; con los flacos y fuertes brazos desnudos frente a lo que podía aceptarse como un traje de noche amarillo, cada hombro protegido por una mano.

Un hombre viejo estaba sentado junto a ella y conversaba con la mujer que tenía enfrente, joven, de espalda blanca y carnosa vuelta hacia nosotros, con una rosa silvestre en el peinado, sobre la oreja. Y al moverse, el pequeño círculo blanco de la flor entraba y salía del perfil distraído de la muchacha. Cuando la mujer reía, echando la cabeza hacia atrás, brillante la piel de la espalda, la cara de la muchacha quedaba abandonada contra la noche.

Hablando con Arturo, miraba la mesa, traté de adivinar de dónde provenía su secreto, su sensación de cosa extraordinaria. Deseaba quedarme para siempre en paz junto a la muchacha y cuidar de su vida. La vi fumar con el café, los ojos clavados ahora en la boca lenta del hombre viejo. De pronto me miró como antes en el sendero, con los mismos ojos calmos y desafiantes, acostumbrados a contemplar o suponer el desdén. Con una desesperación inexplicable estuve soportando los ojos de la muchacha, revolviendo los míos contra la cabeza juvenil, larga y noble; escapando del inaprehensible secreto para escarbar en la tormenta nocturna, para conquistar la intensidad del cielo y derramarla, imponerla en aquel rostro de niña que me observaba inmóvil e inexpresivo. El rostro que dejaba fluir, sin propósito, sin saberlo, contra mi cara seria y gastada de hombre, la dulzura y la humildad adolescente de las mejillas violáceas y pecosas.

Arturo sonreía fumando un cigarrillo.

—¿Tú también, Bruto? —preguntó.

—¿Yo también qué?

—La niña de la bicicleta, la niña de la ventana. Si no tuviera que irme ahora mismo...

—No entiendo.

—Esa, la del vestido amarillo. ¿No la habías visto antes?

—Una vez. Esta tarde, desde la baranda. Antes que volvieras de la playa.

—El amor a primera vista —asintió Arturo—. Y la juventud intacta, la experiencia cubierta de cicatrices. Es una linda historia. Pero, lo confieso, hay uno que la cuenta mejor. Esperá.

El mozo se acercó para recoger los platos y la frutera.

—¿Café? —preguntó. Era pequeño, con una oscura cara de mono.

—Bueno —sonrió Arturo—; eso que llaman café. También le dicen señorita a la muchacha de amarillo junto a la ventana. Mi amigo está muy curioso; quiere saber algo sobre las excursiones nocturnas de la nena.

Me desabroché el saco y busqué los ojos de la muchacha. Pero ya su cabeza se había vuelto a un lado y la manga negra del hombre anciano cortaba en diagonal el vestido amarillo. En seguida el peinado con flor de la mujer se inclinó, cubriendo la cara pecosa. Solo quedó de la muchacha algo del pelo retinto, metálico en la cresta que recibía la luz. Yo recordaba la magia de los labios y la mirada; magia es una palabra que no puedo explicar, pero que escribo ahora sin remedio, sin posibilidad de sustituirla.

—Nada malo —proseguía Arturo con el mozo—. El señor, mi amigo, se interesa por el ciclismo. Decime. ¿Qué sucede de noche cuando papi y mami, si son, duermen?

El mozo se balanceaba sonriendo, la frutera vacía a la altura de un hombro.

—Y nada —dijo por fin—. Es sabido. A medianoche la señorita sale en bicicleta; a veces va al bosque, otras a las dunas —había logrado ponerse serio y repetía sin malicia—: Qué le voy a decir. No sé nada más, aunque se diga. Nunca estuve mirando. Que vuelve despeinada y sin pintura. Que una noche me tocaba guardia y la encontré y me puso diez pesos en la mano. Los muchachos ingleses que están en el *Atlantic* hablan mucho. Pero yo no digo nada porque no vi.

Arturo se rió, golpeando una pierna del mozo.

—Ahí tenés —dijo, como si se tratara de una victoria.

—Perdone —pregunté al mozo—. ¿Qué edad puede tener?

—¿La señorita?

—A veces, esta tarde, me hacía pensar en una criatura; ahora parece mayor.

—De eso sé con seguridad, señor —dijo el mozo—. Por los libros tiene quince, los cumplió aquí hace unos días. Entonces, ¿dos cafés? —se inclinó antes de marcharse.

Yo trataba de sonreír bajo la mirada alegre de Arturo; la mano con la pipa me temblaba en la esquina del mantel.

—En todo caso —dijo Arturo—, resulte o no resulte, es un plan de vida más interesante que vivir encerrado con un fantasma bigotudo.

Al dejar la mesa, la muchacha volvió a mirarme, desde su altura ahora, una

mano todavía enredada en la servilleta, fugazmente, mientras el aire de la ventana le agitaba los pelos rígidos de la frente y yo dejaba de creer en lo que había contado el mozo y Arturo aceptaba.

En la galería, con la valija y el abrigo en el brazo, Arturo me golpeó el hombro.

—Una semana y nos vemos. Caigo por el Jauja y te encuentro en una mesa saboreando la flor de la sabiduría. Bueno, largos paseos en bicicleta.

Saltó al jardín y fue hacia el grupo de coches estacionados frente a la terraza. Cuando Arturo cruzó las luces encendí la pipa, me apoyé en la baranda y olí el aire. La tormenta parecía lejana. Volví al dormitorio y estuve tirado en la cama, escuchando la música que llegaba interrumpida desde el comedor del hotel, donde tal vez hubieran empezado ya a bailar. Encerré en la mano el calor de la pipa y fui resbalando en un lento sueño, en un mundo engrasado y sin aire, donde había sido condenado a avanzar, con enorme esfuerzo y sin deseos, boquiabierto, hacia la salida donde dormía la intensa luz indiferente de la mañana, inalcanzable.

Desperté sudando y fui a sentarme nuevamente en el sillón. Ni Julián ni los recuerdos infantiles habían aparecido en la pesadilla. Dejé el sueño olvidado en la cama, respiré el aire de tormenta que entraba por la ventana, con el olor a mujer, lerdo y caliente. Casi sin moverme arranqué el papel de abajo de mi cuerpo y miré el título, la desteñida foto de Julián. Dejé caer el diario, me puse un impermeable, apagué la luz del dormitorio y salté desde la baranda hasta la tierra blanda del jardín. El viento formaba esos gruesas y me rodeaba la cintura. Elegí cruzar el césped hasta pisar el pedazo de arena donde había estado sentada la muchacha en la tarde. Las medias grises acribilladas por las pinochas, luego los pies desnudos en las manos, las escasas nalgas achatadas contra el suelo. El bosque estaba a mi izquierda, los médanos a la derecha; todo negro y el viento golpeándome ahora la cara. Escuché pasos y vi en seguida la luminosa sonrisa del mozo, la cara de mono junto a mi hombro.

—Mala suerte —dijo el mozo—. La dejó.

Quería golpearlo, pero sosegué en seguida las manos que arañaban dentro de los bolsillos del impermeable y estuve jadeando hacia el ruido del mar, inmóvil, los ojos entornados, resuelto y con lástima por mí mismo.

—Debe hacer diez minutos que salió —continuó el mozo. Sin mirarlo, supe que había dejado de sonreír y torcía su cabeza hacia la izquierda—. Lo que puede hacer ahora es esperarla a la vuelta. Si le da un buen susto...

Desabroché lentamente el impermeable, sin volverme; saqué un billete del

bolsillo del pantalón y se lo pasé al mozo. Esperé hasta no oír los pasos del mozo que iban hacia el hotel. Luego incliné la cabeza, los pies afirmados en la tierra elástica y el pasto donde había estado ella, envasado en aquel recuerdo, el cuerpo de la muchacha y sus movimientos en la remota tarde, protegido de mí mismo y de mi pasado por una ya imperecedera atmósfera de creencia y esperanza sin destino, respirando en el aire caliente donde todo estaba olvidado.

La vi de pronto, bajo la exagerada luna de otoño. Iba sola por la orilla, sorteando las rocas y los charcos brillantes y crecientes, empujando la bicicleta, ahora sin el cómico vestido amarillo, con pantalones ajustados y una chaqueta de marinero. Nunca la había visto con esas ropas y su cuerpo y sus pasos no habían tenido tiempo de hacérseme familiares. Pero la reconocí en seguida y crucé la playa casi en línea recta hacia ella.

—Noches —dije.

Un rato después se volvió para mirarme la cara; se detuvo e hizo girar la bicicleta hacia el agua. Me miró un tiempo con atención y ya tenía algo solitario y desamparado cuando volví a saludarla. Ahora me contestó. En la playa desierta la voz le chillaba como un pájaro. Era una voz desapacible y ajena, tan separada de ella, de la hermosa cara triste y flaca; era como si acabara de aprender un idioma, un tema de conversación en lengua extranjera. Alargué un brazo para sostener la bicicleta. Ahora yo estaba mirando la luna y ella protegida por la sombra.

—¿Para dónde iba? —dije y agregué—: Criatura.

—Para ningún lado —sonó trabajosa la voz extraña—. Siempre me gusta pasear de noche por la playa.

Pensé en el mozo, en los muchachos ingleses del *Atlantic*; pensé en todo lo que había perdido para siempre, sin culpa mía, sin ser consultado.

—Dicen... —dije. El tiempo había cambiado: ni frío ni viento. Ayudando a la muchacha a sostener la bicicleta en la arena al borde del ruido del mar, tuve una sensación de soledad que nadie me había permitido antes; soledad, paz y confianza.

—Si usted no tiene otra cosa que hacer, dicen que hay, muy cerca, un barco convertido en bar y restaurante.

La voz dura repitió con alegría inexplicable:

—Dicen que hay muy cerca un barco convertido en bar y restaurante.

La oí respirar con fatiga; después agregó:

—No, no tengo nada que hacer. ¿Es una invitación? ¿Y así, con esta ropa?

—Es. Con esa ropa.

Cuando dejó de mirarme le vi la sonrisa; no se burlaba, parecía feliz y poco acostumbrada a la felicidad.

—Usted estaba en la mesa de al lado con su amigo. Su amigo se fue esta noche. Pero se me pinchó una goma en cuanto salí del hotel.

Me irritó que se acordara de Arturo; le quité el manubrio de las manos y nos pusimos a caminar junto a la orilla, hacia el barco.

Dos o tres veces dije una frase muerta; pero ella no contestaba. Volvían a crecer el calor y el aire de tormenta. Sentí que la chica entristecía a mi lado; espí sus pasos tenaces, la decidida verticalidad del cuerpo, las nalgas de muchacho que apretaba el pantalón ordinario.

El barco estaba allí, embicado y sin luces.

—No hay barco, no hay fiesta —dije—. Le pido perdón por haberla hecho caminar tanto y para nada.

Ella se había detenido para mirar el carguero ladeado bajo la luna. Estuvo un rato así, las manos en la espalda como sola, como si se hubiera olvidado de mí y de la bicicleta. La luna bajaba hacia el horizonte de agua o ascendía de allí. De pronto la muchacha se dio vuelta y vino hacia mí; no dejé caer la bicicleta. Me tomó la cara entre las manos ásperas y la fue moviendo hasta colocarla en la luz.

—Qué —roncó—. Hablaste. Otra vez.

Casi no podía verla pero la recordaba. Recordaba muchas otras cosas a las que ella, sin esfuerzo, servía de símbolo. Había empezado a quererla y la tristeza comenzaba a salir de ella y derramarse sobre mí.

—Nada —dije— No hay barco, no hay fiesta.

—No hay fiesta— dijo otra vez; ahora columbré la sonrisa en la sombra, blanca y corta como la espuma de las pequeñas olas que llegaban hasta pocos metros de la orilla. Me besó de golpe; sabía besar y le sentí la cara caliente, húmeda de lágrimas. Pero no solté la bicicleta.

—No hay fiesta —dijo otra vez, ahora con la cabeza inclinada, oliéndome el pecho. La voz era más confusa, casi gutural—. Tenía que verte la cara —de nuevo me la alzó contra la luna—. Tenía que saber que no estaba equivocada. ¿Se entiende?

—Sí —mentí; y entonces ella me sacó la bicicleta de las manos, montó e hizo un gran círculo sobre la arena húmeda.

Cuando estuvo a mi lado se apoyó con una mano en mi nuca y volvimos hacia el hotel. Nos apartamos de las rocas y desviamos hacia el bosque. No lo hizo ella ni lo hice yo. Se detuvo junto a los primeros pinos y dejó caer la bicicleta.

—La cara. Otra vez. No quiero que te enojés —suplicó.

Dócilmente miré hacia la luna, hacia las primeras nubes que aparecían en el cielo.

—Algo —dijo con su extraña voz—. Quiero que digas algo. Cualquier cosa.

Me puso una mano en el pecho y se empinó para acercar los ojos de niña a mi boca.

—Te quiero. Y no sirve. Y es otra manera de la desgracia —dije después de un rato, hablando casi con la misma lentitud que ella.

Entonces la muchacha murmuró “pobrecito” como si fuera mi madre, con su rara voz, ahora tierna y vindicativa, y empezamos a enfurecer y besarnos. Nos ayudamos a desnudarla en lo imprescindible y tuve de pronto dos cosas que no había merecido nunca: su cara doblada por el llanto y la felicidad bajo la luna, la certeza desconcertante de que no habían entrado antes en ella.

Nos sentamos cerca del hotel sobre la humedad de las rocas. La luna estaba cubierta. Ella se puso a tirar piedritas; a veces caían en el agua con un ruido exagerado; otras, apenas se apartaban de sus pies. No parecía notarlos.

Mi historia era grave y definitiva. Yo la contaba con una seria voz masculina, resuelto con furia a decir la verdad, despreocupado de que ella creyera o no.

Todos los hechos acababan de perder su sentido y solo podrían tener, en adelante, el sentido que ella quisiera darles. Hablé, claro, de mi hermano muerto; pero ahora, desde aquella noche, la muchacha se había convertido —retrocediendo para clavarse como una larga aguja en los días pasados— en el tema principal de mi cuento. De vez en cuando la oía moverse y decirme que sí con su curiosa voz mal formada. También era forzoso aludir a los años que nos separaban, apenarse con exceso, fingir una desolada creencia en el poder de la palabra *imposible*, mostrar un discreto desánimo ante las luchas inevitables. No quise hacerle preguntas y las afirmaciones de ella, no colocadas siempre en la pausa exacta, tampoco pedían confesiones. Era indudable que la muchacha me había liberado de Julián, y de muchas otras ruinas y escorias que la muerte de Julián representaba y había traído a la superficie; era indudable que yo, desde una media hora atrás, la necesitaba y continuaría necesiéndola.

La acompañé hasta cerca de la puerta del hotel y nos separamos sin decirnos nuestros nombres. Mientras se alejaba creí ver que las dos cubiertas de la bicicleta estaban llenas de aire. Acaso me hubiera mentido en aquello pero ya nada tenía importancia. Ni siquiera la vi entrar en el hotel y yo mismo pasé en la sombra, de largo, frente a la galería que comunicaba con mi habitación; seguí trabajosamente hacia los médanos, deseando no pensar en nada, por fin, y esperar la tormenta.

Caminé hacia las dunas y luego, ya lejos, volví en dirección al monte de eucaliptos. Anduve lentamente entre los árboles, entre el viento retorcido y su lamento, bajo los truenos que amenazaban elevarse del horizonte invisible, cerrando los ojos para defenderlos de los picotazos de la arena en la cara. Todo estaba oscuro y —como tuve que contarlos varias veces después— no divisé un farol de bicicleta, suponiendo que alguien los usara en la playa, ni siquiera el punto de brasa de un cigarrillo de alguien que caminara o descansase sentado en la arena, sobre las hojas secas, apoyado en un tronco, con las piernas recogidas, cansado, húmedo, contento. Ese había sido yo; y aunque no sabía rezar, anduve dando las gracias, negándome a la aceptación, incrédulo.

Estaba ahora al final de los árboles, a cien metros del mar y frente a las dunas. Sentía heridas las manos y me detuve para chuparlas. Caminé hacia el ruido del mar hasta pisar la arena húmeda de la orilla. No vi, repito, ninguna luz, ningún movimiento, en la sombra; no escuché ninguna voz que partiera o deformara el viento.

Abandoné la orilla y empecé a subir y bajar las dunas, resbalando en la arena fría que me entraba chisporroteante en los zapatos, apartando con las piernas los arbustos, corriendo casi, rabioso y con una alegría que me había perseguido durante años y ahora me daba alcance, excitado como si no pudiera detenerme nunca, riendo en el interior de la noche ventosa, subiendo y bajando a la carrera las diminutas montañas, cayendo de rodillas y aflojando el cuerpo hasta poder respirar sin dolor, la cara doblada hacia la tormenta que venía del agua. Después fue como si también me dieran caza todos los desánimos y las renunciaciones; busqué durante horas, sin entusiasmo, el camino de regreso al hotel. Entonces me encontré con el mozo y repetí el acto de no hablarle, de ponerle diez pesos en la mano. El hombre sonrió y yo estaba lo bastante cansado como para creer que había entendido, que todo el mundo entendía y para siempre.

Volví a dormir medio vestido en la cama como en la arena, escuchando la tormenta que se había resuelto por fin, golpeado por los truenos, hundiéndome sediento en el ruido colérico de la lluvia.

Había terminado de afeitarme cuando escuché en el vidrio de la puerta que daba a la baranda el golpe de los dedos. Era muy temprano; supe que las uñas de los dedos eran largas y estaban pintadas con ardor. Sin dejar la toalla, abrí la puerta; era fatal, allí estaba.

Tenía el pelo teñido de rubio y acaso a los veinte años hubiera sido rubia; llevaba un traje sastre de *cheviot* que los días y los planchados le habían apretado contra el cuerpo y un paraguas verde, con mango de marfil, tal vez nunca abierto. De las tres cosas, dos le había adivinado yo —o supuesto sin error— a lo largo de la vida, y en el velorio de mi hermano.

—Betty —dijo al volverse, con la mejor sonrisa que podía mostrar.

Fingí no haberla visto nunca, no saber quién era. Se trataba, apenas, de una manera del piropo, de una forma retorcida de la delicadeza que ya no me interesaba.

“Ésta era —pensé—, ya no volverá a serlo, la mujer que yo distinguía borrosa detrás de los vidrios sucios de un café de arrabal, tocándole los dedos a Julián en los largos prólogos de los viernes o los lunes.”

—Perdón —dijo— por venir de tan lejos a molestarlo y a esta hora. Sobre todo en estos momentos en que usted, como el mejor de los hermanos de Julián... Hasta ahora mismo, le juro, no puedo aceptar que esté muerto.

La luz de la mañana la avejentaba y debió parecer otra cosa en el departamento de Julián, incluso en el café. Yo había sido, hasta el fin, el único hermano de Julián; ni mejor ni peor. Estaba vieja y parecía fácil aplacarla. Tampoco yo, a pesar de todo lo visto y oído, a pesar del recuerdo de la noche anterior en la playa, aceptaba del todo la muerte de Julián. Solo cuando incliné la cabeza y la invité con un brazo a entrar en mi habitación descubrí que usaba sombrero y lo adornaba con violetas frescas, rodeadas de hojas de hiedra.

—Llámeme Betty —dijo, y eligió para sentarse el sillón que escondía el diario, la foto, el título, la crónica indecisamente crapulosa—. Pero era cuestión de vida o muerte.

No quedaban rastros de la tormenta y la noche podía no haber sucedido. Miré el sol en la ventana, la mancha amarillenta que empezaba a buscar la alfombra. Sin embargo, era indudable que yo me sentía distinto, que respiraba el aire con avidez; que tenía ganas de caminar y sonreír, que la indiferencia —y

también la crueldad— se me aparecían como formas posibles de la virtud. Pero todo esto era confuso y solo pude comprenderlo un rato después.

Me acerqué al sillón y ofrecí mis excusas a la mujer, a aquella desusada manera de la suciedad y la desdicha. Extraje el diario, gasté algunos fósforos y lo hice bailar encendido por encima de la baranda.

—El pobre Julián —dijo ella a mis espaldas.

Volví al centro de la habitación, encendí la pipa y me senté en la cama. Descubrí repentinamente que era feliz y traté de calcular cuántos años me separaban de mi última sensación de felicidad. El humo de la pipa me molestaba los ojos. La bajé hasta las rodillas y estuve mirando con alegría aquella basura en el sillón, aquella maltratada inmundicia que se recostaba, inconsciente, sobre la mañana apenas nacida.

—Pobre Julián —repetí—. Lo dije muchas veces en el velorio y después. Ya me cansé, todo llega. La estuve esperando en el velorio y usted no vino. Pero, entiéndame, gracias a este trabajo de esperarla yo sabía cómo era usted, podía encontrarla en la calle y reconocerla.

Me examinó con desconcierto y volvió a sonreír.

—Sí, creo comprender —dijo.

No era muy vieja, estaba aún lejos de mi edad y de la de Julián. Pero nuestras vidas habían sido muy distintas y lo que me ofrecía desde el sillón no era más que gordura, una arrugada cara de beba, el sufrimiento y el rencor disimulado, la pringue de la vida pegada para siempre a sus mejillas, a los ángulos de la boca, a las ojeras rodeadas de surcos. Tenía ganas de golpearla y echarla. Pero me mantuve quieto, volví a fumar y le hablé con voz dulce: —Betty. Usted me dio permiso para llamarla Betty. Usted dijo que se trataba de un asunto de vida o muerte. Julián está muerto, fuera del problema. ¿Qué más entonces, quién más?

Se retrepó entonces en el sillón de cretona descolorida, sobre el forro de grandes flores bárbaras y me estuvo mirando como a un posible cliente: con el inevitable odio y con cálculo.

—¿Quién muere ahora? —insistí—. ¿Usted o yo?

Aflojó el cuerpo y estuvo preparando una cara emocionante. La miré, admití que podía convencer; y no solo a Julián. Detrás de ella se estiraba la mañana de otoño, sin nubes, la pequeña gloria ofrecida a los hombres. La mujer, Betty, torció la cabeza y fue haciendo crecer una sonrisa de amargura.

—¿Quién? —dijo hacia el placard—. Usted y yo.

—No crea, el asunto recién empieza. Hay pagarés con su firma, sin fondos dicen, que aparecen ahora en el juzgado. Y está la hipoteca sobre mi casa, lo único que tengo. Julián me aseguró que no era más que una oferta; pero la casa, la casita, está hipotecada. Y hay que pagar en seguida. Si queremos salvar algo del naufragio. O si queremos salvarnos.

Por las violetas en el sombrero y por el sudor de la cara, yo había presentido que era inevitable escuchar, más o menos tarde en la mañana de sol, alguna frase semejante.

—Sí —dije—, parece que tiene razón, que tenemos que unirnos y hacer algo.

Desde muchos años atrás no había sacado tanto placer de la mentira, de la farsa y la maldad. Pero había vuelto a ser joven y ni siquiera a mí mismo tenía que dar explicaciones.

—No sé —dije sin cautela— cuánto conoce usted de mi culpa, de mi intervención en la muerte de Julián. En todo caso, puedo asegurarle que nunca le aconsejé que hipotecara su casa, su casita. Pero le voy a contar todo. Hace unos tres meses estuve con Julián. Un hermano comiendo en un restaurante con su hermano mayor. Y se trataba de hermanos que no se veían más de una vez por año. Creo que era el cumpleaños de alguien; de él, de nuestra madre muerta. No recuerdo y no tiene importancia. La fecha, cualquiera que sea, parecía desanimarlo. Le hablé de un negocio de cambios de monedas; pero nunca le dije que robara plata a la Cooperativa.

Ella dejó pasar un tiempo ayudándose con un suspiro y estiró los largos tacos hasta el cuadrilátero de sol en la alfombra. Esperó a que la mirara y volvió a sonreírme; ahora se parecía a cualquier aniversario, al de Julián o al de mi madre. Era la ternura y la paciencia, quería guiarme sin tropiezos.

—¡Botija! —murmuró, la cabeza sobre un hombro, la sonrisa contra el límite de la tolerancia—. ¿Hace tres meses? —resopló mientras alzaba los hombros—. ¡Botija, Julián robaba de la Cooperativa desde hace cinco años! O cuatro. Me acuerdo. Le hablaste, m'hijito, de una combinación, con dólares, ¿no? No sé quién cumplía años aquella noche. Y no faltó al respeto. Pero Julián me lo contó todo y yo no le podía parar los ataques de risa. Ni siquiera pensó en el plan de los dólares, si estaba bien o mal. Él robaba y jugaba a los caballos. Le iba bien y le iba mal. Desde hacía cinco años, desde antes de que yo lo conociera.

—¡Cinco años! —repetí mascando la pipa. Me levanté y fui hasta la ventana. Quedaban restos de agua en los yuyos y en la arena. El aire fresco no tenía nada que ver con nosotros, con nadie.

En alguna habitación del hotel, encima de mí, estaría durmiendo en paz la muchacha, despatarrada, empezando a moverse entre la insistente desesperación de los sueños y las sábanas calientes. Yo la imaginaba y seguía queriéndola, amaba su respiración, sus olores, las supuestas alusiones al recuerdo nocturno, a mí, que pudieran caber en su estupor matinal. Volví con pesadez de la ventana y estuve mirando sin asco ni lástima lo que el destino había colocado en el sillón del dormitorio del hotel. Se acomodaba las solapas del traje sastre que, a fin de cuentas, tal vez no fuera de *cheviot*; sonreía al aire, esperaba mi regreso, mi voz. Me sentí viejo y ya con pocas fuerzas. Tal vez el ignorado perro de la dicha me estuviera lamiendo las rodillas, las manos; tal vez solo se tratara de lo otro; que estaba viejo y cansado. Pero, en todo caso, me vi obligado a dejar pasar el tiempo, a encender de nuevo la pipa, a jugar con la llama del fósforo, con su ronquido.

—Para mí —dije— todo está perfecto. Es seguro que Julián no usó un revólver para hacerle firmar la hipoteca. Y yo nunca firmé un pagaré. Si falsificó la firma y pudo vivir así cinco años —creo que usted dijo cinco—, bastante tuvo, bastante tuvieron los dos —la miro, la pienso, y nada me importa que le saquen la casa o la entierren en la cárcel—. Yo no firmé nunca un pagaré para Julián. Desgraciadamente para usted, Betty, y el nombre me parece inadecuado, siento que ya no le queda bien, no hay peligros ni amenazas que funcionen. No podemos ser socios en nada; y eso es siempre una tristeza. Creo que es más triste para las mujeres. Voy a la galería a fumar y mirar cómo crece la mañana. Le quedaré muy agradecido si se va enseguida, si no hace mucho escándalo, Betty.

Salí afuera y me dediqué a insultarme en voz baja, a buscar defectos en la prodigiosa mañana de otoño. Oí, muy lejana, la indolente puteada que hizo sonar a mis espaldas. Escuché, casi en seguida, el portazo. Un Ford pintado de azul apareció cerca del caserío.

Yo era pequeño y aquello me pareció inmerecido, organizado por la pobre, incierta imaginación de un niño. Yo había mostrado siempre desde la adolescencia mis defectos, tenía razón siempre, estaba dispuesto a conversar y discutir, sin reservas ni silencios. Julián, en cambio —y empecé a tenerle simpatía y otra forma muy distinta de la lástima— nos había engañado a todos durante muchos años. Este Julián que solo había podido conocer muerto, se reía de mí, levemente, desde que empezó a confesar la verdad, a levantar sus bigotes y su sonrisa, en el ataúd. Tal vez continuara riéndose de todos nosotros a un mes de su muerte. Pero para nada me servía inventarme el rencor o el desencanto.

Sobre todo, me irritaba el recuerdo de nuestra última entrevista, la gratuidad de sus mentiras, no llegar a entender por qué me había ido a visitar, con

riesgos, para mentir por última vez. Porque Betty solo me servía para la lástima o el desprecio; pero yo estaba creyendo en su historia, me sentía seguro de la incesante suciedad de la vida.

Un Ford pintado de azul roncaba subiendo la cuesta, detrás del chalet de techo rojo, salió al camino y cruzó delante de la baranda siguiendo hasta la puerta del hotel. Vi bajar a un policía con su desteñido uniforme de verano, a un hombre extraordinariamente alto y flaco con traje de anchas rayas y un joven vestido de gris, rubio, sin sombrero, al que veía sonreír a cada frase, sosteniendo el cigarrillo con dos dedos alargados frente a la boca.

El gerente del hotel bajó con lentitud la escalera y se acercó a ellos mientras el mozo de la noche anterior salía de atrás de una columna de la escalinata, en mangas de camisa, haciendo brillar su cabeza retinta. Todos hablaban con pocos gestos, sin casi cambiar el lugar, el lugar donde tenían apoyados los pies, y el gerente sacaba un pañuelo del bolsillo interior del saco, se lo pasaba por los labios y volvía a guardarlo profundamente para, a los pocos segundos, extraerlo con un movimiento rápido y aplastarlo y moverlo sobre su boca. Entré para comprobar que la mujer se había ido; y al salir nuevamente a la galería, al darme cuenta de mis propios movimientos, de la morosidad con que deseaba vivir y ejecutar cada actitud como si buscara acariciar con las manos lo que éstas habían hecho, sentí que era feliz en la mañana, que podía haber otros días esperándome en cualquier parte.

Vi que el mozo miraba hacia el suelo y los otros cuatro hombres alzaban la cabeza, y me dirigían caras de observación distraída. El joven rubio tiró el cigarrillo lejos; entonces comencé a separar los labios hasta sonreír y saludé, moviendo la cabeza, al gerente, y en seguida, antes de que pudiera contestar, antes de que se inclinara, mirando siempre hacia la galería, golpeándose la boca con el pañuelo, alcé una mano y repetí mi saludo. Volví al cuarto para terminar de vestirme.

Estuve un momento en el comedor, mirando desayunar a los pasajeros y después decidí tomar una ginebra, nada más que una, junto al mostrador del bar, compré cigarrillos y bajé hasta el grupo que esperaba al pie de la escalera. El gerente volvió a saludarme y noté que la mandíbula le temblaba, apenas, rápidamente. Dije algunas palabras y oí que hablaban; el joven rubio vino a mi lado y me tocó un brazo. Todos estaban en silencio y el rubio y yo nos miramos y sonreímos. Le ofrecí un cigarrillo y él lo encendió sin apartar los ojos de mi cara; después dio tres pasos retrocediendo y volvió a mirarme. Tal vez nunca hubiera visto la cara de un hombre feliz; a mí me pasaba lo mismo. Me dio la espalda, caminó hasta el primer árbol del jardín y se apoyó allí con un hombre. Todo

aquello tenía un sentido y, sin comprenderlo, supe que estaba de acuerdo y moví la cabeza asintiendo. Entonces el hombre altísimo dijo: —¿Vamos hasta la playa en el coche?

Me adelanté y fui a instalarme junto al asiento del chófer. El hombre alto y el rubio se sentaron atrás. El policía llegó sin apuro al volante y puso en marcha el coche. En seguida rodamos velozmente en la calmosa mañana; yo sentía el olor del cigarrillo que estaba fumando el muchacho, sentía el silencio y la quietud del otro hombre, la voluntad rellenando ese silencio y esa quietud. Cuando llegamos a la playa el coche atracó junto a un montón de piedras grises que separaban el camino de la arena. Bajamos, pasamos alzando las piernas por encima de las piedras y caminamos hacia el mar. Yo iba junto al muchacho rubio.

Nos detuvimos en la orilla. Estábamos los cuatro en silencio, con las corbatas sacudidas por el viento. Volvimos a encender cigarrillos.

—No está seguro el tiempo —dije.

—¿Vamos? —contestó el joven rubio.

El hombre alto del traje a rayas estiró un brazo hasta tocar al muchacho en el pecho y dijo con voz gruesa: —Fíjese. Desde aquí a las dunas. Dos cuadras. No mucho más ni menos.

El otro asintió en silencio, alzando los hombros como si aquello no tuviera importancia. Volvió a sonreír y me miró.

—Vamos —dije, y me puse a caminar hasta el automóvil. Cuando iba a subir, el hombre alto me detuvo.

—No —dijo—. Es ahí, cruzando.

En frente había un galpón de ladrillos manchados de humedad. Tenía techo de zinc y letras oscuras pintadas arriba de la puerta. Esperamos mientras el policía volvía con una llave. Me di vuelta para mirar el mediodía cercano sobre la playa; el policía separó el candado abierto y entramos todos en la sombra y el inesperado frío. Las vigas brillaban negras, suavemente untadas de alquitrán, y colgaban pedazos de arpillera del techo. Mientras caminábamos en la penumbra gris sentí crecer el galpón, más grande a cada paso, alejándome de la mesa larga formada con caballetes que estaba en el centro. Miré la forma estirada pensando quién enseña a los muertos la actitud de la muerte. Había un charco estrecho de agua en el suelo y goteaba desde una esquina de la mesa. Un hombre descalzo, con la camisa abierta sobre el pecho colorado, se acercó carraspeando y puso una mano en una punta de la mesa de tablones, dejando que su corto índice se cubriera en seguida, brillante, del agua que no acababa de chorrear. El hombre alto estiró un

brazo y destapó la cara sobre las tablas dando un tirón a la lona. Miré el aire, el brazo rayado del hombre que había quedado estirado contra la luz de la puerta sosteniendo el borde con anillas de la lona. Volví a mirar al rubio sin sombrero e hice una mueca triste.

—Mire aquí —dijo el hombre alto.

Fui viendo que la cara de la muchacha estaba torcida hacia atrás y parecía que la cabeza, morada, con manchas de un morado rojizo sobre un delicado, anterior morado azulado, tendría que rodar desprendida de un momento a otro si alguno hablaba fuerte, si alguno golpeaba el suelo con los zapatos, simplemente si el tiempo pasaba.

Desde el fondo, invisible para mí, alguien empezó a recitar con voz ronca y ordinaria, como si hablara conmigo. ¿Con quién otro?

—Las manos y los pies, cuya epidermis está ligeramente blanqueada y doblegada en la extremidad de los dedos, presentan además, en la ranura de las uñas, una pequeña cantidad de arena y limo. No hay herida, ni escoriación en las manos. En los brazos, y particularmente en su parte anterior, encima de la muñeca, se encuentran varias equimosis superpuestas, dirigidas transversalmente y resultantes de una presión violenta ejercida en los miembros superiores.

No sabía quién era, no deseaba hacer preguntas. Solo tenía, me lo estaba repitiendo, como única defensa, el silencio. El silencio por nosotros. Me acerqué un poco más a la mesa y estuve palpando la terquedad de los huesos de la frente. Tal vez los cinco hombres esperaran algo más; y yo estaba dispuesto a todo. La bestia, siempre en el fondo del galpón, enumeraba ahora con su voz vulgar: —La faz está manchada por un líquido azulado y sanguinolento que ha fluido por la boca y la nariz. Después de haberla lavado cuidadosamente, reconocemos en torno de la boca extensa escoriación con equimosis, y la impresión de las uñas hincadas en las carnes. Dos señales análogas existen debajo del ojo derecho, cuyo párpado inferior está fuertemente contuso. A más de las huellas de la violencia que han sido ejecutadas manifiestamente durante la vida, nótanse en el rostro numerosos desgarros, puntuados, sin rojez, sin equimosis, con simple desecamiento de la epidermis y producidos por el roce del cuerpo contra la arena. Vese una infiltración de sangre coagulada, a cada lado de la laringe. Los tegumentos están invadidos por la putrefacción y pueden distinguirse en ellos vestigios de contusiones o equimosis. El interior de la tráquea y de los bronquios contiene una pequeña cantidad de un líquido turbio, oscuro, no espumoso, mezclado con arena.

Era un buen responso, todo estaba perdido. Me incliné para besarle la frente y después, por piedad y amor, el líquido rojizo que le hacía burbujas entre los

labios.

Pero la cabeza con su pelo endurecido, la nariz achatada, la boca oscura, alargada en forma de hoz con las puntas hacia abajo, lacias, goteantes, permanecía inmóvil, invariable su volumen en el aire sombrío que olía a sentina, más dura a cada paso de mis ojos por los pómulos y la frente y el mentón que no se resolvía a colgar. Me hablaban uno tras otro, el hombre alto y el rubio, como si realizaran un juego, golpeando alternativamente la misma pregunta. Luego el hombre alto soltó la lona, dio un salto y me sacudió de las solapas. Pero no creía en lo que estaba haciendo, bastaba mirarle los ojos redondos, y en cuanto le sonreí con fatiga, me mostró rápidamente los dientes, con odio y abrió la mano.

—Comprendo, adivino, usted tiene una hija. No se preocupen: firmaré lo que quieran, sin leerlo. Lo divertido es que están equivocados. Pero no tiene importancia. Nada, ni siquiera esto, tiene de veras importancia.

Antes de la luz violenta del sol me detuve y le pregunté con voz adecuada al hombre alto: —Seré curioso y pido perdón: ¿Usted cree en Dios?

—Le voy a contestar, claro —dijo el gigante—; pero antes, si quiere, no es útil para el sumario, es, como en su caso, pura curiosidad... ¿Usted sabía que la muchacha era sorda?

Nos habíamos detenido exactamente entre el renovado calor del verano y la sombra fresca del galpón.

—¿Sorda? —pregunté—. No, solo estuve con ella anoche. Nunca me pareció sorda. Pero ya no se trata de eso. Yo le hice una pregunta; usted prometió contestarla.

Los labios eran muy delgados para llamar sonrisa a la mueca que hizo el gigante. Volvió a mirarme sin desprecio, con triste asombro, y se persignó.

(1960)

JACOB Y EL OTRO

1. Cuenta el médico

Media ciudad debió haber estado anoche en el Cine Apolo, viendo la cosa y participando también del tumultuoso final. Yo estaba aburriéndome en la mesa de póker del club y solo intervine cuando el portero me anunció el llamado urgente del hospital. El club no tiene más que una línea telefónica; pero cuando salí de la cabina todos conocían la noticia mucho mejor que yo. Volví a la mesa para cambiar las fichas y pagar las cajas perdidas.

Burmestein no se había movido; baboseó un poco más el habano y me dijo con su voz gorda y pareja: —En su lugar, perdone, me quedaría para aprovechar la racha. Total, aquí mismo puede firmar el certificado de defunción.

—Todavía no, parece —contesté tratando de reír. Me miré las manos mientras manejaban fichas y billetes; estaban tranquilas, algo cansadas. Había dormido apenas un par de horas la noche anterior, pero esto era ya casi una costumbre; había bebido dos coñacs en esta noche y agua mineral en la comida.

La gente del hospital conocía de memoria mi coche y todas sus enfermedades. Así que me estaba esperando la ambulancia en la puerta del club. Me senté al lado del gallego y solo le oí el saludo; estaba esperando en silencio, por respeto o por emoción, que yo empezara el diálogo. Me puse a fumar y no hablé hasta que doblamos la curva de Tabarez y la ambulancia entró en la noche de primavera del camino de cemento, blanca y ventosa, fría y tibia, con nubes desordenadas que rozaban el molino y los árboles altos.

—Herminio —dije—, ¿cuál es el diagnóstico?

Vi la alegría que trataba de esconder el gallego, imaginé el suspiro con que celebraba el retorno a lo habitual, a los viejos ritos sagrados. Empezó a decir, con el más humilde y astuto de sus tonos; comprendí que el caso era serio o estaba perdido.

—Apenas si lo vi, doctor. Lo levanté del teatro en la ambulancia, lo llevé al hospital a noventa o cien porque el chico Fernández me apuraba y también era mi deber. Ayudé a bajarlo y en seguida me ordenaron que fuera por usted al club.

—Fernández, bueno. ¿Pero quién está de guardia?

—El doctor Rius, doctor.

—¿Por qué no opera Rius? —pregunté en voz alta.

—Bien —dijo Herminio y se tomó tiempo esquivando un bache lleno de agua brillante—. Debe haberse puesto a operar en seguida, digo. Pero si lo tiene a usted al lado...

—Usted cargó y descargó. Con eso le basta. ¿Cuál es el diagnóstico?

—Qué doctor... —sonrió el gallego con cariño. Empezábamos a ver las luces del hospital, la blancura de las paredes bajo la luna—. No se movía ni se quejaba, empezaba a inflarse como un globo, costillas en el pulmón, una tibia al aire, conmoción casi segura. Pero cayó de espaldas arriba de dos sillas y, perdóneme, el asunto debe estar en la vertebral. Si hay o no hay fractura.

—¿Se muere o no? Usted nunca se equivocó, Herminio.

Se había equivocado muchas veces pero siempre con excusas.

—Esta vez no hablo —cabeceó mientras frenaba.

Me cambié la ropa y empezaba a lavarme las manos cuando entró Rius.

—Si quiere trabajar —dijo—, lo tiene listo en dos minutos. No hice casi nada porque no hay nada que hacer. Morfina, en todo caso, para que él y nosotros nos quedemos tranquilos. Solo tirando una monedita al aire se puede saber por dónde conviene empezar.

—¿Tanto?

—Politraumatizado, coma profundo, palidez, pulso filiforme, gran polipnea y cianosis. El hemitórax derecho no respira. Colapsado. Crepitación y angulación de la sexta costilla derecha. Macidez en la base pulmonar derecha con hipersonoridad en el ápex pulmonar. El coma se hace cada vez más profundo y se acentúa el síndrome de anemia aguda. Hay posibilidad de ruptura de arterias intercostales. ¿Alcanza? Yo lo dejaría en paz.

Entonces recurrí a mi gastada frase de mediocre heroicidad, a la leyenda que me rodea como la de una moneda o medalla circunscribe la efigie y que tal vez continúe próxima a mi nombre algunos años después de mi muerte. Pero aquella noche yo no tenía ya ni veinticinco ni treinta años; estaba viejo y cansado, y ante Rius, la frase tantas veces repetida, no era más que una broma familiar. La dije con la nostalgia de la fe perdida, mientras me ponía los guantes. La repetí escuchándome, como un niño que cumple con la fórmula mágica y absurda que le permite entrar o permanecer en el juego.

—A mí, los enfermos se me mueren en la mesa.

Rius se rió como siempre, me apretó un brazo y se fue. Pero casi en seguida, mientras yo trataba de averiguar cuál era el caño roto que goteaba en los lavatorios, se asomó para decirme: —Hermano, falta algo en el cuadro. No le hablé de la mujer, no sé quién es, que estuvo pateando, o trató de patear al próximo cadáver en la sala del cine y que se acercó a la ambulancia para escupirlo cuando el gallego y Fernández lo cargaban. Estuvo rondando por aquí y la hice echar; pero juró que volvía mañana y que tiene derecho a ver al difunto, tal vez a escupirlo sin apuro.

Trabajé con Rius hasta las cinco de la mañana y pedí un litro de café para ayudarnos a esperar. A las siete apareció Fernández en la oficina con la cara de desconfianza que Dios le impone para enfrentar los grandes sucesos. La cara estrecha e infantil entorna entonces los ojos, se inclina un poco con la boca en guardia y dice: “Alguien me estafa, la vida no es más que una vasta conspiración para engañarme”.

Se acercó a la mesa y quedó allí de pie, blanco y torcido, sin hablarnos.

Rius dejó de improvisar sobre injertos, se abstuvo de mirarlo y manoteó el último sándwich del plato; después se limpió los labios con un papel y preguntó al tintero de hierro, con águila y dos depósitos secos: —¿Ya?

Fernández respiró para oírse y puso una mano sobre la mesa; movimos las cabezas y le miramos el desconcierto y la sospecha, la delgadez y el cansancio. Idiotizado por el hambre y el sueño, el muchacho se irguió para seguir fiel a la manía de alterar el orden de las cosas, del mundo en que podemos entendernos.

—La mujer está en el corredor, en un banco, con un termo y un mate. Se olvidaron y pudo pasar. Dice que no le importa esperar, que tiene que verlo. A él.

—Sí, hermanito —dijo lentamente Rius; le reconocí en la voz la malignidad habitual de las noches de fatiga, la excitación que gradúa con destreza—. ¿Trajo flores, por lo menos? Se acaba el invierno y cada zanja de Santa María debe estar llena de yuyos. Me gustaría romperle la jeta y dentro de un momento le voy a pedir permiso al jefe para darme una vuelta por los corredores. Pero entretanto la yegua esa podría visitar al difunto y tirarle una florcita y después una escupida y después otra flor.

El jefe era yo; de modo que pregunté:

—¿Qué pasó?

Fernández se acarició velozmente la cara flaca, comprobó sin esfuerzo la existencia de todos los huesos que le había prometido Testut y se puso a mirarme como si yo fuera el responsable de todas las estafas y los engaños que saltaban para sorprenderlo con misteriosa regularidad. Sin odio, sin violencia, descartó a Rius,

mantuvo sus ojos suspicaces en mi cara y recitó: —Mejoría del pulso, respiración y cianosis. Recupera esporádicamente su lucidez.

Aquello era mucho mejor que lo que yo esperaba oír a las siete de la mañana. Pero no tenía base para la seguridad; así que me limité a dar las gracias moviendo la cabeza y elegí turno para mirar el águila bronceada del tintero.

—Hace un rato llegó Dimas —dijo Fernández—. Ya le pasé todo. ¿Puedo irme?

—Sí, claro —Rius se había echado contra el respaldo del sillón y empezaba a sonreír mirándome; tal vez nunca me vio tan viejo, acaso nunca me quiso tanto como aquella mañana de primavera, tal vez estaba averiguando quién era yo y por qué me quería.

—No, hermano —dijo cuando estuvimos solos—. Conmigo, cualquier farsa; pero no la farsa de la modestia, de la indiferencia, la inmundicia que se traduce sobriamente en “una vez más cumplí con mi deber”. Usted lo hizo, jefe. Si esa bestia no reventó todavía, no revienta más. Si en el club le aconsejaron limitarse a un certificado de defunción —es lo que yo hubiera hecho, con mucha morfina, claro, si usted por cualquier razón no estuviera en Santa María—, yo le aconsejo ahora darle al tipo un certificado de inmortalidad. Con la conciencia tranquila y la firma endosada por el doctor Rius. Hágalo, jefe. Y robe en seguida del laboratorio un cóctel de hipnóticos y váyase a dormir veinticuatro horas. Yo me encargo de atender al juez y a la policía, me comprometo a organizar los salivazos de la mujer que espera mateando en el corredor.

Se levantó y vino a palmearme, una sola vez, pero demorando el peso y el calor de la mano.

—Está bien —le dije—. Usted resolverá si hay que mandar a despertarme.

Mientras me quitaba la túnica, con una lentitud y una dignidad que no provenían exclusivamente del cansancio, admití que el éxito de la operación, de las operaciones, me importaba tanto como el cumplimiento de un viejo sueño irrealizable: arreglar con mis propias manos, y para siempre, el motor de mi viejo automóvil. Pero no podía decirle esto a Rius porque lo comprendería sin esfuerzo y con entusiasmo: no podía decírselo a Fernández porque, afortunadamente, no podría creerme.

De modo que me callé la boca y en el viaje de regreso en la ambulancia oí con ecuanimidad las malas palabras admirativas del gallego Herminio y acepté con mi silencio, ante la historia, que la resurrección que acababa de suceder en el Hospital de Santa María no hubiera sido lograda ni por los mismos médicos de la

capital.

Decidí que mi coche podía amanecer otra vez frente al club y me hice llevar con la ambulancia hasta mi casa. La mañana, rabiosamente blanca, olía a madre selvas y se empezaba a respirar el río.

—Tiraron piedras y decían que iban a prenderle fuego al teatro —dijo el gallego cuando llegamos a la plaza—. Pero apareció la policía y no hubo más que las piedras que ya le dije.

Antes de tomar las píldoras comprendí que nunca podría conocer la verdad de aquella historia; con buena suerte y paciencia tal vez llegara a enterarme de la mitad correspondiente a nosotros, los habitantes de la ciudad. Pero era necesario resignarse, aceptar como inalcanzable el conocimiento de la parte que trajeron consigo los dos forasteros y que se llevarían de manera diversa, incógnita y para siempre.

Y en el mismo momento, con el vaso de agua en la mano, recordé que todo aquello había empezado a mostrármese casi una semana antes, un domingo nublado y caluroso, mientras miraba el ir y venir en la plaza desde una ventana del bar del hotel.

El hombre movedizo y simpático y el gigante moribundo atravesaron en diagonal la plaza y el primer sol amarillento de la primavera. El más pequeño llevaba una corona de flores, una coronita de pariente lejano para un velorio modesto. Avanzaban indiferentes a la curiosidad que hacía nacer la bestia lenta de dos metros; sin apresurarse pero resuelto, el movedizo marchaba con una irrenunciable dignidad, con una levantada sonrisa diplomática, como flanqueado por soldados de gala, como si alguien, un palco con banderas y hombres graves y mujeres viejas, lo esperara en alguna parte. Se supo que dejaron la coronita, entre bromas de niños y alguna pedrada, al pie del monumento a Brausen.

A partir de aquí las pistas se embrollan un poco. El pequeño, el embajador, fue al Berna para alquilar una pieza, tomar un aperitivo y discutir los precios sin pasión, distribuyendo sombrerazos, reverencias e invitaciones baratas. Tenía entre cuarenta y cuarenta y cinco años, el tórax ancho, la estatura mediana; había nacido para convencer, para crear el clima húmedo y tibio en que florece la amistad y se aceptan las esperanzas. Había nacido también para la felicidad, o por lo menos para creer obstinadamente en ella, contra viento y marea, contra la vida y sus errores. Había nacido, sobre todo, lo más importante, para imponer cuotas de dicha a todo el mundo posible. Con una natural e invencible astucia, sin descuidar nunca sus fines personales, sin preocuparse en demasía por el incontrollable futuro ajeno.

Estuvo a mediodía en la redacción de *El Liberal* y volvió por la tarde para

entrevistarse con Deportes y obtener el anuncio gratis. Desenvolvió el álbum con fotografías y recortes de diario amarillentos, con grandes títulos en idiomas extraños; exhibió diplomas y documentos fortalecidos en los dobleces por papeles engomados. Encima de la vejez de los recuerdos, encima de los años, de la melancolía y el fracaso, paseó su sonrisa, su amor incansable y sin compromiso.

—Está mejor que nunca. Acaso, algún kilo de más. Pero justamente para eso estamos haciendo esta *tournée* sudamericana. El año que viene, en el Palais de Glace, vuelve a conquistar el título. Nadie puede ganarle, ni europeo ni americano. ¿Y cómo íbamos a saltearnos Santa María en esta gira que es el prólogo de un campeonato mundial? Santa María. Qué costa, qué playa, qué aire, qué cultura.

El tono de la voz era italiano, pero no exactamente; había siempre, en las vocales y en las eses, un sonido inubicable, un amistoso contacto con la complicada extensión del mundo. Recorrió el diario, jugó con los linotipos, abrazó a los tipógrafos, estuvo improvisando su asombro al pie de la rotativa. Obtuvo, al día siguiente, un primer título frío pero gratuito: “Ex campeón mundial de lucha en Santa María”. Visitó la redacción durante todas las noches de la semana y el espacio dedicado a Jacob van Oppen fue creciendo diariamente hacia el sábado del desafío y la lucha.

El mediodía del domingo en que los vi desfilar por la plaza con la coronita barata, el gigante moribundo estuvo media hora de rodillas en la iglesia, rezando frente al altar nuevo de la Inmaculada; dicen que se confesó, juran haberlo visto golpearse el pecho, presumen que introdujo después, vacilante, una cara enorme e infantil, húmeda de llanto, en la luz dorada del atrio.

2. Cuenta el narrador

Las tarjetas decían Comendador Orsini y el hombre conversador e inquieto las repartió sin avaricia por toda la ciudad. Se conservan ejemplares, algunos de ellos autografiados y con adjetivos.

Desde el primer —y último— domingo, Orsini alquiló la sala del Apolo para las sesiones de entrenamiento, a un peso la entrada durante el lunes y el martes, a la mitad el miércoles, a dos pesos el jueves y el viernes, cuando el desafío quedó formalizado y la curiosidad y el patriotismo de los sanmarianos empezó a llenar el Apolo. Aquel mismo domingo fue clavado en la plaza nueva, con el correspondiente permiso municipal, el cartel de desafío. En una foto antigua el ex campeón mundial de lucha de todos los pesos mostraba los bíceps y el cinturón de oro; agresivas letras rojas concretaban el reto: 500 pesos a quien suba al ring y no sea puesto de espaldas en tres minutos por Jacob van Oppen.

Una línea más abajo el desafío quedaba olvidado y se prometía una exhibición de lucha grecorromana entre el campeón —volvería a serlo antes de un año— y los mejores atletas de Santa María.

Orsini y el gigante habían entrado al continente por Colombia y ahora bajaban de Perú, Ecuador y Bolivia. En pocos pueblos fue aceptado el desafío y siempre van Oppen pudo liquidarlo en un tiempo medido por segundos, con el primer abrazo.

Los carteles evocaban noches de calor y griterío, teatros y carpas, públicos aindiados y borrachos, la admiración y la risa. El juez alzaba un brazo, van Oppen volvía a la tristeza, pensaba ansioso en la botella de alcohol violento que lo estaba esperando en la pieza del hotel y Orsini sonreía avanzando bajo las luces blancas del ring, tocándose con un pañuelo aún más blanco el sudor de la frente: —Señoras y señores... —era el momento de dar las gracias, de hablar de reminiscencias imperecederas, de vivir al país y a la ciudad. Durante meses, estos recuerdos comunes habían ido formando América para ellos; alguna vez, alguna noche, ya lejos, antes de un año, podrían hablar de ella y reconocerla sin esfuerzo, sin más ayuda que tres o cuatro momentos reiterados y devotos.

El martes o el miércoles Orsini trajo en coche al campeón hasta el Berna, concluida la casi desierta sesión de entrenamiento. La gira se había convertido ya en un trabajo de rutina y los cálculos sobre los pesos a ganar tenían escasa diferencia con los pesos que se ganaban. Pero Orsini consideraba indispensable, para el mutuo bienestar, mantener su protección sobre el gigante. Van Oppen se

sentó en la cama y bebió de la botella; Orsini se la quitó con dulzura y trajo del cuarto de baño el vaso de material plástico que usaba por las mañanas para enjuagarse la dentadura. Repitió amistoso la vieja frase: —Sin disciplina no hay moral —hablaba el francés como el español, su acento no era nunca definitivamente italiano—. Está la botella y nadie piensa robártela. Pero si se toma con un vaso, es distinto. Hay disciplina, hay caballerosidad.

El gigante movió la cabeza para mirarlo; los ojos azules estaban turbios y parecía usar la boca entreabierta para ver. “Disnea otra vez, angustia”, pensó Orsini. “Es mejor que se emborrache y duerma hasta mañana.” Llenó el vaso con caña, bebió un trago y estiró la mano hacia van Oppen. Pero la bestia se inclinó para sacarse los zapatos y después, resoplando, segundo síntoma, se puso de pie y examinó la habitación. Al principio, con las manos en la cintura, miró las camas, la alfombra inútil, la mesa y el techo; luego caminó para comprobar con un hombro la resistencia de las puertas, la del pasillo y del cuarto de baño, la resistencia de la ventana que no daba a ninguna parte.

“Ahora empieza —continuó Orsini—; la última vez fue en Guayaquil. Tiene que ser un asunto cíclico, pero no entiendo el ciclo. Una noche cualquiera me estrangula y no por odio; porque me tiene a mano. Sabe, sabe que el único amigo soy yo.”

El gigante volvió lentamente, descalzo, al centro de la habitación, con una sonrisa de burla y desprecio, los hombros un poco doblados hacia adelante. Orsini se sentó cerca de la mesa endeble y puso la lengua en el vaso de caña.

— *Gott* -dijo van Oppen y empezó a balancearse con suavidad, como si escuchara una música lejana e interrumpida; tenía la tricota negra, demasiado ajustada, y los pantalones de vaquero que le había comprado Orsini en Quito—. No. ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo aquí? —con los enormes pies afirmados en el piso, movía el cuerpo, miraba la pared por encima de la cabeza de Orsini—. Estoy esperando. Siempre estoy en un lugar que es una pieza de hotel de un país de negros hediondos y siempre estoy esperando. Dame el vaso. No tengo miedo; eso es lo malo, nunca va a venir nadie.

Orsini llenó el vaso y se puso de pie para acercárselo. Le examinó la cara, la histeria de la voz, le tocó la espalda en movimiento. “Todavía no —pensó—, casi en seguida.”

El gigante se bebió el vaso de caña y estuvo tosiendo sin inclinar la cabeza.

—Nadie —dijo—. El *footing*, las flexiones, las tomas, Lewis. Por Lewis; por lo menos vivió y fue un hombre. La gimnasia no es un hombre, la lucha no es hombre, todo esto no es un hombre. Una pieza de hotel, el gimnasio, indios

mugrientos. Fuera del mundo, Orsini.

Orsini hizo otro cálculo y se levantó con la botella de caña. Llenó el vaso que sostenía van Oppen contra la barriga y pasó una mano por el hombro y la mejilla del gigante.

—Nadie —dijo van Oppen—. Nadie —gritó.

Tenía los ojos desesperados, después rabiosos. Hizo una sonrisa de broma y sabiduría y vació el vaso.

“Ahora”, pensó Orsini. Le puso en una mano la botella y empezó a golpearlo con la cadera en el muslo para guiarlo hasta la cama.

—Unos meses, unas semanas —dijo Orsini—. Nada más. Después vendrán todos, estaremos con todos. Iremos nosotros allá.

Despatarrado en la cama, el gigante bebía de la botella y resoplaba sacudiendo la cabeza. Orsini encendió el velador y apagó la luz del techo. Sentado otra vez junto a la mesa, se compuso la voz y cantó suavemente:

*Vor der Kaserne
vor dem grossen Tor
steht eine Laterne.
Und steht sie noch davor
wenn wir uns einmal widersehen,
bei der Laterne wollen wir stehen
wie einst, Lili Marlen
wie einst, Lili Marlen.*

Dijo la canción una vez y media, hasta que van Oppen puso la botella en el suelo y empezó a llorar. Entonces Orsini se levantó con un suspiro y un insulto cariñoso y anduvo en puntas de pie hasta la puerta y el pasillo. Como en las noches de gloria, bajó la escalera del Berna secándose la frente con el pañuelo impoluto.

Bajaba la escalera sin encontrar gente para repartir sonrisas y sombrerazos, pero con la cara afable, en guardia. La mujer, que había esperado horas resuelta y sin impaciencia, hundida en un sillón de cuero del hall, no haciendo caso a las revistas de la mesita, fumando un cigarrillo tras otro, se puso de pie y lo enfrentó. El príncipe Orsini no tenía escapatoria y tampoco la buscaba. Escuchó el nombre, se quitó el sombrero y se inclinó rápidamente para besar la mano de la mujer. Pensaba qué favor podía hacerle y estaba dispuesto a hacerle el que pidiera. Era pequeña, intrépida y joven, muy morena y con la corta nariz en gancho, los ojos muy claros y fríos. “Judía o algo así”, pensó Orsini. “Está linda.” De inmediato el príncipe escuchó un lenguaje tan conciso que le resultaba casi incomprensible, casi inaudito.

—El cartel ese en la plaza, los avisos en el diario. Quinientos pesos. Mi novio va a pelear con el campeón. Pero hoy o mañana, mañana es miércoles, ustedes tienen que depositar el dinero en el Banco o en *El Liberal*.

— *Signorina* -el príncipe hizo una sonrisa y balanceó un gesto desolado—. ¿Luchar con el campeón? Usted se queda sin novio. Y lamentaría tanto que una señorita tan hermosa...

Pero ella, pequeña y más decidida ahora, sorteó sin esfuerzo la galantería quincuagenaria de Orsini.

—Esta noche voy al *Liberal* para aceptar el desafío. Lo vi al campeón en misa. Está viejo. Necesitamos los quinientos pesos para casarnos. Mi novio tiene veinte años y yo veintidós. Él es dueño del almacén de Porfilio. Vaya y véalo.

—Pero, señorita —dijo el príncipe aumentando la sonrisa—. Su novio, hombre feliz, si me permite, tiene veinte años. ¿Qué hizo hasta ahora? Comprar y vender.

—También estuvo en el campo.

—Oh, el campo —susurró extasiado el príncipe—. Pero el campeón dedicó toda su vida a eso, a la lucha. ¿Que tiene algunos años más que su novio? Completamente de acuerdo, señorita.

—Treinta, por lo menos —dijo ella sin necesidad de sonreír, confiada en la frialdad de sus ojos—. Lo vi.

—Pero se trata de años que dedicó a aprender cómo se rompen, sin esfuerzo, costillas, brazos, o cómo se saca, suavemente, una clavícula de su lugar, cómo se

descoloca una pierna. Y si usted tiene un novio sano de veinte años...

—Usted hizo un desafío. Quinientos pesos por tres minutos. Esta noche voy al *Liberal*, señor...

—Príncipe Orsini —dijo el príncipe. Ella cabeceó, sin perder tiempo en la burla; era pequeña, hermosa y compacta, se había endurecido hasta el hierro—. Me alegro por Santa María —sonrió el príncipe, con otra reverencia—. Será un gran espectáculo deportivo. ¿Pero usted, señorita, irá al diario en nombre de su novio?

—Sí, me dio un papel. Vaya a verlo. Almacén Porfilio. Le dicen el Turco. Pero es sirio. Tiene el documento.

El príncipe comprendió que era inoportuno volver a besarle la mano.

—Bueno —bromeó—, soltera y viuda. Desde el sábado. Un destino muy triste, señorita.

Ella le dio la mano y caminó hacia la puerta del hotel. Era dura como una lanza, no tenía más que la gracia indispensable para que el príncipe continuara mirándola de espaldas. De pronto la mujer se detuvo y regresó.

—Soltera no, porque con esos quinientos pesos nos casamos. Tampoco viuda, porque ese campeón está muy viejo. Es más grande que Mario, pero no puede con él. Yo lo vi.

—De acuerdo. Usted lo vio salir de misa. Pero le aseguro que cuando la cosa empieza en serio, es una bestia; y le juro que conoce el oficio. Campeón del mundo y de todos los pesos, señorita.

—Bueno —dijo ella con un repentino cansancio—. Ya le dije, almacén de Porfilio Hnos. Esta noche voy al *Liberal*; pero mañana me encuentra, como siempre, en el almacén.

—Señorita... —volvió a besarle la mano.

Era evidente que la mujer buscaba un acuerdo. De modo que Orsini fue al restaurante y pidió un guiso con carne y pastas; luego, haciendo cuentas, chupando de su boquilla con anillo de oro, vigiló el sueño, los gruñidos y los movimientos de Jacob van Oppen.

A punto de dormirse sobre el silencio de la plaza, se adjudicó veinticuatro horas de vacaciones. No era conveniente apresurar la visita al turco. Pensó además, mientras apagaba la luz e interpretaba los ronquidos del gigante: “Ya ha sufrido bastante, Señor, hemos sufrido; y no veo motivo para apresurarme”.

Al día siguiente Orsini asistió al despertar del campeón, trajo las aspirinas y el agua caliente, oyó satisfecho las malas palabras de van Oppen bajo la ducha,

escuchó con júbilo la transformación de los ruidos groseros en una versión casi submarina de “Yo tenía un camarada”. Como todos los hombres, había decidido mentir, mentirse a sí mismo y confiar. Organizó la mañana de van Oppen, la caminata a paso lento a través de la ciudad, con el enorme torso cubierto por la tricota de lana con la gran letra azul en el pecho, la C que significaba, para todo idioma y alfabeto concebible: Campeón Mundial de Lucha de Todos los Pesos. Lo acompañó, a buen paso, hasta la calle que bajaba en pendiente hacia la rambla. Allí, para los pocos curiosos de las ocho de la mañana, reiteró una de las escenas de la vieja farsa. Se detuvo para quitarse el sombrero y enjugarse la frente, sonrió con la admirada sonrisa del buen perdedor y manoteó la espalda de Jacob van Oppen.

—Qué hombre éste —murmuró para nadie; y su cabeza torcida, sus brazos vencidos, su boca ansiosa de aire repitieron para toda Santa María: qué hombre éste.

Van Oppen continuó con la misma discreta velocidad, los hombros hacia el futuro, la mandíbula colgante, en dirección a la rambla; tomó después hacia la fábrica de conservas, costeano el asombro de pescadores, vagos, empleados del ferry; era demasiado grande para que alguien se atreviera a burlarse.

Tal vez las burlas, nunca dichas en voz alta, rodearon todo el día al príncipe Orsini, a sus ropas, a sus modales, a su buena educación inadecuada. Pero él había apostado a ser feliz y solo le era posible enterarse de las cosas agradables y buenas. En *El Liberal*, en el Berna y en el Plaza tuvo lo que él llamaría en el recuerdo conferencias de prensa; bebió y charló con curiosos y desocupados, contó anécdotas y atroces mentiras, exhibió una vez más los recortes de diarios, amarillentos y quebradizos. Algún día, esto era indudable, las cosas habían sido así: van Oppen campeón del mundo, joven, con una tuerca irresistible, con viajes que no eran exilios, asediado por ofertas que podían ser rechazadas. Aunque pasadas de moda, desteñidas, ahí estaban las fotografías y las palabras de los diarios, tenaces en su aproximación a la ceniza, irrefutables. Nunca borracho, después de la cuarta o quinta copa, Orsini creía que los testimonios del pasado garantizaban el porvenir. No necesitaba ningún cambio personal para habitar cómodamente el imposible paraíso. Había nacido con cincuenta años de edad, cínico, bondadoso, amigo de la vida, partidario de que sucedieran cosas. El milagro solo exigía la transformación de van Oppen, su regreso a los años anteriores a la guerra, al vientre hundido, a la piel brillante, a la esclerótica limpia en la mañana.

Sí, la futura turca —una mujercita, con todo respeto, simpática y porfiada— había estado en *El Liberal* para formalizar el desafío. El jefe de *Deportivas* ya tenía

fotos de Mario haciendo gimnasia; pero las fotografías costaron un discurso sobre la libertad de prensa, la democracia y la libre información. También sobre el patriotismo, contaba *Deportivas*: —Y el turco nos hubiera roto la cabeza, a mí y al fotógrafo, a pesar de todo, si no interviene la novia y lo calma con dos palabras. Estuvieron cuchicheando en la trastienda y después salió el turco, no tan grande, creo, como van Oppen, pero mucho más bruto, más peligroso. Bueno, usted entiende de esto mejor que yo.

—Entiendo —sonrió el príncipe—. Pobre muchacho. No es el primero —paseó su tristeza encima de las papas fritas y las aceitunas del Berna.

—El hombre estaba furioso pero se aguantó y se puso los pantalones cortos de ir a pescar y se dedicó a hacer gimnasia al sol; toda la que Humberto, el fotógrafo, quiso o estuvo inventando, solo por venganza y para desquitarse del susto que había pasado. Y todo el tiempo ella sentada en un barril, como si fuera la madre o la maestra, fumando, sin decir una palabra pero mirándolo. Y cuando uno piensa que ella no mide ni un metro cincuenta, ni pesa cuarenta kilos...

—Conozco a la señorita —asintió Orsini con nostalgia—. Y he visto tantos ejemplos... Ah, la personalidad es una cosa misteriosa; no sale de los músculos.

—No era para publicar, claro —dijo *Deportivas*—, ¿pero van a hacer el depósito?

—¿El depósito? —el príncipe, piadoso, abrió las manos—. Esta tarde, mañana de mañana. Depende del Banco. ¿Le parece bien, mañana de mañana, en *El Liberal*? Será una buena propaganda, y gratis. Resistirle tres minutos a Jacob van Oppen... Como yo digo siempre —mostró las muelas doradas y llamó al mozo—: El deporte de un lado, el negocio del otro. Qué puede hacer uno, qué podemos hacer nosotros, si al final de esta gira de entrenamiento aparece de golpe, un suicida. Y si además lo ayudan...

La viuda había sido siempre difícil y hermosa, insustituible, y el príncipe Orsini no tenía los quinientos pesos. Conocía a la mujer, presentía un adjetivo exacto para definirla y llevarla al pasado; ahora comenzaba a pensar en el hombre que la mujer representaba y escondía, en el turco que había aceptado el desafío. Así que dio vacaciones a la displicencia y a la dicha y al caer la noche, luego de mentirle al campeón, vigilarle el ánimo y el pulso, empezó a caminar hacia el almacén de Porfilio Hnos., con el álbum amarillo bajo el brazo.

Primero el ombú carcomido, luego el farol que colgaba del árbol y su círculo de luz intimidada. En seguida los perros ladrones y los gritos de contención: juega, quieto, cucha. Orsini cruzó la luz primera, pudo ver la luna redonda y aguada, llegó hasta el letrero del almacén y entró con respeto. Un hombre de bombachas y alpargatas terminaba su ginebra junto al mostrador y se despedía. Quedaron solos, él, príncipe Orsini, el turco y la mujer.

—Buenas noches, señorita —volvió a reír Orsini con una reverencia. La mujer estaba sentada en un sillón de paja, tejiendo, apartó los ojos de las agujas para mirarlo, mover la cabeza y, tal vez, sonreírle. “Balitas —pensó Orsini indignado—; está preñada, está haciendo el ajuar del hijo, por eso quiere casarse, por eso me quiere robar los quinientos pesos.”

Avanzó recto hacia el hombre que había dejado de llenar bolsas de papel con yerba y lo esperaba estólido del otro lado del mostrador.

—Éste es el que te dije —pronunció la mujer—. El empresario.

—Empresario y amigo —corrigió Orsini—. Después de tantos años...

Estrechó la mano abierta y rígida del hombre, adelantó el brazo izquierdo para golpearle la espalda.

—A la orden —dijo el almacenero y levantó los gruesos bigotes negros para mostrar los dientes.

—Tanto gusto, tanto gusto —pero ya había respirado el olor agrio y mortecino de la derrota, ya había calculado la juventud sin desgaste del turco, la manera perfecta en que tenía distribuidos en el cuerpo los cien kilos de peso. “No hay ni un gramo de grasa de más, ni un gramo de inteligencia o sensibilidad; no hay esperanzas. Tres minutos; pobre Jacob van Oppen.”

—Venía por esos quinientos pesos —empezó Orsini, tanteando la densidad del aire, la pobreza de la luz, la hostilidad de la pareja. “No es contra mí; es contra

la vida"—. Venía a tranquilizarlos; mañana, en cuanto reciba un giro de la capital, el dinero quedará depositado en *El Liberal*. Pero también quería hablar de otras cosas.

—¿No hablamos ya todo? —preguntó la muchacha. Era demasiado pequeña para el sillón movedizo de paja; las agujas resplandecientes con que tejía, demasiado largas. Podía ser buena o mala; ahora había elegido ser implacable, superar alguna oscura y larga postergación, tomarse una revancha. A la luz de la lámpara, el dibujo de la nariz era perfecto y los ojos claros brillaban como vidrio.

—Todo, es cierto, señorita. No pienso decir nada que ya no haya dicho. Pero consideré mi deber decirlo de manera directa. Decirle la verdad al señor Mario —sonreía repitiendo los saludos con la cabeza; la truculencia vibraba apenas, honda y con sordina—. Por eso le pido, patrón, que sirva una vuelta para los tres. Yo invito, claro; pidan lo que gusten.

—Él no toma —dijo la mujer, sin apresurarse, sin levantar los ojos del tejido, anidada en su clima de hielo y de ironía.

La bestia peluda de atrás del mostrador terminó de cerrar un paquete de yerba y se volvió lentamente para mirar a la mujer. "El pecho de un gorila, dos centímetros de frente, nunca tuvo expresión en los ojos", anotó Orsini. "Nunca pensó de verdad, ni pudo sufrir, ni se imaginó que el mañana puede ser una sorpresa o puede no venir."

—Adriana —barboteó el turco y se mantuvo inmóvil hasta que la mujer alzó los ojos—. Adriana, yo, vermut, sí tomo.

Ella le sonrió rápidamente y encogió los hombros. El turco redondeaba la boca para tomar el vermut a sorbitos. Apoyado en el mostrador, con el caluroso sombrero verde echado hacia la nuca, rozando el envoltorio del álbum, buscando inspiración y simpatía, el príncipe habló de cosechas, de lluvias y de sequías, de métodos de explotación y de líneas de transporte, de la belleza envejecida de Europa y de la juventud de América. Improvisaba, repartiendo presagios y esperanzas, mientras el turco asentía silencioso.

—El Apolo estuvo lleno esta tarde —atacó el príncipe de golpe—; desde que se supo que usted acepta el desafío, todos quieren ver el entrenamiento del campeón. Para que no lo molestaran demasiado, aumenté el precio de las entradas; pero la gente sigue pagando. Ahora —empezó a separar los papeles que envolvían el álbum— me gustaría que mirara un poco esto —acarició la tapa de cuero y la levantó—. Casi todo está en idioma; pero las fotos ayudan. Vea, se entiende. Campeón del mundo, cinturón de oro.

—Era, campeón del mundo —aclaró la mujer desde el crujido del sillón de paja.

—Oh, señorita —dijo Orsini sin volverse, exclusivamente para el turco, mientras movía las páginas de recortes cariados—. Volverá a serlo antes de seis meses. Un fallo equivocado, ya intervino la Federación Internacional de Lucha... Vea los títulos, ocho columnas, primeras páginas, vea las fotografías. Esto es un campeón, mire; no hay quien pueda con él en todo el mundo. No hay nadie que pueda aguantarle tres minutos sin la puesta de espaldas. Vamos: un solo minuto y ya sería un milagro. No podría el campeón de Europa, no podría el campeón de los Estados. Le estoy hablando en serio, de hombre a hombre; he venido a verlo porque en cuanto hablé con la señorita comprendí el problema, la situación.

—Adriana —corrigió el turco.

—Eso —dijo el príncipe—. Comprendí todo. Pero las cosas siempre tienen solución. Si usted sube el sábado al ring del Apolo... Jacob van Oppen es mi amigo y esta amistad solo tiene un límite; esta amistad desaparece en cuanto suena la campana y él se pone a luchar. Entonces no es mi amigo, no es un hombre; es el campeón del mundo, tiene que ganar y sabe cómo hacerlo.

Decenas de viajantes habían detenido el Ford frente al almacén de Porfilio Hnos. para sonreír a los propietarios difuntos o a Mario, tomar un trago, exhibir muestras, catálogos y listas, vender azúcar, arroz, vinos y maíz. Pero el príncipe Orsini se afanaba, entre sonrisas, golpes amistosos y excepciones compasivas, por venderle al turco una mercadería extraña y difícil: el miedo. Alertado por la presencia de la mujer, avisado por los recuerdos y el instinto, se limitó a vender la prudencia, a intentar el trato.

Al turco le quedaba aún medio vaso de vermut; lo alzó para mojarse la boca pequeña y rosada, sin beber.

—Son quinientos pesos —dijo Adriana desde el sillón—. Es hora de cerrar.

—Usted dijo... —empezó el turco; la voz y el pensamiento intentaban comprender, acercarse a la ecuanimidad, separarse de tres generaciones de estupidez y codicia—. Adriana, primero tengo que bajar la yerba. Usted dijo si yo subo el sábado al escenario del Apolo.

—Dije. Si usted sube, el campeón le romperá algunas costillas, algún hueso; lo pondrá de espaldas en medio minuto. No hay quinientos pesos, entonces; aunque tal vez usted tenga que gastarse mucho más con los médicos. ¿Y quién le atiende el negocio mientras esté en el hospital? Todo esto sin hablar del desprestigio, del ridículo. —Orsini consideró que el momento era oportuno para la

pausa y la meditación; pidió ginebra, espió la cara impasible del turco, sus movimientos preocupados; escuchó una risita de la mujer que había dejado el tejido sobre los muslos.

Orsini bebió un trago de ginebra y se puso a envolver lentamente el álbum desvencijado. El turco olía el vermut y trataba de pensar.

—Y no quiero decir con esto —murmuró el príncipe en voz baja y distraída, que sonaba como la de un epílogo mutuamente aceptado—, no quiero decir que usted no sea más fuerte que Jacob van Oppen. Entiendo mucho de eso, he dedicado mi vida y mi dinero a descubrir hombres fuertes. Además, como me ha dicho inteligentemente la señorita Adriana, usted es mucho más joven que el campeón. Más vigor, más juventud; estoy dispuesto a escribirlo y firmarlo. Si el campeón —es un ejemplo— comprara este negocio, a los seis meses saldría a pedir limosna. Usted, en cambio, se hará rico antes de dos años. Porque usted, mi amigo Mario, entiende del negocio y el campeón no —el álbum ya estaba envuelto; lo puso en el mostrador y se apoyó sobre él para continuar con la ginebra y la charla—. De la misma manera, el campeón entiende de cómo romper huesos, de cómo doblarle las rodillas y la cintura para ponerlo de espaldas sobre el tapiz. Así se dice, o se decía. La alfombra. Cada cual en su oficio.

La mujer se había levantado y apagó una luz en un rincón; ahora estaba de pie, con el tejido entre su vientre y el mostrador, pequeña y dura, sin mirar a ninguno de los hombres.

El turco le examinó la cara y después gruñó:

—Usted dijo que si yo subía el sábado al escenario del Apolo...

—¿Dije? —preguntó Orsini con sorpresa—. Creo haberles dado un consejo. Pero en todo caso, si usted retira el desafío, puede haber un acuerdo, alguna compensación. Conversaríamos.

—¿Cuánto? —preguntó el turco.

La mujer alzó una mano y fue clavando las uñas en el brazo peludo de la bestia; cuando el hombre volvió la cabeza para mirarla, dijo: —No hay más ni menos que quinientos pesos, ¿sí? No los vamos a perder. Si no vas el sábado, toda Santa María va a saber que tuviste miedo. Yo lo voy a decir, casa por casa, persona por persona.

No hablaba con pasión; seguía clavando las uñas en el brazo pero le conversaba al turco con paciencia y broma, como una madre conversa con su hijo, lo reprende y lo amenaza.

—Un momento —dijo Orsini; alzó una mano y con la otra se puso en la boca

la copa de ginebra hasta vaciarla—. También en eso había pensado. En los comentarios del pueblo, de la ciudad, si usted no aparece el sábado por el Apolo. Pero todo se puede arreglar —sonrió a las caras hostiles de la mujer y el hombre, aumentó la cautela de su voz—. Por ejemplo... Supongamos en cambio que usted va, sube al ring. No trata de enfurecerlo al campeón, porque eso sería fatal para lo que planeamos. Usted sube al ring, reconoce al primer abrazo que el campeón sabe, y se deja poner de espaldas, limpiamente, sin un rasguño.

La mujer clavaba otra vez las uñas en el gigantesco brazo peludo; con un ladrido, el turco la apartó.

—Comprendo —dijo después—. Voy y pierdo. ¿Cuánto?

Repentinamente, Orsini aceptó lo que había estado sospechando desde el principio de la entrevista: que cualquiera fuese el acuerdo que lograra con el turco, la mujercita flaca y empecinada lo borraría en el resto de la noche. Comprendió, sin dudas, que Jacob van Oppen estaba condenado a luchar el sábado con el turco.

—Cuánto... —murmuró mientras se acomodaba el álbum bajo el brazo—. Podemos hablar de cien, de ciento cincuenta pesos. Usted sube al ring...

La mujer se apartó un paso del mostrador y clavó las agujas en la pelota de lana. Miraba hacia el piso de tierra y cemento y la voz le sonó tranquila y con sueño: —Necesitamos quinientos pesos y él se los va a ganar el sábado sin trampas, sin arreglos. No hay hombre más fuerte, nadie puede doblarlo. Menos que nadie ese viejo acabado, por más campeón que haya sido. ¿Vamos a cerrar?

—Tengo que bajar la yerba —volvió a decir el turco.

—Bueno, entonces es así —dijo Orsini—. Cóbrese y déme la última copa —puso un billete de diez pesos encima del mostrador y encendió un cigarrillo—. Vamos a celebrarlo; también ustedes están invitados.

Pero la mujer volvió a encender la luz del rincón y se instaló en el sillón de paja para seguir tejiendo y fumar un cigarrillo; y el turco solo sirvió un vaso de ginebra. Empezó, bostezando, a llevar las bolsas de yerba, apiladas contra una pared, hacia la trampa del sótano.

Sin saber por qué, Orsini tiró una de sus tarjetas encima del mostrador. Estuvo diez minutos más en el almacén, fumando y bebiendo el gusto a pan de la ginebra, mirando con asombrado terror, con los ojos nublados, sudando, el trabajo metódico del turco con las bolsas, viendo que las movía con tanta facilidad, con tan visible esfuerzo como él, príncipe Orsini, movería un cartón de cigarrillos o una botella.

“Pobre Jacob van Oppen —meditó Orsini—. Hacerse viejo es un buen oficio

para mí. Pero él nació para tener siempre veinte años; y ahora, en cambio, los tiene este gigante hijo de perra que gira alrededor del meñique de ese feto encinta. Los tiene este animal, nadie puede quitárselos para restituirlos, y los seguirá teniendo el sábado de noche en el Apolo.”

Desde la redacción de *El Liberal*, casi codo a codo con *Deportivas*, el príncipe llamó por teléfono a la capital, reclamando el envío urgente de mil pesos. Usó el teléfono directo para evitar la curiosidad de la telefonista; mintió a gritos frente a la redacción, poblada ahora por jóvenes flacos y bigotudos, alguna señorita que fumaba con boquilla. Eran las siete de la tarde; llegó casi a la grosería cuando se hizo evidente el titubeo del hombre que lo escuchaba en el teléfono remoto, en una habitación que no podía ser imaginada, muequeando su desconcierto en cualquier cubículo de la gran ciudad, en un anochecer de octubre.

Cortó la comunicación con una sonrisa de tolerancia y fastidio.

—Por fin —dijo, soplando el pañuelo de hilo—. Mañana de mañana tenemos el dinero. Contratiempos. Mañana a mediodía hago el depósito en la administración. En la administración me parece más serio, ¿no?... Aquí está el mozo. El que quiera pedir algo para refrescarse...

Le dieron las gracias, alguna de las máquinas de escribir interrumpió su ruido; pero nadie aceptó la invitación. *Deportivas* inclinaba sobre su mesa los gruesos anteojos mientras marcaba fotografías.

Apoiado en una mesa, fumando un cigarrillo, Orsini miró a los hombres doblados hacia las máquinas y la tarea. Supo que para ellos él ya no existía, que no estaba en la redacción. “Y tampoco mañana”, pensó con débil tristeza, sonriente y resignado. Porque todo había sido postergado hasta la noche del viernes y la noche del viernes empezaba a crecer, en el fin de un crepúsculo rojizo y dulce, fuera de los ventanales de *El Liberal*, en el río, encima de la primera sombra que rodeaba las sirenas graves de las barcazas.

Atravesó la indiferencia y la desconfianza, obligó a *Deportivas* a estrecharle la mano.

—Espero que mañana será una gran noche para Santa María; espero que gane el mejor.

Esa frase no sería reproducida por el diario, no serviría de soporte a su cara sonriente y bondadosa. Desde el vestíbulo del Apolo —Jacob van Oppen, Campeón del Mundo, se entrena aquí de 18 a 20, tres pesos la entrada— oyó los murmullos del público y el golpeteo de los pies del campeón sobre el ring improvisado. Van Oppen no podía luchar, romper huesos o arriesgar que se los rompieran. Pero podía saltar a la cuerda, infinitamente, sin cansancio.

Sentado en la estrecha oficina de la boletería, Orsini revisó el borderó y sacó cuentas. Sin considerar la noche triunfal del sábado, plateas a cinco pesos, la visita a Santa María dejaba alguna ganancia. Orsini convidó con café y puso su firma al pie de las planillas luego de contar el dinero.

Quedó solo en la oficina oscura y mal oliente. Llegaba el ruido a compás de los pies de van Oppen en la madera.

—Ciento diez animales abriendo la boca porque el campeón salta a la cuerda, como saltan, y mejor, todas las niñas en los patios de las escuelas.

Recordó a van Oppen joven, o por lo menos aún no envejecido; pensó en Europa y en los Estados, en el verdadero mundo perdido; trató de convencerse de que van Oppen era tan responsable del paso de los años, de la decadencia y la repugnante vejez, como de un vicio que hubiera adquirido y aceptado. Trató de odiar a van Oppen para protegerse.

“Tendría que haberle hablado antes, en alguna de esas caminatas por la rambla que hace con pasitos de mujer gorda; ayer o esta mañana; hablarle al aire libre, el río, árboles, el cielo, todo eso que los alemanes llaman naturaleza. Pero llegó el viernes: la noche del viernes.”

Palpó suavemente los billetes en el bolsillo y se puso de pie. Afuera, puntual y tibia, lo estaba esperando la noche del viernes. Los ciento diez imbéciles gritaban dentro del cine-teatro; el campeón habría empezado el número final, la sesión de gimnasia en que todos los músculos crecían y desbordaban.

Orsini caminó lentamente hacia el hotel, las manos en la espalda, buscando detalles de la ciudad para recordar y despedirse, para mezclarlos con los de otras ciudades lejanas, para unir todo y continuar viviendo.

El mostrador del bar del hotel se alargaba hasta tocar el del conserje. Mientras bebía un trago con mucha soda, el príncipe organizó su batalla. Ocupar una colina puede ser más importante que perder un parque de municiones. Puso unos billetes sobre el mostrador y pidió la cuenta de los días vividos en el hotel.

—Es por mañana, excúseme, para evitarme apuros. Mañana, en cuanto termine la lucha, tenemos que salir en automóvil, a medianoche o en la madrugada. Hoy hablé por teléfono desde *El Liberal* y supe que hay nuevos contratos. Todo el mundo quiere ver al campeón, se explica, antes del torneo en Amberes.

Pagó con una propina exagerada y subió al cuarto con una botella de ginebra bajo el brazo para hacer las valijas. Había una negra y vieja, de Jacob, que no podía tocarse; estaba, además, el montón de objetos impresionantes —batas,

tricotas, tensores, sogas, zapatos con forro de piel— en el escenario del Apolo. Pero todo esto podía ser recogido después con cualquier pretexto. Terminó con sus valijas y con las que Jacob no había declarado sagradas; estaba bajo la ducha, resoplando de alivio, barrigón y resuelto, cuando oyó el golpe de la puerta del cuarto. Más allá del rumor del agua escuchó los pasos y el silencio. “Es la noche del viernes; y ni siquiera sé si es mejor emborracharlo antes o después de hablarle. O antes y después.”

Jacob estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas, mirando con alegría infantil la marca en la suela de sus zapatos, la palabra *Champion*; alguien, acaso el mismo Orsini, había dicho alguna vez en broma que esos zapatos se fabricaban exclusivamente para uso de van Oppen, para recordarlo y rendirle homenaje en millares de pies ajenos.

Envuelto en el ropón de baño, chorreando agua, Orsini entró en la habitación, jovial y dicharachero. El campeón había manoteado la botella de ginebra y después de tomar un trago continuó mirándose el zapato sin escuchar a Orsini.

—¿Por qué hiciste las valijas? La pelea es mañana.

—Para ganar tiempo —dijo Orsini—. Empecé a hacerlas por eso. Pero después...

—¿Es a las nueve? Pero siempre empieza más tarde. Y después de los tres minutos tengo que hacer clavos y levantar las pesas. Y también festejar.

—Bueno —dijo Orsini, mirando la botella inclinada contra la boca del campeón, contando los tragos, calculando—. Claro que vamos a festejar.

El campeón dejó la botella y estuvo sobándose la suela de goma blanca del zapato. Sonreía, misterioso e incrédulo, como si estuviera escuchando una música lejana y no oída desde la infancia. De pronto se puso serio, tomó con ambas manos el pie con la marca que lo aludía y lo bajó lentamente hasta colocar la suela contra la estrecha alfombra junto a la cama. Orsini vio la mueca corta y seca que había quedado en el lugar de la desvanecida sonrisa; se fue aproximando indeciso a la cama del campeón y alzó la botella. Mientras fingía beber pudo comprobar, por el ruido y el peso, que quedaban dos tercios del litro de ginebra.

Inmóvil, derrumbado, con los codos apoyados en las piernas, el campeón rezaba: — *Verdammt, verdammt, verdammt.*

Sin hacer ruido, Orsini arrastró los pies por el suelo; de espaldas al campeón, con un bostezo, extrajo el revólver de su saco colgado en la silla y lo guardó en un bolsillo de la bata de baño. Luego se sentó en su cama y esperó.

Nunca había tenido necesidad del revólver, ni siquiera de mostrarlo, frente a Jacob. Pero los años le enseñaron a prever las acciones y las reacciones del campeón, a estimar su violencia, su grado de locura y también el punto exacto de la brújula que señala el principio de la locura.

— *Verdammt* —siguió rezando Jacob. Se llenó los pulmones de aire y se puso de pie. Juntó las manos en la nuca y balanceó el tórax, pesadamente, bajando por la izquierda y la derecha hacia la cintura.

— *Verdammt* —gritó, como si mirara a alguien desairándolo; luego rehizo la sonrisa desconfiada y empezó a desnudarse. Orsini encendió un cigarrillo y puso una mano en el bolsillo de la bata, los nudillos quietos contra la frescura del revólver. El campeón se quitaba la tricota, la camiseta, los pantalones, los zapatos con su marca; todo golpeaba contra el ángulo del placard y la pared y formaba un montón en el piso.

Apoyado en la cama y en las almohadas, Orsini buscaba otras cóleras, otros prólogos, y quería compararlos con lo que estaba viendo. “Nadie le dijo que nos vamos. ¿Quién puede haberle dicho que nos vamos esta noche?”

Jacob solo tenía puesto el slip de combate. Levantó la botella y bebió la mitad del resto. Después, manteniendo su sonrisa de misterio, de alusiones y recuerdo, se puso a hacer gimnasia estirando y doblando los brazos mientras doblaba las rodillas para agacharse.

“Toda esta carne —pensaba Orsini, con el dedo en el gatillo del revólver—; los mismos músculos, o más, de los veinte años; un poco de grasa en el vientre, en el lomo, en la cintura. Blanco, enemigo temeroso del sol, gringo y mujer. Pero esos brazos y esas piernas tienen la misma fuerza de antes, o más. Los años no pasaron por allí; pero siempre pasan, siempre buscan y encuentran un sitio para entrar y quedarse. A todos nos prometieron, de golpe o tartamudeando, la vejez y la muerte. Este pobre diablo no creyó en promesas; por lo tanto el resultado es injusto.”

Iluminado por la última luz del viernes en la ventana y por la luz que Orsini había dejado encendida en el baño, el gigante brillaba de sudor. Terminó la sesión de gimnasia tirándose de espaldas al suelo y rebotando en las manos. Luego hizo un breve y lento saludo con la cabeza hacia el montón de ropas junto al placard. Jadeante, volvió a beber de la botella, la levantó en el aire ceniciento, y sin dejar de mirarla fue acercándose a la cama que ocupaba Orsini. Quedó de pie, enorme y sudoroso, respirando con esfuerzo y ruido, con una expresión boquiabierta de principio a final de furia. Seguía mirando la botella, buscaba explicaciones en la etiqueta, en la forma redonda y secreta.

—Campeón —dijo Orsini retrocediendo hasta tocar la pared, levantando una pierna para empuñar el revólver más cómodamente—. Campeón. Tenemos que pedir otra botella. Tenemos que festejar desde ahora.

—¿Festejar? Yo gano siempre.

—Sí, el campeón gana siempre. Y también va a ganar en Europa.

Orsini se incorporó en la cama y fue ayudándose con las piernas hasta quedar sentado, la mano siempre hundida en el bolsillo de la bata.

Frente a él se abrían los enormes muslos de Jacob, los músculos contraídos. “No hubo piernas mejores que éstas”, pensó Orsini con miedo y tristeza. “Le basta bajar la botella para aplastarme; para romper una cabeza con el fondo de una botella se necesita mucho menos de un minuto.” Se levantó despacio y fue rengueando, exhibiendo una sonrisa paternal y feliz hasta el otro rincón de la pieza. Se apoyó en el borde de la mesita y estuvo un momento con los ojos entornados, bisbiseando una fórmula católica y mágica.

Jacob no se había movido; continuaba de pie junto a la cama, dándole ahora la espalda, la botella siempre en el aire. La habitación estaba casi en penumbra, la luz del cuarto de baño era débil y amarilla.

Maniobrando con la mano izquierda Orsini encendió un cigarrillo. “Nunca hice esta prueba.”

—Podemos festejar ahora mismo, campeón. Festejamos hasta la madrugada y a las cuatro tomamos el ómnibus. Adiós Santa María. Y muchas gracias, no nos fue mal del todo.

Blanco, agrandado por la sombra, Jacob bajó lentamente el brazo con la botella e hizo sonar el vidrio contra una rodilla.

—Nos vamos, campeón —agregó Orsini. “Ahora está pensando. Tal vez comprenda antes de tres minutos.”

Jacob giró el cuerpo como en una pileta de agua salada y lo dobló para sentarse en la cama. El pelo escaso pero aún sin canas señalaba en la noche la inclinación de la cabeza.

—Tenemos contratos, verdaderos contratos —continuó Orsini— si viajamos hacia el sur. Pero tiene que ser en seguida, tienen que ser en el ómnibus de las cuatro. Esta tarde hablé por teléfono desde el diario con un empresario de la capital, campeón.

—Hoy. Ahora es viernes —dijo Jacob lentamente, sin borrachera en la voz—. Entonces, la lucha es mañana de noche. No nos podemos ir a las cuatro.

—No hay lucha, campeón. No hay problemas. Nos vamos a las cuatro; pero primero festejamos. Ahora mismo pido otra botella.

—No —dijo Jacob.

Orsini volvió a inmovilizarse contra la mesa. De la lástima al campeón, tan exacerbada y sufrida durante los últimos meses, pasó a compadecer al príncipe Orsini, condenado a cuidar, mentir y aburrirse como una niñera con la criatura que le tocó en suerte para ganarse la vida. Después su lástima se hizo despersonalizada, casi universal. “Aquí, en un pueblito de Sudamérica que solo tiene nombre porque alguien quiso cumplir con la costumbre de bautizar cualquier montón de casas. Él, más perdido y agotado que yo; yo, más viejo y más alegre y más inteligente, vigilándolo con un revólver que no sé si funciona o no, dispuesto a mostrar el revólver si se hace necesario, pero seguro de que nunca apretaré el gatillo. Lástima por la existencia de los hombres, lástima por quien combina las cosas de esta manera torpe y absurda. Lástima por la gente que he tenido que engañar solo para seguir viviendo. Lástima por el turco del almacén y por su novia, por todos los que no tienen de verdad el privilegio de elegir.”

Llegaba desde lejos, interrumpido, el piano del conservatorio; a pesar de la hora, se sentía aumentar el calor en la pieza, en las calles arboladas.

—No entiendo —dijo Jacob—. Hoy es viernes. Si el loco ese ya no quiere el desafío, igual tengo que hacer la exhibición, a cinco pesos la entrada.

—El loco ese... —empezó Orsini; de la lástima pasaba a la rabia y al odio—. No; somos nosotros. No tenemos interés en el desafío. Nos vamos a las cuatro.

—¿El hombre quiere luchar? ¿No se arrepintió?

—El hombre quiere luchar y no le dan permiso para arrepentirse. Pero nosotros nos vamos.

—¿Sin luchar, antes de mañana?

—Campeón... —dijo Orsini. La cabeza de Jacob se movía colgada y negadora.

—Yo me quedo. Mañana a las nueve lo estaré esperando en el ring. ¿Voy a estar solo?

—Campeón —repitió Orsini mientras se acercaba a la cama; rozó cariñoso un hombro de Jacob y levantó la botella para tomar un pequeño trago—. Nos vamos.

—Yo no —dijo el gigante, y empezó a levantarse, a crecer—. Voy a estar solo en el ring. Déjeme la mitad del dinero y váyase. Dígame por qué quiere escapar,

por qué quiere que también yo me escape.

Olvidado del revólver, sin dejar de apretarlo, el príncipe hablaba contra el arco de las costillas del campeón.

—Porque hay contratos que nos esperan. Porque lo de mañana no es una lucha, es un desafío estúpido.

Sin mostrar apuro, Orsini se alejó hacia la ventana, hacia la cama de Jacob van Oppen. No se atrevía a encender la luz, no tenía ánimos para conquistar con sonrisas y muecas.

Prefirió la sombra y la persuasión de los tonos de voz. “Acaso sea mejor terminar con todo esto ahora mismo. Siempre tuve suerte, siempre apareció algo nuevo y muchas veces mejor que lo recién perdido. No mirar hacia atrás, dejarlo como a un elefante sin dueño.”

—Pero el desafío lo hicimos nosotros —decía la voz de Jacob, sorprendida, casi riendo—. Siempre lo hacemos nosotros. Tres minutos. En los diarios, en las plazas. Dinero al que aguante tres minutos. Y yo gané siempre, Jacob van Oppen gana siempre.

—Siempre —dijo Orsini; de pronto se sintió débil y hastiado; puso el revólver sobre la cama y juntó las manos entre las rodillas desnudas—. Siempre gana el campeón. Pero también, todas las veces, yo vi antes al hombre que había aceptado el desafío. Tres minutos sin ser puesto de espaldas sobre el tapiz —recitó—. Y nunca nadie duró medio minuto y yo lo sabía mucho antes de que sonara la campana. “No puedo decirle que alguna vez tuve éxito amenazando y también pagué para que la cosa no durara más de treinta segundos; pero acaso no tenga más remedio que decírselo”. Y ahora, también, cumplí con mi deber. Fui a ver al hombre que había aceptado el desafío, lo pesé y lo medí. Con los ojos. Por eso hice las valijas, por eso aconsejo tomar el ómnibus de las cuatro.

Van Oppen se había estirado en el piso, la cabeza apoyada en la pared, entre la mesa de noche y la luz del cuarto de baño.

—No entiendo. Y éste sí, este almacenero de un pueblo cualquiera, que nunca vio una lucha, ¿éste le va a ganar a Jacob van Oppen?

—Nadie puede ganarle una lucha al campeón —pronunció Orsini con paciencia—. Pero no se trata de una lucha.

—Es un desafío —exclamó Jacob.

—Eso mismo. Un desafío. Quinientos pesos si aguanta de pie tres minutos. Yo lo vi al hombre —Orsini hizo una pausa y encendió otro cigarrillo; estaba

tranquilo y desinteresado; era como contar una historia a un niño para ayudarlo a dormir, era como cantar *Lili Marlen*.

—¿Y éste me aguanta tres minutos? —se burló van Oppen.

—Bueno. Es una bestia. Veinte años, ciento diez kilos; no hice más que calcular, pero nunca me equivoco.

Jacob dobló las piernas hasta quedar sentado en el suelo. Orsini lo oyó respirar.

—Veinte años —dijo el campeón—. Yo también tuve veinte años y era menos fuerte que ahora, sabía menos.

—Veinte años —repitió el príncipe, transformando un bostezo en suspiro.

—¿Y eso es todo? ¿No hay nada más? ¿A cuántos hombres de veinte años puse de espaldas en menos de veinte segundos? ¿Y por qué este imbécil va a durar tres minutos?

“Es así —pensaba Orsini con el cigarrillo en la boca—; tan sencillo y terrible como descubrir de golpe que una mujer no nos gusta y quedarse impotente y comprender que nada puede corregirse o ser aliviado por medio de explicaciones; tan sencillo y terrible como decirle a un enfermo la verdad. Todo es sencillo cuando le ocurre a los otros, cuando nos conservamos ajenos y podemos comprender y lamentar, repetir consuelos.”

El pianito del conservatorio había desaparecido en el calor de la noche retinta; se oían grillos, giraba, mucho más lejos, un disco de jazz.

—¿Me va a durar tres minutos? —insistió Jacob—. Yo también vi. Vi las fotografías en el diario. Un buen cuerpo para mover barriles.

—No —repuso Orsini, sincero y ecuánime—. Nadie puede resistirle tres minutos al campeón del mundo.

—No entiendo —dijo Jacob—. Entonces no entiendo. ¿Hay algo más?

—El hombre no puede aguantar tres minutos. Pero estoy seguro de que aguanta más de uno. Y hoy, cosa pasajera pero indiscutible, el campeón del mundo no tiene aliento para luchar más de un minuto.

—¿Yo? —Jacob se había puesto de rodillas, apoyándose en los puños—. ¿Yo?

—Sí —dijo Orsini; hablaba con suavidad e indiferencia, quitándole importancia al tema—. Cuando terminemos esta gira de entrenamiento, todo cambiará. También será necesario suprimir el alcohol. Pero hoy, mañana, sábado de noche en Santa María o como se llame este agujero del mundo, Jacob van Oppen

no puede abrazar y resistir un abrazo por más de un minuto. El pecho de van Oppen no puede; los pulmones no pueden. Y esa bestia no se deja voltear en un minuto. Por eso tenemos que tomar el ómnibus de las cuatro de la mañana. Las valijas están hechas, pagué la cuenta del hotel. Todo arreglado.

Orsini oyó el gruñido y la tos a su izquierda, fue midiendo la extensión del silencio en el cuarto. Volvió a tomar el revólver y lo calentó entre las rodillas.

“Después de todo —pensó— es curioso haber dado tantos rodeos, tomar tantas precauciones. Él lo sabe mejor que yo y desde hace tiempo. Pero tal vez haya sido justamente por eso que elegí rodeos y busqué precauciones. Y aquí estoy, a mi edad, tan lamentable y ridículo como si le hubiera dicho a una mujer que se acabó el amor y estuviese esperando, con aprensiones y curiosidad, la reacción, las lágrimas, las amenazas.”

Jacob había replegado el cuerpo; pero la franja de luz del cuarto de baño revelaba, en la cabeza echada hacia atrás, el brillo del llanto. Orsini guardó el revólver y fue hasta el teléfono para pedir otra botella. Rozó al pasar el cabello cortado al rape del campeón y regresó a la cama. Alzando las piernas, podía sentir contra los muslos la rotunda pesadez de su barriga. Del hombre arrodillado le llegaba el rumor de un jadeo, como si van Oppen hubiera llegado al epílogo de una jornada de entrenamiento o de una lucha particularmente larga y difícil.

“No es el corazón —recordó Orsini—, no son los pulmones. Es todo; un metro noventa y cinco de hombre que empezó a envejecer.”

—No, no —dijo en voz alta—. Solo un descanso en el camino. Dentro de unos meses todo volverá a ser como antes. La calidad; eso es lo definitivo, eso es lo que nunca puede perderse. Aunque uno quiera, aunque se empeñe en perderla. Porque en toda vida de hombre hay períodos de suicidio. Pero esto se supera, esto se olvida. La música de baile se había ido fortaleciendo a medida que crecía la noche. La voz de Orsini vibraba satisfecha, demorándose, en la garganta y el paladar.

Llamaron a la puerta y el príncipe caminó silencioso para recibir la bandeja con la botella, los vasos y el hielo. La dejó en la mesita y prefirió montarse en una silla para continuar la velada y la lección de optimismo.

El campeón se había sentado en la sombra, en el suelo, apoyado en la pared; ya no se le escuchaba respirar; solo existía para Orsini por medio de su enorme, indudable presencia agazapada.

—La calidad, eso —reanudó el príncipe—. ¿Quién la tiene? Se nace con calidad o se muere sin calidad. Por algo todos se inventan un sobrenombre imbécil

y cómico, unas palabritas, para que las pongan en los carteles. El Búfalo de Arkansas, el Triturador de Lieja, el Mihura de Granada. Pero Jacob van Oppen solo se llama, además, el Campeón del Mundo. Calidad.

El discurso de Orsini desfalleció en el silencio y en la fatiga. El príncipe llenó un vaso, puso la lengua dentro y se levantó para llevárselo al campeón.

—Orsini —dijo Jacob—. Mi amigo el príncipe Orsini.

Van Oppen se oprimía las rodillas con las grandes manos; como los dientes de una trampa, las rodillas sujetaban la cabeza inclinada. Orsini dejó el vaso en el suelo después de arrastrarlo por la nuca y la espalda del gigante.

—Un trago, campeón —murmuró dulce y paternal—. Siempre hace bien.

Se incorporaba con una mueca, tocándose el cansancio en la cintura, cuando sintió los dedos que le rodeaban un tobillo y lo clavaban al piso. Oyó la voz lenta, alegre, despreocupada y perezosa de Jacob: —Ahora el príncipe se toma todo el trago de un solo trago.

Orsini echó el cuerpo hacia atrás para asegurar el equilibrio. “Era lo poco que me faltaba; que esta bestia crea que lo quiero dormir o envenenar.” Se fue agachando despacio, recogió el vaso y lo bebió rápidamente, sintiendo que los dedos de Jacob se le aflojaban en el tobillo.

—¿Está bien, campeón? —preguntó. Ahora veía los ojos del otro, un pedazo de sonrisa levantada.

—Bien, príncipe. Un vaso lleno para mí.

Con las piernas separadas, buscando no tambalearse, Orsini fue hasta la mesita y llenó nuevamente el vaso. Se apoyó para prender un cigarrillo y pudo ver, en la pequeña luz del encendedor, que las manos le temblaban de odio. Regresó con el vaso, el cigarrillo en la boca, un dedo en el gatillo del revólver escondido en la bata de baño. Cruzó la franja de luz amarilla y vio a Jacob de pie, blanco y enorme, balanceándose con suavidad.

—Salud, campeón —dijo Orsini ofreciendo la bebida con el brazo izquierdo.

—Salud —repitió desde arriba la voz de van Oppen con un rastro débil de excitación—. Yo sabía que iban a llegar. Yo estuve en la iglesia pidiendo que llegaran.

—Sí —dijo Orsini.

Hubo una pausa, el campeón suspiró, la noche les trajo gritos y aplausos desde la sala de baile lejana, un remolcador llamó tres veces en el río.

—Ahora —pronunció Jacob con dificultad— el príncipe se toma el vaso de un trago. Los dos somos borrachos. Pero yo no tomo esta noche porque es viernes. El príncipe tiene un revólver.

Durante un segundo, con el vaso en el aire y mirando el ombligo de van Oppen, Orsini se inventó una biografía de humillación perpetua, saboreó el gusto del asco, supo que el gigante no estaba siquiera desafiándolo, que solo le ofrecía un blanco para el revólver enderezado en el bolsillo.

—Sí —dijo un segundo después; escupió el cigarrillo y volvió a tragarse la ginebra. El estómago le subía en el pecho mientras tiraba el vaso vacío hacia la cama, mientras retrocedía trabajosamente para dejar el revólver encima de la mesa.

Van Oppen no había cambiado de lugar; continuaba balanceándose en la penumbra, con lentitud burlona, como si remedara la gimnasia clásica para los músculos de la cintura.

—Estamos locos —dijo Orsini. No le servían para nada los recuerdos, el débil hervor de la noche de verano que tocaba la ventana, los planes del futuro.

— *Lili Marlen*, por favor —aconsejó Jacob.

Apoyado en la mesita, Orsini abandonó el cigarrillo que pensaba encender. Cantó con voz asordada, con una última esperanza, como si nunca hubiera desempeñado otro oficio que canturrear las palabras imbéciles, la música fácil, como si nunca hubiera hecho otra cosa para ganarse la vida. Se sentía más viejo que nunca, empequeñecido y ventruado, ajeno a sí mismo.

Hubo un silencio y después el campeón dijo “gracias”. Dormido y débil, manoteando el cigarrillo que había dejado sobre la mesa, junto al revólver, Orsini miró acercarse el gran cuerpo blancuzco, aliviado de la edad por la penumbra.

—Gracias —repitió van Oppen, casi tocándolo—. Otra vez.

Atónito, indiferente, Orsini pensó: “Ya no es una canción de cuna, ya no lo obliga a emborracharse, a llorar, a dormir.” Volvió a carraspear y empezó: —Vor der Kaserne, vor dem grossen Tor...

Sin necesidad de mover el cuerpo, el campeón alzó un brazo desde la cadera y golpeó la mandíbula de Orsini con la mano abierta. Una vieja tradición le impedía usar los puños, salvo en circunstancias desesperadas. Con el otro brazo sostuvo el cuerpo del príncipe y lo estiró en la cama.

El calor de la noche y de la fiesta había hecho abrir las ventanas. La música de jazz del baile parecía estar naciendo ahora en el hotel, en el centro de la habitación semioscura.

6. Cuenta el príncipe

Era una ciudad alzada desde el río, en setiembre, a cinco centímetros más o menos al sur del ecuador. Me desperté, sin dolores, en la mañana del cuarto del hotel, llena de claridad y calor. Jacob me masajeara el estómago y reía para ayudar la salida de los insultos que terminaron en un solo, repetido hasta que no pude fingir el sueño y me enderecé: —Viejo puerco —en alemán purísimo, casi en prusiano.

El sol lamía ya la pata de la mesita y pensé con tristeza que nada podía salvarse del naufragio. Por lo menos —empezaba a recordar—, eso era lo que convenía ser pensado y a esa tristeza debían ajustarse mi cara y mis palabras. Algo previó van Oppen porque me hizo tragar un vaso de jugo de naranja y me puso un cigarrillo encendido en la boca.

—Viejo puerco —dijo, mientras yo me llenaba los pulmones de humo.

Era la mañana del sábado, estábamos aún en Santa María. Moví la cabeza y lo miré, hice un balance rápido de la sonrisa, la alegría y la amistad. Se había puesto el traje gris claro, los zapatos de antílope, equilibraba en la nuca el Stetson. Pensé de golpe que él tenía razón, que en definitiva la vida siempre tiene razón, sin que importaran las victorias o las derrotas.

—Sí —dije, apartándole la mano—, soy un viejo puerco. Los años pasan y empeoran las cosas. ¿Hay lucha hoy?

—Hay —cabeceó con entusiasmo—. Te dije que iban a volver y volvieron.

Chupé el cigarrillo y me estiré en la cama. Me bastó verle la sonrisa para comprender que Jacob, aunque le rompieran el espinazo en la cálida noche de sábado que cualquiera podía predecir, había ganado. Tenía que ganar en tres minutos; pero yo cobraba más. Me senté en la cama y me estuve sobando la mandíbula.

—Hay lucha —dije—, el Campeón decide. Pero, por desgracia, el *manager* ya no tiene nada que decir. Ni una botella ni un golpe bastan para suprimir todo.

Van Oppen se puso a reír y el sombrero cayó sobre la cama. Su risa había sido descuidada por los años, era la misma.

—Ni un golpe ni una botella —insistí—. Quedamos en que el Campeón no tiene aliento, por ahora, para soportar una lucha, un esfuerzo verdadero, que dure más de un minuto. Eso queda. El Campeón no podría doblar al turco. El Campeón se morirá de una muerte misteriosa cuando llegue el segundo cincuenta y nueve.

Veremos en la autopsia. Creo que, por lo menos, en eso quedamos.

—En eso quedamos. No más de un minuto —asintió van Oppen; alegre otra vez, joven, impaciente. La mañana llenaba ahora toda la habitación y yo me sentía humillado por mi sueño, por mis reparos, por mi bata con el peso del revólver descargado.

—Y hay —dije lentamente, como queriendo vengarme—, que no tenemos los quinientos pesos. De acuerdo, todo el mundo lo sabe, el turco no puede ganar. Pero tenemos que hacer, y ya es sábado, el depósito de quinientos pesos. Solo nos queda para los pasajes y para una semana en la capital. Y después que Dios diga.

Jacob recogió el sombrero y volvió a reírse. Movía la cabeza como un padre sentado en el banco de un parque junto a su pequeño hijo desconfiado.

—¿Dinero? —dijo sin preguntar—. ¿Dinero para hacer el depósito? ¿Quinientos pesos?

Me dio otro cigarrillo encendido y puso el pie izquierdo, que es más sensible, encima de la mesita. Deshizo el nudo del zapato gris, se descalzó y vino para mostrarme un rollo de billetes verdes. Era dinero de verdad. Me dio cinco billetes de diez dólares y tuvo un fanfarronear.

—¿Más?

—Está bien —dije—. Sobra.

Mucho dinero volvió al zapato; entre trescientos y quinientos dólares.

De modo que al mediodía cambié el dinero; y como el campeón había desaparecido —no hubo tricotas con iniciales ni trotecitos por la rambla aquella mañana— me fui al restaurante del Plaza y comí como un caballero, como hacía mucho tiempo no comía. Tuve un café hecho en mi mesa y licores apropiados y un habano muy seco pero que se podía fumar.

Completé el almuerzo con una propina de borracho o de ladrón y llamé al hotel; el campeón no estaba; los restos de la tarde eran frescos y alegres, Santa María iba a tener su gran noche. Dejé al conserje el número del diario para que Jacob combinara conmigo la ida al Apolo y un rato después me senté en la mesita del archivo, con *Deportivos* y dos caras más. Mostré el dinero: —Para que no haya ninguna duda. Pero prefiero entregarlo personalmente en el ring. Si es que van Oppen muere de un síncope; o si tiene que contribuir a los gastos del velorio del turco.

Jugamos al póker, perdí y gané, hasta que avisaron que van Oppen estaba en el cine. Faltaba media hora larga para las nueve; pero nos pusimos los sacos y

tomamos autos viejos, para recorrer las pocas cuadras del pueblito que nos separaban del cine, para acentuar el carnaval, el ridículo.

Entré por la puerta trasera y fui al cuarto abrumado de carteles y fotografías, furiosamente invadido por un olor de mingitorio y engrudo rancio. Allí estaba Jacob: con el *slip* celeste, color dedicado a Santa María, y el cinturón de Campeón del Mundo que brillaba como el oro, haciendo flexiones. Me bastó verlo —los ojos añiados, limpios y sin nada; la corta curva de la sonrisa— para entender que no quería hablar conmigo, que no deseaba prólogos, nada que lo separara de lo que había resuelto ser y recordar.

Me senté en un banco, sin escuchar si contestaba o no a mi saludo, y me puse a fumar. Ahora en este momento, dentro de unos minutos, llegaba el final de la historia. De ésta, y la del Campeón Mundial de Lucha. Pero habría otras, habría también una explicación para *El Liberal*, Santa María y pueblos vecinos.

“Pasajera indisposición física” me gustaba más que “exceso de entrenamiento provocó el fracaso del Campeón”. Pero mañana no publicarían la C mayúscula y acaso ni siquiera el discutible título. Van Oppen continuaba haciendo flexiones y yo combatía el olor a amoníaco encendiendo un cigarrillo con el anterior, sin olvidar que la limpieza del aire es la primera condición para un gimnasio.

Jacob subía y bajaba como si estuviera solo, movía horizontales los brazos, parecía, a la vez, más flaco y más pesado. A través de la catinga, a la que se estaba incorporando su sudor, yo trataba de oírlo respirar. También el ruido de la sala invadía el cuarto maloliente. Tal vez el campeón tuviera resuello para un minuto y medio, nunca para dos o tres. El turco permanecería de pie hasta que sonara la campana, con sus enfurecidos bigotes negros, con los púdicos pantalones hasta media pierna que yo le imaginaba —y no me equivoqué—, con la novia pequeña y dura aullando de triunfo y rabia junto a las tablas del escenario del cine Apolo, junto a la alfombra calva que seguiré llamando tapiz. No quedaban esperanzas, no rescataríamos nunca los quinientos pesos. El ruido chusma de la sala llena e impaciente iba creciendo.

—Hay que ir —le dije al difunto que hacía calistenia. Eran las nueve en punto en mi reloj; salí del mal olor y anduve por los corredores oscuros hasta llegar a la boletería. Antes de las nueve y cuarto había terminado de revisar y firmar el borderó. Volví al cuarto hediondo —el griterío anunciaba que van Oppen ya estaba en el ring—, me puse en mangas de camisa después de guardarme el dinero en un bolsillo del pantalón y anduve al revés los corredores hasta entrar en la sala y subir al escenario. Me aplaudieron y me insultaron, agradecí con cabezadas y sonrisas,

seguro de que en el Apolo había más de setenta personas que no habían pagado entrada. Por lo menos, no me llegaría nunca el cincuenta por ciento correspondiente.

Le quité la bata a Jacob, crucé el ring para saludar al turco y tuve tiempo apenas para otro par de payasadas.

Sonó la campana y ya era imposible no respirar y entender el olor de la muchedumbre que llenaba el Apolo. Sonó la campana y dejé a Jacob solo, mucho más solo y para siempre que como lo había dejado en tantas madrugadas, en esquinas y bares, cuando yo empezaba a tener sueño y aburrirme. Lo malo era que aquella noche, mientras me separaba de él para sentarme en una platea de privilegio, no estaba dormido ni me sentía aburrido. La primera campana era para despejar el ring. La segunda para que empezara la lucha. Engrasado, casi joven, sin mostrar los kilos, Jacob fue girando, encorvado, hasta ocupar el centro del ring y esperó con una sonrisa.

Abrió los brazos y esperó al turco que parecía haberse ensanchado. Lo esperó sonriendo hasta que lo tuvo cerca, hizo un paso hacia atrás y de pronto avanzó para dejarse abrazar. Contra todas las reglas, Jacob mantuvo los brazos altos durante diez segundos. Después afirmó las piernas y giró; puso una mano en la espalda del desafiante y la otra, también el antebrazo, contra un muslo. Yo no entendía aquello y seguí sin entender durante el exacto medio minuto que duró la lucha. Entonces vi que el turco salía volando del ring atravesando con esfuerzo los aullidos de los sanmarianos y desaparecía en el fondo oscuro de la platea.

Había volado, con los grandes bigotes, con la absurda flexión de las piernas que buscaban en el aire sucio apoyo y estabilidad. Lo vi pasar cerca del techo, entre los reflectores, manoteando. No habíamos llegado a los cincuenta segundos y el campeón había ganado o no, según se mirara. Subí al ring para ayudarlo a ponerse la bata, como un niño, no escuchaba los gritos y los insultos del público, el clamor creciente. Estaba sudado pero poco; y en cuanto le oí la respiración supe que la fatiga le venía de los nervios y no del cansancio.

En seguida empezaron a caer sobre el ring pedazos de madera y botellas vacías; yo tenía mi discurso completo, mi exagerada sonrisa para extranjeros. Pero continuaban cayendo los proyectiles y los gritos no me hubieran dejado hablar.

Entonces los milicos se movieron con entusiasmo, como si no hubieran hecho otra cosa desde el día en que consiguieron empleo, dirigidos o no, supieron distribuirse y organizarse y comenzaron a romper cabezas con los palos flamantes hasta que solo quedamos en el Apolo el campeón, el juez y yo sobre el ring, los milicos en la sala, el pobre muchacho muerto, de veinte años, colgado sobre dos

sillas. Fue entonces, y nadie supo de dónde, y yo sé menos que nadie, que apareció junto al turco la mujer chiquita, la novia, y se dedicó a patear y a escupir al hombre que había perdido, al otro, mientras yo felicitaba a Jacob sin alardes y asomaban por la puerta los enfermeros o médicos cargados con la camilla.

(1961)

TAN TRISTE COMO ELLA

Para M. C.

Querida Tantriste:

Comprendo, a pesar de ligaduras indecibles e innumerables, que llegó el momento de agradecernos la intimidad de los últimos meses y decirnos adiós. Todas las ventajas serán tuyas. Creo que nunca nos entendimos de veras; acepto mi culpa, la responsabilidad y el fracaso. Intento excusarme —solo para nosotros, claro— invocando la dificultad que impone navegar entre dos aguas durante X páginas. Acepto también, como merecidos, los momentos dichosos. En todo caso, perdón. Nunca miré de frente tu cara, nunca te mostré la mía.

J.C.O.

Años atrás, que podían ser muchos o mezclarse con el ayer en los escasos momentos de felicidad, ella había estado en la habitación del hombre. Un dormitorio imaginable, un cuarto de baño en ruinas y desaseado, un ascensor trémulo; solo eso recordaba de la casa. Fue antes del matrimonio, pocos meses antes.

Quería ir, deseaba que ocurriera cualquier cosa —la más brutal, la más anémica y decepcionante—, cualquier cosa útil para su soledad y su ignorancia. No pensaba en el futuro y se sentía capaz de negarlo. Pero un miedo que nada tenía

que ver con el dolor antiguo la obligó a decir no, a defenderse con las manos y la rigidez de los muslos. Sólo obtuvo, aceptó, el sabor del hombre manchado por el sol y la playa.

Soñó, al amanecer, ya separada y lejos, que caminaba sola en una noche que podía haber sido otra, casi desnuda con su corto camisón, cargando una valija vacía. Estaba condenada a la desesperación y arrastraba los pies descalzos por calles arboladas y desiertas, lentamente, con el cuerpo erguido, casi desafiante.

El desengaño, la tristeza, al decir que sí a la muerte, solo podían soportarse porque, a capricho, el gusto del hombre renacía en su garganta en cada bocacalle que ella lo pedía y ordenaba. Los pasos doloridos se iban haciendo lentos hasta la quietud. Entonces, a medias desnuda, rodeada por la sombra, el simulacro del silencio, alguna pareja lejana de faroles, se detenía para absorber ruidosa el aire. Cargada con la valija sin peso, saboreaba el recuerdo y continuaba caminando de regreso.

De pronto vio la enorme luna que se alzaba entre el caserío gris, negro y sucio; era más plateada a cada paso y disolvía velozmente los bordes sanguinolentos que la habían sostenido. Paso a paso, comprendió que no avanzaba con la valija hacia ningún destino, ninguna cama, ninguna habitación. La luna ya era monstruosa. Casi desnuda, con el cuerpo recto y los pequeños senos horadando la noche, siguió marchando para hundirse en la luna desmesurada que continuaba creciendo.

El hombre estaba más flaco cada día y sus ojos grises perdían color, aguándose, lejos ya de la curiosidad y la súplica. Nunca se le había ocurrido llorar y los años, treinta y dos, le enseñaron, por lo menos, la inutilidad de todo abandono, de toda esperanza de comprensión.

La miraba sin franqueza ni mentira todas las mañanas, por encima de la poblada, renga mesa del desayuno que había instalado en la cocina para la felicidad del verano. Tal vez no fuera totalmente suya la culpa, tal vez resulte inútil tratar de saber quién la tuvo, quién la sigue teniendo.

A escondidas ella le miraba los ojos. Si puede darse el nombre de mirada a la cautela, al relámpago frío, a su cálculo. Los ojos del hombre, sin delatarse, se hacían más grandes y claros, cada vez, cada mañana. Pero él no trataba de esconderlos; solo quería desviar, sin grosería, lo que los ojos estaban condenados a preguntar y decir.

Tenía entonces treinta y dos años y se iba extendiendo, desde las nueve hasta las cinco, a través de oficinas de un local enorme. Amaba el dinero, siempre que fuera mucho, así como otros hombres se sienten atraídos por mujeres altas y

gordas, tolerando que sean viejas, sin importarles. Creía también en la felicidad de los fatigosos fines de semana, en la salud que descendía para todos desde el cielo, en el aire libre.

Estaba allá o aquí, presentía el dominio sobre cualquier forma de dicha, de tentación. Había amado a la pequeña mujer que le daba comida, que había parido una criatura que lloraba incesante en el primer piso. Ahora la miraba con asombro: era, fugazmente, algo peor, más abajo, más muerto que una desconocida cuyo nombre no nos llegó nunca.

A la hora irregular del desayuno el sol entraba por las altas ventanas; los olores del jardín se complicaban en la mesa, desfallecidos aún, como el fácil principio de una sospecha. Ninguno de ellos podía negar el sol, la primavera; en último caso, la muerte del invierno.

A los pocos días de la mudanza, cuando nadie había pensado aún en transformar el jardín salvaje y enmarañado en una sucesión tumularia de peceras, el hombre se levantó de madrugada y aguardó el alba. Con las primeras luces, clavó una lata en la araucaria y tomó distancia con el diminuto revólver nacarado colgando de una mano. Alzó el brazo y solo pudo oír los golpecitos frustrados del percutor. Volvió a la casa con una exagerada sensación de ridículo y mal humor; sin cuidado, sin respeto por el sueño de la mujer, tiró el arma en un rincón del ropero.

—¿Qué pasa? —murmuró ella mientras el hombre comenzaba a desnudarse para entrar al baño.

—Nada. O las balas están picadas, no hace ni un mes que las compré, me estafaron, o el revólver se terminó. Era de mi madre o de mi abuela, tiene el gatillo flojo. No me gusta que estés sola aquí, de noche, sin algo para defenderte. Pero me voy a ocupar de eso hoy mismo.

—No tiene importancia —dijo la mujer mientras caminaba descalza para traer al niño—. Tengo buenos pulmones y los vecinos me van a oír.

—Estoy enterado —dijo el hombre y rio.

Se miraron con cariño y burla. La mujer estuvo esperando el ruido del coche y volvió a dormirse con el niño colgado de un pezón.

La sirvienta entraba y salía y no era posible saber siempre por qué. La mujer estaba acostumbrada, no creía ya en la súplica de los ojos del hombre, tantas veces entrevista, como si la mirada, la expresión, el húmedo silencio no importaran más que el color del iris, la inclinación heredada de los párpados. Él, por su parte, era incapaz, ahora, de aceptar el mundo; ni los negocios, ni la hija inexistente, con frecuencia olvidada, con frecuencia viva, tenaz, endurecida, distinta a pesar de las

premeditadas borracheras, los ineludibles negocios, las compañías y las soledades. Es probable, también, que ni ella ni él creyeran ya del todo en la realidad de las noches, en sus felicidades cortas y previsibles.

No tenían nada que esperar de las horas en que estaban juntos, pero tampoco aceptaban esa pobreza. Él continuaba jugando con el cigarrillo y el cenicero; ella estiraba manteca y jalea sobre el pan tostado. Durante aquellas mañanas él no trataba, en realidad, de mirarla; se limitaba a mostrarle los ojos, como un mendigo casi desinteresado, sin fe, que exhibiera una llaga, un muñón.

Ella hablaba de los restos del jardín, de los proveedores, del niño rosado en la habitación de arriba. Cuando el hombre se hartaba de esperar la frase, la palabra imposible, se movía para besarle la frente y dejaba órdenes para los obreros que construían las peceras.

El hombre comprobaba todos los meses que estaba más rico, que sus cuentas en los bancos iban creciendo sin esfuerzo ni propósitos. No lograba inventar un destino cierto, ambicioso, para el dinero nuevo.

Hasta las cinco o seis de la tarde vendía repuestos de automóvil, de tractores, de cualquier clase de máquina. Pero a partir de las cuatro usaba el teléfono, paciente y sin rencor, para asegurarse contra la angustia, para asegurarse una mujer en una cama o en una mesa de restaurante. Se conformaba con poco, estrictamente con lo que le era necesario: una sonrisa, una caricia en los pómulos que pudiera ser confundida con la ternura o la comprensión. Después, claro, los actos de amor, escrupulosamente pagados con ropas, perfumes, objetos inútiles. Pagados también —el vicio, el dominio, la noche entera— con la resignación a las charlas versátiles e imbéciles.

Al regreso, en la madrugada, ella le respiraba los olores ordinarios, inocultables, y le espiaba la cara huesuda que perseguía, tan equivocada, la placidez. El hombre no traía nada para contarle. Miraba la fila de botellas en el armario y elegía, al azar, cualquiera. Hundido en el sillón, calmoso, con un dedo entre las páginas de un libro, bebía frente al silencio de ella, frente a sus simulacros de sueño, frente a sus ojos inmóviles y fijos en el techo. Ella no gritaba; durante un tiempo trató de comprender sin desprecio, quiso acercarle parte de la lástima que sentía por sí misma, por la vida y su final.

A mediados de setiembre, imperceptiblemente al principio, la mujer empezó a encontrar consuelo, a creer que la existencia está, como una montaña o una piedra, que no la hacemos nosotros, que no la hacían ni el uno ni el otro.

Nadie, nadie puede saber cómo ni por qué empezó esta historia. Lo que tratamos de contar se inició una tarde quieta de otoño, cuando el hombre sombró

el crepúsculo aún soleado del jardín y se detuvo para mirar alrededor, para olisquear el pasto, las últimas flores de los arbustos mal crecidos y salvajes. Estuvo inmóvil un rato, la cabeza caída sobre un costado, los brazos colgando y como muertos. Después avanzó hasta el cerco de cinacina y desde allí comenzó a medir el jardín con pasos regulares, contenidos, de alrededor de un metro cada uno. Caminó de sur a norte, después desde el este al oeste. Ella lo miraba protegida por las cortinas del piso alto; cualquier cosa fuera de la rutina podía ser el nacimiento de una esperanza, la confirmación de la desgracia. El niño chillaba sobre el fin de la tarde; tampoco nadie puede afirmar si estaba vestido ya de rosa, si lo habían vestido así desde el nacimiento o desde antes.

Aquella noche de domingo, el día más triste de la semana, el hombre dijo en la cocina mientras revolvía la taza de café: —Tanto terreno y no sirve para nada.

Ella le espía la cara ascética, su diluido tormento incomprendido. Vio una novedosa languidez maligna, un nacimiento de la voluntad.

—Siempre pensé... —dijo la mujer, comprendiendo mientras hablaba que en realidad estaba mintiendo, que no había tenido tiempo ni ganas de pensarlo, comprendiendo que la palabra siempre había perdido todo sentido—. Siempre pensé en árboles frutales, en canteros hechos con un plan, en un jardín de verdad.

Aunque ella había nacido allí, en la casa vieja alejada del agua de las playas que había bautizado, con cualquier pretexto, el viejo Petrus. Había nacido, se había criado allí. Y cuando el mundo vino a buscarla, no lo comprendió del todo, protegida y engañada por los arbustos caprichosos y mal criados, por el misterio — a luz y sombra— de los viejos árboles torcidos e intactos, por el pasto inocente, alto, grosero. Tuvo una madre que compró una máquina para el césped, un padre que supo prometer, en cada sobremesa nocturna, que el trabajo comenzaría mañana. Nunca lo hizo. Aceitaba a veces la máquina durante horas o la prestaba a un vecino durante meses.

Pero el jardín, el contrahecho remedo de selva, nunca fue tocado. Entonces la chiquilina aprendió que no hay palabra comparable a mañana: nunca, nada, permanencia y paz.

Muy niña descubrió la broma cariñosa de los arbustos, el pasto, cualquier árbol anónimo y torcido; descubrió con risas que amenazaban invadir la casa, para retroceder a los pocos meses, encogidos, satisfechos.

El hombre bebió el café y luego estuvo moviendo la cabeza con lentitud y resuelto. Hizo una pausa o la dejó llegar y extenderse.

—Puede quedar, cerca de los ventanales, un rincón para estirarse y tomar

cosas frescas cuando vuelva el verano. Pero el resto, todo, hay que aplastarlo con cemento. Quiero hacer peceras. Ejemplares raros, difíciles de criar. Hay gente que gana mucho dinero con eso.

La mujer sabía que el hombre estaba mintiendo; no creyó en su interés por el dinero, no creyó que nadie pudiera talar los viejos árboles inútiles y enfermos, matar el pasto nunca cuidado, las flores sin nombre conocido, pálidas, fugaces, cabizbajas.

Pero los hombres, los obreros, tres, se acercaron a conversar una mañana de domingo. Ella los miraba desde el piso alto; dos estaban de pie, rodeando el casi horizontal sillón del jardín de donde se alzaban las instrucciones, las preguntas sobre precio y tiempo; el tercero, agachado, con boina, enorme y plácido, mascaba un tallo.

Lo recordó hasta el final. El más viejo, el jefe, encorvado, con el pelo abundante y blanco, con las manos colgantes, se detuvo un rato de espaldas al portón enrejado. Contempló sin asombro los árboles despojados, la vasta superficie de yuyos entremezclados. Los otros dos avanzaron, cargados inútilmente con guadañas y palas, con picos, y el desconcierto que iba trabándoles las piernas. El más joven y grande, el más perezoso, continuaba mordisqueando el tallo rematado por la florcita sonrosada. Era una mañana de domingo y la primavera estremecía las hojas del jardín; ella los miraba tratando de equivocarse, la boca del niño colgada de un pecho.

Ella conocía el rencor, las ganas de dañarla del hombre. Pero todo había sido conversado tantas veces, comprendido hasta donde uno cree comprenderse y entender al otro, que no creyó posible la venganza, la destrucción del jardín y de su propia vida. A veces, cuando ambos aceptaban el sueño de haber olvidado, el hombre la encontraba tejiendo en algún lugar del jardín y reanudaba sin prólogo: —Todo está bien, todo está tan muerto como si nunca hubiera sucedido —la cara flaca y obsesiva se negaba a mirarla—. Pero, ¿por qué tuvo que nacer varón? Tantos meses comprándole lanas rosadas y el resultado fue ése, un varón. No estoy loco. Sé que lo mismo da, en el fondo. Pero una niña podría llegar a ser tuya, exclusivamente tuya. Ese animalito, en cambio...

Ella estuvo un rato quieta, sosegó las manos y por fin lo miró. Más flaco, más graneles los ojos claros, perniabierto a su lado, desolándose y burlón. Mentía, ambos sabían que el hombre estaba mintiendo; pero lo comprendían de manera muy distinta.

—Ya hablamos tanto de esto —dijo aburrida la mujer—. Tantas veces tuve que escucharte...

—Es posible. Menos veces, siempre, que mis impulsos de volver al tema. Es un varón, tiene mi nombre, yo lo mantengo y tendré que educarlo. ¿Podemos tomar distancia, mirar desde afuera? Porque, en ese caso, yo soy un caballero o un pobre diablo. Y vos, una putita astuta.

—Mierda —dijo ella, suavemente, sin odio, sin que pudiera saberse a quién hablaba.

El hombre volvió a mirar el cielo que se apagaba, la primavera indudable. Giró y se puso a caminar hacia la casa.

Tal vez toda la historia haya nacido de esto, tan sencillo y terrible; depende, la opción, de que uno quiera pensarlo o se distraiga: el hombre solo creía en la desgracia y en la fortuna, en la buena o en la mala suerte, en todo lo triste y alegre que puede caernos encima, lo merezcamos o no. Ella creía saber algo más; pensaba en el destino, en errores y misterios, aceptaba la culpa y —al final— terminó admitiendo que vivir es culpa suficiente para que aceptemos el pago, recompensa o castigo. La misma cosa, al fin y al cabo.

A veces el hombre la despertaba para hablarle de Mendel. Encendía la pipa o un cigarrillo y aguardaba para asegurarse de que ella estaba resignada y escuchando. Tal vez esperara, él, un milagro en su alma o en el de su mujer desnuda, cualquier cosa que pudiera ser exorcizada y les diera la paz o un engaño equivalente.

—¿Por qué con Mendel? Podías haber elegido entre tantos mejores, entre tantos que me avergonzaran menos.

Quería volver a escuchar el relato de los encuentros de la mujer con Mendel; pero, en realidad, retrocedía siempre, miedoso de saber del todo, definitivamente; resuelto, en el fondo, a salvarse, a ignorar el porqué. Su locura era humilde y podía ser respetada.

Mendel o cualquier otro. Lo mismo daba. No tenía nada que ver con el amor.

Una noche el hombre trató de reír:

—Y, sin embargo, así estaba escrito. Porque las cosas se han enredado, o se pusieron armónicas, de tal manera que hoy puedo mandarlo a Mendel a la cárcel. A Mendel, a ningún otro. Un papelito falsificado, una firma dibujada por él. Y no me muevo por celos. Tiene una mujer y tres hijos totalmente suyos. Una casa o dos. Sigue pareciendo feliz. No se trata de los celos sino de la envidia. Es difícil de entender. Porque a mí, personalmente, de nada me sirve destrozar todo eso, hundir o no a Mendel. Deseaba hacerlo desde mucho antes del descubrimiento, desde

antes de saber que era posible. Imagino, ¿sabés?, la posibilidad de la envidia pura, sin motivos concretos, sin rencor. A veces, muy pocas, la encuentro posible.

Ella no contestó. Acurrucada contra el primer frío del alba pensaba en el niño, esperaba el primer llanto del hambre. Él, en cambio, esperaba el milagro, la resurrección de la chica encinta que había conocido, la suya propia, la del amor que se creyeron, o fueron construyendo durante meses, con resolución, sin engaño deliberado, abandonados tan cerca de la dicha.

Los hombres empezaron a trabajar un lunes, aserrando sin prisa los árboles que se llevaban al final de la jornada en un camión destartado, rugiente de vejez, siempre torcido. Días después comenzaron a guadañar los yuyos floridos, el pasto que se había hecho jugoso y recto. No cumplían ningún horario regular; tal vez hubieran contratado la totalidad del trabajo, directamente, dejando de lado el engorre de los jornales, las faltas y las perezas. Sin embargo, tampoco mostraron nunca apresurarse.

El hombre no le hablaba nunca de lo que estaba ocurriendo en el jardín. Seguía flaco y callado, fumaba y bebía. El cemento se extendía ahora sobre la tierra y sus recuerdos, blanco, grisáceo en seguida.

Entonces, al final de un desayuno, rencoroso e incauto, el hombre apagó el cigarrillo en el fondo de una taza y, casi sonriendo, como si comprendiera de verdad el destino de sus palabras, dijo lento, sin mirarla: —Sería bueno que vigilaras el trabajo de los poceros. Entre una y otra mamadera. No veo que el portland avance.

Desde aquel momento los tres peones se convirtieron en poceros. Ahora traían grandes chapas de vidrio para hacer las peceras, enormes, distribuidas con deliberada asimetría, desproporcionadas para toda clase de fauna que quisiera criarse allí.

—Sí —dijo ella—. Puedo hablar con el viejo. Ir al lugar donde estaba el jardín y mirarlos trabajar.

—El viejo —se burló el hombre—. ¿Sabe hablar? Creo que los dirige moviendo las manos y las cejas.

Empezó a bajar diariamente al cemento, de mañana y de tarde, aprovechando los horarios caprichosos que ellos elegían. Acaso también podía decirse de ella que estaba rencorosa e incauta.

Caminaba despacio, más crecida ahora sobre el piso duro y parejo, desconcertada, moviéndose en sesgo, restaurando los antiguos desvíos, los perdidos atajos que habían impuesto alguna vez los árboles y los canteros. Miraba

a los hombres, veía erguirse las enormes peceras. Oía el aire, esperaba la soledad de las cinco de la tarde, el rito diario, el absurdo conquistado, hecho casi costumbre.

Primero fue la incomprensible excitación del pozo por sí mismo, el negro agujero que se hundía en la tierra. Le hubiera bastado. Pero pronto descubrió, en el fondo, la pareja de hombres trabajando, con los torsos desnudos. Uno, el del yuyo mascado, moviendo con descuido los enormes bíceps; el otro, largo y flaco, más lento, más joven, provocando la lástima, el afán de ayudarlo y pasarle un trapo por la frente sudada.

No sabía cómo alejarse y mentirse a solas.

El viejo fumaba mal acomodado en un tronco. La miraba impasible.

—¿Trabajan? —preguntó ella, sin interés.

—Sí señora, trabajan. Exactamente lo que tienen que hacer cada día, cada jornada. Para eso estoy yo. Para eso, y otras cosas que adivino. Pero no soy Dios. Presiento, apenas, y ayudo cuando puedo.

Los poceros la saludaban moviendo una vez las cabezas cordiales y taciturnas. Muy pocas veces podían inventar un tema de conversación, pretextos que rebotaran algunos minutos. Ella y la pareja de poceros, el gigante tranquilo, con la boina siempre puesta y mascando un yuyo que ya no podía haber arrancado del jardín cegado, el otro, muy joven y delgado, tonto de hambre, enfermo. Porque el viejo no hablaba y podía pasar inmóvil la jornada entera, de pie o sentado en la tierra, haciéndose cigarrillos, uno tras otro.

Cavaban, medían y sudaban como si algo de esto pudiera importarle a ella, como si estuviera viva y fuese capaz de participar. Como si hubiera sido dueña algún día de los árboles desaparecidos y los pastos muertos. Hablaba de cualquier cosa, exagerando la cortesía, el respeto, esa forma de la tristeza que ayuda a unir. Hablaba de cualquier cosa y dejaba siempre sin final las frases, esperando las cinco de la tarde, esperando que los hombres se fueran.

La casa estaba rodeada por un cerco de cinacinas. Ya eran árboles, de casi tres metros de altura, aunque los troncos conservaban una delgadez adolescente. Los habían plantado muy juntos pero supieron crecer sin estorbarse, apoyándose uno en el otro, entreverando las espinas.

A las cinco de la tarde los poceros imaginaban escuchar una campana y el viejo alzaba un brazo. Guardaban, tiraban las herramientas en la sombra fresca del galpón, saludaban y se iban. El viejo adelante, el animal de la boina y el flaco encorvado después, para que las nubes y el resto del sol se enteraran del respeto a

las jerarquías. Lentos los tres, fumando calmosos, sin ganas.

En el piso alto, de espaldas al griterío en la cuna, la mujer los espiaba para asegurarse. Aguardaba inmóvil diez o quince minutos. Entonces bajaba hacia lo que había sido en un tiempo su jardín, esquivando obstáculos que ya no existían, taconeaba sobre el cemento hasta llegar al cerco de cinacinas. No ensayaba siempre el mismo lugar, claro. Podía marcharse por el gran portón de hierro que usaban los poceros, las imaginarias visitas; podía escapar por la puerta del garaje, siempre abierta cuando el coche estaba afuera.

Pero elegía, sin convicción, sin deseo de verdad, el juego inútil y sangriento con las cinacinas, contra ellas, plantas o árboles. Buscaba, para nada, sin ningún fin, abrirse un camino entre los troncos y las espinas. Jadeaba un tiempo, abriéndose las manos. Concluía siempre en el fracaso, aceptándolo, diciéndole que sí con una mueca, una sonrisa.

Después atravesaba el crepúsculo, lamiéndose las manos, mirando el cielo de esta primavera recién nacida y el cielo tenso, promisorio, de primaveras futuras que tal vez transcurriera su hijo. Cocinaba, atendía al niño, y con un libro siempre mal elegido comenzaba la espera del hombre, en uno de los dos sillones floreados o tendida en la cama. Escondía los relojes y esperaba.

Pero todas las noches, los regresos del hombre eran idénticos, confundibles. Cerca de octubre le tocó leer: "Figúrense ustedes el pesar creciente, el ansia de huir, la repugnancia impotente, la sumisión, el odio". El hombre escondió el coche en el garaje, cruzó el cemento y subió. Era el mismo de siempre, la frase recién leída por ella no logró transformarlo. Se paseaba por el dormitorio haciendo sonar el llavero, contando historias simples o complejas de la jornada, mintiéndole, inclinando a veces en las pausas la cara pomulosa, los ojos crecientes. Tan triste como ella, acaso.

Aquella noche la mujer se abandonó, exigió, como no lo había hecho desde muchos meses antes. Todo lo que los hiciera felices o los ayudara a olvidar era bienvenido, sagrado. Bajo la pequeña luz semiescondida, el hombre terminó por dormirse, casi sonriente, aquietado. Insomne, regresando, ella descubrió sin asombro, sin tristeza, que desde la infancia no había tenido otra felicidad verdadera, sólida, aparte de los verdes arrebatados al jardín. Nada más que eso, esas cosas cambiantes, esos colores. Y estuvo pensando, hasta el primer llanto del niño, que él lo había intuido, que quiso privarla de lo único que le importaba en realidad. Destruir el jardín, continuar mirándola manso con los ojos claros y ojerosos, jugar su sonrisa, indirecta, ambigua.

Cuando empezaron los ruidos de la mañana, la mujer mostraba los dientes al techo, pensando, una vez y otra, en la primera parte del Ave María. Nada más,

porque no podía admitir la palabra muerte. Reconocía no haber sido engañada nunca, aceptaba haber acertado en los desconciertos, los miedos, las dudas de la infancia: la vida era una mezcla de imprecisiones, cobardías, mentiras difusas, no por fuerza siempre intencionadas.

Pero recordaba, aún ahora y con mayor fuerza, la sensación de estafa iniciada al final de la infancia, atenuada en la adolescencia gracias a deseos y esperanzas. Nunca había pedido nacer, nunca había deseado que la unión, tal vez momentánea, fugaz, rutinaria, de una pareja en la cama (madre, padre, después y para siempre) la trajeran al mundo. Y sobre todo, no había sido consultada respecto a la vida que fue obligada a conocer y aceptar. Una sola pregunta anterior y habría rechazado, con horror equivalente, los intestinos y la muerte, la necesidad de la palabra para comunicarse e intentar la comprensión ajena.

—No —dijo el hombre cuando ella trajo el desayuno desde la cocina—. No pienso hacer nada contra Mendel. Ni siquiera ayudar.

Estaba vestido con un cuidado extraño, como si no fuera a la oficina sino a una fiesta. Ante el traje nuevo, la camisa blanca, la corbata nunca usada, ella gastó minutos en recordar y creer en su recuerdo. Así había estado para ella durante el noviazgo. Estuvo moviéndose deslumbrada e incrédula, aliviada de angustias y de años.

El hombre mojó un pedazo de pan en la salsa y apartó el plato. La mujer vio brillar tímida, tanteadora, la nueva mirada que le llegaba desde la mesa o que ella tuvo que inventarse.

—Voy a quemar el cheque de Mendel. O puedo regalártelo. De todos modos, es cuestión de días. El pobre hombre.

Ella tuvo que esperar un tiempo. Luego consiguió apartarse de la chimenea y fue a sentarse frente al hombre flaco, sin sufrir y paciente, esperando que se fuera.

Cuando escuchó morir el ruido del coche en la carretera, subió al dormitorio; encontró en seguida el pequeño inútil revólver con cachas de nácar y estuvo mirándolo sin tocarlo. Fuera de ella, tampoco había llegado el verano, aunque la primavera avanzaba enfurecida y los días, las pequeñas cosas, no podían ni hubieran querido detenerse.

Por la tarde, luego del rito con las espinas y las perezosas líneas de sangre en las manos, la mujer aprendió a silbar con los pájaros y supo que Mendel había desaparecido junto con el hombre, flaco. Era posible que nunca hubieran existido. Quedaba el niño en la planta alta y de nada le servía para atenuar su soledad.

Nunca había estado con Mendel, nunca lo había conocido ni le había visto el cuerpo corto y musculoso; nunca supo de su tesonera voluntad masculina, de su risa fácil, de su despreocupada compenetración con la dicha. El tajo de la frente goteaba ahora con lentitud a lo largo de la nariz.

Lloró el niño y tuvo que subir. El viejo fumaba sentado en una piedra, tan quieto, tan nada, que parecía formar parte de su asiento. Los otros dos estaban invisibles en el fondo de un pozo. Arriba, consoló al niño y vio en el suelo el traje arrugado del hombre. Estuvo escarbando, miró papeles llenos de cifras, monedas, un documento. Por fin, la carta.

Estaba hecha con una letra femenina, muy hermosa y clara, impersonal. No llegaba a las dos carillas y la firma ostentaba un significado incomprensible: *Másam*. Pero el sentido de la carta, la acumulación de tonterías, de juramentos, de frases que pretendían, simultáneamente, el ingenio y el talento, era muy claro. “Debe ser muy joven —pensó la mujer, sin lástima ni envidia—; así escribía yo, le escribía.” No encontró fotografías.

Al pie de *Másam* el hombre había escrito con tinta roja: “Tendrá dieciséis años y vendrá desnuda por encima y debajo de la tierra para estar conmigo tanto tiempo como duren esta canción y esta esperanza”.

Nunca llegó a tener celos del hombre ni pudo odiarlo; acaso, un poco, a la vida, a su propia incomprensión, a una indefinida mala jugada que le había hecho el mundo. Durante semanas continuaron viviendo como siempre. Pero él no tardó en sentir el cambio, en percibir que los rechazos y los perdones se iban transformando en una lejanía mansa, sin hostilidad.

Decían cosas, pero en realidad ya no conversaban. Ella soslayaba impasible las chispas de súplica que a veces saltaban de los ojos del hombre. “Es lo mismo que si estuviera muerto desde meses atrás, que no nos hubiéramos conocido nunca, que no se encontrara a mi lado.” Ninguno de los dos tenía nada que esperar. La frase no vendría, esquivaban los ojos. El hombre jugaba con el cigarrillo y el cenicero; ella estiraba manteca y jalea sobre el pan.

Cuando él regresaba a medianoche, la mujer dejaba de leer, fingía dormir o hablaba del trabajo en el jardín, de las camisas mal lavadas, del niño y del precio de la comida. Él la escuchaba sin hacer preguntas, incurioso, sin traer nada verdadero para contar. Después sacaba una botella del armario y bebía en la madrugada, solo o con un libro.

Ella, en el aire nocturno de verano, le espiaba el perfil aguzado, la parte posterior de la cabeza, donde aparecían canas imprevistas días antes, donde el cabello empezaba a ralea. Dejó de tenerse lástima y la colocó en el hombre. Ahora,

en los regresos, él se negaba a comer. Iba hasta el armario y bebía en la noche, en el alba. Tendido en la cama, hablaba a veces con una voz ajena, sin dirigirse a ella ni al techo; contaba cosas felices e increíbles, inventaba personas y acciones, circunstancias simples o dudosas.

Se decidió una noche en que el hombre llegó muy temprano, no quiso leer ni desvestirse, le estuvo sonriendo antes de hablar. “Quiere ayudar el paso del tiempo. Me contará una mentira exactamente tan larga como le convenga. Algo incrustado absurdamente en nuestras vidas, en la mortecina historia que estamos viviendo.” El hombre trajo una copa apenas mediada y le ofreció otra llena. Sabía, desde años atrás, que ella no iba a tocarla. No le había dado tiempo a meterse en la cama, la sorprendió en el gran sillón mientras ella miraba una vez y otra el libro, las palabras que conocía de memoria: “Figúrense ustedes el pesar creciente, el ansia de huir, la repugnancia impotente, la sumisión, el odio”.

El hombre se sentó frente a ella, escuchó las rutinarias novedades, asintiendo en silencio. Cuando se acercaba la muerte de la pausa, dijo, con otras palabras: —El viejo. Ese que cobra, fuma, mira despreocupado el trabajo de los peones. Estudió un año en el seminario, estudió arquitectura unos meses. Habla de un viaje a Roma. ¿Con qué dinero, el pobre diablo? No sé cuánto tiempo después, varios años en todo caso, eligió reaparecer por estos lugares, por la ciudad. Estaba disfrazado de cura. Mentía, sin alarde, confundiendo y despistando. No se sabe cómo, pudo vivir dos días y dos noches en el seminario. Trató de conseguir ayuda para construir una capilla. Exhibía, desplegaba, con una obstinación semejante al furor, planos azulosos. Finalmente, volvieron a echarlo, a pesar de que él ofreció hacerse cargo de los gastos, reunir personalmente el dinero necesario.

—Tal vez haya sido entonces, no antes, que se disfrazó con la sotana y anduvo golpeando puerta por puerta para pedir ayuda. No para él sino para la capilla. Parece que lograba convencer con su fervor y con la vaga historia de su fracaso. Había tenido la astucia de ir depositando en el juzgado el dinero que recibía. De modo que cuando intervinieron los verdaderos curas no hubo más remedio que conformarse con una multa, que no pagó él, y algunos días de cárcel. Después, nadie pudo impedirle que se dedicara a hacer casas. Puso el techo a tantos horrores que nos rodean, aquí, en Villa Petrus, que la gente le dice “el constructor”. Tal vez alguno le llame “señor arquitecto”. No sé si es verdad o mentira. Quién perdería tiempo en averiguarlo.

—¿Y si fuera verdad? —murmuró ella sobre el vaso.

—De todos modos, no es historia nuestra.

Ella giró en la cama. Pensó en cualquiera que estuviera vivo o hubiera

cumplido el rito incomprensible de vivir, en cualquiera que estuviera viviendo o lo hubiera hecho siglos atrás, con preguntas que solo obtenían el consabido silencio. Hombre o mujer, ya daba lo mismo. Pensó en el pocero gigantesco, en cualquiera, en la compasión.

—Mientras cumpla... —comenzó a decir él; entonces sonó el teléfono y el hombre se levantó, delgado y ágil, retardando los largos pasos. Habló en el corredor oscuro y volvió al dormitorio con cara de fastidio, casi rabioso.

—Es Montero, desde la oficina. Se había quedado por el balance y ahora... Ahora me dice que hay algo raro, que necesita verme en seguida. Si no te molesta...

Ella no tuvo necesidad de examinarle la cara para comprender, para recordar que había sabido desde el principio el porqué del incongruente relato sobre el viejo; que él había hablado y ella escuchó solo para esperar juntos el llamado telefónico, la confirmación de la cita.

—Más Am —pronunció la mujer, sonriendo apenas, sintiendo que la lástima crecía sin volver hacia ella. Tomó su vaso de un trago y se alzó para traer la botella y colocarla en la pequeña mesa, a su lado.

El hombre no entendió, se mantuvo sin entender ni contestar.

—Pero si te parece mejor que me quede... —insistió.

La mujer volvió a sonreír mirando recta hacia la cortina que se movía con pereza en la ventana.

—No —repuso. Volvió a llenar su vaso y se inclinó para beber sin derramar, sin ayuda de las manos.

El hombre permaneció un rato de pie, silencioso e inmóvil. Después volvió al corredor para buscar un sombrero y un abrigo. Ella esperó quieta el ruido del coche; luego, casi feliz en el centro exacto de la soledad y del silencio, estuvo sacudiendo la cabeza atontada y otra vez más puso coñac en la copa. Estaba decidida, segura ya de que era inevitable, sospechando que lo había querido desde el momento que vio el pozo y, adentro, el tórax del hombre que cavaba, los brazos enormes y blancos cumpliendo sin esfuerzo el ritmo del trabajo. Pero no podía renunciar a la desconfianza: no lograba convencerse de que era ella quien estaba eligiendo, pensaba que alguien, otros o algo había decidido por ella.

Fue fácil y ella lo sabía de tiempo atrás. Esperó en el jardín, en sus restos, tejiendo sin interés como siempre, hasta que la bestia salió de la cueva, tomó un jarro de agua y anduvo buscando la manguera para refrescarse. Le hizo una seña y lo trajo. Junto al garaje, aventuró preguntas tontas. No se miraban. Ella preguntó si podrían volver a trepar allí flores y plantas, arbustos o yuyos, cualquier forma

vegetal y verde.

El hombre se agachó, estuvo escarbando con las uñas sucias y roídas el pedazo de tierra arenosa que le ofrecían.

—Puede —dijo al levantarse—. Es cuestión de querer, un poco de paciencia y cuidado.

Rápida y susurrante y voluntariosa, sin haberlo oído, con las manos unidas en la espalda, mirando el cielo nuboso y su amenaza, la mujer ordenó: —Después que se vayan. Y que nadie lo sepa. ¿Jura?

Impasible, ajeno, sin enterarse, el hombre se tocó la sien y asintió con su voz pesada.

—Vuelva a la seis y entre por el portón.

El gigante se alejó sin despedirse, lento, balanceándose. El viejo estuvo escuchando a los ángeles que anunciaban las cinco de la tarde y ordenó el regreso. Aquella tarde ella dejó en paz las cinacinas; lenta, sonámbula, arrepentida e incrédula fue trepando la escalera y cuidó al niño. Luego, desde la ventana, se puso a vigilar el camino, a mirar el creciente añil del cielo. “Estoy loca, o estuve y lo sigo estando y me gusta”, se repetía con una invisible sonrisa feliz. No pensaba en la venganza, en el desquite; apenas, levemente, en la infancia lejana e incomprensible, en un mundo de mentira y desobediencia.

El hombre llegó al portón a las seis, con el yuyo mascado adornándole una oreja. Ella lo dejó caminar, muy lento, un rato, sobre el cemento que cubría el jardín asesinado. Cuando el gigante se detuvo, bajó corriendo —el tambor veloz y acompasado de los peldaños bajo sus tacos— y se acercó empequeñecida, hasta casi tocar el cuerpo enorme. Le olió el sudor, estuvo contemplando la estupidez y la desconfianza en los ojos parpadeantes. Empinándose, con un pequeño furor, sacó la lengua para besarlo. El hombre jadeó y fue torciendo la cabeza hacia la izquierda.

—Está el galpón —propuso.

Ella rió suavemente, breve; estuvo mirando calmosa las cinacinas, como si se despidiera. Había manoteado una muñeca del hombre.

—No en el galpón —repuso por fin y con dulzura—. Muy sucio, muy incómodo. O arriba o nada —como a un ciego lo guió hasta la puerta, lo ayudó a subir la escalera. El niño dormía. Misteriosamente, el dormitorio se conservaba idéntico, invicto. Persistían la cama ancha y rojiza, los escasos muebles, el armario de las bebidas, las cortinas inquietas, los mismos adornos, floreros, cuadros, candelabro.

Sorda, lejana, lo dejó hablar sobre el tiempo, jardines y cosechas. Cuando el pocero estaba terminando la segunda copa se le acercó a la cama y dio otras órdenes. Nunca había imaginado que un hombre desnudo, real y suyo pudiera ser tan admirable y temible. Reconoció el deseo, la curiosidad, un viejo sentimiento de salud dormido por los años. Ahora lo miraba acercarse; y empezó a tomar conciencia del odio por la superioridad física del otro, del odio por lo masculino, por el que manda, por quien no tiene necesidad de hacer preguntas inútiles.

Lo llamó y tuvo al pocero con ella, hediondo y obediente. Pero no se pudo, una vez y otra, porque habían sido creados de manera definitiva, insalvable, caprichosamente distinta. El hombre se apartó rezongando, con la garganta atascada y odiosa: —Siempre es así. Siempre me pasó —hablaba con tristeza y recordando, sin rastro de orgullo.

Oyeron el llanto del niño. Sin palabras, sin violencia, ella consiguió que el hombre se vistiera, le dijo mentiras mientras le acariciaba la mejilla barbuda: —Otra vez —murmuró como despedida y consuelo.

El hombre se metió de regreso en la noche, mordiendo acaso un yuyo, pisoteando la ira, el antiguo, injusto fracaso.

(En cuanto al narrador, solo está autorizado a intentar cálculos en el tiempo. Puede reiterar en las madrugadas, en vano, un nombre prohibido de mujer. Puede rogar explicaciones, le está permitido fracasar y limpiarse al despertar lágrimas, mocos y blasfemias).

Tal vez haya sucedido al día siguiente. Tal vez el viejo, la cara flaca, más vieja que él, libre de expresión, haya esperado un tiempo más. Media semana, supongamos. Hasta que la vio ambular por lo que había sido jardín, entre la casa y el galpón, colgando pañales de un alambre.

Encendió el flojo cigarrillo y, antes de moverse, susurró malhumorado a los peones: —Quiero saber si nos adelantan la quincena.

Muy lento, casi gimiendo logró desprenderse del asiento y anduvo rengueando hacia la mujer. La encontró sin esperanza, más infantil que nunca, casi tan liberada del mundo y sus promesas como él mismo. El seminarista arquitecto la miró con lástima, fraternal.

—Escuche, señora —pidió—. No necesito respuesta. Ni siquiera, con usted, palabras.

Trabajosamente extrajo de un bolsillo del pantalón un puñado de rosas recién abiertas, pequeñas hasta el prodigio, vulgares y con los tallos quebrados. Ella las tomó sin vacilar, las envolvió en un trapo húmedo y continuó esperando.

No desconfiaba; y los ojos cansados del viejo solo servían para dar paso a unas antiguas ganas de llorar que no estaban ya relacionadas con su vida actual, con ella misma. No dijo gracias.

—Escuche, hija —volvió a pedir el viejo—. Eso, las rosas, son para que usted olvide o perdone. Es lo mismo. No importa, no queremos saber de qué estamos hablando. Cuando las flores se mueran y tenga que tirarlas, piense que somos, nos guste o no, hermanos en Cristo. Le habrán dicho muchas cosas de mí, aunque usted vive sola. Pero no estoy loco. Miro y soporto.

Agachó la cabeza para saludar y se fue. Fatigado por el monólogo empezaba a escuchar en el aire quieto y tormentoso de la tarde el prelude de las cinco campanadas.

—Vamos —dijo a los poceros—. No hay quincena adelantada, parece.

Después de varias noches entre la espera y una esperanza sin destino, una, antes del aburrimiento del libro y el sueño indomable, oyó el ruido del coche en el garaje, el atenuado silbido que trepaba cuidadoso la escalera. Ignorante, inocente en definitiva de tantas cosas, el hombre silbaba “The man I love”.

Ella lo miró moverse, le hizo una mueca de saludo, aceptó la copa que le acercaron.

—¿Fuiste al médico? —preguntó la mujer—. Lo habías prometido, ¿o lo juraste?

El perfil huesudo sonrió sin volverse, feliz por darle algo.

—Sí. Fui. No pasa nada. Un hombre esquelético desnudo frente a un gordo apacible. La rutina de las placas y los análisis. Un hombre gordo en guardapolvo, tal vez no exageradamente limpio, que no creía en su martillito, en su estetoscopio, en las órdenes que se puso a escribir. No; no pasa nada que ellos puedan comprender, curar.

Ella aceptó, por primera vez, otra copa rebosante. Movi6 los dedos y tuvo un cigarrillo. Estuvo riendo y envaró el cuerpo para suprimir la tos. El hombre la miraba, asombrado, casi feliz. Dio un paso para sentarse en la cama, pero ella, lenta, se fue apartando de las sábanas, de la caricia paternal. Conservaba medio cigarrillo encendido y continuó fumando, cautelosa.

Estaba de espaldas cuando dijo:

—¿Por qué te casaste conmigo?

El hombre le miró un rato las formas flacas, el pelo enrevesado en la nuca; luego caminó hacia atrás, hacia el sillón y la mesa. Otra copa, otro cigarrillo, rápido

y seguro. La pregunta de la mujer había envejecido, marcaba arrugas, se extendía en desorden como una planta de hiedra aferrada a un muro con sus uñas. Pero tuvo que ganar tiempo; porque la mujer, aunque nunca llegaron a saberlo ellos, aunque nunca lo supo nadie, era más inteligente y desdichada que el hombre flaco, su marido.

—No tenías dinero, no fue por eso —trató de bromear el hombre—. El dinero vino después, sin culpa mía. Tu madre, tus hermanos.

—Ya estuve pensando en eso. Nadie lo hubiera adivinado. Y además, no te interesa el dinero. Lo que es peor, se me ocurre a veces. Entonces vuelvo: ¿por qué te casaste conmigo?

El hombre fumó un rato en silencio, diciendo que sí con la cabeza, dilatando los labios exangües encima de la copa.

—¿Todo? —preguntó por fin; estaba lleno de cobardía y de lástima.

—Todo, claro —la mujer se incorporó en la cama para verle enflaquecer la cabeza endurecida y resuelta.

—Tampoco lo hice porque estuvieras esperando un hijo de Mendel. No hubo piedad, ningún deseo de ayudar al prójimo. Entonces era muy simple. Te quería, estaba enamorado. Era el amor.

—Y se fue —afirmó ella desde la cama, casi gritando. Pero, inevitablemente, también preguntaba.

—Con tanta astucia y disimulo y traición. Se fue; no podría decir si eligió semanas o meses o prefirió desvanecerse suavemente, una hora y otra. Es tan difícil de explicar. Suponiendo que yo sepa, que entienda. Aquí, en el balneario que inventó Petrus, eras la muchacha. Con o sin el feto removiéndose. La muchacha, la casi mujer que puede ser contemplada con melancolía, con la sensación espantosa de que ya no es posible. El pelo se va, los dientes se pudren. Y, sobre todo, saber que para vos nacía la curiosidad y yo empezaba a perderla. Es posible que mi matrimonio contigo haya sido mi última curiosidad verdadera.

Ella continuó esperando, en vano. Por fin se levantó, se puso una bata y enfrentó al hombre en la mesa.

—¿Todo? —preguntó—. ¿Estás seguro? Te pido por favor. Y si es necesario que me arrodille... Por este pequeño pasado que nos ayudamos a pisotear, sin acuerdo, libres, por este pasado encima del cual, hombro contra hombro, por razones de espacio, nos agachamos para aliviarnos...

El hombre, con el cigarrillo colgando de la boca adelgazada, se volvió hacia

ella y las vértebras le sonaron en la nuca. Sin piedad ni sorpresa, apagada por la costumbre, ella estuvo mirando el rostro de cadáver.

—¿Todo? —se burló el hombre—. ¿Más todo? —hablaba hacia la copa en alto, hacia momentos perdidos, hacia lo que creía ser—. ¿Todo? Tal vez no lo comprendas. Ya hablé, creo, de la muchacha.

—De mí.

—De la muchacha —porfió él.

La voz, las confusiones, la cuidada lentitud de los movimientos. Estaba borracho y próximo a la grosería. Ella sonrió, invisible y feliz.

—Eso dije —continuó el hombre, despacio, vigilante—. La que todo tipo normal busca, inventa, encuentra, o le hacen creer que encontró. No la que comprende, protege, mimas, ayuda, endereza, corrige, mejora, apoya, aconseja, dirige y administra. Nada de eso, gracias.

—¿Yo?

—Sí, ahora; y todo el maldito resto —se apoyó en la mesa para ir al baño.

Ella se quitó la bata, el camisón de pupila de orfanato y lo estuvo esperando. Lo esperó hasta verlo salir desnudo y limpio del baño, hasta que le hizo una vaga caricia y, tendido a su lado en la cama, comenzó a respirar como un niño, en paz, sin recuerdo ni pecado, inmerso en el silencio inconfundible donde una mujer ahoga su llanto, su exasperación domada, su sentido atávico de la injusticia.

El segundo pocero, el flaco y lánguido, el que parecía no entender la vida y pedirle un sentido, una solución, resultó más fácil, más suyo. Acaso por la manera de ser del hombre, acaso porque lo tuvo muchas veces.

Después de las cinco se hería con las cinacinas, cerrando los ojos. Se lamía lentamente las manos y las muñecas. Desgarbado, vacilante, sin comprender, el segundo pocero llegaba a las seis y se dejaba llevar al galpón que olía a encierro y oveja.

Desnudo, se hacía niño y temeroso, suplicante. La mujer usó todos sus recuerdos, sus repentinas inspiraciones. Se acostumbró a escupirlo y cachetearlo, pudo descubrir, entre la pared de zinc y el techo, un rebenque viejo, sin grasa, abandonado.

Disfrutaba llamándolo con silbidos como a un perro, haciendo sonar los dedos. Una semana, dos semanas o tres.

Sin embargo, cada golpe, cada humillación, cada cobro y alegría la introducían en la plenitud y el sudor del verano, en la culminación que solo puede

ser continuada por el descenso.

Había sido feliz con el muchacho y a veces lloraron juntos, ignorando cada uno el porqué del otro. Pero, fatalmente y lenta, la mujer tuvo que regresar de la sexualidad desesperada a la necesidad de amor. Era mejor, creyó, estar sola y triste. No volvió a ver a los poceros; bajaba en el crepúsculo, después de las seis, y se acercaba cautelosa a los árboles del cerco.

—Sangre —la despertaba el hombre al volver de madrugada—; sangre en las manos y en la cara.

—No es nada —respondía ella esperando el regreso del sueño—. Todavía me gusta jugar con los árboles.

Una noche el hombre volvió para despertarla; se sirvió una copa mientras se aflojaba la corbata. Sentada en la cama, la mujer le oyó la risa y la estuvo comparando con el ruido claro, fresco, incontenible que le había escuchado años atrás.

—Mendel —dijo por fin—. Tu maravilloso, irresistible amigo Mendel. Y, en consecuencia, mi amigo del alma. Está preso desde ayer. Y no por mis papeles, documentos, sino porque era forzoso que terminara así.

Ella pidió una copa sin soda y la tomó de un trago.

—Mendel —dijo con asombro, incapaz de entender, de adivinar.

—Y yo —murmuró el hombre en tono de verdad— no sabiendo todo el día si le hago un favor entregándole al juez los sucios papeles o quemándolos.

Hasta que, en mitad del verano, llegó la tarde prevista mucho tiempo antes, cuando tenía su jardín salvaje y no habían llegado poceros a deshacerlo.

Caminó por el jardín que aplastaba el cemento y se arrojó sonriente, con técnica muy vieja y sabida, contra las cinacinas y sus dolores.

Rebotó en blanduras y docilidades, como si las plantas se hubieran convertido repentinamente en varas de goma. Las espinas no tenían ya fuerza para herir y goteaban, apenas, leche, un agua viscosa y lenta, blancuzca, perezosa. Probó otros troncos y todos eran iguales, manejables, inofensivos, rezumantes.

Se desesperó al principio y terminó por aceptar; tenía la costumbre. Ya habían pasado las cinco de la tarde y los peones se habían ido. Arrancando al paso algunas flores y hojas se detuvo para rezar, de pie, debajo de la araucaria inmortal. Alguien gritaba, hambriento o asustado en el primer piso. Con una flor magullada en la mano, comenzó a subir la escalera.

Amamantó al niño hasta sentirlo dormido. Después se bendijo y fue

refregando los pasos hacia el dormitorio. Escarbó en el ropero y pudo encontrar, casi en seguida, entre camisas y calzoncillos, el Smith and Wesson, inútil, impotente. Todo era un juego, un rito, un prólogo.

Pero volvió a rezar, mirando el brillo azulado del arma, dos primeras mitades del Ave María; fue resbalando hasta caer en la cama, reconstruyó la primera vez y tuvo que abandonarse, llorar, ver de nuevo la luna de aquella noche, entregada, como una niña. El caño helado del revólver muerto atravesó los dientes, se apoyó en el paladar.

De vuelta al cuarto del niño, le robó la bolsa de agua caliente. En el dormitorio, envolvió en ella el Smith and Wesson, aguardando con paciencia que el caño adquiriera temperatura humana para la boca ansiosa.

Admitió, sin vergüenza, la farsa que estaba cumpliendo. Luego escuchó, sin prisa, sin miedo, los tres golpes fallidos del percutor. Escuchó, por segundos, el cuarto tiro de la bala que le rompía el cerebro. Sin entender, estuvo un tiempo en la primera noche y la luna, creyó que volvía a tener derramado en su garganta el sabor del hombre, tan parecido al pasto fresco, a la felicidad y al veraneo. Avanzaba pertinaz en cada bocacalle del sueño y el cerebro deshechos, en cada momento de fatiga mientras remontaba la cuesta interminable, semidesnuda, torcida por la valija. La luna continuaba creciendo. Ella, horadando la noche con sus pequeños senos resplandecientes y duros como el zinc, siguió marchando hasta hundirse en la luna desmesurada que la había esperado, segura, años, no muchos.

(1963)

LA MUERTE Y LA NIÑA

I

El médico se echó hacia atrás y estuvo un rato golpeando el recetario ya inútil —muerto por el ocio, la vejez y la riqueza no buscada— con el cabo de su lapicera verde.

Pensaba, un instante, en sí mismo; pensaba, mirando la cara ascética del visitante imprevisto, imprevisible, el enfermo sano y bien vestido, rígido en su asiento luego de la confesión.

“De modo que no hay nada que hacer”, reflexionó con dulzura. “De modo que este hijo de una gran perra y de los clásicos siete chorros de semen de también siete perros desconocidos nos va metiendo a todos, uno tras otro y con una prisa menor que un año bisiesto, nos va metiendo en su bolsa. Camina desgano contando al mundo su futuro crimen, asesinato, homicidio, uxoricidio (alguna de esas palabras cuando el Destacamento de Policía se acuerda de mí, cuando necesita al médico forense); se pasea por estos restos de Santa María con una carta colgada que apenas le roza el lomo, porque su andar es de malicia y lentitud, un cartel que anuncia en gris y en rojo: Yo mataré. Con esto le basta. Es sincero, no puede decir que deseó la mujer del prójimo porque estaría mintiendo. Su único prójimo es él mismo. Y así, nos va convirtiendo a todos en sus testigos de cargo y descargo: el obispo y Jesucristo, Galeno Galinei y yo, Santa María entera. Y es posible que noche a noche, llorando y de rodillas, rece a Padre Brausen que estás en la Nada para hacerlo cómplice obligado, para enredarlo en su trama, sin necesidad verdadera, por un oscuro deseo de remate artístico.”

—Eso es todo, doctor —dijo el visitante con su voz acostumbrada a la resignación; agregó—: ¿Qué puedo hacer? —Díaz Grey soltó la lapicera y estuvo mirando en silencio la trampa, la hipocresía, la dureza oculta, la congénita astucia.

—¿Y ella? —preguntó como si creyera estar ganando tiempo, un tiempo intemporal y absolutamente inútil.

—No entiendo, doctor —Largo, aún sentado, con las ropas caras y oscuras, con su escaso pelo rubio aplastado, todavía buen mozo pero agresivo e innoble como su dura nariz, que parecía siempre recién alzada de dos páginas de las

enormes biblias amarillentas, traídas a la colonia suiza por los primeros inmigrantes.

—Quiero decir. Si ella sabe. Si los médicos le dijeron, como a usted, que otro parto significaría un peligro de muerte.

—Sí, lo sabe. Se lo han dicho aquí y en la Capital. Se lo dijeron en Europa, el año pasado. Pero no le hablaron de peligro de muerte. Le aseguraron la muerte.

Cada vez, a cada frase, más certero y resuelto a convencer. Trepando en su confesión de crimen, anticipándolo casi con regocijo, fatalista en todo caso, tan candorosamente habitado por la desesperación.

—Un dato —pidió Díaz Grey—. El hijo primero, único, supongo, ¿cuándo nació?, ¿qué edad tiene?

—Un año, trece meses.

—Y desde entonces, desde el nacimiento y la saludable cuarentena...

—Desde entonces sufrimos. Nos miramos, nos comemos los nudillos, rezamos y lloramos.

—Pero ella —dijo Díaz Grey sin ganas, como si hablara con un adolescente que se burlaba de él—, ella puede ayudarlo. Puede eso que llaman tomar medidas, puede, también, negarse.

El cliente movió la cabeza, paciente, incomprendido, fatigado por la incomprensión.

—Ella sabe, como yo, que toda previsión sería pecado mortal. Y —alzó la cabeza sin orgullo— tampoco se negaría. El conflicto, repito, es solo mío. Por eso le pedí esta entrevista.

No solo por eso, hijo de perra; hay un espanto detrás, hay un cálculo. Se sentía más débil que su visitante, empezaba a odiarlo con franqueza. Con lentitud deliberada y sin propósito notable fue desabrochando los botones de su túnica, ajada, sin sentido, que continuaba usando por rutina y homenaje.

—Bueno —pronunció indiferente, como si hablara de aspirinas y tónicos—, se trata de usted, escribano, exclusivamente de usted: que la quiere y la desea y cada día más, más a medida que el amor va llenando su corazón y el semen la vesícula; usted que no puede alquilar una prostituta porque eso significaría pecar contra Brausen; que no puede derramar su semilla en la sábana, que no puede masturbarse, que no tiene salvación, aparte de matarla.

La cara flaca del hombre bien vestido pareció contar en silencio y quietud mientras Díaz Grey hablaba. Luego se movió para asentir.

La túnica estaba abierta, el médico la separó de sus hombros.

—Como usted, no soy partidario de matarla. Si no hay otro camino, destrúyase y yo espero ayudarlo. No le hablo de una destrucción total porque también eso sería pecado mortal. Y Brausen no perdona las deserciones. Lo sé, en eso estamos de acuerdo. Se trataría, entonces, de recetarle duchas heladas matinales, bromuro y alcanfor, caminatas diarias de dos o tres horas, ayunos de viernes santo como único régimen de comida. Se trataría de lograr su impotencia muchos años antes del natural climaterio. Es triste, comprendo. Yacer junto a la esposa amada sin esperanza de que el deseo inmortal pueda satisfacerse. Pero, así, el deseo morirá antes que ella, y usted quedará liberado de los demonios y del remordimiento.

Ahora el hombre bien peinado sonreía apenas, pequeños dientes blancos sumergidos en una broma de la que solo él conocía la clave.

—Acepto —dijo sin emoción—, ensayaré todo lo que ordene su receta. —Y añadió suavemente—: Doctor.

Díaz Grey tomó con dos dedos la túnica y la hizo deslizar desde el respaldo del sillón hasta la alfombra de grandes flores pisoteadas y marchitas.

—No —dijo—. La receta no; no quiero escribirla ni dársela. Con esto basta, confío en su memoria. Y, sobre todo, creo en su inteligencia. Creo en ella y no me siento feliz. Por otra parte, su cura confesor tampoco le escribe certificados.

Estaba seguro de haber hablado en tono definitivo, tanto, casi, como si hubiera empujado al otro fuera de la habitación. Pero el hombre largo, delgado y rubio, planchado, brillante, también se había puesto de pie y recitó con mesura, los ojos entornados: —Tampoco él, claro. No ando buscando documentos. Me basta con hacerme escuchar.

—Está claro, comprendo. Ya lo escuchó el señor obispo coadjutor o como se llame hoy. Para mí sigue llamándose el padre Bergner. Ahora me toca a mí. Y es seguro que, por lo menos, todos los habitantes mayores de edad de la Colonia conocen el prólogo que acabo de oírle.

—Puede ser —dijo el cliente—. Pero solo hablé de esto con el señor obispo y con usted. Con el obispo, es cierto, no lo hice en plan de confesión. Pero lo conozco desde la infancia (la mía, naturalmente) y estoy seguro de su discreción, como estoy seguro de la suya.

Por primera vez en la entrevista —aunque Díaz Grey no pudiera afirmar, después, que se tratara realmente de la primera vez— el hombre dejó resbalar una sonrisa cínica y casi divertida. El hombre dijo: —Ni el padre Bergner ni usted. Pero

no es imposible que ella, tan desesperada como yo, y además mujer, haya hablado con amigas o parientes. Las mujeres, es distinto. Creen, como los enfermos crónicos, usted lo sabe mejor que yo, que si divulgan sus problemas van obteniendo una ayuda, o por lo menos un apoyo, a cambio de cada confianza. Por ahora hemos decidido un aplazamiento. Puede llamarlo solución temporal. Tal vez el Señor quiera ayudarnos. Pienso ir unos meses a la Capital y a Chile, asistir a unos cursos. Yo solo, naturalmente.

Díaz Grey no podía contradecirlo. Movi6 lentamente la cabeza afirmando su convicci6n de quedar acorralado, espaldas y pared, por una trampa, una sutileza mayor, un presentimiento indefinible, grumoso y repelente.

El hombre tambi6n salud6 cabeceando. Y, a pesar de todo lo escrito, alguien hubiera podido decir que en el fondo se apartaron unidos y cordiales.

II

Díaz Grey conocía a la mujer condenada —Helga Hauser— y la examinó tres veces, un año antes, dos con la presencia muda del marido que exageraba la voluntad de no enterarse, la otra sin anuncio y casi furtiva. En ésta el médico recitó el diagnóstico, la prevención. Palpó con caucho, desagrado e incompreensión a la mujer abierta en la camilla.

—No entiendo. Si ya se lo dijeron en la Capital y en Europa. Para mí es seguro, indudable, sin posibilidad de errores. No entiendo por qué consulta a un médico ínfimo, a un sanmariano que ni siquiera es ginecólogo.

—No sé —murmuró ella mientras se vestía—. Una esperanza. Una preferencia por morir aquí.

Después de pagar rio un momento y se burlaba.

—Tal vez quiera complicarlo. No sé.

El amor se había ido de la vida de Díaz Grey y a veces, haciendo solitarios o jugando a solas al ajedrez, pensaba confuso si alguna vez lo había tenido de verdad.

A pesar de la hija ausente, solo conocida por malas fotografías, que ahora, fatalmente, estaba bamboleándose en la dichosa sucia adolescencia y cuyo nacimiento no podía prescindir de un prólogo. Adolescencia con errores y mugre, iluminada siempre por la creencia en la eternidad de las vivencias, una fe inconsciente que irían carcomiendo las inevitables estaciones.

Todos los jueves, salvo la luna, tenía en el crepúsculo una mujer en la camilla chirriante o en la alfombra inapropiadamente espesa y que mezclaba decenas de olores indefinibles, o por lo menos era indefinible su conjunto.

La condenada había estado más de un año atrás. El proclamado asesino, un día antes.

Las mujeres no le importaban de verdad: eran personas. Almorzó hambriento y se tiró vestido en la cama.

Por el movimiento del sol, Díaz Grey podría haberse supuesto más de una hora atrapado en la meditación que le llegó en lugar de la siesta perdida y la dispepsia habitual. No se acordaba del visitante asesino ni del futuro que prometía su impasible confesión. No recordaba para sí, para nadie, ni para un imposible bichicome que vagara o durmiera en la playa cercana.

Dudaba, desinteresado, de sus años. Brausen puede haberme hecho nacer en Santa María con treinta o cuarenta años de pasado inexplicable, ignorado para siempre. Está obligado, por respeto a las grandes tradiciones que desea imitar, a irme matando, célula a célula, síntoma a síntoma.

Pero también tiene que seguir el monótono ejemplo de los innumerables demiurgos anteriores y ordenar vida y reproducción. Así que vinieron los desvanecidos adolescentes, sus noviazgos y apareamientos, los partos abrumadores que tuve que atender; y así vinieron las muchachas, sus adjetivos, sus perfiles, sus cabellos, sus duros senos y nalgas. Vinieron y están, siempre ausentes, risueñas o melancólicas.

(Aquel momento verdadero en que uno de los amantes, casi nunca la mujer porque se sabe, y es cierto, inmortal, celosamente repetida desde el principio y hacia el infinito. Aquel pasajero, rápidamente olvidado momento en que uno de los dos logra ver, sin propósito, con un adelgazado deseo de pedir perdón, excusarse, bajo la piel de la cara ajena, brillantada por el amor o el vino, a través de la piel de la cara que se quiere. Cuando uno de ellos tropieza con, traspasa sin desearlo la piel tan lastimosamente indefensa, tensa o blanda de la cara del otro. Y ve durante un segundo, adivina y mide la dureza y la audacia de los huesos, el candor de los pómulos, la fragilidad o el inútil grasoso atrevimiento del mentón. Cuando uno de los amantes sospecha —una chispa y el olvido— la calavera futura y ya puesta en el mundo, en su vida, del otro amante).

Ellas siempre lejanas e intocables, apartadas de mí por la disparidad de los treinta o cuarenta años que me impuso Juan María Brausen, maldita sea su alma que ojalá se abraza durante uno o dos pares de eternidades en el infierno adecuado que ya tiene pronto para él un Brausen más alto, un poco más verdadero.

III

Augusto Goerdel había sido engendrado en la Colonia suiza o ya venía dentro del vientre de la madre durante el largo viaje de nuestra bamboleante *Flor de Mayo*. De todos modos, nació aquí, en la Colonia recién fundada. Si se puede llamar fundación a un reparto caprichoso y asimétrico de baúles, a demarcaciones con palos verdes, a una búsqueda metódica de bosta y tierra para hacer ladrillos.

La tierra era fácil; a veinte metros de la costa, atravesada y escarbada la arena, encontraban tierra rojiza y húmeda que extendían bajo el sol y el aire después de arrastrada hasta el misterio de lo que condenaban a colonia y asiento. Para el estiércol, distribuían durante el día patrullas de niños que ya sabían moverse indiferentes, alertados para relinchos y mugidos. Luego, el robo nocturno, las grandes bolsas oliendo a establo y abrigo. Más luego, en mañanas consagradas, los grandes fuegos separados, la cocción lenta, el miedo a las repentinas lluvias y nieblas, el miedo al desmenuzamiento y la fragilidad.

Si se puede llamar fundación a un sufrimiento diario, que no podía ser medido por horas, para apilar los ladrillos, alzar paredes, enramar techos, hasta el descanso bestial del exhausto que cree tener casa y logra un domingo de paz y agradecimiento, arrodillado sobre la enorme, casi inmanejable biblia con tapas negras frente al tembloroso cerco de voces latinas dichas por un cura que salió de cualquier parte porque era imprescindible.

Y después, para Santa María y para mí el desconcierto. No se sabe, ni importa, cuántos meses o arias pasaron —ayudados, empujados sin piedad para ellos mismos ni para nadie— hasta que las rubias, severas ratas desembarcadas con menos esperanza que rabia suicida, fueran ricas y engordadas, dominaran la ciudad fundada por Nuestro Señor Brausen sin necesidad de mostrarlo. Tal vez les repugnara la evidencia. Eran oblicuos, eran indirectos, eran pudorosos.

Que el tiempo no existe por sí mismo es demostrable; es hijo del movimiento y si éste dejara de moverse no tendríamos tiempo ni desgaste ni principios ni finales. En literatura Tiempo se escribe siempre con mayúscula.

Nadie puede negar probables coincidencias en las visitas del entonces padre Bergner y del inevitable doctor Díaz Grey a la Colonia suiza. Uno estaba comprometiendo a Dios con un bautizo, con un casamiento de novios previamente endurecidos para el trípode de Orloff, príncipe o gran duque, artista fotográfico, o con un capricho de muerte, hijo de un viejo sofisma aceptado sin pelea, a veces

también endurecido, otras en vísperas; el otro, Díaz Grey, entablillando una pierna rota o pinchando una hidropesía.

Repito que pudieron coincidir muchas veces y que, en alguna de ellas, por qué no, estuvieron juntos en la casa de los Goerdel.

Los veo saludándose con la corta efusión que corresponde a dos enemigos que hubieran preferido no serlo, con el respeto profundo y frío de los pares.

No importa qué recetó el médico para el resfrío de Augusto Goerdel, que tenía once años de edad en el tiempo de la coincidencia supuesta. Esto puede rastrearse, si importara, en los libros de Barthé, boticario, concejal y nuevamente boticario. Lo que importa es ignorar para siempre —y aquí hay una especie de felicidad— qué conversó, qué supo, qué dedujo el padre Bergner en la posible visita que, se nos antoja, fue crepuscular, lenta y tranquila. Porque, no debe olvidarse nunca, los padres de Bergner también llegaron en nuestra *Flor de Mayo* a la costa de Santa María, por voluntad de Brausen. Hermanado con los Goerdel por la semejanza de la historia, también por el lenguaje y, sobre todo, por el estilo en que lo hacían coloquial.

Muy importante porque las visitas del Padre se hicieron frecuentes y menos de un año después Augusto Goerdel pasó a Santa María para continuar estudiando en la catedral, con una beca muy pobre y exacta para los planes de Bergner.

Porque el Padre simuló estar fabricando un cura, sabiendo siempre que no era ese el destino ni la utilidad de Augusto Goerdel; pensaba más lejos. Mucho más lejos que el Capítulo de la Iglesia, laicos y tonsurados, que se reunía y creía resolver, una vez por quincena, en la austeridad del refectorio alargado en su deliberada penumbra.

Bergner no pertenecía a la orden de los jesuitas; desconfiaba de ellos y los admiraba. Pero les había oído decir, y más de una vez: denos su hijo y se lo devolveremos con un título bajo el brazo.

Estudió calmoso a su falso futuro sacerdote. Si la inspiración, el proyecto, procedían realmente de Brausen y no eran trampas del demonio, el tiempo no contaba. Supo que el muchacho era inteligente, que había nacido implacable por la ambición y la necesidad germana del triunfo, de la revancha. Cualquiera fuese su destino, ahora, con Bergner o sin él, no volvería nunca a la miseria de su casa en la Colonia; no aceptaría ya el futuro previsible y campesino de criador de animales y destripaterrones.

Una resolución que Bergner fortalecía, hábil y distraído. Fue la suya, A. M. D. G., aunque rechazara con violencia las iniciales, una paciente tarea de

refinamiento y corrupción. Del muchacho tosco, del estudiante y monaguillo, tenía que nacer su instrumento, su fanático servidor de la Iglesia.

Supo que el inmaduro Goerdel, caído en sus manos, era ambicioso, fino en la mentira y en sus cautas retracciones, duro tras la sonrisa infantil, sabedor por instinto de aquellos futuros, probables útiles, que debía adular sin exceso, indiferente, sin grosería con los que no valdría la pena cultivar.

Supo además y desde el principio que el instrumento y el fanático serían suyos mientras la Iglesia le permitiera medrar y crecer.

Sin palabras, por lo menos hasta la aproximación del adiós hipócrita, también supo Bergner que no se había equivocado, que su elección fue buena y que no pudo ser mejor. Lo fue confirmando en los días y en los años: Augusto Goerdel era lo más adecuado a su propósito entre todos los habitantes de Santa María y la Colonia; y la educación y la disciplina de la Iglesia, lo mejor para la paciente y resuelta voluntad de triunfo del niño, adolescente, adulto. Bergner creyó en la inspiración divina; Goerdel creyó en la oportunidad y la buena suerte.

Bergner persistió feliz hasta la separación, hasta su muerte. Pero mucho antes fue necesaria la gran farsa mutua.

O, mejor, el final de la farsa iniciada diez años antes por Bergner y sospechada, seguida implícitamente por el niño enfermo en el catre de su habitación en la casucha de la Colonia, que sabía llorar en silencio, boca arriba, descubriendo en el techo quinchado las arañas inmóviles del miedo y del misterio.

En el primer encuentro, el muchacho, solo o ayudado por su madre, acertó a enredar las manos en un rosario; mover los dedos con una desesperanza delicada que bordeaba con lejanía y desconsuelo la súplica nunca dicha.

Un par de años después, ya en el ala de la iglesia que habían bautizado Seminario aunque el único seminarista fuera Augusto Goerdel, Bergner sonrió entre las sombras a una escena semejante y perfeccionada.

Desde la siempre pobre habitación del adolescente —que solo disponía de estampas de santas y vírgenes varias para cumplir el rito del prólogo que le traería el sueño— se alargaba un pasillo de baldosas siempre frías hasta la escalera en caracol que se retorció bajando hacia el templo, las misas, las confesiones.

La segunda escena fue contemplada por un Bergner escondido y cauteloso, despertado en la madrugada por un ruido de puerta que abre y cierra. Un ruido deliberado, pensó sin aprensiones y curioso. Salió de su dormitorio, descalzo y lento como el ladrón que llegaría por la noche.

En el pasillo, siempre oloroso a humedad y ausencia, incrustado en el muro,

apenas iluminado por una fosforescencia verdosa, protegido por la ayuda ambivalente de un vidrio, había un sangrante Jesucristo de cera clavado en la cruz. Bajo la luz de luciérnagas también podía leerse un poema de autor anónimo. Cuatro líneas sobre un papel ocre y ondulante:

Tú que pasas miramé.

Ay, hijo, qué mal me pagas.

Cuenta si puedes mis llagas,

La sangre que derramé.

Y allí, en camisón y arrodillado, golpeándose el pecho para acompañar el llanto, Augusto Goerdel.

“Debe hacerlo todas las madrugadas —pensó Bergner—; sudoroso o helado, tenaz y puntual, apostando sobre la ley de probabilidades, seguro de que alguna vez tendré que verlo, sorprenderlo en su pieza de bravura y creer en él. Mi pobre idiota hipócrita, mi hermano.”

IV

En la anunciada gran farsa mutua —pero no última— ambos mostraron una resolución indudable y reconocieron sin palabras la fortaleza propia y ajena.

Dentro del pequeño cuarto del adolescente, invadido sin aviso y casi del todo ocupado por el cuerpo enorme de Bergner, la conversación hizo fintas sobre el tiempo, teología primaria, preguntas y respuestas impresas en el catecismo que leían los niños hasta que Bergner fue separándose de la opacidad gris de la ventana y preguntó sin levantar la voz: —Dios, Brausen. ¿Usted cree en él?

Goerdel lo contempló desconcertado y dijo dócil la mentira:

—Si no creyera en él no estaría aquí. Son, Padre, cinco o seis años de estar aquí.

—Oh, sí —cabeceó Bergner—. Yo hubiera dado la misma respuesta si un imbécil me lo preguntara —introdujo una pausa, miró un tiempo corto la humedad apoyada en la ventana—. Pero —continuó después—, ni usted ni yo somos imbéciles. Dígame lentamente si usted cree que los pecados de pensamiento y acción, lamentables y tibios, que ha practicado acumulándolos en esta celda hedionda bastan para que Brausen, sin juicio, lo mande al infierno, quemado sin plazo su alma inmortal. Supuesta alma inmortal, supuesto que usted tenga o padezca eso o algo aproximado.

El muchacho, tricota negra, sucios, rotos pantalones de vaquero, bajaba ahora los ojos para mirarse los pies en las sandalias. Aparte de las misas, siempre vestía así, musculoso contra el invierno, indiferente a los sudores de la estación del calor. Pero ahora, en aquel fin de la mañana, de la misa de once, débil y esperando el almuerzo, la vestimenta de Goerdel y el mismo Goerdel mostraban un harapiento desconsuelo.

Repuso con voz tímida y sorprendida, lenta, sin agresión:

—Usted debe saberlo mejor que yo, Padre. Tendría que saberlo y juzgar, dar sentencia sin necesidad de preguntas y ayuda. Usted es mi confesor.

—Es verdad —sonrió el cura—. Durante cinco años. La trampa siempre estuvo abierta. Era tan simple. Deseaste a la mujer del prójimo, pero no lo mataste a él. Invocaste el nombre divino, en vano pero en broma. Respetaste con desprecio, desprecio creciente, a tu padre y a tu madre. Te ordené un castigo para cada tontería tuya, para cada mentira que susurraste en secreto de confesión. Y sabías

tartamudear y palidecer. Durante cinco años yo te apremiaba para que lo dijeras todo. Para que me revelaras el fondo de tu cerebro. Las almas están siempre desconocidas. A veces te desesperabas del otro lado de la cortina, otras, más ansioso, de improviso, en cualquier lugar de la iglesia donde yo me dejara acorralar. Tú y yo nos respetábamos, un poco solemnes. Tú y yo nos divertíamos con gravedad y nos ceñíamos —éramos dos caballeros— a las leyes del juego, que duró tal vez demasiado, que termina ahora —y repitió con lentitud—: Que termina ahora. En un mediodía de un marzo treintaiuno, según el calendario gregoriano.

—Perdón, padre —dijo el muchacho— ¿Qué es lo que termina? ¿Y por qué hoy, ahora? Qué hice yo...

Bergner alzó una mano apacible y postergó su sonrisa. A pesar del hambre y el mal tiempo no había hostilidad entre el joven rubio, inquieto y ceñudo y el hombre maduro, casi viejo, con arrugas que no se formaron en su cara para mostrar los años. Mostraban, exhibían una voluntad que atravesaría, ahora y para siempre, el obligado y secreto escepticismo construido por la experiencia. Tantos años de ver y medir.

Midió otra vez y estuvo contemplando la cara juvenil, expectante; después miró la ventana ciega por la lluvia y dijo calmoso, como si dijera un sermón cuya interrupción era imposible.

—Estudiaste, Augusto. Hace una semana los curiales te dieron el título de bachiller y, según recuerdo, *cum laude*. Ayer, la universidad laica y reformista ratificó el título. Claro que ellos no tenían *laude* para ofrecer o regalar. En cuanto a la teología, tus notas son aceptables —volvió a mirar al muchacho, sonriendo apenas con los ojos—. Entonces llegó el momento, tan suplicado por ti, a veces de rodillas y con lágrimas, de continuar en el Seminario, si podemos llamar así a esto, de estudiar, prometer, atravesar las mentiras ineludibles, ponerte los hábitos y servir al Señor. Te contesté palmeándote, sin palabras, asintiendo tal vez con movimientos de cabeza. Fue así, ¿verdad?

—Fue así, padre.

Bergner levantó los años de su duro sillón de madera, contempló el crucifijo de marfil, pulido, muerto, sin clavos ni lanzazos, sin sufrimiento; deslizó los dedos por los lomos sombríos de la biblioteca, demoró mirando los títulos y volvió a sentarse lentamente, con una mueca dolorida.

Suspiró cansado y cruzó los dedos sobre el vientre. El muchacho no se había movido; con las manos achatadas sobre la mesa, dejaba que la negrura de la tricota trepara lenta y tenaz oscureciéndole la cara.

Bergner esperó los minutos que estaban determinados, minutos ni largos ni cortos, pero que tenían su vida marcada. Después dijo, más aburrido que cansado: —Tú y yo jugamos a lo mismo durante años. Tú y yo nos respetamos, supimos fingir; cada uno aceptó en la relación, como verdadera, la actitud tramposa y siempre egoísta del otro. En resumen, tú y yo aceptamos mentir, aceptamos la mentira que amparaba el silencio. Pero ahora...

El muchacho alzó la cabeza, la cara inmóvil insertada en el anochecer pertinente.

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo en todo. Ahora y aquí. Escucho y obedezco.

No lo dijo con ironía. Estaba resuelto a escuchar y decir. Esperó hasta que Bergner entornó los ojos para ver, inseguro, su propia alma, hasta que el padre cura se irguió blasfemando: —Malditas sean sus almas. *Ora pro nobis*. ¿Es que tú creíste alguna vez que yo creía tus farsas? ¿Que no supiste desde el principio que yo simulaba creer en ellas... y creer en mis palabras de estímulo y confortación? Te conocí al verte y te elegí. Necesitaba cuatro años de tu vida y cuatro de la mía. Brausen me los dio, bendito sea su nombre. Te conozco ahora más que la madre que te echó al mundo. La madre que hoy te da vergüenza. Y está bien; porque si estás obligado a respetar padre y madre, primero está el deber de amar a Dios sobre todas las cosas.

—Es lo que hago —dijo el muchacho con una mueca de resignación, con débil, novedoso cinismo.

Bergner notó un prólogo de sarcasmo y su propio cansancio. Se abandonó entonces a la comedia y al patetismo. Golpeó con un índice endurecido el pecho del adolescente.

—Tú no naciste para servir al Señor dentro de la Iglesia. Tampoco te crié para eso. Te veo, te ambicioné siempre metido en el mundo, Santa María y la Colonia, no representando a Nuestro Dios sino introduciendo, fortificando la fe en el Señor. Sin hábitos, claro, porque nunca quisiste, de verdad, llevarlos. Pero útil, con cualquier título, para servir a la Iglesia y con el apoyo de ella. Te quiero rico y triunfador en la vida terrena; te quiero hipócrita y sutil. Quiero que nos sirvas y te ofrezco servirte. Tendrás que ir a la Capital, con una beca que te salvará apenas del hambre y con apoyos de los que hablaremos después. Serán cinco o seis años de ausencia y vigilancia. Si fracasas, lo dejaremos caer. También, en la inmensa sabiduría, los gorriones se mueren de frío.

Bergner recordó con vaguedad los cientos de veces que había dicho la última frase. Se acomodó en su silla rígida como un obrero al final de la jornada

embrutecedora, admitió la sonrisa del muchacho como una aceptación sin reservas; luego, lentamente, mirando la ventana negra, habló calmoso de testamentarías, de hipotecas y compras, de los bienes de este mundo, de herencias y de cifras deslumbrantes. Nada dijo de diezmos porque consideraba apresurado e inoportuno el tema y porque lo estaban esperando en el Club.

Así quedó resuelta la fecha de partida de Augusto Goerdel y también su destino. Y fue el Padre Bergner el primero en descubrir, luego de santiguarse, a la luz de los faroles de la plaza, que la cara del jinete de la estatua dedicada a Juan María Brausen, había comenzado a insinuar rasgos vacunos.

Nadie lo notó, nadie me lo dijo. Tal vez los antiguos no vieron el cambio por la costumbre de mirar la cabeza casi todos los días; los nuevos, porque siempre la vieron así, sin mirarla. Acaso la pátina, la mala luz, las palomas, mis ojos gastados, acaso una broma torcida del diablo. Miraré mañana en el sol.

La dureza del bronce no mostraba signo alguno de formación de cuernos; solo una placidez de vaca solitaria y rumiante.

Oí llegar el caballo en la madrugada y el silbido que siempre usaba Jorge Malabia para anunciarse. Lo dejé silbar y esperar, me acomodé en la cama para perseguir un sueño feliz, inalcanzable. Vino al rato otro sueño, inconexo y melancólico, poblado de muertos ya olvidados.

Posiblemente fue entre siete y ocho de la mañana que Díaz Grey aceptó estar despierto, exigió a la sirvienta la taza grande de café negro. Vio por la ventana el potrillo enjaezado con todo platerío imaginable, vio a Jorge Malabia sentado en el pasto, sirviéndose mate con un termo. Lo encontró más pesado, más paciente y maduro, acaso engordado por la invernada.

El caballo venía guiado por una envejecida costumbre que compartió con o le impuso Marcos Bergner (perdido hace años en la niebla).

En tiempo remoto los nacionalistas, los estancieros, porfiaban en decir "haiga", en usar en invierno sombreros con el ala alzada y preferir ponchos a sobretodos. Era la patria aunque temblaran de frío y tuvieran en casa sobretodos traídos de Manchester o Londres.

En otro orden, decreciente, Jorge estaba aprendiendo a ser imbécil. Ahora tenía dos automóviles pero insistía en el uso del caballo semiárabe, en la evidencia del revólver, para transmitir las noticias que juzgaba importantes. Tal vez se sentía, así, más gaucho y nacional.

El cariño invariable, el debido respeto de anciano a joven, estuvo ahora, desde la ventana al pasto, invadido por recelo y desconfianza.

Lo miró un tiempo hasta salir lúcido del sueño. Vio el potrillo y sus platas; vio a Jorge matear sin pausa, vio la camisa de hachero canadiense. El pelo rubio y desteñido bajando hasta los hombros. En aquel año, recordó, el cabello largo era el símbolo, el santo y seña del machismo sanmariano, popular entre los dudosos.

Dos herencias, pensó, que servirán algún día para unirnos o separarnos. Angélica Inés, su mujer, dormía babeando en el piso de arriba. Jorge se estiraba en el suelo, desperezándose, henchido por la noticia que lo empujaba hacia mí, que lo obligaba a esperarme, entrar, ponerse para siempre en algún rincón del consultorio o de la sala, dentro de mí en todo caso.

Él, Jorge Malabia, había cambiado. Ya no sufría por cuñadas suicidas ni por poemas imposibles. Vigilaba caprichosamente *El Liberal*, compraba tierras y casas,

vendía tierras y casas. Ahora era un hombre abandonado por los problemas metafísicos, por la necesidad de atrapar la belleza con un poema o un libro. Belleza tan eterna y definitiva como aplastar entre las manos una mariposa, una polilla, y observar durante un momento breve el resplandor que sigue al golpe y a la muerte.

Su cara y su vientre estaban engordando y nadie podría saber con qué destino, qué significarían dos o tres años después. Nadie apostaría sobre seguro respecto al futuro casi inmediato de Jorge Malabia.

Pero también yo me sentía cambiado. No solo envejecido por los años que me había impuesto Brausen y que no pueden contarse por el paso de trescientos sesenta y cinco días. Comprendí desde hace tiempo que una de las formas de su condena incomprensible era haberme traído a su mundo con una edad invariable entre la ambición con el tiempo limitado y la desesperanza. Exteriormente, siempre igual, con algunos retoques de canas, arrugas, achaques pasajeros para disimular su propósito.

También era otro: mi indiferencia inicial se había convertido en una falsa cordialidad, en labios siempre abiertos para la sonrisa, en una sonrisa desvergonzada y aplacadora que significaba: Brausen está en los cielos, el mundo es perfecto, usted y yo tenemos que ser felices.

Me creían; cuando no pude dar curas de consuelo. Pero mi cambio tenía otro aspecto. Supe que era más fácil y poderoso: escuchaba las confidencias siempre ayudando, absorbiendo, sonriente. Luego retrocedía para mostrar en una penumbra preparada mi cara vacilante por la preocupación o el pensamiento. Yo sufría la enfermedad de mis enfermos. No se trataba de mi pericia de médico; por un tiempo cada órgano mío soportaba el dolor y los trastornos del visitante. (Hubo excepciones, claro; pero nadie se enteró).

Después, de pronto, volvía a colocar mi sonrisa, mi felicidad, mi comprensión en la plenitud de la luz. Todo comprendido, todo curado. Hacía dos o tres preguntas, mostraba la dentadura a cada respuesta y escribía —en estudiados jeroglíficos— recetas para la farmacia de Barthé.

Todos éramos felices, excepto mi vanidad de hierro, cubierta desde el despertar hasta en madrugada, entreverada y distinta en los sueños, nunca mostrada, oculta hasta la muerte por mi simpatía y mi bondad.

Lo hice esperar —el caballito, abajo, inclinaba la cabeza buscando comida verdadera en el césped. Me afeité, me bañé, me vestí con cuidado como si no supiera quién era el visitante. El sol estaba alto. Le dije al monstruo de turno, disfrazada de *nurse*, que hiciera pasar a Jorge al consultorio. Allí había más luz que en la sala.

Escuché el golpe de las botas en los escalones y pedí en silencio que Angélica Inés no se despertara, que pasaran algunas horas antes del principio del limbo y purgatorio cotidiano, uno para ella, el segundo para mí.

Jorge entró, asombrosamente parecido al hombre descrito en la página anterior. La camiseta roja y gris de leñador, la barba descuidada con intención, las grandes botas, el ridículo, enorme, S. & W. moviéndose en la cadera, un deliberado acento de sudor que no me llegaba de sus axilas, sino de la totalidad de su cuerpo desafiante, perniabierto, impuesto.

Yo lo miraba calmoso desde el sillón. Sabía que el vacío de mis ojos, la quietud de mis manos apoyadas e inmóviles, yema contra yema, lo harían explotar. Así, eliminamos los saludos.

—La mató —gritó Jorge—. La mató a medianoche con una niña. Ella había pensado siempre en una hembra. La mató a medianoche y lo buscamos para matarlo pero ya se había escondido. Lo vamos a encontrar doctor, le juro.

¿Y no veía —no se veía— su grotesco Abel muerto, resucitado por camaradas, conocidos del villorrio? ¿No pensaba en Dios y Caín?

Porque Caín estaba obligado a hacerlo, estaba obligado por un mandato no explícito pero ineludible.

Nunca quiso las ovejas de Abel, renunció a los instrumentos de labranza y se hizo cazador bajo la mirada sin reposo de Dios. Caín lo hizo.

Pero Brausen cumplió su propósito inexplicable para siempre y para nosotros, actuó como un caudillo político. Amparó a Caín ante el juez de instrucción, advirtió a la policía que cualquier castigo al homicidio acarrearía siete veces la repetición de justicia y venganza. Y colocó al matador un letrado de prevención e inmunidad.

Y en su cueva, a la hora del venado y del sueño, contemplaba el ojo triangular y verdoso que lo atisbaba sin pausa. Dos o tres semanas sin palabras: “Tú estabas obligado a saber que lo haría, porque Tú mismo me elegiste, entre tan pocos; Tú querías que lo hiciera y lo hice. No sé por qué me ordenaste hacerlo. No me importa la inquietud que me juraste. Cazo y como porque Tú hiciste así a los hombres.

“Me miras, ojo y triángulo; me das sueño. Ahora llega la tiniebla, ahora estoy fatigado y ahíto. Voy a dormir. Mañana, tal vez, saques el ojo convencido de que es inútil. Mañana, acaso, conversaremos. Tú me conoces de memoria; yo quiero verte.”

Esperó semanas y meses en la cueva ahumada. Pero Nuestro Señor Brausen

dejó pasar los siglos; la entrevista se hizo imposible porque los caminos de Brausen son insondables o porque deseó instalar el crimen en la raza que inventó, o porque quiso instalar para siempre la certidumbre de que el más fuerte triunfará durante siglos enfrentando al débil y apacible.

Mientras duró, el triángulo verde derrotaba el insomnio del fratricida, del cazador; ayudó a extinguir su cansancio, su memoria.

Era feliz, tirado, musculoso, contemplando la luz suave del ojo limpio que lo miraba, ahora insignificante, nunca amistoso pero ya lánguido, tal vez, también él, soñoliento.

VI

—Sí —dijo Díaz Grey—. Era inevitable. Hace un par de meses vino él mismo, Goerdel, para anunciarme su crimen. Un crimen que había sido iniciado doscientos setenta días antes. Y no era posible impedirlo. No había sucedido aún; pero era imposible detenerlo. Solo matándola a ella, reventando una bala en la cabeza de la víctima.

—Palabras —dijo el muchacho disfrazado y rígido, después de la incompreensión, la ira y el silencio—. El hijo de perra asesinó a Helga sabiendo lo que hacía. Lo vamos a buscar hasta encontrarlo.

Díaz Grey se contuvo. Contuvo su pose de médico bien vestido en la apertura de la consulta, recién afeitado, la corbata nueva, los limpios, largos dedos unidos para herir la mandíbula tersa.

Luego se abandonó a su acumulado odio por la estupidez. Alzó los ojos para medir la figura con camisa de Alaska, con botas altas, con un cinturón ancho donde colgaba el revólver. También midió la petulancia increída.

Y dijo con dulzura:

—Siempre odié a los hijos de puta que hoy persiguen a Goerdel, Augusto, creo. Siempre odié, desde la infancia, a los tristes tipos casi muertos de hambre, que hacen —vestidos de civil o de harapos— que hacen la venia a un cabo, un sargento, un oficial o mitad. Son los dos quienes necesitan, uno, para su hambre, sus imaginados hijos, sus pequeños vicios. El otro quiere un hombre que no haga preguntas antes del tiro ni después. Durante el cambio entre hijo de perra e hijo de puta no hay más promesa que una ración semanal de galletas, la barrica mensual de yerba. Además, claro, la paga miserable, el uniforme aguachento, comido en las rodillas y en las sobaqueras.

—No me interesa su historia policial. No nos interesa la policía. Lo vamos a encontrar hoy, donde esté escondido, y que se arregle en el infierno.

—El paraíso será un infierno común para nosotros. No busques pecados porque, en realidad no existen. Ni siquiera nos dio Brausen oportunidad para inventarlos.

Hacía tiempo que Jorge Malabia había superado la edad de escuchar frases con ruidos bíblicos.

—Patricio —era el nombre del hermano de la mujer muerta— estuvo lejos,

borracho todo el día y llorando.

—Y ustedes, el círculo de compañeros íntimos, aunque no lloraran, también borrachos por solidaridad.

—También. Somos amigos de Patricio. Y ese asesino judío pretendió meterse en el velatorio de su mujer para mostrar alguna lágrima. Y Patricio no pudo más y lo quiso matar.

—Pero ustedes lo sujetaron, ¿verdad?, Patricio había regresado de muy lejos, pero no de la borrachera, para despedir a su hermana y de paso, vengarse. Pero su cuñado...

—Disparó. El sucio judío asesino.

—Goerdel es más ario, probablemente, que tú y yo. No debe haber un solo judío procedente de la Colonia. Arios, suizos, católicos, alemanes. Pero aquí, en Santa María, ninguna de esas palabras sirve para insultar. Entonces, el judío Goerdel.

—El hijo de perra asesino. Y alguien dijo que vino a refugiarse aquí de madrugada. ¿Es cierto?

Díaz Grey sintió que su agresividad crecía mientras Jorge se paseaba haciendo sonar el piso con las botas extranjeras y desproporcionadas. No era, pensó, envidia por los años que los separaban, porque el muchacho dispusiera de tiempo y él ya no. Le dolía que Jorge ofreciera su futuro a la nada, a ganar dinero sin esfuerzo ni propósito. Le dolía que el otro engordara, que se mezclara, tan inocente, con la estupidez y la mugre del porvenir que le ofrecía la ciudad.

—No —dijo—, no golpeé pidiéndome amparo. Pero, si lo hubiera hecho, estaría aquí, protegido hasta donde yo pudiera de matones imbéciles y fanfarrones. ¿Por qué no lo mataron cuando estaba preso en el velorio? Porque Patricio no sufría lo necesario, porque ya no estaba suficientemente borracho o estaba demasiado. Y ustedes sujetaron a Patricio por razones de decencia y dejaron escapar al judío asesino.

Jorge se había detenido frente al escritorio y buscaba mirar los ojos del médico.

—No —siguió Díaz Grey—, nunca tuviste un amor verdadero por el melodrama. Pero caíste gustoso en la facilidad de negarte por medio de farsas. Es lamentable; como diría tu pariente Bergner: que Brausen te perdone.

Con una mueca sonrisa implacable, Malabia dijo lento y despectivo:

—Pienso en mi juventud y lloro. Tal vez, cuando sea tan viejo como usted.

Lástima que ya no podremos llorar juntos. Salvo que usted me pida viajar hasta los cipreses. Pero, en todo caso, será un llanto solitario.

—Es cierto —dijo Díaz Grey—. Será imposible, supongo. Pero todavía puedo ver la bufonada. Y, en caso de llorar, no lo haría por mí. No tengo a Goerdel en esta casa. Pero tengo muchos espejos altos para que te mires. Capricho de Angélica Inés, espejos de cuerpo entero. Ella, todos lo dicen, no sabe nada de nada. Pero entiende, o se entiende. No importa; por ahí, en cada habitación, vas a encontrar un espejo conveniente para su disfraz. Desde las botas hasta la melena. Sin hablar de la camisa y el cómico revólver. Y si Patricio quiso matar a Goerdel, no fue a tiros, apuesto. Habrá sido con un gran cuchillo de monte, hecho para descuartizar venados. Y ahora saldrán a perseguir al asesino con perros cimarrones o perros policías que les prestarán en el Destacamento.

—Pero si Goerdel no me pidió ayuda —continuó Díaz Grey—, la verdad es que me habló desde Colón, en la madrugada. Algo dijo de un avión. Puedo imaginar el recorrido. La voz. La voz no era cínica ni asustada. Solo se estaba despidiendo.

Malabia se detuvo y comenzó a mirarlo como recordando, como si pudiera aislar dentro de los años, cada vez que había visto al médico. Y estos recuerdos se mantenían independientes, unidos apenas por el nombre.

—Una curiosidad —dijo Malabia—. Una curiosidad muy vieja. Ahora siento que se fue alargando, un proceso de acumulación como dicen los prospectos de los remedios. ¿Quién es usted? Perdón; no me importa, no lo necesito porque puedo verlo y juzgar. Pero, y sí me interesa, conocer su pasado, saber quién, qué era usted, doctor, antes de mezclarse con los habitantes de Santa María. Los fantasmas que inventó e impuso Juan María Brausen.

A Díaz Grey la cosa le pareció divertida y triste. Por lo menos, desmayaba tensión, cacería, la inesquivable imbecilidad de la gente que poblaba su mundo: la estupidez de los conformes, la estupidez de los que decían creer en la felicidad universal —o sanmariana— escribiendo en los periódicos clandestinos o hablando en las mesas de los cafés de la orilla.

Claro; había otra gente joven, respetable, que se dejaba matar en los bosques escasos por la sed, insectos ignorados, fiebres que parecían bajar del trópico lejano, de las selvas verdaderas de Amazonas y Orinoco, resueltas y certeras. A veces, para humillación mayor, terminaban muertos por las metralletas de los del Cuerpo de Pundonorosos que, supuestamente, cumplían órdenes de Juan María Brausen.

¿Mi pasado? —dijo lento, caviloso, Díaz Grey.

VII

Díaz Grey se levantó y trajo hasta el escritorio dos juegos de naipes y un sobre hinchado de fotografías y cartas.

—Hay un pasado —dijo casi con asombro, como si no lo entendiera del todo.

Jorge Malabia dice o piensa: que es dulce o tiene para mí la dulzura del misterio, llamar aún la mujer sin cara a la que mostraban las fotos. Y como mujer sin cara fue dicha, con intención distinta, por el mismo Díaz Grey aquella vez, acaso la primera, en que aceptó hablar de ella, reconocer ante otro su existencia, con voz invariable, recitativa, una voz que para él mismo, también, tocaba el techo del misterio: que no refería al pasado y a su lejano dolor, ni al presente y su desconcierto, su perplejidad. Un Díaz Grey reumático, imaginó Malabia en un recuerdo falseado, de bata, zapatillas de lana, bufanda y boina, apoyando el hombro izquierdo en cualquier concierto de Bach, a su derecha la botella de ron, el jugo de limones, la gran jarra empañada de agua caliente.

Díaz Grey y la implacable supervivencia de sus ojos brillantes, de la casi totalmente desentendida expresión testimonial de su cara flaca, lisa y roída. Díaz Grey apenas móvil en el gran sillón de la enorme, absurda sala de la casa construida por Jeremías Petrus, tantos años antes, tantas veces apuntalada, mantenida en una farsa de salud por maestros y peones albañiles, nunca distinta de los caprichosos, difíciles planos originales dictados por las frías resoluciones y furia del mismo Petrus. El caserón sobre pilares que ahora era suyo por derecho de conquista inquerida. Díaz Grey diciendo, diciéndome: —Dejé de verla cuando ella tenía tres años y conservo todas las fotografías que pude conseguir, casi desde su nacimiento hasta esa edad. Después, muy espaciados me llegaron otros retratos, otras caras que iban trepando bruscamente las edades, no se sabía hacia dónde, pero sí alejándose de lo que yo había visto y querido, de lo que me era posible recordar. Con permiso de Brausen, naturalmente. Y éstas, aquellas caras nuevas, me eran, a cada lerdá llegada del correo, a cada año, más incomprensibles, menos más, mucho más alejadas de algo que importaba, sin dudas, más que ella o que yo: mi amor a la niña de tres años. Sí. Las nuevas caras separadas de mi amor o de mi amor por el recuerdo y por el sufrimiento de este recuerdo. Con una regularidad cíclica sustituía los naipes de mis solitarios nocturnos; los solitarios con que atravesaba lentamente y no convencido la fatalidad del insomnio y los rumores familiares del amanecer. Claro, las fotografías boca abajo nunca fueron tantas como

los naipes. Era, es, la única trampa que me permito. Era, es, siempre el llamado suave, irresistible de una necesidad viciosa. Más tarde vendrían las pastillas, a veces la jeringa, el sueño hasta el mediodía. Pero, antes, era forzoso que cediera, que me echara hacia atrás en la silla, que pusiera el llavero sobre la mesa y lo acariciara con el índice hasta tocar la llave del cajón del escritorio. Sacaba el sobre de las fotos, apilaba las fotos, los naipes del nuevo solitario y seguía mi juego, un juego que siempre moría sin dejarme saber si había ganado o perdido. Luego desparramaba las fotos, ahora mirándome, las que eran mías y las que iban acelerando su huida. Aunque intemporal, aunque sabiéndome esclavo del sueño de un infeliz paranoico, respetaba la cronología. Cada retrato tiene en el dorso una fecha diminuta, hecha con mis números de miope. Los distribuía encima del escritorio, encima de los meses, a la izquierda, encima de los años al final y a la derecha. Desde la criatura de meses y pañales hasta la recién llegada. Y entonces, Jorge Malabia, yo jugaba el gran solitario; miraba las caras atento y calmoso para sufrir mejor, para que el juego valiera la pena: la cara, las caras, la evolución y el cambio, las pequeñas y vindicativas transformaciones. Encendía un cigarrillo, acercaba mis ojos, los alejaba, comprendía los cambios o trataba de entender. A veces, horas, siempre inútiles. Pero el solitario con las fotos tenía sus leyes y yo las respetaba. Concluía amontonando las mías, las que no pasaban de los tres años de edad y luego me concentraba en las de la fuga, cumplida con saltos violentos. Ahora estaban los parecidos dudosos, el secreto, la impotencia, doce o veinte caras de mi desgracia. Creciendo y desafiándome, cuidadosamente colocadas en su orden de tiempo, las caras se iban ausentando veloces, casi sin gradaciones, exhibiendo la impudicia de sus cambios, alterando los óvalos de los rostros, las formas de los labios y los sentidos de las sonrisas, las líneas de perfiles, cuello y pómulos; cambiando incesantemente y egoístas el dibujo de los ojos que, sin embargo, continuaban atentos, grandes y separados. Hasta que supe, tanto duró el juego, que ella no era ella, que yo estaba viendo otra persona sin relación con el montoncito de fotografías coleccionadas durante los primeros tres años, lejos de aquí en el otro mundo perdido.

Y alguna noche que no será más triste que las otras, quemaré todas las fotos cuya edad pasa los tres años. Si me decidí a pensarla mujer sin cara no fue porque ella se estuviera convirtiendo en una mujer distinta, año tras año, un remiso correo tras el otro. Lo hice porque no tuve fuerzas para tolerar que ella fuese una persona.

VIII

En el principio, Goerdel usó un carricoche, un vehículo protegido por una capota negra de los caprichos históricos del tiempo, arrastrado por un caballito bayo gordo y sin tusar. El conjunto se adecuaba a los designios del Padre Bergner y a los caminos de tierra que se iban formando en la Colonia por el peso de carretas, bueyes, tílburis, camiones, hombres y mujeres que iban y regresaban matando el pasto con los pies.

No se puede calcular seriamente la duración de este primer tiempo en que Goerdel sintió el ridículo y los cambios de las estaciones dentro del cochecito negro y del impuesto ropaje, también negro. Testamentos, hipotecas, compras y ventas, préstamos con los intereses que fijaba el Padre Bergner, con el dinero proporcionado por Bergner o el misterioso Capítulo que se reunía en la iglesia el segundo y cuarto lunes de cada mes.

Bastante después se supo que la tarea preferida por Goerdel eran los pleitos entre vecinos de la Colonia. Alambrados o cercas que avanzaban durante la noche, ganado que se alimentaba en campos ajenos, delgados arroyos que, forzados, buscaban rumbos diferentes.

En estos casos Goerdel se limitó a su porcentaje. Pero era mucho más feliz oyendo quejas y descargos, investigando, fatigándose en redactar papeles timbrados que siempre sostenían, ante el juez, la razón e inocencia del cliente que le pagaba, impuesto por el azar.

Para Goerdel los cansancios, las discusiones enrevesadas, la diplomacia sonriente, los medidos golpes en la espalda de sus clientes, los suspiros que confirmaban un desahucio, se convirtieron en dinero, en miles de reales asombrosamente más numerosos que lo que pudo ambicionar en sus primeros recorridos de mercader a intermediario. Desde el primer triunfo entregó la ganancia total al Padre Bergner pero nunca renunció, nunca aceptó conversar sobre el rígido cinco por ciento que estableció antes del primer viaje tortuoso entre granjas, rancheríos, ranchos que aspiraban a negocios, a ladrillo, adobe y luz eléctrica.

“Es mejor así” —había dicho el Padre Bergner, aprobando el carricoche torcido y el caballito infatigable y peludo—. “Por ahora desconfían de los ricos; cuando tengan riqueza con sus vacas, sus leches, sus mantecas, vinos y quesos, empezarán a desconfiar de los pobres.”

También dijo Bergner: “Yo sé que la Colonia es católica. Pero no hay que olvidar que cada familia trajo su Biblia y que allí anotaron nacimientos, matrimonios y muertos. No hay que olvidar el peso físico, teutón, de los libracos. Y que prefieren el Antiguo Testamento a los Evangelios. No me preocupan los ateos, porque esos volverán a nosotros con la desgracia, la inestabilidad o la vejez. Pero sospecho de las incursiones que están haciendo los herejes del Séptimo Día, los apareados Testigos de Jehová, los mormones, los coroneles del Ejército de Salvación. Toda esa recua persistente y mejor pagada que nosotros. Por ahora no sé que hayan caído judíos. Pero temo que el terreno elegido, la Colonia, pueda, a fuerza de paciencia, ser fértil para esos condenados. Por eso lo necesito, y cada día más”.

Goerdel cumplía defendiendo la Iglesia Católica Apostólica y Romana, sin necesidad de polémica, tan seguro y tranquilo como si mencionara los puntos lejanos en que nacería el sol mañana o se hundiría al final de la tarde.

Creía exageradamente en los temores del Padre Bergner; persistía tenaz en su cinco por ciento, en sus multiplicaciones.

De modo que Bergner llegó a pensar en un aliado inseguro, en un joven rubio, fuerte, buen mozo, que diariamente se perdía en los caminos de la Colonia, persiguiendo su cinco por ciento, rogando la fe en la verdadera Iglesia, en San Pedro y sus sucesores.

Entonces Bergner comenzó a pensar de otra manera y se convenció de que un nuevo deber le había sido impuesto.

Era inteligente y astuto, sus opiniones continuaban siendo sagradas para muchos centenares de fieles, sabía apartar las mentiras de las confesiones no mostrándolo nunca, castigando sin burla con padrenuestros y avemarías cuyo número y prisa se adaptaban a los pecados que le murmuraban entrecortados, antes de dudas fingidas, antes del siempre romántico “padre, yo me acuso”. Y, además, la edad no le impedía valorar o intuir las cualidades de las hembras arrodilladas al otro lado de la falsa cortina que separaba a Dios de los culpables que recitaban diariamente su arrepentimiento.

Por otra parte conocía, puede decirse, toda Santa María, toda la Colonia. Y las conversaciones con Goerdel lo ayudaban a enterarse de fortunas aumentadas o roídas, de otras que soportaban sin daño los impuestos a la herencia, los impuestos al uso inconsciente del aire, al derecho de caminar las calles.

Manejó, pues, cifras, bellezas, reputaciones; pudo actuar seguro y lento, arrimó a Goerdel a los Hauser —casa en Santa María, casas y tierras en la Colonia —, conspiró, dijo palabras definitivas que podían sonar como observaciones justas,

objetivas y sin peso.

Cuando estuvo seguro que había ganado no quiso apresurarse; continuó hablando y comentando, aludió, para los Hauser, a una guerra santa incruenta pero inexcusable contra enemigos vagos y poderosos. Juzgó gastada y antigua su sobrepelliz y encargó una nueva a la Capital, detallando sus gustos, poniendo un gramo de heterodoxia en el corte y el largo.

Meses después, el viernes anterior a la fiesta de Navidad, casó a Augusto Goerdel con Helga Hauser, cabeceando a cada yo juro que provocaba y oía. Ya entonces, testigo de la boda, Patricio Hauser odiaba a Augusto Goerdel.

No nos estaba permitido envejecer, deformarnos apenas, pero nadie impedía que los años pasaran, señalados con festejos, con el escándalo alegre y repugnante de la inmensa mayoría ruidosa de los que ignoraban —a veces podía creerse en un olvido— que los burócratas de Brausen los habían hecho nacer con una condena a muerte unida a cada partida de nacimiento.

De manera que arrancar hojas fechadas de las agendas que repartían generosos los laboratorios médicos no pasaba de una costumbre, más o menos simbólica que la de cortar fragmentos de los rollos de papel higiénico.

Esto debe, puede, intento explicar y convencer por qué nadie en Santa María supo con exactitud el año, el mes, el número correspondiente al regreso de Goerdel. Tampoco pudimos —ni podemos ahora— creer en ninguna respuesta convincente sobre su corta, innecesaria visita.

Lo habíamos olvidado; desprendimos con abulia y rutina muchas páginas de los calendarios desechando persistentes a San Silvestre y San Luciano. De pronto —San Maurilio— supimos que estaba entre nosotros, primero en el Plaza, después en cualquiera de las casas que eran suyas, junto a la playa, en Villa Petrus. En un lugar que pudo haber sido mío.

Vino, desmejorado, pálido, alto y erguido como siempre. El visto bueno de Brausen debió ser motivado por una causa secreta, por un plan que no pudimos comprender hasta que tuvimos nietos. Ni siquiera entender convencidos. Los caminos de Brausen siempre fueron misteriosos para nosotros.

Goerdel llegó y estuvo encerrado por una semana en el edificio blanqueado que el arzobispo coadjutor llama Iglesia o Seminario. Dependía del auditor de paso. Pero fue siempre iglesia para nosotros.

Hasta que un día lluvioso, Bergner pidió un encuentro con Díaz Grey y conversaron sobre otros misterios comparables con el casi igualmente ineludible e infinito que reunía festejos y desgracias habituales.

El cura seguía ancho y alto pero se mostraba un poco disminuido y malhumorado.

Bergner dijo:

—Ni creo ni dejo de creer, poniendo de lado las penitencias de Goerdel, confesiones y la cantidad de hostias que sigue tragando. Hace un tiempo quise

preguntarle si usted notó que algunas veces, al atardecer, la cabeza del caballo de la estatua tiene rasgos más de vaca que de equino.

—Puede ser, nunca me fijé —dijo Díaz Grey.

Se asomó a la ventana del consultorio; pero desde allí solo podía juzgar el anca húmeda de la bestia inferior.

—Pero el jinete. Sí, siempre le sospeché equívocos. En cuanto a la montura, creo que ciertas noches la cornamenta parece surgir; estoy seguro de verle los brotes con ayuda de un par de horas de contemplación. Pero no creo que valga la pena. Con perdón de usted, Padre, creo que tendremos vida para divertirnos con el terremoto que se lleve al mismísimo infierno al matungo y al jinete ambiguo. Lástima que Santa María esté tan lejos de los Andes.

Pero durante la inauguración y los discursos —siguió el médico— el caballo tiraba a vaca mansa y la figura de arriba tenía rasgos de potro, de bestia indomable. No volví a verlos con atención. Pero deben haber seguido el proceso. La vaca mansa y el jinete bigotudo. Pero no olvide que la vaca da leche pero también sabe cornear.

Díaz Grey abrió un libro sobre el escritorio y estuvo leyendo en voz alta: —Y si vuelvo al jinete, Padre, considero posible descubrir una cabeza de caballo, el hocico de un asno testarudo, la frente achatada de un perro dogo, el morro bestial de un cerdo, el perfil estúpido de un buey. Como verá, anoche estuve leyendo a Ibsen. Para aplacar el insomnio.

—Un alma equivocada: pero grande —comentó distraído el cura.

Luego el Padre hizo con rapidez el signo de la cruz y quiso hablar de cosas más importantes, más inmediatas; aunque no quería mostrar prisa, la tuviera o no. Por lo menos hablaba como hundido en meditaciones solitarias.

—Augusto Goerdel, doctor. Como usted ya lo sabrá, puesto que vive en una ciudad donde solo transcurren en secreto las buenas acciones, el contador Goerdel regresó a Santa María y estuvo durante una semana, o más, encerrado en mi Seminario. Dormía en la misma habitación que ocupó en sus años de estudiante. Casi puede decirse que, aparte de los ritos litúrgicos, estuvimos cara a cara siete días. Él se fue y habrá podido descansar en el hotel más lujoso de Colón. Patricio Hauser desapareció hace tiempo y Jorge Malabia tiene cosas mejores para pensar y hacer que recordar aquella venganza absurda. Por lo demás, esta gente, los sanmarianos, es débil para mantener pasiones. La misma curiosidad se les marchita en dos o tres meses. Por otra parte, Goerdel es rico, muy rico. Y en este mundo los muy ricos solo sufren un escándalo inicial y breve. Fuegos artificiales.

—Perdón, Padre. Hubo una madre de Goerdel. Yo mismo la vi, hace años, en la casa más pobre de la Colonia. Tablas y zinc y cartones.

—Sí. El hijo de Goerdel —siempre pensamos en el segundo—, los dos hijos de Goerdel estudian en Alemania. Hace años Goerdel le regaló a su madre una buena casa en la Colonia. Ella nunca pisó Santa María. Y murió dos meses después de la mudanza.

—Debe hacer mucho tiempo. No recuerdo haber firmado el formulario. Así que nuestro amigo Augusto Goerdel no tiene herederos aquí. Y si lo exceptuamos a usted, tampoco tiene amigos.

—No es mi amigo —dijo seco Bergner—. Es mi hijo en Dios.

—Comprendo. Nunca supe que usted mintiera.

En una pausa tácita, en un silencio que se había hecho táctil por voluntad de ambos, estuvieron mirándose y apartando los ojos. Por fin perdió Díaz Grey y dijo: —El señor Escribano Augusto Goerdel.

—Sí, hay que volver a nuestras ovejas —sonrió apenas el cura; no parecía enfermo, seguro de sí mismo como siempre—. Claro, lo he consultado con otros. Con Nuestro Señor todas las noches. Pero me interesaba su opinión y no porque usted sea médico.

Díaz Grey asintió con la cabeza; Bergner quiso suprimir la pausa excesiva.

—Usted conocerá a los Insauberry. Un par de vagos más brutos que bota de potro, creyentes, irreprochables. Si las cosas se arreglaran con ejemplos, esta ciudad sería escuchada en el Cielo y yo podría echarle candado al confesionario.

—Sí —dijo el médico—. Alguna vez los Insauberry me llamaron por cualquier tontería en los bronquios o el hígado. Ella o él. O todas las pestes que padecen los chicos. Por suerte, nada grave. Creo, también, que tienen millones aquí, en la Colonia, en la Capital.

—Sí, leguas incalculables y muchas empresas. Pero continúan tan humildes y frugales como cuando eran pobres, cuando los casé. No son ricos; son, materialmente, poderosos. Pero atravesarán, sin dificultad, estoy seguro, el ojo de la aguja.

—Cable —dijo Díaz Grey—. No hay camellos.

—Sí; un pobre animal remoto leyó y escribió camello.

Luego el cura alzó una cara pura y torturada; tenía en los ojos la luz de la tarde y la mirada agorera de Díaz Grey.

—Y además de esa clase de bienes, tienen una hija de doce años, la menor de seis anteriores, todas hembras.

—Y ahora hablemos —continuó el cura— de lo que importa, del motivo de esta visita. Como usted sabe, Augusto volvió al Seminario hará unos diez días. En todo ese tiempo, sin que yo pueda jurar que fuese sincero o farsante, Augusto Goerdel me estuvo contando un sueño. Lo hizo tantas veces, entre lágrimas y rezos, que ahora, para mí, es casi exactamente como si yo lo hubiera soñado. Cierro los ojos y lo veo, tal vez lo adorne, tal vez lo mezcle con el recuerdo de alguna estampita religiosa. Durante años, poco después de morir Helga Hauser, Goerdel soñó cada noche que su esposa muerta, vestida de blanco hasta el suelo, le traía de la mano a la niña de los Insauberry y la empujaba apenas, para que se adelantara y fuese inconfundible. Diría que en el sueño, reiterado, crónico, la actitud de la difunta no era la de orden u oferta. Simplemente, mostraba a la niña, quería que el soñador no la olvidara.

—Bueno —dijo el médico, burlándose de su pensamiento pero respetando al cura—, ahora el amigo Goerdel quiere adoptar una niña de doce años. Es comprensible. Solo tuvo hijos varones.

Bergner resopló, entre la ofensa y la furia.

—Disculpe, doctor. Pero sus bromas no me hacen gracia. Brausen tuvo razón cuando lo colocó en este mundo.

—Concedido, padre. Tampoco se equivocó con usted. Santa María lo necesita. Casi diría que esta ciudad no es concebible sin usted. Ni usted sin esta ciudad. Agregó, sin esfuerzo, la Colonia.

El cura cabeceó y logró conseguir una voz mansa y ecuánime.

—Una mala broma. Usted presentía la verdad desde mi primera referencia al sueño.

—Reiterativo, persistente y cumplidor. Yo no creo en Goerdel. Ni en sus sueños ni en sus vigiliat. Es un mal bicho, respetando su opinión. Pero no sé qué opina usted.

—Un momento. Si yo no tuviera dudas no estaría aquí. Conocería mi camino y llegaría al final sin consultar a nadie más que a Dios. Pero dudo. Hay momentos en que la desesperación de Goerdel me parece sincera. Me inspira lástima, piedad. Lo veo perseguido por ese sueño, lo siento condenado, creo que Helga le ruega, noche a noche, la aceptación de la niña.

—Sí —canturreó el médico—. Llevo a ésta por esposa, por esposa y por mujer. En mi infancia escuché y repetí en coro la misma canción. No la entendía del

todo, no me era posible comprender el sentido carnal de las palabras. Pero eran divertidas y emocionantes. Creo que Goerdel ya sabe de eso. Sin hablar de los millones, por supuesto. Usted, padre, tiene dudas y yo ninguna. De manera que no puedo ayudarlo. Confié en Brausen. Algún día, y por sorpresa, lo iluminará. Nada de millones, claro. Pues su madre es una rosa y su padre es un clavel. Qué curioso, ¿verdad? *C'est toujours la même chanson*. Pero, en fin, se trata de una fiesta o de una duda infantil. ¿Doce años me dijo que tenía la mocosa? Y no previendo la monstruosidad que la espera en cuanto sangre en el camisón, sirviendo té de agua y bizcochos a las muñequitas.

Bergner se levantó y se despidió apenas con un movimiento de cabeza. No hizo resonar ninguna de las puertas.

Se arrastraron dos o tres meses de otoño apacible y ocre por las calles deshojadas de Santa María.

El médico, Díaz Grey, estuvo andando de una punta a otra de la ciudad, firmando recetas idénticas, diciendo gripe a los más jóvenes, influenza a los mayores. No mató a ninguno de sus enfermos, o ninguno, a pesar de las diferencias de edades, aceptó morir. Miramonte y Grimm mascaban su decepción; pero seguían saludando al médico respetuosos y cordiales, confiados en un porvenir próximo y alegre.

Para Díaz Grey, por lo menos, no fue un secreto que Nuestro Señor Brausen había accedido a dirigir su Luz sobre el Padre Bergner. Tantos días, noches, de súplica y fuego, tantos sudorosos amaneceres con la difunta empujando la niña, quebrando al final el silencio para ordenar. Siempre vestida de blanco.

Tal vez Bergner necesitara un nuevo techo para la Iglesia-Seminario; o ambicionara traer de la Capital un órgano que no reprodujera intempestivo la respiración de un anciano asmático o los maullidos de diez gatos en celo. Aparte de Juan María Brausen, no actuó, estoy seguro, por deseos personales.

Cualquiera fuese la causa, todos los jueves Bergner y Augusto Goerdel visitaban durante un par de horas la casona de los Insauberry. Era siempre a las cinco, la hora del té; y mientras los adultos conversaban en la sala principal de cosechas futuras, de los azares del tiempo, de escándalos (apenas aludidos), de la calidad del bizcochuelo, María Cristina, la destinada, jugaba con muñecas en su dormitorio. Es posible que los cuatro mayores, aburridos, sin palabras, esperaran y creyesen atraer, por magia y deseo, la primera menstruación de la niña feliz e ignorante, para hablar sin trabas de dinero, dote y de una luna de miel que, a fuerza de silencio, crecía en paisaje y aumentaba su quimera.

—Loco —dijo Jorge Malabia.

Es probable que por aquel tiempo hubiera renunciado a los poemas y solo escribiese los editoriales de *El Liberal*, dictados de ultratumba por su padre, tímidamente adornados con frases populistas, casi demagógicas.

—Pero —siguió embelesado— no el loco que uno imagina. Usted tiene que entender eso, usted debe saberlo. No el loco amenazante, incoherente, que nos obliga a ponernos en guardia. Esto es otra cosa. Plácido y orgulloso, hablando con seguridad de agente viajero sobre negocios y precios. Subiendo pausado las ofertas para que el diario publique las que él llama pruebas de una injusticia que a nadie puede doler, después de tantos años. Con firmeza, tranquilo, convencido de que el único problema es el precio. Las pruebas de su locura y su astuta inmundicia. Le dije que no siete veces. Creo que lo convencí y además, el hambre. Serían las tres cuando recogió las copias y se levantó. Hablaba todavía de justicia póstuma, aunque él sigue vivo, a la vez insistente y despreocupado. Prometió verlo a usted, no quiere saber nada con mi tío Bergner, moribundo o sano. Es fácil de explicar; yo me reservaba, para el final, la sorpresa. Vive en Alemania, sí; pero en la parte comunista. Y es sacerdote católico, papista. Sigue teniendo hijos. Ya va por el tercero con la segunda mujer, la Bock. Tal vez una bula especial, tal vez ande disfrazado de cura. Anda con una gorra de origen desconocido, una gorra, estoy seguro, robada a un cadáver de guerra. Es de paño gris, con cuatro tiras de cuero. Lleva encima de la sotana de utilería un sacón forrado, con cuello y solapas de piel. Ahora ya no es Goerdel. Por humildad descendió a Johannes Schmidt. Junta los tacos al saludar y dobla el lomo cuando ofrece la mano. Pero continúa siendo el ensebado hijo de perra de siempre y ofrece sin desmayo la sonrisa bondadosa del misionero católico o la del comunista que reparte consignas como medallitas. Descubrió, no sé cómo, un libro de poemas muy malos que yo escribí y publiqué a los veinte años. También encontró una vieja y tartamuda edición chilena de Ernesto Borges. Ensayos. Mandó todo a su patrón en Berlín. Como es un caballero y se burla del sentimentalismo de nosotros, latinoamericanos, opinó que era su deber dejarme una copia de lo que engendró desafortunado en una de las máquinas de escribir de *El Liberal*. La traje para usted. No entiendo por qué habla de las proezas conyugales de Juan María Brausen. Todos sabemos que sigue en las nubes, maneándonos desde el cielo.

Este es mi recuerdo, traducido, de las palabras excesivas de Malabia.

Estábamos a mitad de la tarde, la llovizna y el desconsuelo hombreadaban mis ventanas, el alcohol resultó inútil.

Entonces leí la carta enviada por Goerdel Schmidt a Berlín, demasiado larga para copiarla pero con algunos detalles curiosos: "Señor Director de la

Biblioteca del Estado Alemán

Berlín.

República Democrática de Alemania.

Distinguidísimo:

"Hace tiempo que no he podido enviarle obras. Creo que una de las últimas obras que pude enviarle era una copia de *Sokrates* con la firma de su autor, Monseñor Romano Guardini. Ahora envío a Usted una obra de Jorge Malabia con la dedicación del autor mismo a su Biblioteca, y también una obra de Ernesto Borges.

"Sobre la personalidad de Malabia, me permito informarle que es sofisticado, escéptico, nada amistoso. No invita a uno ni a un vaso de agua. Pero en todo esto diré que es casi el prototipo nacional del Sanmariano, porque he estado muchos días en este lugar, y puedo decir honestamente que en los 49 países de 4 continentes que conozco desde la II Guerra Mundial, no conozco otro país menos hospitalario que éste. La gente aquí es huraña. Y no creo que todo se deba a la situación interna política del país. Creo que esto es *personalidad nacional* ya cristalizada históricamente. Porque no es solamente de una clase. Es de todas.

"De manera que después de conocer Santa María personalmente, no vierto tantas lágrimas por este país como antes. Si quieren ser egoístas y adoptar la posición de que *nosotros somos mejores que Usted y todos los demás del mundo entero*, pues que resuelvan sus propios problemas entonces, y que no pidan nada a los demás. Dicen claramente la motivación subjetiva de los revolucionarios: sexo y poder, destruir a los que están en el poder porque están en el poder, porque estéticamente son feos, injustos, ricos, *etc.* Pero esto obviamente no es idealismo puro, ni idealismo positivo, sino destructivo y negativo. Si no quieren hacer una sociedad de amor, ¿qué tipo de sociedad quieren hacer? Obviamente, lo que quieren es solamente el poder, para sentirse poderosos. Pura vanidad. Puro ejercicio de machismo, la enfermedad *sui generis* de América Latina, todo sexualmente arraigado, y muy primitivo. Al nivel de las sociedades más primitivas de la selva.

"Los estudiantes universitarios son un asco. Tienen envidia de la Primera Dama porque ella tiene dieciocho hijos.

"Pero de presumirse, todos tratan de impresionar a uno con su importancia. Los médicos dicen que son tan buenos que fácilmente pueden irse a otros países... todo lo que sea Sanmariano es superior a los demás. Y ni siquiera existen en la América Latina. Dicen que se van a Australia y al Canadá y 'se dan cuenta de que como Sanmarianos, son culturalmente superiores a sus vecinos'.

"Pues creo que este país, con toda su presunción, no necesita la ayuda de nadie. Yo me voy la semana próxima. No he hecho nada. ¿Qué se puede hacer en un país en que todos son genios?

"Muchos saludos a todo su staff. Hasta pronto. Johannes Schmidt Estudiante."

El anochecer, siempre lento y engañoso cuando el mal tiempo, había empezado. Ordené encender las luces, usé el estetoscopio como una solemne maniobra de brujo, llené recetas de porvenir incierto, volví a mi sillón y a reflexionar sobre la pequeña parte del mundo que me era permitido creer comprensible.

Mis notas en Historia, cuando era estudiante y ambicioso, siempre fueron pobres. No por falta de inteligencia o atención; lo supe mucho después y sin necesidad de análisis. La falla estaba en que no era capaz de relacionar las fechas de batallas militares o políticas con mi visión de la historia que me enseñaban o intentaba comprender. Por ejemplo: desde Julio César a Bolívar todo era para mí una novela evidente pero irrealizable. Innumerables datos, a veces contradictorios, se me ofrecían en los libros y en las clases. Pero yo era tan libre y tan torpe como para construir con todo eso una fábula, nunca creída del todo, en la que héroes y sucesos se unían y separaban caprichosamente. Napoleón en los Andes, San Martín en Arcola.

Siempre sentía la reiteración; los héroes y los pueblos subían y bajaban. Y el resultado que me era posible afirmar, lo sé ahora, era un ciento o miles de Santas Marías, enormes en gente y territorio, o pequeñas y provinciales como ésta que me había tocado en suerte. Los dominadores dominaban, los dominados obedecían. Siempre a la espera de la próxima revolución, que siempre sería la última.

No era el mejor ánimo para recibir, ya en la noche exclusiva, sanmariana, a Goerdel.

Creo que todo fue correcto; nos dimos la mano y nadie piensa en detalle qué hizo en las últimas horas la mano que estrecha. Por lo menos, creo, ni él ni yo. Las manos actuaron siempre antes y en secreto.

No debe estar loco, pensé; obstinación, desprecio, una idea fija. El hombre

parecía resuelto a cruzar como demente todas las murallas de los cuerdos; a violar, lúcido, todos los obstáculos que construyéramos nosotros, herederos de la locura del bienestar, del invariable ser en la pasividad.

Sentí el viejo miedo del encuentro en descampado.

Le ofrecí asiento y bebida. Eligió dejar en la alfombra el sombrero lloviznado.

Para usar palabras que no me gustan ni me sirven diré que el hombre estaba pacífico, sin tiempo, expulsado con violencia de una duda que fue creciendo hasta depositarlo, otra vez, última vez, en la costa de Santa María.

Después de los saludos que nada significaban, gastados, marchitos, Goerdel desparramó sobre mi mesa las seis o diez fotocopias que había usado con Malabia.

No hubo prólogo, no miré las copias lustrosas; lo miré a él y estuve esperando. Nunca pude saber si estaba improvisando el infortunio o si recitaba un discurso sabido de memoria. Tal vez el mismo que fracasó en *El Liberal*, el mismo que estaba dispuesto a repetir en el oído de todos los sanmarianos excitados por el escándalo novedoso. Y, no a todos, porque Goerdel había planeado puntos de difusión respetables e infalibles. Creo que el pedido de publicar las cartas en el diario de Malabia no pasó nunca de un *bluff*.

Continué esperando y él dijo. Estaba casi calvo, aplastado con gomina el pelo rubio y blanco. Más alto y flaco, pensé, más cómodo y casi flotando en las ropas nuevas. Busqué diagnósticos, síndromes, seguro de no acertar. Lo veía más viejo y saludable, desenfrenado y tímido en el vaivén, cuando el silencio, mi quietud, le impusieron hablar. Dijo solamente, como recurriendo a olvidos diversos, enreverado y calmo.

—Ahí están las cartas, doctor, por lo menos las fotografías indudables de las cartas que Helga recibió en los meses en que toda la ciudad, sus amigos, parientes, los enloquecidos por una verdad inexistente, se espoleaban para atribuirme el crimen. Que no era crimen, no podía serlo, aunque yo fuera, hubiese sido, el responsable.

La voz apagada se adhería al discurso autómatas que había traído, también para mí, la voz cómplice del crepúsculo que empezaba a devorar la luz de todos los días que nos repetía Brausen, Juan María, casi Junta para los ateos.

—Lea las cartas, ahora o mañana. Yo estaba lejos, en la Capital y, después, en los cursillos católicos de Chile. Frei y Tómic. Las cartas, verá, son repugnantes. Pero las fechas no fallan, son exactas. Usted es médico y comprende. Yo no estaba en Santa María cuando la concepción de la hija asesina. Ni siquiera en el caso de una

sietemesina adiestrada.

Lo desconcertante era que el hombre hablaba sin ironía, sin sonrisa. Ni tristeza, siquiera. Continuaba erguido y en calma, convirtiendo la butaca de cuero en un duro sillón de fraile.

Y después comprendí que no había regresado solo para luchar contra la calumnia o la injusticia. Quería hablar de sí mismo, quería explicarse, quería cubrir con desinteresado cinismo un tiempo de su pasado, la anécdota de una mujer muerta, años atrás, no por él sino por una niña, voluntad insondable de Brausen. No mencionó el pecado —la palabra, para mí no tenía sentido; tal vez tampoco para él ahora.

De modo que habló Goerdel, sin pasión, siempre recitativo y monocorde.

—Desde los once o doce años estuve resuelto a triunfar. La fecha del principio es vaga, pero debe coincidir, mes más o menos, con la primera polución en sueños. Si usted fuera tan inteligente como yo, comprendería que aquella voluntad de triunfo nada tenía que ver con lo que llamamos éxito, avaricia a medias, lucro, dinero. Mucho dinero en mi caso. Lo que obsesionaba al niño, a mí, era una necesidad de escapar de la miseria y del olor a vacas de la Colonia recién hecha. La Colonia estaba construida según un plan, edilicio, si me permite, aprobado por los mayores. Ellos eran barbudos y conversaban, después del trabajo, la comida escasa, casi siempre ensalada de rábanos, creo, y después del chocolate. Muy espeso; no sé cómo lo tenían. Tal vez lo trajeron en el barco o los barcos, tal vez lo compraran o robaran, justamente en esta tierra donde solo un loco hubiera pensado sembrar cacao. Pero eran felices mirando la cucharita inmóvil clavada en el corazón de la taza. Siempre tazas mayores que las comunes. Habíamos llegado juntos, habíamos, todos, salido del mismo lugar. Pero yo los escuchaba sin entenderlos, solo podía ver sonrisas cortas o ceños que durarían mañana, un día entero. El ruido dominado de las voces. Venían los silencios pero yo no comprendía; apenas veía bocas oscuras y dientes hundidos en la pelambre de las barbas que trepaban del rubio para detenerse mucho antes de los bigotes que ennegrecían la distancia y la dulzura del tiempo sanmariano. Como usted escucha, doctor, estoy usando el mismo lenguaje que le sirve a usted para mentir. Sin ofensa. Todos mentimos, aún antes de las palabras. Por ejemplo: yo le digo mentiras y usted miente escuchándolas. Pero siempre queda algo de los primeros, más viejos recuerdos, que se conserva a prueba de todo intento de olvido, invulnerable, sin probabilidad tampoco de ser desgastado por ninguna de las deliberadas tentativas de recordar que todos hacemos, sin propósito, con frecuencia variable. Y fue así, permítame explicar. Todos los imbéciles que pisan Santa María y La Colonia,

quisieron saber —a veces francamente, cuando encienden la pipa y fingen interés en los colores del crepúsculo; otras veces fumando habanos falsos en el Plaza o en el Club. Todos preguntaron, directos o tortuosos por mi recuerdo envejecido, primero o último que yo había traído de Europa. Fíjese: mentí siempre. Hablé de gente huyendo por las carreteras, traté de regalarles pueblos incendiados, olores, columnas de humo. Engañé también al Padre Bergner. Él solo escuchaba y movía la cabeza en una aceptación que me parecía incomprensiva, sin pedirme pausas para rezar en latín.

Pero mi recuerdo verdadero y, ya lo sé, eterno, nada tiene que ver con la bestialidad de la guerra. De aquella y de cualquier otra.

Volví a Santa María para infamar y sentirme absuelto. Un capricho, si usted quiere. Pero a veces lo que llamamos capricho es el resultado de años de vergüenza, de sufrir en silencio.

La voz del visitante continuaba monótona, sin baches ni colinas, sin indicios de que pudiera detenerse antes de terminar la conferencia sabida de memoria.

Díaz Grey escuchaba, casi inmóvil, tratando por hábito de reunir los síntomas y opinar en silencio. No podía decir que Goerdel estuviera loco, no podía aceptar una farsa tan perfecta. Dijo: —Perdón. Usted vive en Europa.

—Alemania.

—Usted vive en Alemania y pienso que morirá allí. No comprendo que después de tantos años —ya tendrá algún hijo haciendo de cadete en Prusia—, que pasados tantos años vuelva a este remedo de ciudad para repartir infamia y buscar absoluciones de un delito fantástico.

—La Academia Militar ya no está en Prusia.

—Perdón. Pero en una Alemania u otra habrá academias para enseñar artes de matar a cualquier chico mayor de quince años.

—Comprendo. Es difícil, le resulta extraño. Tal vez, un poco más; anormal, absurdo. Pero mi respuesta es: orgullo. Tal vez quiera vengarme. Pero esto vale poco, no es mi móvil. Solo quiero probar que la niña no pudo ser mía. Yo no maté a Helga. Nada tuve que ver con el embarazo y el parto. Es el orgullo de probar, tantos años después, que soy o fui inocente. Mi orgullo es más fuerte que todo el que puedan reunir estos pobres diablos. Y quiero probarlo, se lo estoy probando, con estas fotografías de cartas. Compare las fechas. Un cornudo frío, muy nórdico, a Dios gracias, y cada día más si usted quiere, pero nunca asesino. Entienda: se trata de una fantasía, del apellido Goerdel que pronto será olvidado, y para siempre por los palurdos que ensucian lo que persisten en llamar ciudad, y solo es

un poblado del siglo dieciséis, y por los que tal vez sigan destripando terrones en la colonia que ya no es ni suiza ni alemana. Estaré menos de una semana en el hotel y después el olvido, el adiós para siempre que por otra parte no tiene importancia. Pero le pido que lea las cartas y las haga conocer.

—¿El hotel es el Plaza?

—Posible. Pero no recibiré a nadie y no pienso atender el teléfono.

Se puso de pie en seguida, alisó innecesariamente sus ropas y antes de golpear taco con taco, dijo, la cabeza erguida, casi mirando el techo, enflaqueciendo a cada palabra: —No sé el nombre ni me importa. Pero debieran entristecerse todos los varones y enojarse porque se hizo vileza en el poblado.

Jorge Malabia estuvo repentinamente de buen humor. El mío continuó invariado, adulto y sereno y solo cambió, muchos meses después, cuando mi hija llegó a Santa María y traté de reunirlos sin un propósito determinado, solo por la curiosidad, casi científica, de verlos, en lo que me fuera posible, reaccionar. Acaso esta no sea otra historia.

Malabia llegaba al empezar las noches y yo renunciaba a mi ajedrez, a mis solitarios, y a Bach. Pero nunca renunciaba al rito de ir al dormitorio de Angélica Inés, insinuarle un espejo alto y oírla reírse de felicidad cuando miraba su cuerpo más flaco que desnudo. Mi manera de ayudarla era múltiple. A veces le decía entusiasta que jamás vio el mundo puta semejante; otras, me mostraba entristecido, no demasiado, por mostrarse lujuriosa, perdida en la impudicia. Acaso nunca llegara a entenderme. Pero siempre se aplastaba los huesos de los brazos contra las costillas, para reír o para llorar. Siempre terminaba feliz, resbalando hasta alguno de sus misteriosos sueños enredados que alguna vez recordaba, o volvía a soñarlo mientras me sujetaba temblando para que yo la escuchara.

Repito que gracias al resucitado Jorge irónico y casi alegre, pasamos varias madrugadas con una botella de J.B. y la dicha inseparable de todo paraíso de tontos.

Así que poco a poco, con fingidas impaciencias, llegamos a creer que todas las cartas fotografiadas habían sido escritas por un hombre; que siempre —los ejemplares eran ocho— las había escrito el mismo hombre; que en seis de las cartas se aludía o se insistía sobre el nacimiento de una niña; que en una de las cartas se había escrito, sin vergüenza, “fruto de nuestro amor”; que las dedicatorias variaban de “Helga querida” a “mi amor o divina o adorada”; que “ya nada podrá separarnos” era abundante;

que las fechas coincidían, sin exactitud indudable, con la gestación y nacimiento de la niña; que todas estaban firmadas por una H en caracteres de imprenta;

que el dibujante de las cartas había preferido tinta negra o azul oscuro y la había desparramado con una mano asombrosa por lo firme y manteniendo márgenes de amplitud variable; que no disponiendo de otro papel que el demasiado brillante usado por el fotógrafo, nos era imposible determinar la verdadera antigüedad de las cartas.

Descubrimos también —y acaso fue éste el único orgullo que nos dejaron las madrugadas— que todas las cartas habían sido redactadas con un estilo idéntico: se iniciaban cursis y platónicas, se mantenían así durante dos párrafos y luego caían, se revolcaban en una enfurecida enumeración anatómica y en el recuerdo minucioso de las más curiosas maneras del acoplamiento. Aquello no era solo pornografía copiada de los libritos catalanes que acompañaron las pocas horas solitarias que pudimos conseguir en la pubertad: se respiraba la grosería propuesta, el odio, la voluntad de ofender.

Hasta que una noche, luego de preguntar a la redacción de *El Liberal*, próxima la hora del cierre, si habían llegado noticias sobre los palestinos o la muerte de uno de los Kennedy, Jorge Malabia optó por ser obvio, una de las tantas formas del error ofrecidas a los hombres.

—Toda esta mugre no equivale a una ausencia. Una sola carta escrita por ella. Aunque solo fuera un billete un “te ama tu”.

—Sí. Como diría Goerdel, que los muertos entierren a sus muertos. Y que los hijos de perra se conserven fieles a su destino. Y también está escrito, creo, que el que mata se condena a la difamación y la mentira.

Era ya de mañana cuando dejamos de jugar al ajedrez. Me levanté para entreabrir las ventanas y silenciar el andante de Bach.

(1973)

ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección general Pablo Braun

Dirección editorial Leonora Djament

Edición y coordinación Claudia Arce

Corrección Equipo Eterna Cadencia

Diseño de colección Pablo Balestra

Diseño de tapa Ariana Jenik

Diseño y diagramación de interior Daniela Coduto

Prensa y comunicación Ana Mazzoni